SEPTIEMBRE - DICIEMBRE 2017

historias 98

REVISTA DE LA DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Ciudad de México SEPTIEMBRE-DICIEMBRE DE 2017

Historias 98

Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia

ENTRADA LIBRE

Jesús Guisa y Azevedo *2*

Edwin Frank, Brenda Wineapple, Katharine Michaels, Mimi Chubb, Robert Gottlieb, Stephen Greenblatt y Charles Haas *5*

Alex Ross *21*

ENSAYOS

Alejandro Soriano Vallès
Sor Juana y la herejía: sobre la fundamentación teológica del Primero sueño *32*

Alma Dorantes González
Influencias femeninas en el mundo laboral de un comerciante del occidente de México, siglo XIX *56*

Francie R. Chassen-López
"No podemos ni debemos permanecer impasibles": las oaxaqueñas en la Revolución de 1910 *69*

Beatriz Gutiérrez Müller
Morir sin laureles: Enrique Bordes Mangel, revolucionario maderista *102*

ANDAMIO

Rebeca Monroy Nasr
El constructo visual desde la fotografía *114*

RESEÑAS

Beatriz Lucía Cano Sánchez, *El ocaso del diezmo* *122*

Rogelio Jiménez Marce, *Andanzas de un liberal* *125*

Salvador Rueda Smithers, *Fragmentos de la batalla de Zacatecas* *129*

Julieta Ortiz Gaitán, *La idílica, recoleta y entrañable Ciudad de México* *136*

Rebeca Monroy Nasr, *Al son que me toquen miro:* National Geographic *139*

Portada: Atribuida a Primitivo Miranda, *Alegoría de la República mexicana*, México, mediados del siglo XIX, acuarela sobre marfil, 9.5 cm. Museo Nacional de Historia, núm. inv. 10-113557.

Entrada Libre

García Icazbalceta: sabio, varón justo, gran patriota

Jesús Guisa y Azevedo*

"La memoria de los pueblos está en sus libros. Y el libro, huelga decirlo, es la consignación, de la fijación, la exposición y aclaración de hechos y cosas grandes. Un libro, el buen libro, el de los buenos autores, es la cláusula de un testamento en que se nos instruye sobre la manera de vivir y comprender la vida. El libro es tradición escrita que se encarga de interpretar y enriquecer la otra tradición oral. Lo escrito busca el contacto de lo hablado y lo hablado se completa con lo escrito. Y la memoria, que es la facultad de recordar, de tener presente las cosas pasadas, está, como decíamos, en los libros. Tenemos que acudir a ellos. Continuamente se hacen libros, se consigna en el papel el pensamiento y se pretende fijar en palabras, que han de permanecer, las ideas que nos son caras. De aquí que haya archivos y bibliotecas y que busquemos afanosamente libros y papeles viejos".

* Transcripción y nota de Rodrigo Martínez Baracs.

"Desgraciado el pueblo que no tiene historia, lo cual, dicho de otro modo, puede quedar en esta frase: desgraciado del pueblo que no tiene libros. El pueblo más original, el que ha planteado más problemas de todo orden, el que despierta la simpatía o el odio y que en todas partes se hace presente, el judío, es el pueblo de un libro, la Biblia".

"México es un pueblo de libros. Tiene en ellos su historia y para la palabra escrita es como nuestro título de nobleza. Nuestros libros son los primeros del continente y están hechos, los más para los indios. Pero casi no la sabíamos y fue debido a la curiosidad, al buen gusto, al tino, al sentido patriótico y a la sabiduría de García Icazbalceta por lo que volvimos a tener conciencia de nuestra historia".

"García Icazbalceta con testigos, que eran la palabra impresa, nos recordó lo que éramos y nos puso en el camino de continuar la obra de la tradición".

"García Icazbalceta vio que México empezaba en el siglo XVI, que la cultura, que la civilización forjada entonces con armas, con política, con letras y con caridad cristiana era nuestra razón de ser como nación, y como nación grande. Y fue a los papeles, a los documentos, a las tradiciones. Y produjo su obra maestra. "La Bibliografía Mexicana del Siglo XVI".

"Ayer cumplió García Icazbalceta 50 años de muerto. La obra a la que él dio impulso con toda su vida sigue en pie. Tenemos que volver a él si queremos hacer algo, si realmente queremos tener memoria y libros. Es, con toda justicia, un padre de la patria. Los políticos no sospechan siquiera que hubo un señor que con sus estudios puso los cimientos de este interés y amor por la historia que estamos presenciando. La historia de México tendrá que restituir a la escuela y a la política, el patriotismo".

Nota

Estas sabias y perceptivas "Palabras del Dr. Jesús Guisa y Azevedo [1899-1986], en testimonio del autor de este librito" fueron puestas como texto preliminar en una de las muchas ediciones que llevan el pie de imprenta, de 1896, de la *Carta acerca del origen de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México*, escrita en 1883 por el gran historiador mexicano Joaquín García Icazbalceta (1825-1894).[1] La edición no puede

Viñetas tomadas de Arturo Albarrán Samaniego, *Por donde todos transitan. La Ciudad de México en las páginas de* El Universal (*1920-1930)*, México, INBA-Conaculta, 2016.

[1] *Carta acerca del origen de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México escrita por D. Joaquín García Icazbalceta al Ilmo. Sr. Arzobispo D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos. Seguida de la Carta Pastoral que el se-*

ser de 1896, pues entonces aún no había nacido Jesús Guisa y Azevedo, quien además menciona en sus Palabras: "Ayer cumplió García Icazbalceta 50 años de muerto". De modo que pronunció sus palabras el lunes 27 de noviembre de 1944, en un homenaje luctuoso a Joaquín García Icazbalceta, y la edición, por lo tanto, es posterior a esa fecha. En la última página del folleto, a manera de colofón, aparece el nombre de la Editorial Verdad.

Jesús Guisa y Azevedo nació en 1899 en Salvatierra, Guanajuato, estudió en el Seminario de Morelia y se doctoró con una tesis sobre filosofía tomista en la Universidad de Lovaina. Regresó a México en 1925, publicó artículos en los periódicos *El Universal* y *Excélsior*, en tales defendía la Iglesia y a los cristeros, a la vez que argumentaba en contra del régimen callista; fue expulsado del país. Cuando volvió a México, por invitación de Antonio Caso (1883-1946), impartió clases de filosofía tomista en la UNAM, pero la imposición de la educación socialista en el artículo tercero constitucional lo obligó a abandonar la cátedra. En 1936 fundó la importante editorial Polis, que en 1947 publicó, en coedición con la editorial Jus *La conquista espiritual de México* de Robert Ricard (1900-1984), traducida y anotada por el padre Ángel María Garibay K. (1892-1967), y dedicada "A la memoria de D. Joaquín García Icazbalceta". Guisa y Azevedo publicó varios libros sobre la Iglesia, la política y la sociedad, y escribió periodismo, con una combativa ideología de extrema derecha. En 1956 ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua.

El título y cada uno de los párrafos de estas "Palabras" sobre "García Icazbalceta, sabio, varón justo, gran patriota", aparecen entre comillas, dando la impresión de que no fueron escritas sino transcritas, a partir de su discurso de homenaje. (Conservo las comillas y su ubicación en mi transcripción.) Tal vez trátese de una precaución que tomaron los editores de esta edición, para no involucrar a Jesús Guisa y Azevedo, polémico autor católico y derechista, con el estudio histórico antiaparicionista de Joaquín García Icazbalceta. Ojalá sea posible averiguar algo más sobre las circunstancias que confluyeron en esta edición.

ñor arzobispo de Tamaulipas don Eduardo Sánchez Camacho dirigió al mismo eminente prelado, México [Editorial Verdad], "1896", 8vo, 68 pp. El ejemplar que consulté se encuentra en la Benson Latin American Collection, de la Universidad de Texas en Austin.

Narrativa histórica
Un simposio

Edwin Frank, Brenda Wineapple, Katharine Michaels, Mimi Chubb, Robert Gottlieb, Stephen Greenblatt y Charles Haas

La expresión *historical fiction* se traduce literalmente como "ficción histórica" o con tintes históricos. Decidí usar "narrativa" como traducción de *fiction* con el fin de distinguirla de lo que en español es o se entiende por "novela histórica", un género más amplio de lo que se suele imaginar. Aunque una vez dicho lo anterior tal vez podría decirse que no hay más que ficciones, de no ser porque en su uso lleva la mano de Jorge Luis Borges. En este interesante simposio en torno a la novela de tema histórico lo anterior ni siquiera se menciona, puesto que la esfera de las palabras remiten siempre a muy diferentes órdenes e intereses culturales, pero esto no desmerece de ninguna manera la calidad de las aportaciones del poeta y editor Edwin Frank, responsable de la extraordinaria colección de libros clásicos creada por *The New York Review of Books*, ni las de la biógrafa Brenda Wineapple, la editora Katharine Michaels, la editora Mimi Chubb, el cronista y editor Robert Gottlieb, el académico Stephen Greenblatt y el profesor Charles Haas. Esta serie de ensayos se publicaron en la entrega de primavera de 2017 del tabloide *The Threepenny Review*. Las colaboraciones, sin título, aparecen firmadas al calce en el original, y así aparecen aquí. Nota y traducción de Antonio Saborit.

DURANTE BUENA PARTE DEL SIGLO XX, los novelistas serios estuvieron interesados en la escritura de narraciones históricas. Hubo excepciones, por lo general de literatos dispendiosos —*Ben-Hur*, o las novelas faraónicas de Mahfouz— pero si eras André Gide o Elizabeth Bowen o Dashiell Hammett o Joseph Roth, me parece válido decir que lo último que querías escribir era *Lo que el viento se llevó*. *La marcha de Radetzki*, de Roth, es el tipo de excepción aparente que confirma la regla. Puede que porte las vestimentas de la pieza teatral de época, pero deja

Para quien vuelve la vista al pasado, el regreso a la novela histórica parece inevitable, como siempre sucede al volver la vista hacia atrás.

claro (y hasta se regodea) en lo percudidas, deshilachadas y tontas que son tales vestimentas. En *El corazón de Midlothian* (el *locus classicus* de la novela histórica, una obra bellamente aburrida), *sir* Walter Scott montó la marcha de la historia como la marcha de un escocés a lo largo de toda la Bretaña para exigir justicia a la reina inglesa, una exigencia que ella hace no airadamente sino con la absoluta confianza que será satisfecha, como sucede. En el libro de Roth, la marcha de la historia —representada por las trayectorias de dos balas, ambas completamente accidentales— se ha vuelto una tonada de organillo; una suerte de broma, aunque lo que le da a la novela su entereza y *pathos* es su negativa total a considerar la idea de que cualquier otra cosa habría sido mejor: una negativa al pensamiento histórico que es, a su propia manera, histórica.

Y luego cambiaron las cosas, de manera que en la actualidad las novelas históricas son la esencia de los catálogos de los editores en todo el mundo. ¿Qué sucedió y cuándo? Aun me acuerdo de que, al inicio de los novecientos ochenta, me sorprendió escuchar que Thomas Pynchon, en el largo intervalo que siguió a la publicación de *El arco iris de gravedad*, trabajaba en algo inconcebiblemente común y corriente como una novela histórica. Lo que ahora me intriga es que no fue sino mucho tiempo después de la salida de *Mason y Dixon* que me pregunté a mí mismo si *El arco iris de la gravedad* no era sino una novela histórica. Como sea, desde la cómoda perspectiva del siglo XXI, el cambio parece haber iniciado desde el comienzo de los novecientos cincuenta y que tomó cada vez mayor velocidad durante los largos años de relativas paz y prosperidad (y de estancamiento y desigualdad cada vez mayores) que Occidente habría de disfrutar luego de los novecientos sesentas. Se podría decir que el punto de inflexión fue la publicación de *El gatopardo* en 1958, tras la muerte de Lampedusa, quien vio cómo la rechazaron varias editoriales —un libro de gran integridad y belleza que además fue un gran éxito popular—. Luego vinieron *Ragtime* y *El sitio de Krishnapur* y *Posesión* y *Regeneración* y *Libra* y *Beloved* y *Pastoral americana* y *Las asombrosas aventuras de Kavalier y Clay*, para limitarme a la esfera de lo anglo.

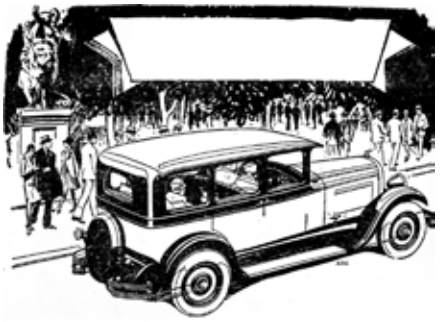
¿Qué se hace con este cambio? Para quien vuelve la vista al pasado, el regreso a la novela histórica parece inevitable, como siempre sucede al volver la vista hacia atrás. Tal vez la palabra "inevitable" sea la mejor. Conforme las novedades del siglo en sus inicios fueron pasando y quedándose atrás, parece inevitable que hubiera la necesidad de volver a ellas y celebrarlas, poniéndolas en una perspectiva temporal. De manera análoga, las formas innovadoras a las que los novelistas —al igual que otros artistas— han recurrido en respuesta a esas

novedades se han vuelto comunes y familiares, hasta anticuadas, y en todo caso históricas; no se niega eso. Los escritores en la última parte del siglo vivían no en un estado de emergencia sino de continuidad, y ese *continuum* había que reconocerlo y darle una forma imaginativa. El que a la novela histórica se la olvidara y desdeñara durante tanto tiempo se encargó de volver atractivo el género para escritores arriesgados.

Pero ¿las nuevas novelas históricas lo son en realidad y continúan una nueva manera de imaginar lo histórico? Es difícil de decirlo en este momento, aunque soy escéptico. Está el formidable ejemplo audaz de Hilary Mantel, quien en *La sombra de la guillotina* y *En la corte del lobo* retoma en realidad el viejo patrón de la novela histórica, mostrando la historia como un escenario en el que hombres y mujeres definen y cumplen sus destinos o no lo hacen; recordándole a los lectores que "los hombres hacen su propia historia mas no como la quisieran". Al mismo tiempo, sin embargo, su despliegue casi puntillista de perspectivas somete al lector a la gran incertidumbre de la historia tal y como se la vive, dándole a sus libros esa sensación de emergencia que, para la novela del siglo XX, fue la marca del real compromiso moral y estético, pero también con una idea más amplia de importancia del tipo que encontramos en Scott, aunque Mantel, desde luego, es —o sería— revolucionaria ahí donde no lo es Scott.

Sin embargo, en buena medida la nueva novela histórica se reduce a una forma de comunión sentimental con los muertos (las víctimas del siglo pasado, sobre todo); o a un ejercicio, más o menos sofisticado, en historización; o a un simple pastiche. En ocasiones, éste puede lograr la ferocidad aterradora, digamos, de *Meridiano de sangre*, de Cormac McCarthy, pero tanto el sentimentalismo como la sofisticación no me recuerdan tanto otra cosa como los pálidos motivos históricos que decoran los billetes del euro. Y me sorprende que estas novelas y su género no-tan-nuevo existen más bien como el euro: no tanto como un ajuste de cuentas con la historia sino como un antídoto contra ella. Hechas para ser todo para todas las personas —un poco de hechos (para los machos demográficos) y un poco de ficción (para las hembras demográficas)—, las nuevas novelas históricas son, en pocas palabras, un poco de confusión. Y tal vez sea la ansiedad la que las hace confusas, la ansiosa sensación de que son producto de un tiempo sin una visión histórica o sin experiencia histórica (o interés, para ese caso), un tiempo de marcar el tiempo en la aprehensión de un momento en el que la historia ha de volvernos a robar la marcha. Si ese es el caso, a duras penas les puedo echar la culpa de eso.

EDWIN FRANK



Así que la narración histórica no es la parienta pobre de la literatura. De hecho, toda narración es en cierto sentido histórica, trátese de Tristram Shandy *o* Moby Dick, Pálido fuego *o* La flor azul.

ME SOLÍA RECORDAR ESAS CAJAS para pintar por números en las que uno hacía eso precisamente, pintar por números. En este caso, sin embargo, era el novelista, no el pintor, quien añadía el color, aunque dentro de los contornos preestablecidos de lo que sucedió en realidad; tal y como cuando me regañaba mi maestra de primero, no había que salirse de la raya. Cuando pensaba en la narrativa histórica, entonces, si llegué a pensar en ella, la relegaba a la trillada retaguardia de la literatura, un lugar cómodo colmado de detalles naturalistas, en el que un pasado en *papier-mâché* es moldeado en relatos claros y prefabricados.

Ésta, me vine a enterar, es una opinión sumamente ignorante, nacida en parte de mi propia turbación cuando, de niña, me preguntaba si Johnny Tremain, Ichabod Crane y Johnny Appleseed eran reales, y si Hawthorne en efecto encontró *La letra escarlata* en el ático de la aduana. La turbación tal vez me ayudara a pasar por alto la narrativa histórica como un puñado de individuos disecados sembrados en un escenario de hechos grises. Aun así, no dejé de preocuparme todo el tiempo por esas líneas borrosas que separan lo imaginario de lo cierto.

"Veo la novela histórica como algo contaminado por una fatal baratura", declara abiertamente Henry James, aunque habla en la maravillosa novela de Colm Tóibín, *El maestro*, una novela sobre el Henry James histórico. En efecto, los novelistas conjuran personas que alguna vez vivieron y ocasiones vividas: John Brown, Lili Elbe, las esposas de Hemingway, *lord* Byron, Virginia Woolf, los Rosenberg y todos los de la Guerra civil estadounidense, por no mencionar la fabulosa evocación que hiciera Hilary Mantel de Thomas Cromwell o la de Pat Barker de W. H. R. Rivers y los soldados traumatizados en el Craiglockhart Hospital. Tolstoi narró de manera brillante historias que ya se habían contado. Y a Hawthorne le gustaba pretender que lo había hecho: generaciones de académicos (y no sólo yo) han tratado de localizar la letra escarlata.

Para tales autores, la historia es más accidental que algo asumido, incluso si sus lectores se ufanan de conocer el resultado de las cosas. Sus protagonistas son diversos, falibles, crédulos con frecuencia; a sus seres los ha retorcido la confrontación aterradora, difícil y a fin de cuentas moral con el desconcierto de la experiencia. Así que la narración histórica no es la parienta pobre de la literatura. De hecho, toda narración es en cierto sentido histórica, trátese de *Tristram Shandy* o *Moby Dick*, *Pálido fuego* o *La flor azul*.

Así, con una mayor tolerancia hacia el desasosiego (o sea que con novelas mejores que *Johnny Tremain*) me di cuenta de que el encanto de la llamada narrativa histórica está en una combinación imperfecta de lo fijo y de lo condicional, o de

lo verdadero y lo imaginado, todo lo cual replica las coordenadas de nuestras vidas. Pues hasta la historia tiene sus ficciones, sus omisiones e incómodas verdades a medias: piénsese en Truman Capote, Gertrude Stein, William James, Malcolm X. Las fronteras a veces son borrosas.

Desde luego que las diversiones populares también se atan a hechos o personajes históricos. *El discurso del rey*, *Nadie está a salvo*, *La reina Cristina*, *Lincoln*, *La gran apuesta* y una serie sin fin de docudramas para la televisión —en las que se incluyeron recientemente *The People vs. O.J. Simpson*, *Narcos* y *Show Me a Hero*— presentan ficciones "inspiradas" por hechos y personas reales; sin embargo, las juzgamos menos por su fidelidad histórica que por su uso del lenguaje, del personaje o de la curva del relato. Si sólo nos interesa la precisión histórica, no entendemos —como solía decir Mark Twain— a quien le gusta hacernos tropezar históricamente. "No sabe de mí quien no leyó un libro que se llama *Las aventuras de Tom Sawyer*; pero eso no importa", dice "Huck" Finn al inicio de su relato. "Ese libro lo hizo el señor Mark Twain, y contó la verdad, casi siempre. Eso no es nada. Nunca conocí a alguien que de vez en cuando no mintiera".

De hecho, existe algo vagamente consolador en la narrativa histórica: ya sea que sus narraciones sean suaves como la seda del siglo XVIII o hechas de retazos de cuño moderno, nos habla de personas que reconocemos, admiramos, odiamos o adoramos, quienes fueron criaturas temporales asoladas por el tiempo. Acaso no exista de pie una sola obra de Calímaco, "quien trabajaba el mármol como si fuera bronce, / realizando paños que parecían elevarse / cuando la brisa marina golpeaba la esquina". Pero el que alguna vez estuviera de pie, y que se puede volver a imaginar, nos recuerda que no sólo estamos sujetos al accidente, al azar o a la tragedia. Podemos recrear lo que hemos perdido con el tiempo y en el tiempo.

"Es la verdad, aunque no pasara", dice Chief Bromden en *Alguien voló sobre el nido del cuco*, de Ken Kesy. La narrativa histórica también es capaz de decir la verdad, aunque no pasara.

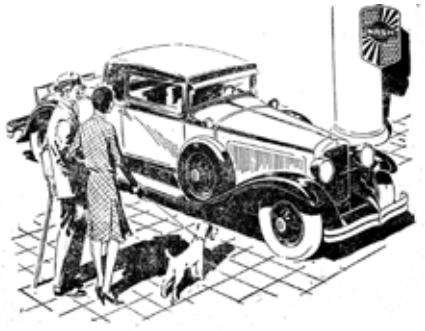
BRENDA WINEAPPLE

LA NARRATIVA HISTÓRICA es un juego de alto riesgo en el que va de por medio la falsificación del hecho y del personaje. Sin embargo, cuando lo juegan los mejores, se trata de una forma sumamente convincente, en el que el peso y la consecuencia

de ambos elementos se mezclan entre sí y se mueven más allá de los confines aparentemente limitantes del mero hecho o del personaje. Requiere, de manera simultánea, seriedad en el escrutinio y generosidad imaginativa, que ofrecen elevados placeres intelectuales y sentimentales. Crucial a esta experiencia híbrida es una duda fundamental en cuanto a la posibilidad de categorizar la naturaleza caótica de los eventos humanos colectivos y un cuestionamiento implícito del papel de la interpretación tanto en la historia como en la narrativa —todo lo cual es inherente a la forma misma—. Pero más sorprendente que todo lo anterior es el arte tan particular de crear a partir de los lineamientos de un personaje histórico, cuyo lapso de vida y "significado" ya fue juzgado; el peso, la profundidad y la irremplazabilidad es el signo indeleble de un gran personaje ficticio.

En 1812 en Rusia, durante la Revolución francesa o durante el turbulento reinado de Enrique VIII, el carácter, se quiera o no, se forja y prueba en momentos de gran intensidad, de violencia feroz y de masivas consecuencias. Las grandes figuras de esas épocas son gigantes, no obstante quien lo cuente, y emanan calor a lo largo del tiempo —los eternamente inquietos y hasta proféticos que no mueren—. Pocas figuras históricas se han abordado más tanto por académicos profesionales como por historiadores populares que Robespierre y Danton, con el polierótico Camille Desmoulins y su esposa, Lucille, quien ofrece valioso combustible, aunque secundario, para el análisis.

En esta olla de palabras, controversias ideológicas y analogías del mal, Hilary Mantel, en ese tiempo aún una escritora joven, se lanzó con osadía a crear su novela de 1992, *La sombra de la guillotina*. El milagro que aquí se realiza tiene que ver con imaginar la vida para un conjunto de personajes cuyo destino, al parecer, ya está resuelto. Conocemos el tiempo y las condiciones de sus muertes, y se nos propone una serie de ideas sobre las fuerzas del hecho y de la personalidad que los llevaron a la tumba; pero para que nosotros nos preocupemos por ellos, Mantel debe imbuirles una suerte de libertad radical para tomar decisiones y generar en nosotros la impresión de que sus destinos siguen abiertos en todo momento —hasta el final—. En mi caso, cuando los cuatro personajes de la imaginación de Mantel murieron en el marco de la novela, me quedé tan desolada como una amante abandonada, casi de una manera visceral, imaginativa y obsesiva. La poderosa sensación de un duelo personal está, lo sé de cierto, relacionada directamente, en este y en otros libros que adoro, con la compulsión de parte de la autora a amar a estos personajes en vez de juzgarlos.



Mantel confesó, en *London Review of Books* y en otras partes, que era ferviente robespierrista, no obstante que, para muchos, es alguien a quien difícilmente se puede amar. "No lo podías comprar", observa Mantel. "No lo podías impresionar. No lo podías asustar... Algo se perdió cada vez que se interrumpió a Robespierre. Seguimos escuchando los silencios cada vez que él calló algo. Amén de las demás cosas que pudiera haber sido, era un hombre de principios y de convicciones". Mantel señala que ella no es la única en su atracción por Robespierre: "Puedes creer, tal y como lo informó Desmoulins, que era capaz de levantar a ochocientos hombres en un solo instante. Podríamos discutir la cifra, pero el poder al parecer era auténtico. Se extendía a las mujeres de París que asistían a las galerías públicas del Club Jacobino". En otra parte, Mantel vuelve sobre las descripciones de sus "ojos verdes". La pasión de Mantel, instintiva e intelectual al mismo tiempo, es del tipo que no admite distinción alguna entre ambas.

De suerte que si Robespierre es la fuerza irresistible del afecto de Mantel, ¿por qué le da al fraudulento, despreocupado e infinitamente corruptible Danton la escena más conmovedora así como la mejor al final del libro? Mantel muestra aquí con gran fortaleza su capacidad para vivir en el interior de la piel de un personaje y para amarlo intensamente, aún a sabiendas de que se trataba de un embaucador, un cacique de partido a la manera del Tammany-Hall, un mujeriego sin conciencia. Mantel ubica nuestro duelo —y el de ella— al seguir a Danton, Camille Desmoulines y Herault durante los tres días de un juicio amañado y hasta el pie de la guillotina. Pero habiéndonos llevado ese lugar fatal, al principio parece desconfiar de ella misma. Aunque nosotros estamos seguros de que ella tomó la decisión hace tiempo (y que fue correcta), plantea una pregunta que siempre aparece en la narrativa histórica: ¿hasta dónde se puede inventar sin alterar la verdad? ¿Cómo hay que exponer la vida imaginativa de los hechos? "Hay un punto", dice ella, "detrás del cual —la convención y la imaginación así lo mandan— no podemos pasar; tal vez sea aquí, cuando las carretas entregan su carga para el cadalso, hoy carne con vida y aliento, en breve cuerpos inertes".

Sin embargo, Mantel encuentra que no lo puede dejar pasar, que no se puede abstener de lo que todos nosotros, en nuestra propia y pobre capacidad, hemos tratado de intentar: imaginarnos a nosotros mismos subiendo al cadalso. Demasiado adentro como para retractarse (tanto para ella como para Danton), Mantel regresa a la imaginación y al cuerpo de Danton, observa primero a Herault, luego a Desmoulins, vive la fatal transformación. Ella imagina a Danton con la mirada a lo lejos, brevemente, "por diez segundos", mientras Camille se

Aunque nosotros estamos seguros de que ella tomó la decisión hace tiempo (y que fue correcta), plantea una pregunta que siempre aparece en la narrativa histórica: ¿hasta dónde se puede inventar sin alterar la verdad?

A fin de cuentas, todos somos personas: tú, yo, el autor, los personajes que ocupan su remoto o distante pasado. De algo debe valer nuestra común humanidad, ¡para todo! Debería*, al menos.*

arrodilla ante el verdugo. "Luego de eso lo observa todo, cada uno de los capullos de la sangre de la vida. Observa cada una de las muertes, hasta que le indican cómo llegar a la suya". Al llegar su momento, el cautivadoramente feo Danton dice las palabras por las que es más famoso. Se dirige al verdugo:

—¡Ey, Sansón!

—¿Ciudadano Danton?

—Muéstrale mi cabeza al pueblo. Vale la pena.

Mantel lo ama de corazón, como debió sucederle a la multitud, como me pasa a mí. Los "capullos de la sangre de la vida" de Mantel fijaron imaginativamente a Danton, para siempre.

KATHARINE MICHAELS

"EL PASADO ES UN PAÍS EXTRAÑO; allí las cosas se hacen de otra manera". Éste es L. P. Hartley, y así es exactamente como me siento cada vez que me fascina o aterra una obra de narrativa histórica. La sensación de extranjería de la que hablo es el clímax de una seducción invisible. Conforme se lee, uno se convence de que está en un territorio familiar, o al menos comprensible. A fin de cuentas, todos somos personas: tú, yo, el autor, los personajes que ocupan su remoto o distante pasado. De algo debe valer nuestra común humanidad, ¡para todo! *Debería*, al menos.

Aun así, tal vez aún podamos descubrir algo infranqueable. Algo que olvidamos, tal vez. Algo que ahora debemos recordar.

La primera vez que leí una de mis novelas favoritas, *La flor azul*, de Penelope Fitzgerald, pensé que descubría la manera en la que se sintió el romanticismo en el momento en el que ocurría: parte fiebre, parte absurdo. Fitzgerald crea un mundo ficticio en el que la inspiración y "los grandes copos de nieve lóbregos" de un día de lavado anual coexisten y parecen actuar sobre uno con la misma fuerza. *La flor azul* cuenta la historia de Fritz von Hardenberg (más adelante el poeta Novalis) y su *fiancée*-niña Sophie von Kühn, pero su mundo incluye también a muchos más. Una noche, Fritz lee en voz alta un cuento que acaba de escribir para una mujer de nombre Karoline. (Ella está enamorada de Fritz, pero él nunca se entera.) En el cuento de Fritz, un joven yace en cama, recordando al "extranjero y sus cuentos". El joven reflexiona: "No ansío ser un hombre rico, pero anhelo ver la flor azul. Yace perenemente en mi pecho y no puedo imaginar ni pensar nada más".

"¿Qué significa la flor azul?", pregunta Fritz a Karoline.

Ella contesta que "no puede ser la poesía, pues él ya sabe lo que es. No puede ser la felicidad, pues él no necesitaría de un extranjero para que le dijera lo que es".

Luego de hablar, la pobre de Karoline "se ve estremecida por la ansiedad. Primero se cortaría una mano que defraudar a Fritz".

Yo tampoco entendí del todo el fragmento del cuento de Fritz. Entendí, sin embargo, su misterio; entendí el predicamento de Karoline. Incluso entendí la manera en la que el cuento pudo haberse metido en la cabeza de Fritz y pasar a las páginas a la manera de un viento divino, aromático pero a la vez avaro. La respuesta de Karoline la sentí como mía, al igual que la serena reacción de Fritz: "*Liebe Justen*, no importa". Como sucede con la ulterior desolación de Karoline.

No me di cuenta sino hasta el final del libro de que algo, en efecto, se me había escapado. Mi error me amortajaba, como "el paño de fina muselina" colocado sobre la cara de Sophie durante la cirugía. De alguna manera, Fitzgerald me había hecho creer que en *La flor azul* todos seguirían viviendo. Estaban vivos, como yo; muchos de ellos los sentía más vivos que yo misma. Por eso los encontré entrañables; pero casi todos ellos habrían de morir de tuberculosis en el parco Epílogo del libro. Iban a morir *jóvenes*.

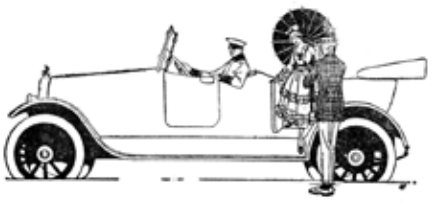
"Te das cuenta, ya no me ves, ¿o sí?", pregunta el doctor de Sophie, desde el otro lado de la muselina.

"Alcanzo a ver que algo brilla", responde Sophie.

¿Qué estaba haciendo yo. Imaginando mi trayecto en este extraño nudo de lectura? ¿Cómo fue que me llegué a convencer de que un grupo de tuberculosos *googleables* no morirían en su propio tiempo mortal? No me había dado cuenta de que, al remontarme hacia ellos, asimismo trataba de acercarlos en el tempo, hacia mí.

Los días brunos tras la elección presidencial en Estados Unidos me recordaron la primera vez que leí *La flor azul*, al tomar *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar. Se me antojó su polifonía: una francesa lesbiana que imagina en 1951 al hombre que fue el emperador de Roma del 117 al 138, traducida al inglés por su amante estadounidense. Para su iniciación en el culto de Mitra, Adriano yace debajo de un piso con una abertura y recibe la "sangrienta aspersión" de un toro sacrificial. Luego, explicaba:

> Cada uno de nosotros creía escapar a los estrechos límites de su condición del hombre, se sentía a la vez él mismo y el adversario, asimilado al dios de quien ya no se sabe si muere bajo forma bestial o mata bajo forma humana. Aquellos



Puede ser que a veces el pasado se sienta como estar en casa, pero no es un espacio para una reunión de antiguos amigos.

ensueños extraños, que hoy llegan a aterrarme, no diferían tanto de las teorías de Heráclito sobre la identidad del arco y del blanco. En aquel entonces me ayudaban a tolerar la vida. La victoria y la derrota se mezclaban, confundidas, rayos diferentes de la misma luz solar. Aquellos infantes dacios que pisoteaban los cascos de mi caballo, aquellos jinetes sármatas abatidos más tarde en encuentros cuerpo o cuerpo donde nuestras cabalgaduras encabritadas se mordían en pleno pecho, a todos podía yo herirlos más fácilmente por cuanto me identificaba con ellos. Abandonado en un campo de batalla, mi cuerpo despojado de sus ropas no hubiera sido tan distinto de los suyos. El choque de la última estocada hubiera sido el mismo.

Esta no era la polifonía que yo esperaba. Transgresiva, sí; mas no reconfortante.

Recordé que si bien el deseo de ingresar en la conciencia de otro a veces se puede sentir como compasión, no lo es. Nunca es amable. Si alguna vez recurrí a la narrativa histórica como escape, lo que en ella he hallado son pérdidas del yo. Puedo albergar la esperanza de que esas pérdidas resulten útiles: tal vez me lleven a imaginar mi propio tiempo desenredándose ante mí misma con nueva reserva y frescos bríos. Aunque sí me lanzan más adentro de mí, siguen siendo un país extraño. Puede ser que a veces el pasado se sienta como estar en casa, pero no es un espacio para una reunión de antiguos amigos.

MIMI CHUBB

LA NOVELA HISTÓRICA es una categoría resbaladiza, algo abarcador que incluye una infinidad de obras narrativas que nada tienen en común salvo estar uncidas por completo, o en parte, en el pasado; lo anterior aplica a la mayoría de las obras narrativas. Una categoría capaz de comprender, digamos, *Lo que el viento se llevó*, *Memorias de Adriano*, *Henry Esmond*, *El puente de San Luis Rey*, *Por siempre Ámbar* y *De aquí a la eternidad*, gotea de todas las costuras. ¿*De aquí a la eternidad*? ¿Por qué no? Publicada en 1951, su tema es el ataque a Pearl Harbor, un hecho histórico sucedido apenas una década antes, aunque ese hecho aparece tan aislado del tiempo que narra

como la trama del abuelito de la narrativa histórica *Weaverly* (1814) de *sir* Walter Scott, cuyo subtítulo —en el que se insiste a lo largo del libro— es *Hace sesenta años*. Y luego está la obra incomparable de Proust, bien llamada *En busca del tiempo perdido*, una búsqueda que está en el corazón de cualquier tipo de narrativa histórica, desde el volver a imaginar la época napoleónica de *Guerra y paz*, hasta las novelas relativas a la Regencia inglesa de Georgette Heyer.

Una de las cuerdas de la narrativa histórica ha tenido como uno de sus impulsos básicos la fundación, o fortalecimiento, del mito nacional. Scott, como ya muchas veces se ha dicho, en esencia *inventó* Escocia. James Fenimore Cooper, siguiéndole los pasos, se encargó de crear la frontera de Estados Unidos. Benito Pérez Galdós, el más grande novelista español después de Cervantes, escribió cuarenta y seis "episodios nacionales" que gozaron de una enorme popularidad además de las treinta y una novelas sobre la vida contemporánea, con el objetivo manifiesto de conferirle a la España del siglo XIX una sólida identidad nacional. *Lo que el viento se llevó* sirvió para traer a cuento un sur anterior y posterior a la Guerra civil estadounidense que resultara grato al paladar.

Pero el construir un pasado es precisamente una de las cosas que puede hacer la narrativa histórica. Entender el pasado es algo diferente; se trata de la diferencia entre *El último de los mohicanos* y *La letra escarlata*. (Desde luego que también está la diferencia en talento entre Cooper y Hawthorne.) La distinción está a lo largo de toda nuestra historia literaria. La primera novela *de verdad* es *La Ilíada*, aun cuando se le llame épica y esté dicha en poesía. Las épicas (la de Homero, la *Eneida*, el Viejo Testamento) son mitos fundadores, imaginan el pasado. Mientras que las tragedias griegas son en esencia esfuerzos ficticios por entender e interpretar el pasado.

Las novelas históricas ubicadas en un periodo determinado son capaces de lograr cosas muy diferentes al traducir el pasado al presente. Piénsese en los usos del antiguo Egipto en tres novelistas tan distintos como Thomas Mann, Norman Mailer y Mika Waltari. En *José en Egipto*, Mann imagina a Egipto al servicio de su monumental saga del Israel bíblico, *José y sus hermanos*, escrita cuando él estaba en el exilio —como lo estaba José—. La sorprendente (e ilegible) *Noches de la antigüedad* de Mailer es una metáfora apocalíptica de su incontrolada cosmografía personal. (Egipto debió haber puesto una demanda.) *Sinuhé, el egipcio*, del finlandés Mika Waltari, es sólo una reconstrucción pop, cuando más bien documentada, de la época del faraón —nada convencional en lo religioso— Akenatón, con todo y la reina Nefertiti y el joven rey Tut. Fue la novela

que más se vendió en Estados Unidos en 1949. (El elenco de la película ineludible incluyó a Jean Simmons, Peter Ustinov, Victor Mature y al descubrimiento personal del productor Darryl Zanuck, Bella Darvi.) Y no se olvide que aunque la película de Howard Hawks *Tierra de faraones* (con Joan Collins como la intrigante reina) no se basó en una novela; uno de sus tres guionistas fue William Faulkner.

Sinuhé, el egipcio combina varios rasgos cruciales de numerosas novelas "históricas". Es espectacular. Está colmada de acción. Hay sexo y/o romance. Y es religiosa. Ya desde 1834, en la muy influyente *Los últimos días de Pompeya*, de Bulwer-Lytton, esos elementos son los que han prevalecido una y otra vez, aunque ¿cómo superar mártires cristianos contra paganos, acompañados de una matanza gladiatoria y la gran erupción del Vesuvio? No se les supera, se les recicla. Entre los grandes *best-sellers* de todos los tiempos: *Quo Vadis*, *Ben-Hur* y *La túnica sagrada* (la novela más exitosa de Estados Unidos a mediados del siglo XX) son novelas "bíblicas" de manual, y todas ampulosas hasta más no poder. Y Cecil B. DeMille nos dio *Los diez mandamientos*, dos veces.

La única novela histórica extraordinariamente exitosa que se alejó claramente de la religión fue la infame *Por siempre Ámbar*, la cual fue sinónimo de picante en los novecientos cuarenta, célebremente "prohibida en Boston". Recuerdo haberla leído a la adecuada edad impresionable de catorce años, aún incapaz por completo de ubicar los pasajes sexuales, o incluso los atrevidos, al tiempo que me ahogaba en una investigación regurgitada sobre la Inglaterra de la Restauración. La bella Kathleen Winsor, su autora —quien contrajo matrimonio con Artie Shaw, entre otros— protestó diciendo que *no había* pasajes sexuales: "Sólo escribí dos páginas de sexo y mis editores las dejaron afuera. En su lugar pusieron elipsis". Aun así, *Por siempre Ámbar* vendió tres millones de ejemplares. Para esta ávida adolescente, *Los tres mosqueteros*, en la que aparece la bella y desalmada Milady, era infinitamente más sexy, aunque claro que Dumas era uno de los grandes maestros del género. Y además, francés.

Y así sigue. Las novelas ubicadas en el pasado son populares en nuestro tiempo como nunca antes lo fueron, sólo que ya no las llamamos "históricas". ¿Es una novela histórica *Beloved*? ¿Una novela literaria? ¿Una novela de Toni Morrison? ¿Qué con *The Underground Railroad*? ¿O *Un oficial y un espía*, de Robert Harris, en donde se reimagina el caso Dreyfus por medio de un relato inventado del mayor Picquart? Y para complicar aún más las cosas, ¿no *todas* las ficciones dan inicio en un pasado y sostienen nuestro interés en su trayectoria hasta nuestro supuesto presente?

Mientras más se piensa en la vasta literatura de la novela, más desconcertante se vuelve la pregunta. De las quince novelas de Dickens, dos son específicamente históricas: *Historia de dos ciudades* y *Barnaby Rudge* (por mucho su libro más flojo). Pero *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, publicada en 1836 y ubicada vagamente una década antes, a duras penas es un libro que se propusiera reconstruir o interpretar hechos reales; se trata de una evocación nostálgica y cómica de un mundo anterior al ferrocarril, casi edénico. Sí, la novela sucede en el pasado, pero ¿eso la vuelve "histórica"? ¿*Pickwick*?

ROBERT GOTTLIEB

En la universidad logré embriagarme una o dos veces, pero odié la experiencia —el pensamiento abotagado, la habitación dando vueltas, la náusea— y, como no deseaba repetirla, aprendí en qué momento parar después de un coctel o algunas copas de vino.

JUNTO CON EL DESCONOCIDO aroma del gas lacrimógeno y del eucalipto en la atmósfera, una de las cosas que en particular llamaron mi atención en 1969, año en el que llegué a Berkeley como profesor adjunto de veinticinco años, fue la fabulosa cantidad de alcohol que ingerían mis mayores en el Departamento de Inglés. Fue una época en la que muchos de estos colegas, ya fuera por motivos de mera generosidad hacia los jóvenes o por el taimado deseo de elegir del amplio número de miembros de la facultad sin contrato a quienes valía la pena conservar, invitaban a los recién llegados a interminables rondas de cenas, por lo general realizadas en casas implausiblemente hermosas rodeadas de secuoyas en las colinas.

Crecí en una casa alejada por completo del vino, aparte de la bebida tipo Robitussin que se gastaba con motivos litúrgicos durante la Pascua judía. En contadas ocasiones, en compañía de sus amigos, mis padres bebían sorbos de whiskey de centeno, pero tomándolo siempre con un aire de precaución especial, como si se tratara de TNT. En la universidad logré embriagarme una o dos veces, pero odié la experiencia —el pensamiento abotagado, la habitación dando vueltas, la náusea— y, como no deseaba repetirla, aprendí en qué momento parar después de un coctel o algunas copas de vino. De ahí que me sorprendiera el verme en compañía de tan distinguidos académicos que ya parecían saturados cuando llegábamos a cenar y quienes se iban poniendo más ebrios conforme avanzaba la velada. Notable entre ellos era el célebre crítico y escritor Mark Schorer, cuyos cuentos yo había leído con avidez en *The New Yorker* y quien en cierta forma había logrado hacer que su etilismo fuese estilismo, a la manera de William Powell en *El*

No creía yo que su manera de beber le impidiera escribir crítica literaria, sino que ella, más bien, transmutaba aquello que inhibía su escritura en su ingenio imprudente, desquiciado y, tristemente, fugaz.

hombre delgado, o aun de que se tratara de un logro literario. No era, observé, que el alcohol aportara vuelos de inspiración poética, sino que parecía tener a raya la melancolía que siempre ha asediado a las mentes creativas.

Por mucho, el más memorable de los bebedores era Thomas Flanagan. Los innumerables tragos de whiskey irlandés que tiraba a la lona no hacían sino agudizar su ingenio, aun cuando hicieran pastoso su discurso. Sus chispazos de alegría, como Hamlet dice de Yorick, encendían la mesa. Su sentido del humor era tan acertado que varias veces pensé que debía estar fingiendo la borrachera, conservando sus sentidos al deshacerse en secreto del trago en un florero. Pero en una ocasión me senté a su lado en una cena en la que se puso a seguir una puntada particularmente inspirada hasta caerse de la silla, y doy testimonio de que la caída no fue fingida.

En la embriaguez de Flanagan no parecía haber un fondo de melancolía. Esto no me impidió inventarle algún íntimo dolor. ¿Por qué, yo me preguntaba, este hombre tan inteligente y erudito ha hecho tan poco? Era profesor de tiempo completo en Berkeley, aunque no tenía más que un libro propio, delgado, publicado en 1959, y el cual no era sino un recalentado de su propia tesis doctoral. Me imaginaba que estaba batallando en la secuela a su estudio sobre *The Irish Novelists: 1800-1850*, pero que estaba atorado. No creía yo que su manera de beber le impidiera escribir crítica literaria, sino que ella, más bien, transmutaba aquello que inhibía su escritura en su ingenio imprudente, desquiciado y, tristemente, fugaz.

Pero resultó que Flanagan sí tenía una obra secreta que se gestaba en su interior. En 1979 sorprendió a todos sus amigos al publicar una brillante novela histórica, *The Year of the French*. Un gran éxito de crítica y popularidad, merecidísimo, que en ese momento pareció como salir de la nada, aunque Flanagan debió estar trabajando calladamente en él tras las interminables asambleas, protestas y marchas que ocuparon tantas horas de nuestras días durante los novecientos setenta, o en las noches luego de ver a su maravillosa esposa Jean ayudarlo a subir al carro y llevarlo a casa. (Era una bendición para todos, pensábamos, que nunca hubiera aprendido a manejar.)

En la propia relación de Flanagan, la inspiración para la novela le llegó de un solo golpe. Estaba sentado en su cubículo en Wheeler Hall, esperando a que Jean pasara a recogerlo al final del día, cuando tuvo una visión: se trataba de un hombre, un poeta, andando por un camino en Irlanda. Era sencilla y austera, pero con eso fue suficiente: a partir de ella, Flanagan armó una trama compleja, rica en detalles, y una historia conmovedora sobre el fracasado levantamiento irlandés en contra de los británicos en 1798. Esta novela —más dos enormes

novelas históricas que publicó en el otoño de su vida— se respaldaba en una masiva erudición académica, pero esa erudición jamás habría derivado hacia la narrativa sin la imagen que de pronto, sin invitación alguna, llegó a la cabeza de Flanagan. Ignoro si la imagen habría llegado a él como fuera, sin el tránsito por una fuerte borrachera. ¿Había estado bebiendo en aquella tarde precisa? Lo dudo, o más bien, de ser así, imagino que sólo hasta el mareo. "MacCarthy iba achispado la noche que salió de la cabaña de Judy Conlon en los acres de Killala", empieza la novela. "No del todo ebrio, sino mareado".

STEPHEN GREENBLATT

¿QUÉ ME TENÍA POSEÍDO? De inmediato supe la respuesta: yo había caído en *Children of the Sun*, un libro de Gordon Kennedy sobre los protohippies alemanes que llegaron al sur de California hacia el principio del siglo XX. En él había fotos de personas sentadas en posición de loto con túnicas de India y pelo largo, o arando la tierra con amplísimas sonrisas y sin ropa. A todo el mundo habrían recordado a los desertores de la generación de 1966, pero estaban en Los Ángeles, Ojai y en el desierto de Mojave en la segunda década del siglo XX.

En Alemania los llamaron *Naturmenschen*, en California, "los jóvenes de la naturaleza". Huían de la guerra, del dinero, de las ciudades y del internet de su tiempo: el teléfono, el telégrafo y el cine. Llegaron cargados de misticismo, comida sana y arte expresionista alemán que resonarían en los poetas de la generación Beat, en los hippies, en Fluxus, en el folck-rock y en Burning Man.

Aprendí más a partir de los libros de Martin Green (*Prophets of a New Age*, *Mountan of Truth* y *Children of the Sun*). Recuerdo haber conocido a Gypsy Boots, quien andaba por L.A. Sin zapatos y con el pelo largo en los novecientos cincuenta, al dirigirse al set del programa de Steve Allen en un parral y haciendo beber jugo de zanahoria a Steve. Yo había leído sobre eden ahbez, cuya canción "Nature Boy", el éxito de Nat King Cole, era un retrato de grupo de Gypsy, eden y sus amigos, viviendo en las orillas en la zona del Cañón Tahquitz en las afueras de Palm Springs.

Me empezó a llamar la trama de una novela. En breve me vi metido en una novela histórica, algo que nunca pensé hacer y para lo cual tenía una singular discapacidad: mi predilección por la cultura posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Pero es normal ver tu trabajo en curso y preguntar si aborda un mundo en el que lo que sucede puede suceder. Si no es así, no es lo suficientemente real.

Lo anterior a ese periodo siempre me había parecido trillado y sólido; pero esta vez me perdí en las fotografías de August Sanders, en las memorias de Walter Benjamin y en los álbumes fotográficos de California y Nueva York que en esa época sacó Arcadia Publishing, una época agridulce. Esos jóvenes callejeros en bermudas, con expresiones vagas o gestos de superioridad como de Chicos del Bowery, habían crecido, se habían casado, envejecido y muerto, pero todavía no en esas imágenes.

Pasé horas en bibliotecas leyendo sobre Kurt Schwitters, Ludwig Meidner y Jakob van Hoddis. Si alguno de mis personajes había hecho algo tan sencillo como sacar una foto, yo tenía el pretexto para leer cuidadosamente un número de 1918 de la hermosa revista de pasatiempos *Kodakery*.

En su momento, claro, hay que ponerse a trabajar, lo que incluye cortar todo aquello que en el manuscrito diga "¡Ojo! ¡Investigar!" Pero qué mundo más confortable, imaginándote en esas calles más tranquilas y amplias con los tranvías, los maniquíes de yeso y la *Police Gazette*. Ese placer me llevó por diez borradores.

Luego sucedió la elección presidencial de 2016; como una paliza de callejón, estábamos conscientes de que se había actualizado por pedir casa digna en los años de Carter.

Al volver a trabajar vi que unas líneas en mi manuscrito adquirían un valor nuevo. La cuestión no era si dejar los paralelismos históricos en mi libro. Ya estaban ahí. Mis personajes alemanes empezaron a vivir con el sombrío y criminal Guillermo II, sintiendo que la maldad de sus paisanos había pasado del defecto a la crisis. Su idilio de arte en California y lo erótico se ven opacados por la Primera Guerra Mundial, los conflictos raciales de San Luis Oriental y el linchamiento de alemanes en pueblos de Estados Unidos. Tenía a un personaje leyendo a W. E. B. du Bois, pensando en regresar a Alemania y preguntándose cómo será la sociedad humana al cabo de un año.

Por medio de internet y del teléfono llegó a mí un muestreo anecdótico: un montón de escritores pasaban por lo mismo, lo que bastó para hacerme reír una de las pocas veces ese mes. Pero es normal ver tu trabajo en curso y preguntar si aborda un mundo en el que lo que sucede puede suceder. Si no es así, no es lo suficientemente real. Esa siempre es una preocupación, pero hoy, al igual que muchas otras cosas, parecía como una emergencia. Escribir narraciones puede parecer un gesto pequeño ante nuestros problemas, pero considérese que la reserva de talento ahí afuera podría producir una *Cabaña del tío Tom* o un *1984* antes de que esto termine. Faltando eso, yo diría que en el banco hay más o menos una docena de *MacBirds*.

Hay un par de atractivos especiales en la narración histórica: las diferencias con nuestro propio tiempo y las similitu-

des. A lo largo de toda la campaña electoral, la gente buscó semejanzas históricas como una manera de darle sentido a lo que estaba pasando. En estos días, en especial a las tres de la mañana, las diferencias acrecientan su valor.

Escribo estas líneas al inicio de la transición de gobierno (sólo dos tercios de la prensa se han habituado) y a medio camino de mi onceavo borrador. Las palabras no están cambiando mucho, pero Guillermo y San Luis Oriental están más cerca de ellas. Once borradores son mucho tiempo con alguien, aun tratándose de las creaciones más queridas para uno. ¿Qué es lo que me posee? Todo lo anterior y nuestro urgente tema compartido, un país que todavía es joven pero lo suficientemente viejo para verse embrujado.

CHARLES HAAS

Las raíces ocultas del modernismo

Alex Ross

"Si alguna vez llego a concluir mi libro *Wagnerism*, Péladan aparecerá en el cuarto capítulo: 'El templo del Grial: Wagner místico, decadente y satánico'", anotó Alex Ross en su cuenta de Twitter, al tiempo que compartía el siguiente ensayo sobre la figura intrigante y poco conocida de Joséphin Péladan. Ross escribe regularmente desde hace veinte años en la revista *The New Yorker* y es autor de *The Rest Is Noise: Listening to the Twentieth Century* (Farrar, Straus & Giraux, 2007), traducido por Luis Gago como *El ruido eterno. Escuchar al siglo* XX *a través de su música* (Seix Barral), y de *Listen to This* (Farrar, Straus & Giraux, 2010). Tomado de *The New Yorker*, 26 de junio de 2017. Traducción de Antonio Saborit.

EN EL PARÍS DE PRINCIPIOS de los noventa decimonónicos, en la cima del decadentismo, el hombre de la hora fue el novelista, crítico de arte y futuro gurú Joséphin Péladan, quien se hacía llamar *Le Sâr*, por la antigua palabra acadiana para "rey". Circulaba con una amplia capa blanca, un saco azul cielo,

El encantamiento se gastó rápido. A la muerte de Péladan, en 1918, ya era visto como la absurda reliquia de una época que se desvanecía.

un collar de encaje y un sombrero de astracán, el cual, en conjunción con su cabeza de pelos rizados y su barba de dos picos, le daban la apariencia de un potentado de Medio Oriente. Entonces estaba a medio camino en la escritura de un ciclo de novelas de veintiún volúmenes, titulado *La Décadence Latine*, el cual sigue las fantásticas aventuras de varios hechiceros, adeptos, mujeres fatales, andróginos y otros enemigos de lo común y lo corriente. Su bibliografía incluye además tratados literarios, explicaciones sobre la mitología wagneriana y un libro de autoayuda titulado *Cómo volverse un mago*. Él mismo se encargó de divulgar que había concluido este manual. Le informó a Félix Faure, presidente de la República Francesa, que tenía el don de "ver y oír a gran distancia, lo que es útil para controlar concejos enemigos y eliminar el espionaje". Una conferencia la inició diciendo: "Gente de Nimes, no tengo más que enunciar cierta fórmula para que se abra la tierra y se los trague a todos ustedes". En 1890 estableció la Orden de la Rosa-Cruz del Templo y del Grial, una entre muchas sectas finiseculares que afirmaban revivir las artes perdidas de la magia. La cima de su fama llegó en 1892, al lanzar una exposición anual de arte llamada *Salón de la Rosa-Cruz*, la cual recibió con los brazos abiertos el movimiento simbolista, con un énfasis en sus rasgos más raros. Por ahí pasaron miles de visitantes, sin tener la certeza de si eran testigos de un acontecimiento colosal, o bien, de una broma monumental.

El encantamiento se gastó rápido. A la muerte de Péladan, en 1918, ya era visto como la absurda reliquia de una época que se desvanecía. Hoy lo conocen sobre todo los estudiosos del simbolismo, los *connoisseurs* de lo oculto y los devotos de la música de Erik Satie. (La primera vez que me topé con Péladan fue en relación con la fantasmal partitura de *Le fils des étoiles* —el hijo de las estrellas—, de Satie de 1891; la partitura fue escrita para la obra de teatro de Péladan que lleva ese mismo título, y está ambientada en Caldea en el año 3500 a. C.). Joris-Karl Huysmans, su contemporáneo, sigue siendo una figura de culto —*A contrapelo*, la novela de Huysmans de 1884, se sigue leyendo como el libro básico de la estética decadente—, pero ninguna de las novelas de Péladan se ha traducido al inglés. De manera que cuando el Guggenheim Museum abra el 30 de junio la exposición *Simbolismo Místico. El Salón de la Rosa-Cruz en París, 1892-1897*, la mayoría de los visitantes ingresarán a una tierra ignota. La exposición ocupa una de las galerías de la torre, en salas pintadas de color rojo sangre con mobiliario en terciopelo color azul medianoche. Sobre los muros resplandece el Santo Grial, se ciernen ángeles diabólicos, las mujeres irradian santidad o lujuria. Nos interpela el oscuro kitsch de *fin de siècle*.

No obstante su gastada repulsión, vale la pena revisar el momento, pues místicos como Péladan prepararon el terreno para la revolución modernista de principios del siglo XX. John Bramble, en su libro *Modernism and the Occult* (2015), escribe que el *Salón de la Rosa-Cruz* fue el "primer ensayo de una 'religión del arte moderno' semiinternacional", una orden estética con Péladan como sacerdote supremo. En los años siguientes, el pensamiento artístico radical y las ambiciones espirituales oscuras se cruzaron con todo, desde las abstracciones de Kandinsky hasta *La tierra baldía*, de T. S. Eliot, y la música atonal de Schoenberg. En "El segundo advenimiento", de Yeats, la "escabrosa bestia" que se arrastra hacia Belén, mitad hombre y mitad león, no es metáfora. Las relaciones clásicas del modernismo tendieron a reprimir tales influencias, con frecuencia por mera incomodidad intelectual. Pero en décadas recientes el misticismo de *fin de siècle* ha vuelto a estar de moda en la academia. En 1917, Max Weber dijo que la racionalización de la sociedad occidental había traído consigo el "desencanto del mundo". Péladan y quienes le tomaron la palabra deseaban encantar al mundo de nuevo.

La manía por lo oculto, que ascendió a su cresta en las décadas previas a la Primera Guerra Mundial, se había ido intensificando a lo largo del siglo XIX. Sus manifestaciones incluían la teosofía, el espiritismo, el swedenborgianismo, el mesmerismo, el martinismo y el cabalismo: elaboraciones de rituales arcanos que habían sido desplazados en una época secular, materialista. Proliferaron las reinvenciones o fabricaciones de sectas medievales: los Caballeros Templarios, la Orden Hermética de la Aurora Dorada (hábitat de William B. Yeats) y diversas órdenes rosacruces. Péladan perteneció a los rosacruces, los cuales, siguiendo tratados del siglo XVI de dudosa autenticidad, creían en la alquimia, en la necromancia y en otras artes oscuras. Mientras más elitistas se volvieron estos grupos, mayor fue su proclividad a las disputas doctrinarias furiosas. En 1887, se dio una pelea en París entre Stanislas de Guaita, de la Orden Cabalística de la Rosa-Cruz, y Joseph Boullan, sacerdote expulso de quien se rumoraba haber sacrificado a su propio hijo durante una misa negra. En 1893, a la muerte de Boullan, Joris-Karl Huysmans acusó a Guaita y a Péladan de haberlo matado con magia negra. En la novela de 1891 de Huysmans, *Là-bas*, un personaje observa: "Del misticismo exaltado al satanismo furioso no hay más que un paso".

Péladan nació en Lyon, en 1858, en una familia con cierto inclín por las ideas esotéricas. Su padre, Louis-Adrien, escritor católico conservador, trató de iniciar el Culto de la Herida

Rops realizó los frontispicios de varias de las novelas de La décadence latine*, las cuales empezaron a circular en 1884.*

del Hombro Izquierdo de Nuestro Salvador Jesucristo. El hermano mayor de Péladan, Adrien, fue el autor de un texto de medicina en el que propuso que el cerebro subsiste por el esperma no empleado, el cual toma la forma de un fluido vital. Cuando Adrien murió prematuramente de envenenamiento accidental con estricnina, su hermano perpetuó sus ideas, al sugerir que el intelecto se puede desarrollar sólo cuando se suprime el impulso sexual. Las ideas políticas de los Péladan eran completamente reaccionarias; despreciaban la democracia y clamaban por la restauración de la monarquía. Péladan difería de muchos otros ocultistas en su insistencia en que su retórica rosacruz era una extensión de la auténtica doctrina católica, la cual habían olvidado las instituciones de la Iglesia.

Primero se dio a conocer como crítico de arte, despotricando contra el naturalismo y el impresionismo, a los cuales tenía por banales. "Creo en el ideal, en la tradición, en la jerarquía", declaró. Su artista modelo era Pierre Puvis de Chavannes, quien mostraba temas neoclásicos en un estilo arcaico deliberado, con una perspectiva aplanada y colores blanqueados. "Lo que él pinta no tiene lugar ni tiempo", escribió Péladan. "Es de todas partes y de siempre". Pero también le gustaba la imaginería estridente, gráfica: las imágenes escalofriantemente doradas de la Salomé de Gustave Moreau, las caricaturas diabólicas de Félicen Rops. Péladan elogió *Les Sataniques* de Rops, una serie de grabados que muestran a unos demonios visiblemente excitados penetrando y matando mujeres. Las oscilaciones del péndulo de Péladan entre la piedad y la depravación eran características de su medio, aunque en su caso la oscilación fue particularmente extrema.

Rops realizó los frontispicios de varias de las novelas de *La décadence latine*, las cuales empezaron a circular en 1884. *La victoria del marido*, de 1889, típica del ciclo, alterna entre lo lascivo y lo absurdo. La novela narra el amor de Izel y Adar: ella, hija adoptiva de un rico sacerdote de Aviñón; él, joven genio que desafía la estupidez de la época. Contraen matrimonio y pasan su luna de miel en el festival Wagner en Bayreuth. (Péladan estuvo ahí en 1888 y quedó sin habla.) En una representación de *Tristán e Isolda*, Izel y Adar no se pueden controlar y empiezan a hacer el amor —hazaña que impresionará a quien haya experimentado las tiesas butacas de Bayreuth—. "¡Tristán! ¡Isolda!", claman los amantes en el escenario. "¡Adar! ¡Izel!", murmuran los amantes en el público, posiblemente para molestia de sus vecinos. Pero se confrontan ante la pregunta de *Parsifal*, la ópera final de Wagner. Para Izel, es demasiado "casta, dulce y serena"; para Adar, abre la puerta a una nueva conciencia mística, a los ámbitos del Santo Grial. Adar se va a estudiar con un siniestro brujo

de Núremberg, el doctor Sexthental, y se aleja de su esposa. Sexthental, al percibir la oportunidad, se proyecta de manera astral en la habitación de Izel, bajo la forma de un íncubo. El iniciado derrota esta incursión, aunque persiste el pleito marital. Adar debe renunciar a sus poderes —"Renuncio al augusto pentáculo del macrocosmo"— para recuperar el amor de Izel.

La narración palidece junto a *El andrógino* y *El ginandro*, ambas de 1891, en las que Péladan se asoma al mundo del amor del mismo sexo. La primera describe la madurez de un muchacho afeminado que en apariencia está destinado a ser gay —sus compañeros de clase pelean por él— pero que escapa a tales deseos metiéndose en accesos de exhibicionismo mutuo con muchachas hombrunas. En la segunda novela, otro andrógino, Tammuz, explora el bajo mundo lésbico. Convierte a decenas de "ginandros" —el término predilecto de Péladan para las lesbianas— a la heterosexualidad tras generar mágicamente réplicas de sí mismo. Mientras una orquesta interpreta a Wagner, las mujeres se ponen a adorar un falo gigante. Aun cuando se subvierten los papeles sexuales, se conserva el dominio del varón: al igual que muchos artistas hombres de su época, Péladan era profundamente misógino. "El hombre, marioneta de la mujer, la mujer, marioneta del diablo", decía una de sus frases más citadas.

En otra sociedad, tal material habría sido impublicable, sólo que Péladan levantaba poca ámpula en un medio que ya había asimilado a Baudelaire, Rimbaud y Huysmans. Entre la juventud impresionable, su encanto era comparable al de H. P. Lovecraft. Escritores tan diferentes como Paul Valéry, André Gide, André Breton y Louis-Ferdinand Celine lo leyeron con fascinación, como Le Corbusier. Verlaine lo resumió generosamente como un "hombre de talento considerable, elocuente y en ocasiones profundo... extraño pero de una gran distinción". Max Nordau, en su libro de 1922, *Degeneration*, una sarcástica relación de la cultura *fin de siècle*, es suave con Péladan, diciendo que el "factor consciente en él sabe que [el misticismo] es una tontería, pero encuentra un placer artístico en él, y permite a la vida consciente hacer lo que le plazca". Esta tal vez sea la defensa más fuerte que se pueda hacer de los escritos de Péladan.

El catálogo de la exposición *Simbolismo místico* del Guggenheim, la cual estuvo al cuidado de Vivien Greene, dedicó poco tiempo a la carrera literaria de Péladan, concentrándose en cambio en sus actividades como empresario. En el ensayo principal, Greene sostiene que los extravagantes manifiestos de Péladan y sus *happenings* con medios diversos anticiparon corrientes vanguardistas del siglo siguiente, sobre todo

El miembro más reconocido del grupo Rosa-Cruz fue el pintor belga Fernand Khnopff, a quien Péladan exaltó como el "gran argumento de mi tesis, en defensa del ideal".

la "concepción de la sede de una exposición como un espacio para el *performance* multidisciplinario y como un medio estético inmersivo". Los Salones de la Rosa-Cruz, los cuales se desplegaron en distintas galerías y salas de París, se diseñaron menos para presentar a un grupo coherente de artistas que para demostrar la habilidad del arte para transformar al mundo de todos los días. Lo que Péladan tomó de Wagner, sobre todo, fue la idea de que el arte podía asumir las funciones de la religión. "El artista es un sacerdote, un rey, un mago", proclamó.

Péladan complicó su tarea cargando los salones con regulaciones absurdas por lo general: prohibió las pinturas históricas, las naturalezas muertas, los paisajes, "todo lo humorístico" y "todas las representaciones de la vida contemporánea, privada o pública". (A riesgo de que alguien eche de menos la prohibición sobre el naturalismo, un cartel de los salones mostraba a un héroe como Perseo sosteniendo la cabeza decapitada de Zola.) Las mujeres artistas estaban francamente excluidas, "siguiendo la ley mágica", aunque cuando menos cinco mujeres exhibieron bajo seudónimo —entre ellas la poeta y novelista Judith Gautier, quien aportó una relieve escultórico titulado *Kundry, rosa del infierno*. Más aún, Péladan apartó a varias figuras destacadas, incluido Puvis de Chavannes, al anunciar su participación de manera prematura.

Pese a lo anterior, un número relevante de simbolistas se sumó al circo solemne de Péladan, toda vez que muchos de sus principales se pusieron de acuerdo. Antes, a mediados de la década de 1880, el poeta nacido en Grecia, Jean Moréas, quien acuñó el término "simbolismo", había renunciado a describir fenómenos concretos; los escritores simbolistas, declaró, hacían gestos hacia una idea primordial, la cual podía ser conjurada por medio de "sonidos puros", "oraciones densamente enrevesadas" y un "desorden organizado de manera deliberada". Michelle Facos y Thor Mednick, en su reciente antología *The Symbolist Roots of Modern Art*, observan que los simbolistas minaron los modos convencionales de representación en un esfuerzo por "acceder directamente a lo divino".

El miembro más reconocido del grupo Rosa-Cruz fue el pintor belga Fernand Khnopff, a quien Péladan exaltó como el "gran argumento de mi tesis, en defensa del ideal". Khnopff era un artista de una técnica precisa que emulaba la severidad de los antiguos maestros flamencos y el frío sensualismo de los prerrafaelitas. En los ochenta, cayó bajo el influjo de Péladan y gravitó hacia la fantasía simbolista. Su obra mejor conocida, *Las caricias*, se inspira en la obra de teatro de Péladan, *Edipo y la Esfinge*: un chico esbelto, andrógino, abraza una criatura con cabeza prerrafaelita y cuerpo de chita. La esfinge tiene cla-

ramente el control, pero su dominio es discreto: la imaginería de la *femme-fatale* se aproxima a una manera más matizada.

El Guggenheim exhibe *Cierro la puerta tras de mí*, de Khnopff, que toma su título del poema de Christina Rossetti "Who shall deliver me?" Una mujer pálida de cabello negro mira fijamente al observador, rodeada de un conjunto protosurrealista de objetos: en primer plano, tallos de lirios de día color naranja; una flecha sobre una mesa con mantel; al fondo, un busto de Hypnos en una repisa; una ventana que ofrece la vista de una figura vestida de negro en una calle desierta —una imagen que podría confundirse con una pintura—. A primera vista, la obra da una sensación de confinamiento: la mujer parece atrapada en el conjunto de símbolos del artista; pero Khnopff parece más amable con su sujeto femenino de lo que es usual en el arte simbolista. Este espacio críptico puede ser la habitación propia de ella, un mundo privado de la imaginación.

Péladan merece además el crédito de haber puesto atención desde bien temprano en el gran pintor suizo Ferdinand Hodler. *Las almas decepcionadas*, un lienzo de Hodler incluido en la exposición del Guggenheim, es un estudio sobre el abatimiento masculino: cinco envejecidos hombres descalzos miran al suelo, dos de ellos con la cabeza entre las manos, el de en medio con el torso demacrado expuesto. La manera hierática y la palidez de la composición recuerda a Puvis de Chavannes, pero la imaginería es más tosca y desnuda, apuntando hacia la desolación interna del expresionismo.

Tal vez el último pintor rosacruz sea otro belga, Jean Delville, quien compartía la enferma opulencia de la estética de Péladan. Un dibujo que se titula *El ídolo de la perversidad* ofrece una mujer tipo Medusa con una mirada aguda a la que le brota una serpiente de los pechos. En *La muerte de Orfeo*, la cabeza decapitada del músico descansa sobre su lira, flotando sobre un río verdoso en el que se refleja el resplandor de las estrellas. La primera vez que vi este cuadro, en una visita a los Museos Reales de Bellas Artes de Bélgica, en Bruselas, me remitió a un trance incómodo: me atraía la serenidad de la superficie pintada al tiempo que me disgustaba el horror del tema. Precisamente porque mucho del arte simbolista parece fechado a primera vista, conserva su capacidad de asombro.

La música fue parte integral de la concepción multimedia de la Rosa-Cruz, aunque tuvieron dificultades varios de los *performances* que Péladan planeó en conjunción con el salón inaugural. Las ceremonias de apertura debían tener una misa solemne del Espíritu Santo, en la iglesia de Saint Germain

l'Auxerrois, con fragmentos de *Parsifal* en el órgano. Los clérigos, recelosos, no lo autorizaron debido a que Wagner era protestante. Un concierto posterior de Wagner fue objeto de disputa entre Péladan y su expatrocinador, Antoine de La Rochefoucauld. Mientras una orquesta tocaba *El idilio de Sigfrido*, un aliado de Péladan, disfrazado torpemente con una barba falsa, gritó que La Rochefoucauld era "un malhechor, un cobarde, un ladrón". Se echó al espontáneo, lo que provocó que se azotara una puerta y que los músicos callaran.

La colaboración de Péladan con Satie, quien entonces estaba en sus veinte, tuvo su raíz en la bohemia de Montmartre, en donde ambos dejaron vívida huella. Satie era mejor conocido como pianista en los cabarets Chat Noir y Auberge du Clou; en 1888 compuso su trío de reflexivas danzas *Gymnopédies*. Anunció una nueva sencillez —música "sin *sauerkraut*"—, desafiando la grandeza wagneriana. Fue además un ironista incorregible que celebraba sus partituras con instrucciones irrealizables: "Ármese de clarividencia", "abra su cabeza". Tan exquisitas puntadas parecen muy alejadas del mundo de terciopelo oscuro de Péladan, sin embargo, Satie también compartía las preocupaciones místicas de su generación. Sus texturas sonoras sin adornos, con frecuencia basadas en modos griegos y en el canto gregoriano, pueden tener la cualidad de íconos crípticos.

La obra de teatro *Le fils des étoiles*, la cual produjo la partitura más rosacruz de Satie, sigue a un joven pastor-poeta en su iniciación como mago. El preludio al acto primero comienza con una sorprendente secuencia de hexacordos, consistente de intervalos de cuarta sobrepuestos, con un tritono incluido para darle sazón. Si bien estos acordes están construidos en una sencilla melodía a manera de canto, son esencialmente atonales. La partitura de Satie, escrita más de quince años antes de las primeras obras atonales de Schoenberg, más adelante vuelve a un lenguaje convencional, pero la tela de la armonía ha sido desgarrada. Esta vez el compositor no da señales de estar bromeando: el inicio está marcado con "blanco y quieto".

Tras el primer salón, Satie rompió con Péladan y en la cismática manera de la hora estableció un culto privado, la Iglesia Metropolitana de Arte de Jesús Conductor, desde cuyo púlpito emitió edictos y anatemas en una aparente parodia del estilo de Péladan. ("Debo levantar mi mano para expulsar a los opresores de la Iglesia del Arte".) Las razones del rompimiento se desconocen; tal vez la partitura de Satie para *Le fils des étoiles* resultó demasiado peculiar para el recóndito gusto de Péladan, o posiblemente Satie decidiera que su reputación estaría mejor suspendiendo sus vínculos con una figura tan controversial. Cualesquiera que hayan sido los cálculos de Satie, en breve se volvió a hundir en la oscuridad; hasta la segunda década del

siglo XX, Maurice Ravel echaría a andar el renacimiento de Satie al celebrarlo como modelo del estilo antirromántico.

A mediados del siglo XX, la música de Satie cautivaría a John Cage, quien vio en ella no sólo un desafío a la armonía existente sino a la idea misma de forma musical. Cage tomó especial aprecio por una pieza corta, gnómica, sin rumbo armónico, fechada en 1893, de título *Vexations*, al principio de la cual escribió Satie: "Para tocar este motivo ochocientas veces seguidas es recomendable prepararse de antemano, en el silencio más profundo, por medio de una inmovilidad seria". En 1963, Cage tomó las instrucciones en serio: organizó una ejecución épica en la que un equipo de pianistas en relevo repitió *Vexations* durante casi diecinueve horas. Toda vez que *Vexations* pertenece al periodo rosacruz de Satie, el Guggenheim montará su propio maratón de un día, en septiembre. Habiendo asistido años atrás a un acto sobre *Vexations*, les advierto a los potenciales escuchas que pueden llegar a experimentar alucinaciones con la esfinge antes de que concluya la ejecución.

Antes de que Péladan se esfumara de la memoria cultural, recibió un par de reconocimientos respetuosos de parte de los gigantes en ascenso del modernismo. En 1906, Ezra Pound abrazó la idea de Péladan de que la tradición medieval del *troubaudor* era un repositorio de sabiduría hermética. Y en 1910 Vasily Kandinsky citó a Péladan en su manifiesto *De lo espiritual en el arte*: "El artista es un rey, como dice Péladan, no sólo porque tiene un gran poder, sino también porque su responsabilidad es grande". Esta frase, extrañamente profética del cómic del Hombre Araña, es evidencia de las persistentes reverberaciones del ocultismo. Kenneth Silver amplía la conexión en un ensayo que mueve a la reflexión en el catálogo de simbolismo místico, titulado "La vida después de la vida: Los vínculos relevantes y a veces turbadores entre el ocultismo y el desarrollo del arte abstracto, *ca.* 1909-1913". La palabra "turbador" está tomada de la teórica del arte Rosalind Krauss, quien en 1979 escribió que "hoy nos parece inefablemente perturbador mencionar arte y espíritu en la misma oración". Sin embargo, al principio del siglo XX, Kandinsky, Pound y otros modernistas absorbieron lo que Silver llama "una amalgama de fuerzas espirituales: cristianas, hindúes, budistas, cabalísticas, alquímicas y algunas sólo locas". El asumir la pose de un brujo o gurú envalentonó a más de unos cuantos artistas y escritores en su afán por hacer explotar la tradición y crear un orden nuevo.

Péladan tuvo poco impacto directo en el modernismo temprano; en su lugar, la fuerza dominante fue la teosofía, el

Sin embargo, al principio del siglo XX, Kandinsky, Pound y otros modernistas absorbieron lo que Silver llama "una amalgama de fuerzas espirituales: cristianas, hindúes, budistas, cabalísticas, alquímicas y algunas sólo locas".

Si bien Yeats es el caso ejemplar entre los escritores modernistas orientados hacia el ocultismo, T. S. Eliot también merece un vistazo.

movimiento medio visionario, medio espurio, que Helena Blavatsky y otros lanzaron en Nueva York en 1875. Blavatsky devoró textos rosacruces y de esoterismo católico relacionados con ellos y combinó sus ideas con influencias de Oriente. Ella sostenía notoriamente estar en comunicación con los eternos maestros de India. Tal palabrería no impidió a los pares de Kandinsky apreciar el vigor del asalto teosófico sobre el materialismo en nombre de una verdad superior. Las controladas explosiones de color de Kandinsky tienen un notable parecido con las imágenes que aparecen en *Formas del pensamiento*, un conocido texto teosófico. Sus pinturas se pueden ver como opacos emblemas sacros, conductos de una revolución espiritual. Silver ve tendencias similares en la obra de Marcel Duchamp, Kazimir Malevich, Hilma af Klint y Piet Mondrian. "Todo lo saqué de *La doctrina secreta* (Blavatsky)", escribió Mondrian en 1918.

Si bien Yeats es el caso ejemplar entre los escritores modernistas orientados hacia el ocultismo, T. S. Eliot también merece un vistazo. Luego de que Eliot se convirtiera al anglocatolicismo, al final de la década de 1920, reprendió a Yeats por haber recurrido a una "mitología baja altamente sofisticada" de sabiduría tradicional sobre lo sobrenatural. Sin embargo, *La tierra baldía* inicia con un conjunto de elementos decadentes: citas de *Tristán e Isolda*, alusiones a Verlaine y Mallarmé, parloteo sobre las cartas del tarot y sesiones espiritistas, sugerencias a cultos vegetales. El poema concluye con una versión orientalizada de la búsqueda del Grial, culminando en un cántico de "shanti shanti shanti". Lecturas posteriores del poema tienden a ver una intención satírica en Eliot, pero como lo sugiere Leon Surette, el poema tiene la sensación de un ritual de iniciación, en el desarrollo del cual el poeta logra la maestría de todas las tradiciones religiosas.

El espiritualismo de *fin de siècle* tuvo también un efecto radical en la música: *Le fils des étoiles* fue sólo el comienzo. En la primera década del siglo, Alexander Scriabin alcanzó el borde de la atonalidad bajo la influencia de la teosofía; él creó un "acorde místico" de seis notas, quema oídos, que anuncia a una presencia divina hasta entonces inefable. Jean Delville aportó una imagen de una deidad solar para la portada de la partitura suntuosamente discordante de Scriabin, *Prometeo. Poema de fuego*. En cuanto a Schoenberg, en el tiempo de su salto atonal estaba inmerso en textos místicos: en una terminología que recuerda a la de Péladan, Schoenberg explicó que, si bien los acordes mayores y menores convencionales parecen la oposición de dos géneros, sus nuevos acordes se podrían comparar con ángeles andróginos. Hasta el frío inte-

lecto de Ígor Stravinsky se vio tocado por energías teúrgicas: el escenario neopagano de *La consagración de la primavera* fue creado en colaboración con el pintor simbolista ruso Nikolái Roerich, quien tendría una carrera espectacularmente extraña como sabio teosófico.

El misticismo perdió su lustre en el velatorio de dos guerras mundiales catastróficas. Las extáticas liturgias de *fin de siècle* sonaron falsas y un rito de objetividad tomó el poder de las cosas. Lo sobrenatural fue eliminado del relato de origen del modernismo: el gran académico de la literatura irlandesa Richard Ellmann insistió en que Yeats empleó símbolos arcanos "por su utilidad artística, no por ocultismo". En la narrativa que muchos de nosotros aprendimos en la escuela, los sobresaltos de la época modernista fueron, sobre todo, desarrollos formales, hechos autónomos dentro de cada disciplina. Clement Greenberg habló de la "rendición progresiva a la resistencia del medio" de la pintura; Theodor W. Adorno, de la "inherente tendencia del material musical". Fórmulas tan sobrias no logran atrapar los agitados anhelos trascendentales de un Kandinsky o de un Schoenberg.

De aquí la mala reputación del encanto de Péladan, quien se atrevió a hablar en voz alta sobre lo que por lo general queda implícito en la esfera estética: la fe en el poder alquímico del artista, en la naturaleza divina de la creación, en la cualidad oracular del genio. (Piénsese con cuánta frecuencia se dice que el expresionismo anterior a la guerra anticipó los horrores por venir, como si los artistas fueran adivinos.) La pregunta que queremos plantear a una figura como Péladan es si creía o no en lo que decía, si, en esencia, era un loco o un charlatán. Robert Duncan escribió un poema sobre la relación entre Satie y el "viejo bobo" de Péladan, en el que imagina al compositor preguntando:

> ¿Hay algún lugar que contenga
> semejante pose? ¿En el que aun los simuladores
> de Dios acaricien un temblor juvenil al filo de Dios?

Tales preguntas presuponen una línea de demarcación nítida entre lo real y lo falso, y en asuntos del espíritu esa línea nunca se puede fijar. En un retrato sublimemente tonto realizado por Delville, Péladan se cierne sobre nosotros con una blanca túnica sacerdotal, con los ojos vueltos hacia lo alto, apuntando hacia el cielo con el dedo índice. Es el poeta fallido de un credo inexistente. Sin embargo, su convicción resulta desconcertante. Religiones enteras, imperios enteros, se fundaron con mucho menos.

Sor Juana y la herejía: sobre la fundamentación teológica del *Primero sueño*

Alejandro Soriano Vallès*

Resumen: A lo largo de los siglos XX y XXI se han dado múltiples interpretaciones del poema *Primero sueño* de sor Juana Inés de la Cruz. Por lo general, tales recurren a filosofías y teologías ajenas al medio cultural de la poetisa. La falta de estima por el pensamiento aristotélico-tomista propio de la época, ha favorecido lecturas deficientes y anacrónicas. Es necesario recuperar la lectura escolástica para comprender la obra adecuadamente.
Palabras clave: sor Juana Inés de la Cruz, teología, filosofía, tomismo, *Primero sueño*.

Abstract: Throughout the 20th and 21st centuries, multiple interpretations of *Primero Sueño* (*First dream*) by Sor Juana Inés de la Cruz have been formulated. Usually such interpretations turn to philosophical and theological theories, alien to the poet's cultural milieu. The lack of esteem for Aristotelian-Thomistic thought, pervasive at that time, has favored anachronistic and deficient readings of the poem. It is necessary to recover the scholastic reading in order to comprehend it properly.
Keywords: Sor Juana Inés de la Cruz, theology, philosophy, Thomism, *Primero sueño*.

Fecha de recepción: 28 de abril de 2016
Fecha de aceptación: 26 de octubre de 2016

Muy cierto que ella —en su Respuesta a sor Filotea y sus Ofrecimientos del Rosario—, habla muy claro "del malvado Pelagio, del protervo Arrio y del malvado Lutero y los demás heresiarcas"…; y medita entre los mayores cuchillos de dolor de Nuestra Señora a los herejes y apóstatas, que "ya en la carrera de la vida y en el camino de la luz, volverían atrás, descoyuntando el místico Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia"…; y madrugó —profética— a estas "elogiosas" calumnias, con aquella diamantina protesta inolvidable: "Aprecio, como debo, más el nombre de católica y de obediente hija de mi Santa Madre Iglesia, que todos los aplausos de docta"… Mas ¿quién va a creerle más a la pobre sor Juana que al ínclito sorjuanista? No lo dudemos: "Fue heterodoxa", sin apelación, porque cuando don Ermilo lo dice, bien estudiado lo ha de tener.

Alfonso Méndez Plancarte

El gran obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, a quien su biógrafo, fray Miguel de Torres, llama "teólogo profundo"[1] y el autor de *Bibliotheca mexicana*, Juan José de Eguiara y Eguren, "sapientísimo teólogo",[2] dirigió a sor Juana Inés de la Cruz una epístola (la *Carta de Puebla*), en 1691, en la cual le revela que meses antes había impreso su disquisición escolástica,

* Investigador independiente.

[1] Fray Miguel de Torres, *Dechado de príncipes eclesiásticos*, Puebla, Viuda de Miguel de Ortega y Bonilla, 1716 (?), p. 22. Fray Miguel fue sobrino carnal de sor Juana.

[2] Juan José de Eguiara y Eguren, *Bibliotheca mexicana, s. v.*, "Ioanna Agnes a Cruce", *apud* José Quiñones Melgoza, "Sor Juana: una figura a través de tres siglos (Antología)", *Literatura Mexicana*, vol. 6, núm. 2, 1995, p. 543.

la *Carta atenagórica*,[3] con el deseo de "manifestar a la Europa, a donde han ido algunas copias, que la América no sólo es rica de minas de plata y oro, sino mucho más de aventajados ingenios".[4] De este modo, el influyente prelado, aparte de validar el contenido ortodoxo de la disertación de la monja jerónima, se manifestaba orgulloso de ella. No era para menos, pues con la *Carta atenagórica* su autora, al exceder en la polémica a uno de los mayores expertos de la época,[5] el jesuita portugués Antonio Vieira, había ratificado el dominio de la ciencia sagrada que poseía. Ese dominio estaba ya acreditado entre quienes la rodeaban,[6] pero ahora el obispo, especialista en el tema, lo tornaba público. Con su edición, don Manuel hizo saber al mundo que la destreza de la afamada poetisa en las disciplinas de la Escuela era digna de respeto.[7] Indudablemente, antes de ello y cual asienta el propio Eguiara, era "fácil cono-

[3] Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, 4 vols., México, FCE, 1951, 1952, 1955 y 1957 [el último editado por Alberto G. Salceda], núm. 404 [remito a los números que ahí se asignan a los textos].

[4] *Cfr.* Alejandro Soriano Vallès, *Sor Filotea y sor Juana. Cartas del obispo de Puebla a sor Juana Inés de la Cruz*, Toluca, FOEM, 2015, p. 191.

[5] El lector interesado en mayores detalles puede consultar a Alejandro Soriano Vallès, *Aquella Fénix más rara. Vida de sor Juana Inés de la Cruz*. México, Minos III Milenio, 2012, pp. 165-182, 211-248 y 251-298.

[6] En la *Carta de Puebla*, el propio Fernández de Santa Cruz pregunta a la Fénix: "¿No será lástima que una violenta propensión a todas las ciencias sea defraudada de la principal? ¿Y que siendo grato empleo de su poderosa inclinación las naturales, escolástica teología y expositiva, sea tan desgraciada la mística que no la deba algún suspiro?", Alejandro Soriano Vallès, *Sor Filotea y sor Juana*..., p. 196. Al mencionar la "escolástica teología y expositiva", el obispo se refiere a la tradicional división de la teología revelada (no *natural*) en *escolástica* o *dogmática* (el estudio científico de la Palabra de Dios, tal como se predica y enseña en la Iglesia católica), *expositiva* (que *expone* las Sagradas Escrituras) y *moral* (que guía los actos humanos con acuerdo con la recta razón y con la fe revelada). Además de éste, conformémonos con citar los ejemplos brindados por Eguiara: primero, el del agustino español fray Antonio Gutiérrez "teólogo y doctísimo maestro de la misma orden, quien se burlaba de la famosa erudición de Juana Inés, creyéndola supuesta y falsa y que toda consistía en sus versos españoles", el cual, tras escucharla tocar "los puntos más extraños e impenetrables de la ciencia sagrada", se retiró de la entrevista "tan atónito por la sobresaliente, variada y vastísima erudición de aquella mujer [que] afirmó desde entonces que la monja era de plano admirable y mayor a cualquier alabanza", y segundo, el del "doctísimo maestro, padre Manuel de Argüello, de la orden de San Francisco" "quien en ese tiempo, entre los principales hombres de letras, cultivaba el debate escolástico" y, luego de obtener de la Décima Musa la solución a un complejo asunto teológico o filosófico que estaba por debatir, "públicamente dijo, ya que era ingenuo y sincero, que las alabanzas [que recibía por el triunfo] debían recaer en Juana Inés". *Cfr.* José Quiñones Melgoza, "Sor Juana: una figura...", *op. cit.*, pp. 530-534. Puede agregarse la atestación de Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, editor de *Fama y obras póstumas*, tercer volumen de las obras de la jerónima, quien, calificándola de "Argos del entendimiento", se refiere a sus interminables dotes, entre ellas las teológicas: él mismo —cuenta— la oyó cómo "ya, silogizando consecuencias, argüía escolásticamente en las más difíciles disputas; ya, sobre diversos sermones, adelantando con mayor delicadeza los discursos [...] nos admiraba a todos". Sor Juana Inés de la Cruz, *Fama y obras póstumas del Fénix de México*, Madrid, Imprenta de Manuel Ruiz de Murga, 1700.

[7] Refiriéndose justamente a la *Carta atenagórica* o *Crisis sobre un sermón*, Diego Calleja, primer biógrafo de la Fénix, legó el siguiente testimonio: "El padre Francisco Morejón, cuya sabiduría y demás prendas son tan conocidas en Madrid (y, en especial, cuya sutil robustez en las consecuencias ha sido siempre tan dolorosa para muchos), habiendo leído este escrito de la madre Juana Inés en contradicción del asunto del padre Vieira, dijo 'que cuatro o cinco veces convencía con evidencia'. Esto le oí a este formalísimo ingenio; y, porque sobrados los apoyos no enflaquezcan el crédito de la poetisa, entre los que han menester dársele de escolástica por ajeno informe, no refiero otros muchos doctos, entendidos y de gusto discreto (valgan dos nombrados por muchos: el padre Francisco Ribera y el padre Sebastián Sánchez) que, habiendo leído este papel de el [*sic*] *Crisis*, se deshacían en su alabanza...". En el "Prólogo a quien leyere" de *Fama y obras póstumas*, Juan I. de María Castorena y Ursúa legó constancia de un escrito perdido de la monja: "las *Súmulas* que de su letra tenía el reverendo padre maestro José de Porras". Sobre ellas, dice Mauricio Beuchot: "Es lástima que no se conserve esa obra lógica de la monja, ya que nos mostraría muy a las claras su vena escolástica, pues no había nada más escolástico que las súmulas. Eran éstas unos compendios (de ahí su nombre, proveniente del latín, de *summula*, o pequeñas sumas) en que se albergaba lo más esencial de la dialéctica". Mauricio Beuchot, *Sor Juana, una filosofía barroca*. Toluca, UAEM, 2001, p. 2. Muchas décadas después, el jesuita Juan Bautista Gener incluyó a nuestra jerónima en su *Theologia dogmatico-scholastica*: "Joanna Agnes a Cruce, mexicana monialis, criticis et poeticis. Commentariis III, celebratissima. Haec Musarum Decima jure audit. Seculo jam exeunte claruit". Juan Bautista Gener, *Theologia dogmatico-scholastica*, Roma, typographeo S. Michaelis ad Ripam, sumptibus Venantii Monaldini bi-

cer, como por su garra al león, cuánta fue su experiencia en los asuntos teológicos, sobre todo si reunimos los muchísimos pasajes que quedan en sus libros, indicadores de ninguna manera oscuros, de la más profunda doctrina sagrada".[8]

Es el caso del *Primero sueño*, poema henchido de conocimientos de muy variados géneros pero apuntalado por la ciencia escolástica. En él se verifican las palabras de sor Juana relativas a que

> [...] el fin a que aspiraba era a estudiar teología, pareciéndome menguada inhabilidad, siendo católica, no saber todo lo que en esta vida se puede alcanzar, por medios naturales, de los divinos misterios; y que siendo monja y no seglar, debía, por el estado eclesiástico, profesar letras [...] Con esto proseguí, dirigiendo siempre, como he dicho, los pasos de mi estudio a la cumbre de la Sagrada Teología; pareciéndome preciso, para llegar a ella, subir por los escalones de las ciencias y artes humanas.[9]

Son precisamente estas artes y ciencias las que en el esquema alegórico de *El sueño*, a partir de su plétora, sirven como ancilas[10] a "la Ciencia en que se incluyen todas las ciencias, para cuya inteligencia todas sirven".[11] Sin pretender, de ninguna manera, que la silva de la monja sea un tratado o manual de filosofía y teología escolástica, particularmente tomista, lo cierto es que, según mostré en el detallado estudio que sobre ella publiqué en 2000,[12] la llameante belleza que nos hiere en la cristalina exquisitez de sus versos se ajusta a cabalidad, *por lo que a la totalidad de sus significados respecta*, a la exégesis escolástica. Es decir que, a diferencia de la inmensa mayoría de los esfuerzos hermenéuticos modernos, necesitada de múltiples y enmarañadas componendas filosóficas para interpretarlo, el poema se explica perfectamente de cabo a rabo acudiendo a una sola filosofía (la de la Escuela, en cuyo dominio la religiosa, según sus contemporáneos, se distinguía). La exégesis tomista de *El sueño* cumple así con el principio metodológico de la *navaja de Ockham*, que postula como la mejor explicación la que menos constituyentes necesita; esto es, la más sencilla.

Primero sueño es la obra maestra poética de sor Juana Inés de la Cruz y una de las cumbres de la literatura en castellano. Hasta donde sabemos, sólo uno de los coetáneos de la autora, el escritor canario Pedro Álvarez de Lugo y Usodemar (1628-1706), se aventuró a redactar un comentario.[13] Fueron principalmente los exége-

bliopolae in via cursus et Paulli Junchi typographi, 1767, t. I, p. 89.

[8] José Quiñones Melgoza, "Sor Juana: una figura...", *op. cit.*, pp. 534; la traducción es de Quiñones. De hecho, la poetisa, además de teóloga, fue una apreciada escritora de temas espirituales. Tanto sus contemporáneos como generaciones posteriores supieron sacar provecho de los textos piadosos que compuso. El novenario llamado *Ejercicios de la Encarnación* y el rosario denominado *Ofrecimientos de los Dolores*, le explica ella misma a Fernández de Santa Cruz en la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, su autobiografía: "Se imprimieron con gusto mío *por la pública devoción*, pero sin mi nombre" (*Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, en *Obras completas*, núm. 405, p. 474; cursivas añadidas). En cuanto al segundo, aclara cómo "hícelos sólo por la devoción de mis hermanas" (núm. 405, p. 474), "y *después* se divulgaron", es decir, corrieron más allá de los muros de los claustros, entre los católicos en general. Algo semejante con el opúsculo cuyo título es *Protesta de la fe y renovación de los votos religiosos, que hizo y dejó escrita con su sangre la m[adre] Juana Inés de la Cruz, monja profesa en San Jerónimo de México*, que se difundió a sitios y momentos tan lejanos como Bolivia y el siglo XIX. *Cfr*. Alejandro Soriano Vallès, *Sor Juana Inés de la Cruz. Doncella del Verbo* (en adelante, *Doncella del Verbo*), Hermosillo, Garabatos, 2010, caps. "Ejercicios y ofrecimientos" y "Las *Protestas de la fe*"; véase también sor Juana Inés de la Cruz, *Protesta de la fe*, est. introd. de Alejandro Soriano Vallès, México, Centro de Estudios de Historia de México Carso / Planeta, 2010.

[9] Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, núm. 405, p. 447.

[10] José Quiñones Melgoza, "Sor Juana: una figura...", *op. cit.*, pp. 498-499 "Porque ¿cómo entenderá el estilo de la Reina de las Ciencias quien aún no sabe el de las ancilas?".

[11] *Ibidem*, p. 499.

[12] Alejandro Soriano Vallès, *El* Primero sueño *de sor Juana Inés de la Cruz. Bases tomistas* (en adelante: *Bases tomistas*). México, UNAM, 2000.

[13] Denominado *Ilustración al* Sueño. El texto permaneció inédito hasta finales del siglo XX, cuando Andrés Sánchez Robayna lo dio a la imprenta. *Vid.* Andrés Sánchez

tas de los siglos XX y XXI quienes, con desigual mérito, asumieron el reto. Desdichadamente, el auge hermenéutico ocurrió en el momento histórico menos favorable, cuando los fundamentos de la civilización católica de la Décima Musa no sólo se desconocen y menosprecian, sino que incluso son agredidos ferozmente. Como es natural dentro de semejante entorno, la disparidad de los resultados interpretativos ha dependido del grado de fidelidad a dichos fundamentos, de manera que únicamente aquellos que, libres de prejuicios, la han buscado, se han aproximado al éxito.

Quizá el principal trance de los amantes de la silva de la jerónima sea, entre la prodigalidad de lecturas, discernir la pertinencia de las mismas. Ya esbocé dos expedientes ineludibles: primero, la sencillez de la explicación; segundo —y en total consonancia con ella—, que ésta se adecue a la idiosincrasia de la civilización católica de sor Juana. De tal modo, los realmente deseosos de acercarse al sentido primigenio de la obra[14] se verán compelidos a descartar las elucidaciones anacrónicas, que insertan en su contenido significados exóticos, ajenos a su *Zeitgeist*, al clima cultural del que brotó. De igual manera, es necesario estar en guardia contra las omisiones. Son incontables las veces en que los investigadores se hacen de la vista gorda ante determinados datos que, acaso por no coincidir con su propia ideología o no convenir a la exégesis que han desarrollado, les incomodan.[15]

Pongo el ejemplo del pasaje de los *Días de la Creación* (vv. 625-703), cuya existencia revelé en *Bases tomistas*[16] y es indispensable, según demostré, para dilucidar correctamente el poema, entre otras cuestiones, al volver ostensible su filiación teológica católica (y escolástica). Quien tenga voluntad lo distinguirá sin dificultad; empero, hasta donde tengo noticia, ninguno de los comentaristas (salvo Tarsicio Herrera Zapién)[17] ha tenido a bien reconocerlo.

Refiriéndose a *El sueño*, explica Diego Calleja en la primera biografía de sor Juana que ella "no tuvo en este escrito más campo que éste": "siendo de noche me dormí; soñé que de una vez quería comprender todas las cosas de que el universo se compone; no pude, ni aun divisas por sus categorías, ni aun solo un individuo. Desengañada, amaneció y desperté".

En el poema la Décima Musa cuenta cómo, tras anochecer, los seres van sucumbiendo al embate del sueño hasta que, llegado el turno, describe el modo en que se apodera de su persona. A partir de entonces, la descripción se centra en el soñar propiamente dicho, o sea, en la aventura onírica. En el transcurso explica cómo, soñando que su alma se separaba de su cuerpo, ésta ascendió para encontrarse de pronto a una altura tal que intentó conocer, "de una sola vez", intuitivamente. Al intento siguió el fracaso, pues no consiguió entender nada; por lo cual se planteó la factibilidad de volver a ensayarlo, sólo que ahora recurriendo al método aristotélico, que va considerando las cosas singularmente. Mientras repasaba los "grados" de estas "cosas" por los que penosamente tendría que subir para, si fuese posible, acceder a la cima del conocimiento, su persona comenzó a despertar y en el mundo a amanecer.

Fundado en los "acontecimientos" del *Primero sueño*, en *Bases tomistas* sugerí seccionarlo de forma que del dormir del mundo (exterior) se pase al de la persona de sor Juana (interior), de

Robayna, *Para leer "Primero sueño" de sor Juana Inés de la Cruz*, México, FCE, 1991.

[14] He tratado el tema de la objetividad del conocimiento del significado de los textos sorjuaninos en mi libro *La hora más bella de sor Juana*. México, Conaculta / Instituto Queretano de la Cultura y las Artes, 2008, pp. 19-42.

[15] Sea por esto, por impotencia o por mera desidia, el hecho es que una grave falta de la generalidad de los intérpretes es su desdén respecto de los trabajos anteriores. Cual si los suyos fuesen piedras angulares, no se toman la molestia (como yo en *Bases tomistas* me tomé) de analizar los ajenos. Así, los lectores, privados del obligatorio "estado de la cuestión", carecen de elementos para contrastar las hipótesis que se les presentan. Allende la sobreabundancia, el resultado, sin el control de tan fundamental tasación filológica, es la proliferación de toda laya de lecturas.

[16] Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomistas*, pp. 279-302.

[17] Tarsicio Herrera Zapién, "Del *Primero sueño* al 'segundo sueño'. De Aristóteles a Teilhard de Chardin", *Literatura Mexicana*, vol. 14, núm. 2, 2003, p. 187.

éste al soñar, y —de manera inversa— del soñar al despertar de sor Juana (interior), y de él al del mundo (exterior). Es necesario puntualizar que tal partición (no del todo original hasta aquí) debe ser afinada con algunos elementos que enseguida mencionaré y cuya elucidación desarrollé ampliamente en mi libro.[18] Dichos elementos remiten, de manera principal, a una conocida correspondencia establecida desde antiguo, según la cual el hombre es *microcosmos*, esto es, "resumen" —por poseer sus características— del cosmos. Ahora bien, apelando a esta correspondencia se puede establecer que, *grosso modo*, lo que "sucede" en el mundo exterior sucede en el *interior*, es decir, *en* sor Juana. Capital entre los elementos a mencionar es aquel que —tanto por sus similitudes con la *sombra* que en la noche de la obra crece hacia la Luna, como por sus "efectos"— llamé *sombra interna*. Se trata, someramente, de las *emanaciones* que, a semejanza de aquellas que según la física antigua *ascendían* de la superficie terrestre al cielo, lo hacían del vientre al cerebro humano. En *El sueño* se presenta, en la "figura" de la *sombra* de los versos iniciales (*sombra externa*), no sólo la de la noche reconocida por todos, sino también *otra*, que es precisamente la de las referidas emanaciones;[19] de igual forma, mediante la noción de microcosmos, las explícitas *emanaciones internas* de que habla el poema están relacionadas (tanto por su nombre como por su acción) con la "figura" de la *sombra* externa.

Fracciono la silva de modo tal que en su constitución se hallan cinco secciones: de éstas, dos corresponden a la sombra externa, dos a la interna y una al soñar. La primera trata la *ascensión de la sombra externa* (vv. 1-191); la segunda, la *ascensión de la sombra interna* (vv. 192-266); la tercera, el acto onírico (vv. 266-826), que subdividí —de acuerdo con los "métodos" planteados en ella— en dos: la *intuición* (vv. 266-592) y la *deducción* (vv. 593-826); la cuarta, la *caída de la sombra interna* (vv. 827-886), y la quinta, la *caída de la sombra externa* (vv. 887-975). Como se aprecia, es una estructuración fuertemente simétrica, donde el *soñar* es el centro de la obra y el resto está relacionado con él de manera que el "nivel" microcósmico (es decir, el ascenso y caída de la sombra interna) lo flanquea, mientras el macrocósmico (compuesto por el ascenso y caída de la sombra externa) se encuentra, flanqueando a la vez a éste, en los extremos. Luego, no sólo es factible apreciar cómo la autora transita de un "nivel" a otro (tanto al inicio como al final del poema), sino cómo ambos niveles poseen exactas correspondencias. Esto es muy importante, pues permite percibir, según señalé, que lo que ocurre en el mundo ocurre en sor Juana, y viceversa. Todo ello es patente, verbigracia, en que tanto las "ascensiones" como las "caídas" de las *sombras* están en consonancia con sendos fenómenos de *oscurecimiento* e *iluminación*; y en que ellas, que no se relacionan únicamente entre sí por tales similitudes, por así decir, "físicas", sino sobre todo por las identificaciones filosóficas (esto es, debido, entre otras, a la noción mucho más amplia de microcosmos), responden (al poder ir discursivamente de un nivel a otro) a lo que podría llamarse *secuencia ilativa coherente*.

Ahora bien, teniendo en cuenta lo anterior, ¿qué puede decirse del *Primero sueño*? Apuntemos brevemente que la Fénix nos habla de un oscurecimiento inicial que, apoderándose del mundo y de ella misma, produce un sueño (y la polivalencia de la palabra en español, enriqueciendo la obra al adensarla, permite el paso entre planos cual si de universos se tratara) que se sueña como pletórico de luz y posibilidades cognoscitivas; sueño en que, sin embargo, lo soñado, a pesar de hallarse "presente" ante quien sueña, se aleja de él en cimas y abismos de incomprensibilidad; sueño en que la luz y las posibilidades no son sino soñadas y, por consiguiente, con el avance de la verdadera luz, reconocidas como insustanciales.

Dadas tales condiciones, si verdaderamente se desea ofrecer una interpretación íntegra

[18] *Cfr. passim*, Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomitas*, *op. cit*.

[19] En mi libro, *La invertida escala de Jacob: filosofía y teología en* El sueño *de sor Juana Inés de la Cruz. Premio Nacional de Ensayo Sor Juana Inés de la Cruz 1995* (Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 1996, pp. 37-40), antecedente de *Bases tomistas...*, revelé la existencia de estas emanaciones en el *Primero sueño*.

del poema, primero es fundamental averiguar cuál es la significación de dicho oscurecimiento, para entonces entender el carácter del sueño producido por él y, finalmente y sin dejar de considerarlos, cuál es el de la iluminación. En el plano de las metáforas empleadas, las cosas (si se atiende a que bajo la "figura" inicial de la sombra, la externa, están representados no uno, sino dos fenómenos) son claras: la umbrosa pirámide que ascendiendo de la Tierra pretende llegar al cielo de la Luna sin lograrlo está en el sitio tanto de la noche como de las evaporaciones mencionadas. Teniendo en cuenta que ya señalé la correspondencia de éstas con los vapores que en el interior del cuerpo producen el sueño (vv. 254 y ss.), resulta evidente que la acción de aquéllas en el mundo debe ser similar a la suya en el hombre. Y dado que la sombra externa *oscurece* de determinada manera al primero, también es palmario que un *oscurecimiento* proporcional debe ocurrir en el segundo. En un nivel elemental de significación, estos oscurecimientos son, por supuesto, los causantes del sueño (o sea, como ha oscurecido, puedo cerrar los ojos y, en la "oscuridad" que vendrá al apropiarse el sueño de mí, podré soñar); empero, si se mira con cuidado, es posible notar que el mismo sueño es ya un oscurecimiento, porque, según mostré en *Bases tomistas*, las evaporaciones que, acorde con la fisiología antigua, producían el sueño, a veces lo hacían de forma tal que mientras la capacidad de juicio del durmiente quedaba suspendida, las imágenes oníricas asumían el papel de reales. Ergo, la característica de los sueños en que esto ocurre es el *oscurecimiento*, desde que la capacidad de juzgar las imágenes por su relación con lo real es la esencia del conocimiento humano. Debido a ello, un sueño puede estimarse *oscurecimiento* (aunque lo soñado sea un paraje inundado de luz) si se adopta el punto de vista de la razón privada de enjuiciar adecuadamente. Como es el juicio el que —para expresarlo con una metáfora clásica del aristotelismo— da *luz* a nuestro entendimiento, si falta él, hay oscuridad, y si se recupera, iluminación. Éste es el carácter de la iluminación final de *El sueño*; carácter que, justamente por lo antedicho, es necesario entender en ambos niveles: como iluminación del mundo y del hombre; iluminación, evidentemente, antitética del oscurecimiento inicial y respecto del cual debe resolverse.

La índole de dichos fenómenos la desarrollé menudamente en *Bases tomistas*. El *Primero sueño* habla de las condiciones y límites del conocimiento humano. Asunto a la vez ético y religioso, remite necesariamente a los vínculos que lo ligan, en tanto fuente de la verdad, con Dios. Problema metafísico y teológico, el núcleo de la silva indica la dirección espiritual de sor Juana: ¿hasta dónde es lícito y posible que llegue el entendimiento del hombre? ¿Cuál es la frontera *natural* del mismo y cuáles sus aspiraciones legítimas? Estas preguntas, si se ubican correctamente en el terreno personal e histórico de la Contrarreforma católica, muestran a una mujer consciente no sólo de sus compromisos, sino de la toma de posición efectuada ante los perturbadores planteamientos (tanto "científicos" como sociales y, principalmente, morales) de la nueva ciencia europea. Y lo que vemos es a una sor Juana decidida y definida: al ser humano, afirmará con los escolásticos, le es dada una parcela de conocimiento: aquélla correspondiente al mundo de lo sensible; desear conocer *directamente* (es decir, pretendiendo "ver" sin intermediación ninguna) el universo de lo espiritual (Dios, sobre todo) constituye, más allá de lo posible, un grave pecado de soberbia. En su biografía, anotó el padre Calleja que "no escribió nuestra poetisa otro papel que con claridad semejante nos dejase ver la grandeza de tan sutil espíritu". Efectivamente, la autora de *El sueño* ha desplegado todo el arsenal de sus conocimientos para hacernos sentir la fuerza del dilema central: ¿puede el hombre, usando el poder natural de su inteligencia sola, conocer a Dios? Lo cual, con otras palabras, significa: ¿puede el hombre igualarse a Dios? La respuesta final será, evidentemente, no. Entretanto, en el transcurrir del poema, la monja mostrará que el espíritu humano no es, de ningún modo, cosa despreciable: fruto divino, criatura hecha a semejanza de su Creador, el hombre —como en

verdad el universo entero— manifiesta la gloria de Aquel a quien busca.

Líneas atrás hablé de "secuencia ilativa coherente", que es pieza central de la imperativa sencillez de la explicación de la silva. En 1996 lo indiqué, sin que hasta el día de hoy los críticos se hayan mostrado dispuestos a escuchar: "No basta con desentrañar solamente algunas partes del poema para inducir de ellas su significación total, sino que, por el contrario, [hay] que poseer una hipótesis que haga de éste una obra unitaria, en la que cada elemento esté integrado al resto en un único conjunto, armónico, y, por lo mismo, poseedor de una sola y definitiva dirección".[20]

El sueño es una amplia metáfora, una *alegoría* ("una cabal secuencia de 'concordancias'"[21] de los elementos que lo conforman) que se extiende a lo largo de su contenido; que dice "algo" de principio a fin; que fluye desenvueltamente, sin contrasentidos ni parches, hacia "algún" lado. Por ello sus "significaciones" presentan una única *idea* (global) donde los términos *alegorizados* (lo que se dice) y *alegorizante* (a través de qué medios se dice) se sostienen, *como totalidad,* de cabo a rabo. En efecto:

> No es suficiente con saber cuál sea el simbolismo particular de cada una de las metáforas presentes en el texto, ni tampoco cuál sea, tomadas éstas en conjunto, el sentido alegorizante del mismo, pero es indispensable saber cómo se integran los simbolismos de todas ellas para la formación de uno más vasto y definitivo: el alegórico del poema entero, dependiente, a fin de cuentas, del sentido alegorizado.[22]

La "secuencia ilativa coherente" será, luego, la exégesis que, respetando además el *Zeitgeist* de la autora del texto, lo logre. "Es decir, que como en *Primero sueño* además de metáforas se halla presente un complejo de nociones filosóficas y teológicas, éstas tendrán asimismo que convenir, a un tiempo y no como agregados, con el esquema alegórico y con el ámbito cultural de sor Juana".[23] Era tal, sin lugar a dudas, el de las varias manifestaciones de la filosofía escolástica, especialmente la tomista.[24]

En cuanto a ello, ya oímos algunas de las alabanzas de los coetáneos de la Décima Musa

[20] Alejandro Soriano Vallès, *La invertida escala...*, pp. 24-25.

[21] *Ibidem*, p. 27.

[22] *Ibidem*, p. 29.

[23] *Ibidem*, p. 30.

[24] *Cfr.* Mario Magallón Anaya, *apud* Rafael Moreno, "Prólogo", en *La filosofía de la Ilustración en México y otros escritos*, México, UNAM, 2000, p. 22: "La filosofía que floreció en la América española de 1600 a 1700 no podía ser otra que la escolástica. Es quizá la región del mundo, después de España, donde tiene mayor florecimiento y difusión". Según Mauricio: "Las escuelas medievales tomista y escotista están ampliamente representadas en los cursos de filosofía escritos en la Colonia. No hemos encontrado cursos inspirados en san Agustín o en san Buenaventura, como sí los hubo en España. Más bien, entre los agustinos, la mayoría militó en las filas tomistas, al lado de los dominicos, los mercedarios y los carmelitas" (Mauricio Beuchot, *Estudios de historia y de filosofía en el México colonial*, México, UNAM, 1991, p. 54); además: "La inevitable escolástica [era] la línea oficial en la Colonia, sobre todo en el sendero de santo Tomás de Aquino, el tomismo" (Mauricio Beuchot, *Sor Juana...*, p. 1). Simultáneamente, "la influencia de Raymundo Lulio puede encontrarse muy poco" (Mauricio Beuchot Beuchot, *Estudios de historia...*, p. 54). José Manuel Gallegos Rocafull sostiene que "en el siglo XVII no cambia esencialmente el panorama de los estudios filosóficos: la doctrina unánimemente admitida sigue siendo la filosofía escolástica en sus diversas direcciones; continúa exponiéndose en la Universidad y en los conventos y colegios religiosos, que son los únicos centros de cultura [...] la escolástica, a la que permanecían tan firmemente adheridos, estaba en la misma España dando los últimos resplandores de su vigoroso renacimiento [...] El pensamiento moderno de los demás países de Europa se aparta decididamente de la escolástica y corre por otros cauces, que no son del gusto que sigue prevaleciendo en España y en la Nueva España" (José Manuel Gallegos Rocafull, *El pensamiento mexicano en los siglos* XVI *y* XVII. México, UNAM, 1974, pp. 305-307). Bernabé Navarro, refiriéndose a la filosofía de toda la época novohispana, asegura: "La filosofía en que piensan y razonan los hombres de toda época, nunca deja de ser la escolástica, aun en la última etapa [1750-1810], donde hay una seria transformación por influjo de la filosofía moderna; ella es la que en último término, junto con la teología, impregna e informa el pensamiento, las costumbres, las letras, las artes y todas las otras manifestaciones culturales y vitales" (Bernabé Navarro, *Cultura mexicana moderna en el siglo* XVIII, México, UNAM, 1983, p. 11).

respecto de su pericia en las disciplinas de la Escuela. Como es de esperar, las investigaciones sobre las doctrinas presentes en su obra deberían haber marchado en esa dirección. Paradójicamente, la inmensa mayoría se ha centrado en "detectar" filosofías —por decir lo menos— muy poco frecuentes en la atmósfera intelectual novohispana de la segunda mitad del siglo XVII. Sin detenerse a considerar que, a diferencia de lo ocurrido con los encomios a la pericia escolástica de la monja, a ninguno de sus contemporáneos le pasó por la mente mencionar siquiera que poseyese intereses en otra clase de filosofías, una enorme cantidad de comentaristas hodiernos, haciendo caso omiso de lo primero, ha dedicado grandes esfuerzos a lo segundo.[25]

Una razón es el prejuicio, todavía imperante, según el cual la tradición intelectual de la sociedad de Juana Inés, al conformarse con "llenar la memoria de doctrinas",[26] era incapaz de originar, entre tantas otras cosas, una obra maestra del pensamiento como *El sueño*. Su filiación, consiguientemente, había que "detectarla" en las filosofías ajenas a dicha tradición (fuesen éstas "antiguas" o "modernas", exotéricas o —de preferencia— esotéricas).[27]

Otra razón para semejante "detección" es que el apabullante número de críticos liberales consagrado a la exégesis de la silva ve en la escolástica un equivalente de ortodoxia católica, lo cual, para su lectura anhelante de una Décima Musa "liberada" a través de la herejía, constituye una dificultad realmente seria. Sirva de muestra lo dicho por una de las principales promotoras de la interpretación multiculturalista del poema, Rocío Olivares Zorrilla, quien al contradecir lo expresado por la propia Fénix en cuantiosos lugares[28] y sumar filosofías anacrónicas y exóticas a las de la tradición escolástica de su medio,[29] aventura con un eufemismo que "la compleja óptica cristiana" de la religiosa "va mucho más allá de las estrecheces doctrinales y coercitivas de su entorno".[30]

Según parece, la ilustradora de *Primero sueño* confunde dogma[31] con "estrechez doctrinal",

[25] Beuchot sostiene que "lo que ha sido poco estudiado es la presencia de la filosofía escolástica, la cual es innegable y puede documentarse con numerosísimos textos de la monja jerónima. Menciona (con un rango igual al de san Agustín) a santo Tomás y también se advierte la presencia de otros escolásticos. Pero sobre todo se ve la del Aquinate" (Mauricio Beuchot, *Sor Juana...*, p. 136).

[26] Rafael Moreno, "Prólogo", *op. cit.*, p. 265.

[27] Hablando de la "presencia de la filosofía, bajo la forma de filosofía tomista, escolástica, que era la que más se cultivaba en la época", dice Beuchot que "es una presencia e influencia poco destacada y estudiada en las obras de sor Juana. No creemos que se haya dejado de lado porque se la da por obvia y ya ni atrae la consideración. Es un aspecto que se ha relegado por negligencia, y a veces por prejuicio. Se ha llegado a querer presentar una sor Juana más bien hermética, neoplatónica y hasta moderna, pero no escolástica, como si ello fuera en desdoro y vergüenza de sus talentos" (Mauricio Beuchot, *Sor Juana...*, p. 61).

[28] Baste con recordar el paso de la *Respuesta a sor Filotea*, donde la jerónima asegura "que aprecio, como debo, más el nombre de católica y de obediente hija de mi Santa Madre Iglesia, que todos los aplausos de docta" (*Obras completas*, núm. 405, p. 469), y la *Protesta de la fe*, compuesta por ella y firmada con su sangre, que inicia con el símbolo de la fe de la Iglesia católica. *Cfr.* sor Juana Inés de la Cruz, *Protesta de la fe*, *op. cit.*; Véase también Alejandro Soriano Vallès, "Las *Protestas de la fe*", en *Doncella del Verbo*, *passim*.

[29] *Cfr.* verbigracia, su artículo, Rocío Olivares Zorrilla, "El libro metágrafo de Alejo de Venegas y *El sueño* de sor Juana: la lectura del universo", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. XXII, núm. 76, 2000, p. 107, donde la autora propone la influencia de las "tradiciones culturales" de "pitagóricos, gnósticos, hermetistas, neoplatónicos, cabalistas y alquimistas", entre otras. Véase también Alejandro Soriano Vallès, *Doncella del Verbo*, p. 246, n. 11.

[30] Rocío Olivares Zorrilla, "De la *tristitia salutifera* a la elocuencia circunspecta: texturas de la simbólica espiritual en el *Primero sueño*, de sor Juana", en Francisco Ivan y Samuel Lima (orgs.), *O eterno retorno do Barroco*, Natal, EDUFRN, 2014, p. 120.

[31] Quizá sea necesario explicar, dada la enorme confusión que existe sobre los dogmas de la Iglesia católica, que se refieren únicamente a asuntos de fe, de manera que no atañen a cuestiones ajenas a ella, como las científicas. Dice el *Catecismo de la Iglesia católica*: "El Magisterio de la Iglesia ejerce plenamente la autoridad que tiene de Cristo cuando define dogmas, es decir, cuando propone, de una forma que obliga al pueblo cristiano a una adhesión irrevocable de fe, verdades contenidas en la Revelación divina o también cuando propone de manera definitiva verdades que tienen con ellas un vínculo necesario". (*Catecismo de la Iglesia católica*, Barcelona, Asociación de Editores del Catecismo [núm. 88], 1992). Un ejemplo más de la ignorancia supina que existe sobre el tema entre quie-

olvidando las palabras de G. K. Chesterton referentes a que "if there be such a thing as mental growth, it must mean the growth into more and more definite convictions, into more and more dogmas. The human brain is a machine for coming to conclusions; if it cannot come to conclusions it is rusty".[32] Lo cual ejemplifica el mismo Chesterton a cabalidad en otro sitio cuando apunta que "Euclid does not save geometricians the trouble of thinking when he insists on absolute definitions and unalterable axioms. On the contrary, he gives them the great trouble of thinking logically. The dogma of the Church limit thought about as much as the dogma of the solar system limits physical science. It is not an arrest of thought, but a fertile basis and constant provocation of thought".[33] Que es, precisamente, lo que ocurrió con el fecundo sustrato de la ortodoxia católica y su floración en la alegoría de *El sueño* (a través de la filosofía aristotélico-tomista propia del contexto cultural de la Nueva España de la segunda mitad del siglo XVII).

Por supuesto, sor Juana no hallaba "estrecheces" en su fe; son sus (pos)modernos expositores los que, empeñados como Octavio Paz en apartarla de ella,[34] lo hacen. Fue justamente él quien universalizó la moda de dar a las influencias excéntricas valor central. Inspirado por las sugerencias previas de Karl Vossler,[35] Robert Ricard[36] y, según su confesión, notablemente por las ideas de Frances A. Yates,[37] Paz trasladó, mediante los textos del jesuita Atanasio Kircher,[38] el pseudohermetismo que la escritora británica descubría en la filosofía del Renacimiento al *Primero sueño*. Con sus *Trampas*, el premio Nobel propagó la moda, tan extendida actualmente, de "detectar" doctrinas ocultistas (y heréticas)[39] en las obras sorjuaninas.

Como él, ahora la mayoría de los comentaristas liberales de la poetisa recurre a Kircher para sustentar la factibilidad de los sesgos heterodoxos de sus análisis. Sin mayor asidero, por regla general, éstos suelen, además, estancarse en ideologías de los siglos XV y XVI, anteriores al Concilio de Trento y, por consiguiente, al movimiento de la Reforma católica o Contrarreforma

nes se dedican a la Décima Musa es José Pascual Buxó; en efecto, cual si hubiera algo llamado "ortodoxia escolástica", el crítico menciona la existencia de una "tendencia" sorjuanista que, "ampliando" o "desbordando" esos "marcos dogmáticos", introduce "las filosofías neoplatónica y hermética" en la obra de la monja. *Vid.* José Pascual Buxó, *Sor Juana Inés de la Cruz: el sentido y la letra*, México, UNAM, 2010, p. 381. Todo indica que Pascual no sabe distinguir ortodoxia y dogma católicos de teología escolástica.

[32] G. K. Chesterton, *Heretics*, Peabody, Mass, Hendrickson, 2007, p. 159.

[33] *Apud* Joseph Pearce, *Wisdom and Innocence. A Life of G.K. Chesterton*, San Francisco, Ignatius Press, 2004, p. 149.

[34] Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, México, FCE, 1ª reimp., 1985. El subtítulo de la biografía desenmascara las intenciones del autor al redactarla. *Cfr.*, verbigracia, Alejandro Soriano Vallès, *La hora más bella...*, *passim*.

[35] El cual, según el propio Paz, "apuntó un precedente que sin duda influyó directamente en la elaboración del poema: el viaje astronómico de Kircher (*Iter exstaticum*)". Octavio Paz, *op. cit.*, p. 475.

[36] "Robert Ricard, en un lúcido ensayo sobre *Primero sueño*, tuvo el gran mérito de mostrar la relación entre el poema y la tradición de los viajes del alma durante el sueño, a la que pertenece el *Somnium* de Escipión y, también, el conjunto de doctrinas y revelaciones recogidas en el *Corpus hermeticum*" (*ibidem*, p. 476).

[37] *Ibidem*, p. 477.

[38] *Ibidem*, p. 425, n. 25.

[39] *Ibidem*, p. 60, n. 3. Paz da la fuente de sus aserciones sobre el "hermetismo renacentista": los textos de Yates, "particularmente *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*, Londres [Routledge and Kegan Paul], 1964, y *The Rosicrucian Enlightenment*, Londres [Routledge, Chapman & Hall], 1972". Al respecto, manifiesta Antonio Alatorre: "Creo que Paz quedó deslumbrado por la innegable brillantez del libro de la gran filóloga inglesa sobre Bruno y el hermetismo, y deslumbrado asimismo por la muy llamativa figura del P. Kircher" (Antonio Alatorre, "Lectura del *Primero sueño*", en Sara Poot Herrera (coord.), *Y diversa de mí misma entre vuestras plumas ando: homenaje internacional a sor Juana Inés de la Cruz*, México, El Colegio de México, 1993, p. 109). No será, luego, insólito que exégetas posteriores, al modo de Olivares Zorrilla, siguiendo las huellas de nuestro crítico, consideren factible que alguien como Giordano Bruno, condenado en Italia por herejía y cuyas obras estaban en el *Index librorum prohibitorum* desde 1603, pueda haber influido en la Fénix. *Cfr.*, por ejemplo, Rocío Olivares Zorrilla, "El libro metágrafo...", *op. cit.*, p. 101.

que encauzó por distintas vías la cultura de los reinos españoles en las décadas posteriores.[40]

Refiriéndose a la interpretación que Paz hace de *El sueño*, muy bien decía Antonio Alatorre que "impresiona la desproporcionada presencia de Kircher".[41] Ciertamente, según mostré con anterioridad, dicha "presencia" en los escritos de la poetisa ha sido llevada al extremo,[42] sobre todo

[40] Dice Luis Gómez Canseco: "Como ha explicado José Luis Sánchez Lora, el realismo contrarreformista se opuso al platonismo de la mística del Renacimiento: 'Nos hemos deslizado desde el modelo clásico o de ideas puras, tal como lo plantearon san Dionisio, Cusa, Ficino, Pico, Castiglione o san Juan de la Cruz, hacia un apoyo cada vez más decidido en las formas o imágenes de las ideas, y de aquí a una sobrevaloración de lo plástico y realista, emocional y sensible' [...] Como era de esperar, el materialismo [*i. e.*: 'que el espectador vea y toque, que se convenza por medio de la conmoción ante lo material. Los lenguajes barrocos, visuales o verbales, pretendieron hacer perceptible todo lo invisible'] contrarreformista también renunció a la imagen simbólica del Renacimiento a cambio de un modo de representación alegórico. Era parte del regreso pretendido a lo medieval, pues la alegoría fue el sistema propio de la exégesis escolástica. Durante el periodo renacentista, platonismo, hermetismo, neoptigarorismo y cabalismo contribuyeron a conformar un concepto de símbolo que remitía a una realidad trascendente, inexplicable por palabras y sólo accesible por la revelación. En ese mensaje oscuro y plurisignificativo, aprendido en el Dionisio Areopagita y en los neoplatónicos, el lenguaje se conjuga con el silencio para expresar lo sagrado. Lo simbólico es antirrealista, apunta a lo espiritual y unifica el significante con lo significado. Por el contrario, lo alegórico se ata a las imágenes reales y a lo visible y produce una fractura entre el signo que representa y el objeto representado, pues la imagen sólo sirve de apoyo superpuesto al significado. La alegoría, como la misma Contrarreforma, es didáctica, y encontró su modo más común de representación en el emblema que moralizaba la realidad: una imagen sentenciosamente explicada para el adoctrinamiento del espectador. Todo lo real era susceptible de enseñar al hombre la fragilidad de su existencia y el autor apela a su interlocutor para poner ante sus ojos la verdad, para provocar una sacudida emocional o intelectual [...] Los lenguajes barrocos eligieron imágenes adecuadas a sus intereses: viajes, navegaciones o naufragios, como los del *Persiles* cervantino, el *Criticón* o las *Soledades* de Góngora, para significar la inestabilidad de la existencia; ruinas, de Roma, Itálica o Cartago, que anuncian el fin de los afanes terrestres; relojes y calaveras que se apuntan tras la pompa y la hermosura; cuerpos corrompiéndose en las postrimerías para reconocer lo que seremos". Luis Gómez Canseco, "Ideas, estética y culturas de la Contrarreforma", en Luis Gil Fernández *et al.*, *La cultura española en la Edad Moderna*, Madrid, Istmo, 2004, pp. 219 y 221-222. Véase también lo propuesto por Javier García Gibert: "Pero lo cierto es que el neoplatonismo de este último [Nicolás de Cusa] —que tendría inmediata repercusión en los sistemas de Marsilio Ficino o Pico della Mirandola— no era para la Iglesia el mejor instrumento con que afrontar los tiempos de militancia que se avecinaban [...] El escolasticismo aristotélico era, obviamente, el sistema teórico más adecuado a este propósito" (Javier García Gibert, "Los fundamentos epistemológicos del conceptismo", en Pedro Aullón de Haro (ed.), *Barroco*, Madrid, Verbum, 2004, p. 503). Como se ve, el confuso espiritualismo de las lecturas ocultistas del *Primero sueño* es anacrónico, basta con leer el libro de Susan Byrne, *Ficino in Spain* (Toronto, University of Toronto Press, 2015) para comprobar que es necesario recurrir a rebuscados juegos malabares para, al modo de los exégetas multiculturalistas de *El sueño*, "demostrar" la influencia (sobrevalorada) de Marsilio Ficino en la literatura castellana de la segunda mitad del siglo XVII).

[41] Antonio Alatorre, "Lectura del *Primero sueño*", *op. cit.* "El índice onomástico, al final del libro, muestra gráficamente esa desproporcionada presencia, lo mismo que la de Giordano Bruno, Marsilio Ficino y el Hermes Trismegisto (todo lo cual, desde mi punto de vista, constituye un mundo completamente ajeno al de sor Juana)". Y, no obstante, Paula Findlen, desde su muy personal entusiasmo por Kircher y acicateada por las parciales lecturas pseudohemméticas de Paz, Elías Trabulse e Ignacio Osorio (véase *infra*, n. 48), llegó al grado de aseverar que "the world that Sor Juana presented her readers was an edifice built by Kircher" (Paula Findlen, *Athanasius Kircher. The Last Man Who Knew Everything*, Nueva York, Routledge, 2004, p. 353). Ello, seguramente, "since she was one of the few to articulate how the act of reading Kircher transformed her life [!]" (*ibidem*, p. 349). Por desgracia, tras haber demostrado con sobrada suficiencia en diversos trabajos el fundamental carácter escolástico de la filosofía sorjuanina, Mauricio Beuchot cede también ante el generalizado influjo de la crítica pseudohermética: en un ensayo reciente insiste en que la jerónima "a pesar de que es tomista y moderna [?], es también hermética neoplatónica". Mauricio Beuchot, "Sor Juana Inés de la Cruz, el barroco y la analogía" (Noé Héctor Esquivel Estada [comp.]), *Pensamiento novohispano 16*, Toluca, UAEM, 2015, p. 130). Cual es de suponer, Beuchot basa su aserto en los textos de Paz y Osorio, concluyendo equivocadamente con ellos que "esto lo recibe [la poetisa] a través del jesuita hermetista Atanasio Kircher" (*idem*).

[42] *Cfr.* Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomistas*, p. 175, n. 94: "En efecto, mientras que en uno solo de sus libros (*Libra astronómica...*) Sigüenza y Góngora cita no menos de quince veces al sacerdote alemán —de quien, por cierto era correspondiente (*cfr.* Irving A. Leonard, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo* XVII, México, FCE, 1984, p. 63)—, en todo el *corpus* sorjuanino, en cambio, encontramos únicamente un trío de explícitas referencias a él; una de ellas [...] precedida por el epíteto "curioso", mientras que en otra "kirkerizar", como sinónimo de "jugar" —a las matemáticas. (*Cfr.* la anotación hecha

en lo que a la vertiente pseudohermética se refiere.[43] En *Bases tomistas* argüí largamente contra esta hipótesis, exhibiendo sus puntos flacos.[44]

En el caso específico del poema, expuse cómo la teoría de marras, aparte de infundada, está de más para explicarlo.[45] Uno de los infranqueables escollos que se alzan ante quienes pretenden hacer de los textos de Kircher cabeza de playa de sus lecturas heterodoxas, es que el libro en que acostumbran apoyarse, *Oedipus aegyptiacus*,[46] jamás aparece citado en las obras de la jerónima.[47] No obstante, el sector liberal enfrascado en convertirla en hereje, lejos de sentirse incómodo por tan relevante fatalidad, encogiéndose de hombros la pasa por alto y, *sin aportar pruebas*, se contenta con afirmar al lado de Octavio Paz que es "una obra que sin duda [!] sor Juana conoció y estudió".[48]

por Méndez Plancarte a los vv. 181-182 del núm. 50 de las *Obras completas* de sor Juana)".

[43] No hay más que hojear el libro editado por Paula Findlen (*op. cit.*) para corroborar que los campos de interés de Kircher cubrían un espectro tan amplio que, entre otros, iba del estudio de los cuerpos celestes al de las pirámides de Egipto, pasando por el de la amplificación del sonido, la museología, la botánica, las lenguas asiáticas, la vulcanología, el electromagnetismo, la paleontología, las matemáticas y la criptología.

[44] *Cfr.* el capítulo "El *Intermezzo* de las pirámides", en Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomistas*.

[45] *Idem*.

[46] Ejemplo de ello es el texto de Aída Beaupied, *Narciso hermético. Sor Juana Inés de la Cruz y José Lezama Lima*, donde se aventura que la religiosa católica, "en busca de la salvación", fue capaz de plantear... "un esfuerzo gnóstico" (!) (Aída Beaupied, *Narciso hermético. Sor Juana Inés de la Cruz y José Lezama Lima*, Liverpool, Liverpool University Press, 1997, p. 2). Cual es de esperar, para esta autora "la selección del *Corpus hermeticum* resulta apropiada debido a que las numerosas [?] alusiones a Kircher en la obra de sor Juana *permiten suponer* que, si no leyó el *Corpus* directamente, al menos lo conoció bastante bien a través de las extensas citas y explicaciones que ofrece el jesuita alemán en su *Oedipus Aegyptiacus*" (*idem*).

[47] Son varios los críticos que, siguiendo primordialmente las *Trampas...*, de Paz, asumen que "la fuente de su conocimiento [de sor Juana] sobre la cultura egipcia son de nuevo los tratados de Kircher" (Alberto Pérez-Amador Adam, *El precipicio de Faetón. Nueva edición y comento de* Primero sueño *de sor Juana Inés de la Cruz*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert / UAM-Iztapalapa, 2015, p. 306. Empero, el lugar donde, de ser cierto esto, podría haberlo lucido, es sin duda el *Neptuno alegórico*. Ahí la religiosa habla en diversas ocasiones de Egipto, *mas en ninguna de ellas cita a Kircher*. Sin ser exhaustivos, comprobemos que sus fuentes "sobre la cultura egipcia" no son "los tratados de Kircher", sino autores como Pierio Valeriano, Claudiano, Diodoro Sículo, Plutarco, Platón, Andrés Tiraquelio (André Tiraqueau), Pietro Crinito, Ovidio, Lucio Cecilio Firmiano Lactancio, Natale Conti, Heródoto, Jacques Bolduc, Cornelio Tácito y Vincenzo Cartario (Cartari).

[48] Octavio Paz, *op. cit.*, p. 237. En la misma línea, dice Rocío Olivares Zorrilla: "Aunque en la obra de sor Juana no haya ninguna mención específica del *Iter extaticum* [*sic*] de Atanasio Kircher [...] *cabe considerar la posibilidad* de que lo leyera, pues en dos ocasiones [...] se refiere sor Juana a Kircher"; es de notar que Olivares también admite que "es más difícil aún demostrar que sor Juana conoció el *Corpus hermeticum*" (Rocío Olivares Zorrilla, "La figura del mundo en *El sueño*, de sor Juana Inés de la Cruz", tesis de doctorado en letras, UNAM, México, 1998, pp. 13 y 22, cursivas añadidas). Claro, y como "cabe considerar la posibilidad de que lo leyera", es irrelevante demostrarlo, de manera que se puede edificar una teoría (o, cuando menos, parte de ella) sobre fundamento tan endeble (la comentarista no recapacita en que es muy sencillo redargüir: "también cabe considerar la posibilidad de que *no* lo leyera").

Según se ve, esta clase de especulación no es rara en la crítica liberal. La única alusión de Juana Inés a un texto del jesuita se halla en la *Respuesta a sor Filotea* (*Obras completas*, núm. 405, p. 450), donde menciona "su curioso libro *De Magnete*" —que, según Méndez Plancarte, es *Magneticum naturae regnum* (1667), pero también puede ser *Ars magnetica sive de magnete opus tripartitum* (1641) o *Ars magnesia* (1631)—. Siendo muy concesivos, tal vez, por inferencia de lo que dice en el núm. 50 (vv. 181-182; *cfr.* Guillermo Schmidhuber de la Mora, "Desciframiento de un criptograma de sor Juana Inés de la Cruz: *Romance* 50", *eHumanista*, vol. 31, 2015, pp. 728-738, recuperado de: <http://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7_eh/files/sitefiles/ehumanista/volume31/ehum31.gsch.pdf>, consultada el 4 de junio de 2018), se podría pensar también en *Ars magna sciendi* (1669) o en su antecedente, *Ars combinatoria* (sin embargo, Findlen, luego de reconocer abiertamente que "it is not certain how many of Kircher's books Sor Juana personally owned", se atreve a determinar que "Sor Juana owned at least six or seven of Kircher's books...". Y no sólo eso, sino que "the library she created in her rooms at the Hieronymite convent of Santa Paula was decidedly Kircherian [!]" (Paula Findlen *op. cit.*, pp. 335 y 348). Para hacerse una idea del carácter real de la biblioteca de sor Juana, *cfr.* Alejandro Soriano Vallès, "Los libros de sor Juana", en Manuel Ramos Medina (comp.), *Vida conventual femenina (siglos* XVI-XIX*)*, México, Centro de Estudios de Historia de México Carso, 2013).

Con respecto al *Ars combinatoria*, no deja de llamar la atención que Ignacio Osorio Romero —a cuya hipótesis Pérez-Amador volvió a conceder gran espacio en su nueva edición del *Primero sueño* (*op. cit.*, pp. 361-367)—, después de validar (mencionando a Trabulse y a Paz) la "influencia her-

Por desgracia, esta transgresión de los procedimientos hermenéuticos se ha vuelto lugar común en los estudios dedicados a la Décima Musa. A semejanza del asunto de Kircher, los críticos que la ejercen habitúan reemplazar los datos demostrables con supuestos y conjeturas. Una de las rutinas favoritas consiste en trasplantar doctrinas insólitas y, por lo tanto, endémicas, a un suelo —el novohispano de la segunda mitad del siglo XVII— donde arraigaron filosofías añejas. El propósito es que, con el paso de la especulación, los brotes tiernos ahoguen los maduros. Fertilizados mediante el desdén de lo oriundo y evidente, los retoños exóticos terminarán infestando el campo.

La popularizada contaminación actual del *Zeitgeist* sorjuanino ha puesto el mundo académico de cabeza. En lugar de adecuarse a los testimonios históricos y a las características del medio cultural en que vivió la religiosa para elaborar teorías consecuentes con ellos, múltiples exégetas liberales, con el indudable designio de

métical" a través del *Iter exstaticum*, encuentre que el paso del *Primero sueño* comprendido entre los versos 560 y 780, en los que se "describe el método que el alma empleará para llegar al conocimiento", trata, justamente, del "método" expuesto por el jesuita en el *Ars combinatoria*. Es fácil advertir que la teoría de Osorio (como las de Paz, Trabulse y tantos otros) se basa en el predominio concedido artificialmente a Kircher (más allá de unos pocos nombres de residentes en la Nueva España que leían con apreciable interés al autor alemán, el crítico no aporta evidencias de que Juana Inés lo hiciera). En efecto, acorde con Osorio —quien, sin brindar una sola prueba, basa su argumento en meras conjeturas—, "desde 1665 [?] sor Juana *debió* de aficionarse a los ejercicios del *Ars*" (la cursiva es mía). Y añade: "La estima que sentía por estos estudios la reflejan sus mismos poemas". Empero, allende los muy escasos datos que acabo de referir, es cierto que en el *corpus* sorjuanino semejante "estima" no se percibe. Por otro lado, la lectura de Osorio de la silva es deficiente. Según él, la intención de la protagonista de la misma es "adquirir la llave del conocimiento". Esto es falso, porque en *El sueño* el alma no busca tal cosa sino, primero, comprender la creación intuitivamente (*i. e.* en un único golpe de vista), y, más tarde, *tras fracasar*, hacerlo discursivamente. No existe, por consiguiente, el ansia de "adquirir la llave del conocimiento"; el *método*, pues, que se relaciona con el esfuerzo discursivo, no es, cual Osorio asienta, aquel que, deseando "adquirir la llave del conocimiento", se desarrollaría, "como en el *Ars luliana*", "en dos movimientos", ambos expresión del "*anhelo de síntesis* entre el método intuitivo de Platón y el discursivo de Aristóteles" (cursivas añadidas), sino —por causa del fallo inicial, ajeno a cualquier "anhelo de síntesis"—, escuetamente el restaurador de la lógica de éste. Además, Osorio quiere aprovecharse del uso de la voz "arte" del v. 590 para justificar su lectura "kircheriana" del *método* del pasaje. Sin embargo, como él bien recuerda, la lógica "era la disciplina más significativa de la Facultad de Artes. Es posible, por tanto, *sobre todo tratándose del discurrir*, identificar la palabra *arte* con *lógica*" (las primeras cursivas son añadidas). O sea, admite que la lectura aristotélica es apropiada. No obstante, el ilustrador revela su propósito, desde que —confiesa— el paraje, "en su ambigüedad, permite anclarnos en este *empeño* de ligar el *Primero sueño* con el *Ars combinatoria*" (cursivas añadidas). Y es precisamente dicho "empeño" el que, al aprovecharse de la "ambigüedad" que él mismo suscita, lo lleva a deformar el *zeitgeist* escolástico de sor Juana cuando, tras negar que en estos versos se hable del método lógico del Estagirita, asevera que sus empeñosas "precisiones" "restituyen" la obra "a su contexto cultural" (!). Tal sería, claro y cual recién señalamos, "la estima" que la Décima Musa "sentía por estos estudios" kircherianos. En su "empeño" por validar tan ambigua tesis, Osorio afirma (sin citar sus fuentes) que "Aristóteles propone la doctrina de las categorías [pero] nunca las delimitó a un número determinado sino que osciló entre seis y diez; Alfonso Méndez Plancarte, sin embargo, en la prosificación del *Primero sueño*, asimiló plenamente este pasaje de sor Juana a la doctrina aristotélica y lo identificó, más concretamente, con la lógica". Empero, es tan sencillo como acudir al libro del Filósofo (*Categorías*, sección II, cap. 4) para comprobar que, justamente, las categorías son diez ("dos veces cinco", con palabras de sor Juana): sustancia, cuantidad, cualidad, relación, lugar, tiempo, situación, estado, acción o pasión. Se comprueba que Méndez Plancarte actuó correctamente al asimilar "plenamente este pasaje [...] a la doctrina aristotélica" (*cfr.* Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomistas*, cap. 7). Pese a la evidencia, Osorio, queriendo "hilar más fino", se saltó, *sin explicarlos*, los versos que corroboran la filiación aristotélica del actual periodo del poema, los vv. 583-588: "*reducción metafísica* que enseña / (los entes concibiendo generales / en sólo unas mentales fantasías / *donde de la materia se desdeña / el discurso abstraído*) ciencia a formar de los universales" (*cfr.* Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomistas*, pp. 260-274). Sin duda, porque son éstos los que indican que el alma pretende, *siendo fiel al método lógico del Estagirita*, *discurrir por formas esenciales y sustanciales* (*cfr. Bases tomistas*, pp. 246-248) y no, como nuestro comentarista propone, a la manera del "método" del *Ars combinatoria* de Kircher, únicamente por "los grados de los entes, artificialmente enlazados, ascendiendo de los sensibles a los inteligibles o descendiendo de los inteligibles a los sensibles". *Vid.* Ignacio Osorio Romero, *La luz imaginaria. Epistolario de Atanasio Kircher con los novohispanos*. México, UNAM, 1993, pp. XLV-XLVIII. Desafortunadamente y contra su esperanza, la tesis de Osorio hace agua al procurar relacionar el *Primero sueño* con los escritos del padre Kircher.

alejar a la poetisa de la fe católica que tan enérgicamente declaró poseer, los desestiman, procurando sustituirlos con teorías prefabricadas. Este trastorno del método interpretativo provoca, según acabo de comentar, que los supuestos y las conjeturas reemplacen a las informaciones comprobables. El resultado es la antedicha suplantación de lo ordinario por lo extraordinario: en los escritos de la Fénix habrán de ser las filosofías peregrinas las usuales; tras la manipulación, su testimoniada ortodoxia se tornará, con el pretexto de "detectar" una adulterada "compleja óptica cristiana", "estrechez doctrinal".

Esta deplorable situación es palmaria en muchos análisis del *Primero sueño*. Según apunté arriba, en mi libro demostré que es posible ilustrarlo a partir de una sola filosofía: la aristotélico-tomista,[49] preponderante en la civilización católica de sor Juana. El estudio cumple así con las condiciones señaladas: la de la *navaja de Ockham*, que demanda sencillez en la explicación, y la de la adecuación al clima intelectual del que brotó el poema.

Además, y a diferencia del resto, la exégesis tomista de *El sueño* es, hasta hoy, la única que permite explicarlo en el aludido estado de *secuencia ilativa coherente*; es decir, aún no se ha ofrecido una hermenéutica que, como ésta, allende las generalizaciones logradas por la inducción de determinados pasajes elucidados a partir de parches y zurcidos de muy disímiles y lejanas filosofías, desentrañe su contenido mediante *una sola escuela filosófica*, *verso por verso* y respetando tanto la *unidad* de significados como el *Zeitgeist*.[50]

El de la silva es, cual demostré en mi libro, ostensiblemente "a Thomistic universe".[51] No obstante, sin

[49] Cuando escribí *Bases tomistas*, ignoraba la existencia de las obras de Constance M. Montross, *Virtue or Vice? Sor Juana's Use of Thomistic Thought*, Wasington, D. C., University Press of America, 1981 y de Gerard Flynn, *Sor Juana Inés de la Cruz*, Nueva York, Twayne Publishers, 1971, que desarrollan sendos análisis escolásticos. Como es natural, nuestras hermenéuticas comparten muchos resultados.

[50] Hay que agregar, por supuesto, las referencias biográficas. Resulta incongruente que mientras el cien por ciento de ellas confirma que Juana Inés fue, *según testificaron sus contemporáneos*, una católica fiel y una religiosa ejemplar (*cfr*., verbigracia, Alejandro Soriano Vallès, *Doncella del Verbo*... y *Sor Filotea y sor Juana*...), los analistas (pos)modernos de sus escritos, desdeñando tan contundente información, sigan procurando interpretarlos aisladamente, como si se hubiesen redactado a sí mismos o fuesen obra de una persona completamente distinta. Muestra puntual es Rocío Olivares Zorrilla, quien en un artículo, "Escollos y nuevos derroteros en el estudio de la literatura novohispana. De la paráfrasis a la imaginación crítica", advierte de una "tendencia, no por pequeña menos contundente y espectacular, que pretende hacer de sor Juana una beata que sacrificó las letras por el camino de la religión. El caso de Alejandro Soriano es muy representativo, algo ya evidente en el sesgo de su libro sobre las bases tomistas del *Primero sueño*". Enseguida agrega: "Si analizamos los motivos por los cuales ciertos tipos de crítica no cumplen con la condición de esclarecer la obra literaria y aproximarnos [*sic*] a su propio sentido, veremos que generalmente es porque intervienen intereses foráneos a ella. Son interpretaciones convenientes no para el texto, sino para una causa o una idea fija que está fuera del texto pero se pretende hacer ver como parte de él" (Rocío Olivares Zorrilla, "Escollos y nuevos derroteros en el estudio de la literatura novohispana. De la paráfrasis a la imaginación crítica", en José Luis Palacio Prieto, *90 años de cultura. Centro de enseñanza para extranjeros*. México, UNAM, 2012, pp. 333-334). Cual se aprecia, Olivares presume que la obra de la Fénix es ajena a su biografía. Da por sentado que tiene un "propio sentido" y que es ella, distante de cualquier "interés foráneo", la exégeta adecuada para "esclarecerlo"; sin embargo, sus palabras ocultan el hecho de que también en su "tipo de crítica" palpitan determinados *motivos* extraliterarios, a saber —cuando menos—, la certeza *biográfica* de que sor Juana no fue "una beata que sacrificó las letras por el camino de la religión". Claramente, esta "idea fija" está "fuera del texto" y "se pretende hacer ver como parte de él"; es una "causa" subyacente que guía una "interpretación conveniente". Pese a la halagüeña opinión que Olivares tiene de su propio trabajo, éste posee un marcado "sesgo" (pero, a diferencia del "sesgo" del mío —suponiendo, sin conceder, que existiera—, el del suyo carece de documentos históricos que lo avalen). Si hemos de hallar la verdad, es preciso que este modo parcializado y esquizofrénico de hacer las cosas desaparezca.

[51] Constance M. Montross, *op. cit*., p. 41. Como conozco el medio sorjuanista, en el "Pórtico" de *Bases tomistas* tuve la precaución de aclarar que el valor último de *El sueño* es literario: "antes que un poema de cualquier clase, es una obra de arte", aseguré. Partiendo de tan elemental consideración, ahí mismo expliqué que, como es natural, "el *cabal* goce estético del mismo se hall[a] en función de los significados soterrados en su estructura. Debido a ello, es labor fundamental —para que dicho goce resulte en verdad pleno— intentar desentrañar, hasta donde sea factible, la información ínsita a los versos". O sea, no sólo no negué la evidente condición de *obra de arte* de la silva, pero expliqué que mi análisis se enfocaba, primero, *en aras del placer estético*, en "rastrear lo bello oculto tras lo bello visible". A ello debía

redargüirlo a través de una disertación sistemática equivalente, los críticos liberales han preferido hacerse de la vista gorda y seguir con su singular interpretación. Ejemplo de ello es el siguiente párrafo de un artículo de Rocío Olivares Zorrilla:

> La figura del mundo en la obra de la monja jerónima del siglo XVII novohispano, sor Juana Inés de la Cruz, y concretamente su poema más importante, el *Primero sueño*, es una simbiosis de elementos ideológicos diversos que la convierte en un producto ambiguo y desconcertante. Es una figura, también, en la que un *mapamundi* se despliega ante nuestros ojos como representación deliberadamente distorsionada: críptica. *Primero sueño* —o *El sueño*, como ella misma lo nombraba— es una silva en la que cohabitan la gnosis hermética y el racionalismo de transición entre la Edad Media y el Renacimiento. Con el emblema de las dos pirámides —una de luz y una de sombra— este poema nos plantea un enigma que, para sor Juana, no ha resuelto el racionalismo tomista, el cual se muestra insuficiente para descifrar el mundo en este poema sobre el sueño del conocimiento. El hermetismo, por su parte, aporta a sor Juana las imágenes centrales del poema: la pirámide de luz —el alma— y la de sombra —la Tierra o el mundo sublunar. Particularmente llama la atención la síntesis entre neoplatonismo y escolástica y el *despertar* del alma al libre albedrío, además de su intento fáustico por dilucidar la totalidad del universo. A su vez, los datos, sobretodo [*sic*] mitológicos, de la Antigüedad clásica y las concepciones de la patrística y del misticismo estoico y gnóstico—, nos conforman un deliberado catálogo del conocimiento del mundo que parte no sólo de la Antigüedad, sino, en virtud del "egipcianismo" que conlleva la simbología hermética, del comienzo del mundo tal como lo conocía sor Juana; el enigma indescifrado se sitúa así, como en toda esoteria [*sic*], en el origen mismo del cosmos [...] Varios puntos pueden señalarse: la multiplicidad de sus fuentes conceptuales —es decir, su eclecticismo— y la trabazón de ideas orto-

---

añadirse que "la polémica se ha centrado no tanto en la belleza de *Primero sueño* (de la que nadie duda hoy día) como en la *intención* de sor Juana al escribirlo". Era ésta, consiguientemente, la que urgía desentrañar. Para lograrlo había que acudir a la lectura filosófica (escolástica), propia del *zeitgeist* de la poetisa, tan caprichosamente desdeñada (como lo sigue siendo) por la omnipresente y prejuiciosa exégesis anticatólica. *Vid.* Alejandro Soriano Vallés, *Bases tomistas*, pp. 15, 17 y 19. Cual puede verificarse en las actuales páginas, es palmario que esa exégesis, *lejos de atender a lo escuetamente literario*, se ha servido con abundancia del análisis filosófico para declarar la *intención* (según ella, herética) de la autora al escribir la silva. No obstante mis precauciones, algunos hermeneutas liberales han fingido oídos sordos y —soslayando además el hecho de que, con respecto a sus ideologías, incurren en lo mismo— me acusan con menosprecio de "destacar [...] *ciertos* temas o procedimientos argumentativos propios de la escolástica [...] por más que [...] no se pasase a considerar los peculiares efectos semánticos de la elocución lírico-metafórica y la función mito-poética dentro del marco autónomo de la obra literaria" (José Pascual Buxó, *op. cit.*, p. 385; cursivas añadidas). Por supuesto, en mi trabajo di tanta importancia al carácter de alegoría que tiene el *Primero sueño* que —a diferencia de ellos— fui capaz, desde un único "procedimiento argumentativo" (el "propio de la escolástica" del ámbito cultural de la jerónima) y siguiendo verso por verso el principio de la *navaja de Ockham*, de ofrecer razón tanto de los "peculiares efectos semánticos de la elocución lírico-metafórica" de la silva, como de su "función mito-poética". Según parece, Pascual Buxó olvidó de pronto la queja que había externado cuando Octavio Paz lo acusó de "da[r] pie a la idea de que *El sueño* sea 'una *mera* representación del modelo neoplatónico del Universo'" (en cursiva en el original); queja que encontró su cauce en el contraargumento según el cual "ese modelo del hombre y del mundo *subyace* en el texto de sor Juana; esto es, que constituye el paradigma ideológico englobante que rige la disposición de las partes del poema y determina su tópica particular" (José Pascual Buxó, *Sor Juana Inés de la Cruz: amor y conocimiento*. México, UNAM, 1996, pp. 144-145; en cursiva en el original). En efecto, da la impresión de que, por lo que a mi obra concierne, repentinamente Pascual "olvidó" que es indispensable descubrir el "paradigma ideológico englobante que rige la disposición de las partes del poema y determina su tópica particular" y, al sentirse incapaz de refutarla, decidió rebajarla *convenientemente* a ser un texto que "destaca" sólo "*ciertos* temas o procedimientos argumentativos propios de la escolástica". Contrariamente, años antes había asentado: "El trabajo de Alejandro Soriano sostiene en fuentes irrefutables y con irreprochables argumentos su interpretación de uno de los poemas más ambiciosos de toda nuestra historia literaria" (*cfr.* José Pascual Buxó, "Prólogo", en Alejandro Soriano Vallès, *La invertida escala de Jacob*..., p. 17).

> doxas y heterodoxas en una imagen ambigua sobre la verdad del sueño intelectual; la idea pitagórica de la armonía de las esferas como punto de referencia constante; el papel del silencio como referente oculto del poema y su valor enigmático. En esta figura en la que se descubre un orden dentro del desorden, y en que ese orden lo da la perfección del círculo, todas las cosas, así como todas las formas de conocimiento, están íntimamente vinculadas como en una gran cadena [...] Son numerosos los debates que se han dado últimamente sobre el final de esta extraordinaria monja poeta, debates que han descuidado, por privilegiar el aspecto político de la cuestión, el verdadero contenido de la obra poética de la monja novohispana. Perteneció sor Juana a la orden de las jerónimas y rindió cumplido tributo a su santo patrón, rodeada toda su vida de libros y dedicada al mundo de las letras. Sin embargo, las autoridades eclesiales, concretamente su confesor, Núñez de Miranda,[52] el arzobispo de la Nueva España,[53] Aguiar y Ceijas [*sic*] y el obispo de Puebla, Fernández de Santacruz [*sic*], tuvieron un papel relevante en los últimos y difíciles años de vida de esta mujer. El designio: separarla de las letras. El castigo: privarla de su biblioteca. Poco después de la pérdida, sor Juana enfermará y morirá, pero no derrotada. El espíritu libre de la sabiduría permea la obra de este ser superior a los avatares de la política.[54]

Si empezamos desde abajo, notaremos algo recurrente en la crítica liberal: Olivares se apoya, para ofrecernos las respuestas al "verdadero contenido de la obra poética de la monja novohispana", en una versión biográfica apócrifa. Se trata de la "leyenda negra" de sor Juana, según la cual, con sus palabras, "las autoridades eclesiales" tuvieron el "designio" de "separarla de las letras". Esta leyenda no sólo carece de sustentación histórica pero, según he probado copiosamente,[55] se trata de un bulo confeccionado con el propósito de hacer de la monja un "herético" y "rebelde" personaje en permanente confrontación con la fe de la Iglesia católica.[56] Es, en suma, un producto *político* de la ideología liberal. Sintomáticamente, nuestra analista se basa en este preciso "aspecto

[52] Aparte de haber sido unos meses provincial de la Compañía de Jesús en México, es cierto que el padre Antonio Núñez de Miranda jamás fue "autoridad eclesial". Este error, común entre muchos sorjuanistas, ha servido —como en este caso— a los analistas liberales para tratar de validar la falsa narrativa de la "persecución" de la Iglesia contra la poetisa.

[53] Olivares imagina que Aguiar y Seixas, en vez de ser cabeza del arzobispado de México, lo era de uno que ella llama "Nueva España". *Cfr.* también Rocío Olivares Zorrilla, "La figura del mundo...", *op. cit.*, p. 98, donde habla de la "Catedral de la Nueva España".

[54] Rocío Olivares Zorrilla, "Sor Juana y la arquitectura sagrada", recuperado de: <http://www.arkho.com/oliva1.htm>, consultada el 21 de marzo de 2016. Extrañamente, este "Prefacio", que revela a cabalidad el carácter de la exégesis de Olivares, no está incluido en otras versiones publicadas del artículo.

[55] *Cfr.*, por ejemplo, Alejandro Soriano Vallès, *La hora más bella...* y *Sor Filotea y sor Juana...*

[56] El *Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española* define "leyenda negra" como un "relato desfavorable y generalmente infundado sobre alguien o algo". En atención a las características del recién mencionado bulo, desde hace tiempo lo llamo "leyenda negra de sor Juana". Cuando empecé a hacerlo, ignoraba que muchos años antes Gerard Flynn se me había adelantado. En efecto, en su libro dedicado a nuestra poetisa ofrece una sección a "The Black Legend of Sor Juana" Gerard Flynn, *op. cit.*, pp. 13-14. Ahí, con toda precisión explica que "from 1940 to 1952 a series of books appeared questioning the loyalty and religious persuasion of Sor Juana Inés de la Cruz. The general image of Sor Juana presented by these books was that of a cunning woman who entered the convent in order to have a private study. She dissembled her thoughts and spoke with tongue in cheek because a clever intellectual such as she had to beware of the Inquisition and the Jesuits. She fooled both Church and State. She acted hypocritically, she disdained religion, she became a modern heretic. This series of books has created a new black legend, a *leyenda negra sorjuanista*, which like all enthralling legends must concern the critic. The picture of a rebellious Sor Juana is indeed a romantic one; it appeals to the imagination. But it does not square with reality, for Sor Juana has left a clear testament of her religious persuasion and loyalty to the Crown in the autobiographical *Replay to Sor Filotea* and in many plays and poems". Desafortunadamente, las atinadas palabras de Flynn fueron desoídas y los críticos liberales, sobre todo a partir de la aparición de las *Trampas...* de Octavio Paz, han continuado cultivando y difundiendo la "leyenda negra".

político" para justificar la búsqueda del "espíritu libre de la sabiduría [que] permea la obra de este ser superior a los avatares de la política". No es difícil concluir que, si como Olivares propone, "el castigo" de "las autoridades eclesiales" por el "espíritu libre" que —según ella— "permea la obra" sorjuanina fue "privarla de su biblioteca",[57] dicho "espíritu" debe ser ajeno a las "ideas ortodoxas". En efecto, esto mismo es lo que la comentarista asienta cuando se refiere al "eclecticismo" ("la multiplicidad de sus fuentes conceptuales […] y la trabazón de ideas ortodoxas y heterodoxas"), que antes, eufemísticamente, denominó "compleja óptica cristiana". Sin miedo a los términos, la expresión exacta no es, por supuesto, "eclecticismo", sino *herejía*.[58] No deja de ser simpático que al intentar deslindarse del "aspecto político" en aras del "verdadero contenido de la obra poética de la monja", Olivares Zorrilla deba acudir, *privilegiándolo* como garante de sus interpretaciones heterodoxas, al constructo político liberal de la "leyenda negra".[59]

Lógicamente, el camino puede recorrerse en ambas direcciones, y quienes, al modo de nuestra ilustradora, se apoyan en la biografía para descifrar la obra,[60] suelen utilizarla con el fin de validar sus aserciones biográficas (por mínimas que sean). En los estudios sorjuanistas no existe la exégesis literaria "pura", desligada completamente de las circunstancias históricas de la poetisa. Los que dicen practicarla en realidad se adscriben al *estetismo*, hermenéutica reduccionista que da preferencia a los aspectos artísticos sobre las demás realidades de la vida —y, eminentemente, de la ética (real)— de la Décima Musa.[61] Como es natural, los enfoques

[57] A partir de 2011 di a conocer en diversas publicaciones el documento que demuestra la falsedad de esta aserción tan difundida. *Cfr*., verbigracia, Alejandro Soriano Vallès, "Los libros de sor Juana", *op. cit.*

[58] He aquí una muestra más del autismo académico que, con el pretexto de centrarse en la obra (y así modelarla a su gusto), arrincona los datos históricos: en la *Carta de Monterrey*, tan estimada por la crítica liberal, su autora pregunta con indignación: "¿Soy por ventura hereje?". Antonio Alatorre, "La *Carta* de sor Juana al P. Núñez (1682)", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 35, núm. 2, 1987, p. 624.

[59] No es éste el único sitio en que Olivares asegura, *sin justificarlo*, que a la Fénix le quitaron sus libros. *Cfr*., verbigracia, Rocío Olivares Zorrilla, "El modelo de la espiral armónica de sor Juana: entre el pitagorismo y la modernidad", *Literatura Mexicana*, vol. 26, núm. 1, 2015, p. 34, donde menciona, como de pasada pero con el preciso sentido que aquí tiene, la biblioteca "confiscada".

[60] Nuevo ejemplo se halla en su escrito "La figura del mundo...", *op. cit*., donde al tratar de interpretar el papel del "silencio" en los textos de la religiosa, Olivares recurre a los espurios datos de la "leyenda negra". Ahí, en efecto, revisa un párrafo de la *Respuesta* en el que, según ella, "sor Juana juega irónicamente con la elocuencia del silencio". Enseguida afirma que "resulta lógica, artísticamente explicable, la relación entre esta ironía de sor Juana y su frecuente falsa modestia [!] respecto de sus pobres *borrones* o poemas, puesto que la *Respuesta*... es también rebajada a *rótulo* del irritado silencio que le imponían las reconvenciones de Fernández de Santacruz [*sic*]" (Rocío Olivares Zorrilla, "La figura del mundo...", *op. cit*., pp. 270 y 271; en cursivas en el original). Exégesis que, es palmario, depende de la visión biográfica liberal, que toma por verdadera la falacia de que el obispo de Puebla le "impuso" un "irritado silencio" a la monja (sobre este embuste, *cfr*. Alejandro Soriano Vallès, *Sor Filotea y sor Juana*...).

[61] El reduccionismo estetista es pan cotidiano en los estudios sorjuanistas. Quienes lo practican ven en sor Juana sólo a la poetisa, y desprecian a la religiosa. Cual si hubiese sido una mujer *disfrazada* de monja, dan por hecho que no vivió como tal. Para ellos las realidades de su existencia conventual son superfluidades que o no merecen atención o son, de plano, despreciables. *Cfr*., verbigracia, Alejandro Soriano Vallès, *La hora más bella*..., caps. "El héroe es éste", "Mujer fuerte" y *passim*, todo el libro. Fieles a la ideología liberal que los guía, asientan que su profesión monacal se debió únicamente a la búsqueda de un espacio donde poder dedicarse a las letras. Las múltiples atestaciones —propias y ajenas— de la vocación que la llevó al claustro les incomodan y prefieren soslayarlas. Por si no bastara, les desagradan los estudios que sí las toman en serio. A los exégetas que lo hacen suelen desacreditarlos (quizá por impotencia y recurriendo al inveterado prejuicio según el cual fe y ciencia son incompatibles —*cfr*. Alejandro Soriano Vallès, "Sor Juana *Ltd.*", *Ritmo, Imaginación y Crítica*, núm. 21, noviembre de 2013, pp. 78-89) endilgándoles adjetivos del tipo "ultraortodoxos" (ridícula etiqueta que oculta el hecho de que quien la esgrime —como si se pudiera ser "medio ortodoxo" sin dejar de ser, *ipso facto*, ortodoxo— pretende hacer de la jerónima una hereje).

La crítica sorjuanista está urgida de responsabilidad. Aparte de requerir tomarse *en serio* (es decir, sin ampararse en el disimulo y la descalificación ideológica barata) los reparos formales de las hermenéuticas contrarias, en términos generales necesita aceptar los nuevos datos y, sin miedo y con honestidad, desechar las teorías que no concuerden con ellos. Al respecto, un caso notable es la segunda edición del libro de Antonio Alatorre y Martha Lilia Tenorio, *Serafina y sor Juana* (México, El Colegio de

estetistas no sólo tienen un esqueleto biográfico muy bien definido, pero las conclusiones emanadas de ellos apuntan, indefectiblemente, a asuntos biográficos delineados a la perfección. Así, en el caso del ejemplo, Olivares no podría asegurar que la obra de sor Juana es "ecléctica" (es decir, herética) si no creyera que por tener una ideología de ese signo en la vida cotidiana la autoridad eclesiástica la "persiguió" y "castigó". Y no conseguiría asentar dicha "persecución".

México, 2014), donde, sin responder a las graves objeciones que opuse a sus tesis en 2008 en *La hora más bella...*, se continúa, como si nada hubiera pasado, divulgando la "leyenda negra". Resultan, en efecto, asombrosas las quejas de Tenorio tocantes al "silencio absoluto" que siguió a la publicación original de su obra, cuando Alatorre y ella hicieron exactamente lo mismo con las perentorias contradicciones de la mía. Sin este disimulo, no sería menos pasmosa la afirmación de Tenorio tocante a estar "convencida de que lo que expusimos en 1998 era lo correcto". Sacado el mentís a la apócrifa atribución de la *Carta de Serafina de Cristo*, lo que "expusieron" en 1998 fue, llanamente, su versión de la "leyenda negra" (y, dado que desde entonces nadie valida dicha atribución, salvo el deseo de mantener vigente la "leyenda negra" —en tanto, como es palmario, la justificación de dar una "lección de honestidad, rigor y ética intelectuales" no se sostiene—, resulta incomprensible el porqué de la segunda edición). La autora de la "Presentación" del libro no debería indignarse por las "muchas barrabasadas [que] nacen cuando se hacen chapuzas y se deforma la verdad", porque ella no tiene las manos limpias. Es asombrosa su irritación ante "quienes pontifican y lucran con falsedades", cuando en la nueva edición de *Serafina y sor Juana* se "finge sordera" y se sigue sin reconocer la existencia de las pruebas históricas que exhiben las "muchas barrabasadas [y] chapuzas" con que en el texto "se deforma la verdad". Aunque en la cuarta de forros de éste se haga lenguas acerca del "compromiso inquebrantable de Alatorre por tratar de aclarar las zonas más imprecisas de la vida y obra de sor Juana", lo cierto es que —sin considerar que el filólogo jamás se animó a rebatir las objeciones de *La hora más bella...*— la responsable de la nueva edición excluyó burdamente las evidencias de que, al contrario de lo que en ella se sigue afirmando, el arzobispo de México no le "incautó" los libros a la poetisa "y los mandó vender por su cuenta" (*cfr.* Alejandro Soriano Vallès, "Los libros de sor Juana...", en *op. cit.*). Tampoco concedió lugar a la documentación que desmiente el aserto según el cual el obispo de Puebla era "enemigo de las actividades literarias que sor Juana reivindica en la *Respuesta*" (*cfr.* Alejandro Soriano Vallès, *Doncella del Verbo*). A diferencia del sitio que la editora otorgó a los hallazgos del Perú publicados en 2004 (*cfr.* José Antonio Rodríguez Garrido, *La* Carta atenagórica *de sor Juana. Textos inéditos de una polémica.* México, UNAM, 2004), los que presenté en 2010 (*Cartas de Puebla* y *San Miguel*) y 2011 (testamento de José de Lombeyda), *contrarios a las hipótesis de su obra*, los pasó tranquilamente por alto. Tenorio también se lamenta de las "trampillas" ajenas, detectadas y corregidas en *Serafina y sor Juana*. Lo hace sin mirarse al espejo, porque en esta segunda edición no escasean (*cfr.* Antonio Alatorre y Martha Lilia Tenorio, *Serafina y sor Juana*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 9-12, 83, n. 8 y n. 148); buena muestra de ello es el par de citas que hace de mi artículo "Un género supremo de providencia: sor Juana Inés de la Cruz y la tesis de los beneficios negativos en la *Carta atenagórica*" (*Literatura Mexicana*, vol. 14, núm. 1, 2003), del que transcribe unas líneas de él, pero en la n. 2 de la p. 23 hace la "trampilla" de adulterarlas, de forma que si en las originales aparece correctamente el título de la obra de César Meneses, "*Sugillatio ingratitudinis*", en su edición figura el equivocado "*Suggillatio ingratitudines*". Me gustaría que el lector interesado en estas minucias fuera a mi escrito (p. 52, n. 36) y comprobara que el "*sic*" con que Tenorio antecede semejante "barrabasada" debe aplicársele a ella y no a mí. No es difícil entrever que estas "deformaciones de la verdad" apuntan al desprestigio de los demás. De mayor importancia es la "trampilla" de la n. 39 de la p. 106, donde se cita de nuevo "Un género supremo...", ahora para validar la falacia de los autores según la cual la teoría de los beneficios negativos de la *Carta atenagórica* de la madre Juana "resulta no muy ortodoxa". Por supuesto, no sólo no dije semejante "barrabasada", sino que asenté precisamente lo contrario. Los autores hacen, otra vez, "trampilla" y, sin "tratar de aclarar las zonas más imprecisas de la vida y obra de sor Juana", llevan agua al molino de la "leyenda negra", "lucrando con la verdad".

Dada la contundencia de los nuevos datos, hay ahora una versión *light* de la "leyenda negra". Como (excepto para los "críticos trasnochados y ultrarreaccionarios"; *cfr.* Antonio Alatorre y Martha Lilia Tenorio, *op. cit.*, p. 149) actualmente ya no es posible acusar a la jerarquía de la Iglesia de haber "perseguido" a la Fénix, se empieza a hablar de modo impreciso de sus "censores". Este indefinido y, por lo mismo, ubicuo ente, resulta muy provechoso, en cuanto se le puede hacer aparecer con la máscara apropiada y en el sitio y número deseados sin el inconveniente de identificarlo. Por supuesto, como todos nosotros, la Décima Musa tuvo detractores (ella misma lo dice en la *Respuesta*), pero eso no significa que, cual insinúan quienes practican la nueva modalidad de la leyenda negra, estuvieran en posiciones de poder o representaran un "peligro" para su persona. El objetivo de este sector crítico es, claramente y aunque las pruebas lo contradigan, *conservar* los caracteres esenciales del bulo de la persecución clerical; con tal fin, mantienen la costumbre de los análisis autistas, escudados en la "teoría literaria", dado que a través de ella es facilísimo "demostrar" lo que se antoje. Por eso, aunque la historia los desmienta y —allende el de Antonio Núñez de Miranda (*cfr.* Alejandro Soriano

Vayamos, entonces, al tema de la ética sorjuanina. ¿Fue —como aseveran los comentaristas liberales— una escritora herética que plasmó su heterodoxia en sus escritos, particularmente en el *Primero sueño*, o fue —cual aseguramos nosotros— una intelectual fiel a la fe de la Iglesia católica que dejó constancia de ello en el ejercicio de su pluma, incluida la factura del poema? Quien acepte los hechos deberá reconocer, cuando menos, que, más allá del *solipsismo de las lecturas* de los escritos de sor Juana, la exégesis estetista carece por completo de bases documentales históricas que garanticen la validez de las mismas. Como dicho solipsismo se utiliza para plasmar aserciones de tipo biográfico, el resultado es el círculo vicioso de una hermenéutica insustancial, incapaz de hacer coincidir sus interpretaciones literarias con los datos históricos y viceversa.

Contrariamente, en la exégesis aristotélico-tomista ética y estética (vida y pensamiento) concuerdan a cabalidad. Como dijimos, el cien por cien de los documentos históricos certifica el análisis del contenido ortodoxo de *El sueño*. En efecto, sor Juana Inés de la Cruz fue una católica ejemplar. No desarrollaré ahora la demostración, porque no es el sitio apropiado y lo he hecho con profusión en mis obras anteriores.[62]

Si regresamos al "Prefacio" del artículo de Rocío Olivares, notaremos que ella "descubre" en la silva "un orden dentro del desorden".[63] Según su examen, se trata de un "producto ambiguo y desconcertante", es una "representación deliberadamente distorsionada: críptica". El "desorden" que la analista "descubre" no está en el poema, sino en su exégesis, que al tratar de reconciliar "elementos ideológicos diversos", *deliberadamente lo distorsiona*, tornándolo *críptico*. La "esoteria" no se halla, luego, en *Primero sueño*, sino en la mezcolanza de la interpretación, que se afana en introducir en él la "gnosis hermética y el racionalismo de transición entre la Edad Media y el Renacimiento", "la síntesis entre neoplatonismo y escolástica"[64] y, además de otros variopintos ingredientes, "las concepciones de la patrística y del misticismo estoico y gnóstico". Olivares sigue en esto de revolver filosofías propias del ámbito cultural de sor Juana con otras exóticas y anacrónicas, a Octavio Paz,[65] gran modelo, según dijimos, de aquellos

Vallès, *La hora más bella...*, cap. "El padre Antonio Núñez")— no sean capaces de proporcionar nombres, los cultivadores de la teoría literaria partidarios de la "leyenda negra" *light* continúan "descubriendo" "estrategias discursivas" que, a fin de cuentas y desde una desasosegada "autodefensa", devendrán en "discursos subversivos" en los textos sorjuaninos. No es necesario ser ni teórico de la literatura ni filólogo para prever que dichos "discursos" acabarán, entre otras cosas, siendo asociados con la herejía. Desgraciadamente para estos analistas, las evidencias históricas los contradicen.

[62] *Cfr.*, por ejemplo, Alejandro Soriano Vallès, *La hora más bella...*, *Doncella del Verbo* y *Sor Filotea y sor Juana...*

[63] Por supuesto, no hay tal "desorden". La hermenéutica íntegra y apropiada muestra, como muy bien dice Flynn, que "the movement of the poem is linear in its meaning but circular in its form" (Gerard Flynn, *op. cit.*, p. 29).

[64] Al modo de los críticos mencionados anteriormente, para descartar mi interpretación Olivares Zorrilla recurre al manido y facilón expediente de simplificar las cosas, aseverando que "el aspecto aristotélico-tomista no lo es todo en el poema de sor Juana, pero más aún, de que no lo es todo en el pensamiento cristiano, habría que señalar que esas bases [de mi libro] son la mitad de las bases, puesto que las platónicas y neoplatónicas, que el autor desprecia aun sin conocerlas, alientan lo mejor de las páginas de nuestra autora y apuntalan sus alcances teológicos, como sucede en su sorprendente silva" (Rocío Olivares Zorrilla, "Escollos y nuevos derroteros...", *op. cit.*, p. 334). Si —suponiendo sin conceder— como la comentarista dice, las tomistas "son la mitad de las bases" de *El sueño*, lo cierto es que, entonces, sus análisis son sólo la otra mitad, pues en ellos el tomismo se da por sentado y, así *despreciado*, prácticamente no aparece. A diferencia de Olivares, yo he considerado y rebatido con razones sólidas (consiguientemente, a través del *conocimiento* y sin "despreciarla"; *cfr.*, por ejemplo, los caps. 4 y 5 de *Bases tomistas*) la exégesis pseudohermética y neoplatónica del poema. Por supuesto, dado el manejo que ella manifiesta tener de mi obra, debería estar familiarizada con *los precisos motivos* por los que rechazo la lectura neoplatónica y pseudohermética y, si tan confiada está en sus criterios, necesitaría oponer a los míos *argumentos filosóficos e históricos valederos* que sobrepasaran las burdas reducciones recién citadas. Aunque disimule, Olivares también habrá encontrado en mi libro que yo *de ninguna manera* doy crédito —como ella asienta con la intención de inhabilitarme— a la ridícula suposición de que la filosofía de santo Tomás "lo es todo en el pensamiento cristiano" (dentro de poco volveré sobre el tema; por el momento, *cfr.* Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomistas*, p. 174, n. 91).

[65] *Cfr.* Octavio Paz, *op. cit.*, pp. 59-60.

que, desde la publicación de sus *Trampas*, han batallado por hacer de la monja, mediante la "trabazón de ideas ortodoxas y heterodoxas" y sin renegar de los datos biográficos falsos, una hereje.[66]

Según el "Prefacio" de Olivares Zorrilla, "con el emblema de las dos pirámides —una de luz y una de sombra— este poema nos plantea un enigma que, para sor Juana [?], no ha resuelto el racionalismo [?] tomista, el cual se muestra

[66] Es lo que, verbigracia, admite haber llevado a cabo Pascual Buxó cuando, para salvar su hipótesis "neoplatónica", asegura incongruentemente que "a pesar del necesario acatamiento del dogma católico, sor Juana pudo mostrarse en su poema tan platónica como aristotélica, es decir [con un eufemismo], *menos fielmente ortodoxa*..." (José Pascual Buxó, *Sor Juana Inés de la Cruz: amor*..., pp. 182-183; cursivas añadidas).

Un caso más reciente es el del artículo de Sigmund Méndez, "El sueño, la fantasía y sus alegorías en el *Primero sueño* de sor Juana Inés de la Cruz", donde, para justificar su tesis (según la cual el "fin" de la obra es "autotélico: *su propia representación*. Carece entonces de una función revelatoria [*sic*] claramente determinable en términos externos..."), se recurre al artificio de afirmar que la silva no concluye con el amanecer y el despertar de su protagonista, sino mucho antes, con el sueño de ésta: "en realidad [aventura el autor], no existe una reflexión exterior al sueño (en cuya esfera siempre, según el general acuerdo de las teorías antiguas y medievales, debe tener lugar el proceso interpretativo), *pues el poema acaba cuando éste concluye*" (cursivas añadidas). Si, por ejemplo, comparamos la silva sorjuanina con una obra de la Antigüedad, llamada *El sueño de Escipión*, notaremos que, en efecto, *sin ulteriores detalles*, finaliza con el soñar (v. 297): "IIle discessit; ego somno solutus sum". En cambio, en la de la jerónima, tras "la final disolución de las formas imaginarias", se dedican decenas de versos al amanecer. Como expliqué en *Bases tomistas*, "el *amanecer* y el *despertar* vienen a ser así algo más que 'agregados' carentes de función en el sistema metafórico de *Primero sueño*. Por el contrario, son ellos los pasajes en donde la alegoría completa su significación, dándonos a entender que la búsqueda del conocimiento perseguido por el alma durante el sueño, *no siendo el que en el orden de naturaleza le corresponde, constituye, precisamente por esto último, un intento de quebrar los límites establecidos* ab origine *por Dios con dicho orden y, debido a ello, un pecado*" (en cursivas en el original). A diferencia de la suya, la exégesis tomista no se halla, cual Méndez sugiere, sujeta al desciframiento de "aspectos particulares elegibles según cada lector", porque, como asenté arriba, hasta la fecha es la única que posee el estado de *secuencia ilativa coherente*. El uso *correcto* de las herramientas filosóficas de la Escuela conduce a muy similares resultados. Así, Gerard Flynn (a quien, insisto, no había leído cuando escribí *Bases tomistas*): "Sor Juana's *Dream* is an Aristotelian-Thomistic explanation of the nature of human knowledge. Man is higher than the other animals, whose knowledge is restricted to the evidence of the senses, and lower than the angels, those pure spirits who by their nature intuit the reality of things [...] If man has a low estate, like the plants and animals, he also has a dignity comparable to that of the angels. *He must not, however, take himself to be an angel, for that is an act of pride* worthy of a Phaeton, who attempted to steer the sun [...] Her poem tells us that man has to be true to his own nature for if he tries to act beyond it will suffer metaphysical inundations that will keep him in his natural state" (cursivas añadidas). Y Montross (a quien tampoco conocía cuando compuse *Bases tomistas*. Por desgracia, su hermenéutica padece el defecto de introducir una ambigüedad innecesaria —e infundada— al separar los conceptos tomistas del poema de cierta versión —falsa— de la "vida" de Juana Inés. No obstante, el trabajo tiene grandes aciertos): "The flaw implicit in the reasoning done while asleep suggests a tragedy in the Aristotelian sense. The sin of pride mars [*sic*] the soul, the hero. *The resolution of the dilemma comes with the day and the restitution of logical and spiritual powers*" (cursivas añadidas). Como es de esperar, la interpretación tomista de *Primero sueño* tiene uno de sus fundamentos en las *tan esclarecedoras* palabras de la *Suma teológica* tocantes a los efectos de los vapores sobre las ensoñaciones (véase, por ejemplo, Constance M. Montross, *op. cit*., p. 40 y *Bases tomistas*, pp. 54-60), y al hecho de que, a causa de ellos, siendo la imaginativa la facultad de los sueños, el error penetra en el espíritu (*cfr*. Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomistas*, p. 58); del mismo modo, la alegoría del poema tiene su exacta correspondencia en la sombra externa que desde el v. 1 se eleva con dirección a las estrellas (*cfr. Bases tomistas*, pp. 85-86); correspondencia que Méndez, de un plumazo y sin que haga mediar ninguna refutación, voluntariosamente desecha. Luego, el jueguito de paradojas con que quiere zafarse de la radical calificación de engaño que, a lo largo de su silva, sor Juana da al sueño, falla justamente por el valor del largo paso dedicado al amanecer (paso que el comentarista, infructuosamente y con el designio de embutir su hipótesis, procura desestimar). Ciertamente, el alma es engañada por la "causa eficiente" de los vapores, pero éstos se desvanecen al llegar el día y ella queda despierta y, al unísono, *desengañada*. Como Méndez rehúsa aceptar el tan evidente engaño sufrido por el alma de *Primero sueño* (recuérdese, al respecto, lo dicho por Diego Calleja: "*desengañada*, amaneció y desperté"), maniobra de modo que la imaginativa o fantasía sea ahora el sustituto de la cogitativa y —en vez de que el engaño penetre al espíritu a través de ella, cual indica la filosofía escolástica— equivalga "a una potencia 'más pura'". Por supuesto, el adjetivo "claros" de los vapores se refiere (según afirmé en *Bases tomistas*, sin que Méndez se animara a refutarme) a su "fuerza" onírica (esto es, a su "gran capacidad de pro-

insuficiente para descifrar el mundo en este poema sobre el sueño del conocimiento". ¿Cómo no ha de "mostrarse insuficiente" no digamos el tomismo, sino cualquier filosofía que se respete a sí misma, para "resolver" un "enigma" ficticio?

En mi libro ya había descartado la presencia en *Primero sueño* del "emblema" de marras.[67]

En la nota a los versos 400-407 de su edición de la silva, Méndez Plancarte dice: "Vossler aduce muy oportunas citas del 'Oedipus aegyptiacus' del P. Atanasio Kircher [...]: el Alma, una pirámide luminosa (aunque, según la explicación y el grabado del P. Kircher, pirámide invertida, e inscrita en otra "pirámide tenebrosa", ésta sí sentada sobre su base: el cuerpo). sor J[uana] estilizó la alegoría; mas creemos indudable esa fuente".[68]

A partir de aquí, incontables críticos (entre los que destaca Octavio Paz)[69] han dado por hecho que ambas pirámides aparecen en *El sueño*. Empero, contrariando la certidumbre del gran editor moderno de la Fénix, no hay fundamento para ello, pues nadie puede demostrar que, *al modo evidente de la pirámide de sombra de los versos iniciales*, la quimérica pirámide de luz se encuentre en la silva. En efecto, quienes sostienen su existencia se amparan simplemente en una *petición de principio*, según la cual, con palabras de Marie-Cécile Bénassy, "está *implícitamente* presente en el poema".[70] De manera similar, Rocío Olivares nos compele a creer en su palabra cuando, sin ser capaz de exhibir *explícitamente* el "emblema de las dos pirámides", aventura que "hay otra pirámide luminosa *implícita* en *El sueño* de sor Juana: la iluminación 'cierta', y 'judiciosa' del sol matutino".[71] Al no poder probar la realidad de la sobredicha

ducir imágenes"), y no a que, como él asienta, "no 'nubl[e] n' la mirada interior". (El crítico busca apoyarse en la *Suma contra gentiles* de santo Tomás para su lectura, mas ésta contundentemente habla tanto de las *perturbaciones* de los vapores y flatos durante el sueño, como del asunto del alma separada, *que no necesita fantasmas para conocer*). Para justificar su hipótesis, Méndez ha trastocado el sitio que, de acuerdo con la filosofía escolástica, la fantasía ocupa en el proceso del conocimiento, colocándola *después* de la estimativa. Desvirtuando mis palabras para que "no encajen" "conforme con la secuencia de las frases [*sic*], respecto del procesamiento funcional" de las potencias que a él le interesa presentar, asevera que yo sugerí "un error de transmisión" (?), cuando en realidad propuse un hipérbaton no detectado: "puede ser que la lectura de estos versos sea, en lugar de la de 'los simulacros que la estimativa / dio a la imaginativa', tal cual la hacemos directamente, la de 'los simulacros que a la estimativa / dio la imaginativa'". Como era de esperar, el articulista se enrola desde el principio en la legión de quienes, menospreciando lo averiguado, procuran injertar filosofías exóticas y anacrónicas en el medio novohispano de la segunda mitad del siglo XVII. En este sentido, es considerable la importancia que ha concedido a un tratado de Sinesio de Cirene (personaje con el que Méndez parece haberse topado a la hora de realizar una investigación para un texto dedicado al escrito "Sinesio de Rodas", de Juan José Arreola, y a quien —¿por qué no?— creyó buena idea vincular con *El sueño* de sor Juana —en especial, con el asunto de la "phantasía". *Cfr.* la conclusión del artículo, Sigmund Méndez, "Notas histórico-filológicas a un cuento de Juan José Arreola", *Literatura Mexicana*, vol. 19, núm. 2, 2008, pp. 117-118), filósofo neoplatónico de los siglos IV y V, cuyo influjo sobre la Décima Musa el propio Méndez no sólo se reconoce incapaz de probar, pero acaba poniendo en duda: "No se puede aseverar con plena certeza [admite] que sor Juana haya tenido un conocimiento directo o indirecto [!] de la obra [de Sinesio], aunque varios indicios dan pábulo a la conjetura". Y sirviéndose de semejante "conjetura", Sigmund Méndez acometió la labor de cuestionar las influencias filosóficas demostrables (*cfr.* Sigmund Méndez, "El sueño, la fantasía y sus alegorías en el *Primero sueño* de sor Juana Inés de la Cruz", *Bulletin of Spanish Studies*, vol. 93, núm. 6, 2016, pp. 5, 6, n. 16, pp. 8, 10, 14-16, 16, n. 58, n. 61, pp. 19, 35, n. 155; Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomistas*, pp. 57, n. 80, pp. 60 y 363-364; Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*, México, UNAM, 1989; Gerard Flynn, *op. cit.*, pp. 27-28; Constance M. Montross, *op. cit.*, p. 40; santo Tomás de Aquino, *Suma teológica*, Madrid, BAC, 1964, p. I, q. 84, a., 8 y santo Tomás de Aquino, *Suma contra gentiles*, Madrid, BAC, 1967-1968, p. II, 80, n. 13).

[67] *Cfr.* Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomistas*, p. 179.

[68] Sor Juana Inés de la Cruz, *El sueño*, ed., introd., prosificación y notas de Alfonso Méndez Plancarte, México, UNAM, 1989, p. 92.

[69] *Cfr.* Octavio Paz, *op. cit.*, pp. 485-486.

[70] Mari-Cécile Bénassy, *Humanismo y religión en sor Juana Inés de la Cruz*. México, UNAM, 1983, p. 153; cursivas añadidas. *Cfr.* Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomistas*, p. 179, n. 110.

[71] Rocío Olivares Zorrilla, "La figura del mundo...", *op. cit.*, 194; cursivas añadidas.

pirámide, Olivares se conforma con instarnos a "aceptar esta *interpretación*"[72] suya.

Otro injustificado pero muy manido aserto de la exégesis liberal es la pretendida "separación" del alma durante el sueño:

> […] y juzgándose casi dividida
> de aquella que impedida
> siempre la tiene, corporal cadena,
> que grosera embaraza y torpe impide
> el vuelo intelectual […]
>
> (vv. 297-301)

En *Bases tomistas* dediqué varias páginas a explicar por qué la interpretación hermético-neoplatónica que la apoya resulta falsa.[73] La exposición es minuciosa e invito al lector interesado a seguirla en el libro. Repito aquí tan sólo que la *fantasía* del alma, *excitada* y, así, *engañada por los vapores del sueño*, se juzgaba "*casi* dividida" de su cuerpo cuando, en verdad, no lo estaba. Innegablemente,

> […] es este "casi" el que provoca que la interpretación neoplatónica se venga abajo. Jamás dice la poetisa que el alma estuviera *efectivamente* separada de su cuerpo. Es más, sor Juana recalca que el alma "se juzgaba" casi separada, o sea que *creía* de sí misma que se hallaba *casi* "dividida", por donde sabemos que *no estaba* separada. Y ello debido a que el "juzgarse" casi dividido no es lo mismo que *estarlo* (sin el "casi" y sin el "juzgarse").[74]

Esto es palmario, y quienes —sin percatarse siquiera— ponen en entredicho los mismos fundamentos neoplatónicos y pseudoherméticos que defienden cuando, tras negar que el alma *en realidad* se desligue por completo del cuerpo, afirman que la "separación" se da *como parte del sueño* (esto es, como algo soñado), dejan de lado el asunto, crucial, del engaño que éste produce; o sea, los muy neoplatónicos y pseudoherméticos críticos que tal hacen, soslayan que el sueño de la "separación" es, justamente, en tanto soñado, *un engaño*, y que, por ello, *no solamente no hay semejante "separación"*, sino que el alegado sueño de la "separación" *y sus frutos*, por engañosos, son inefectivos.

Sin duda, este tipo de hermenéutica nace de la urgencia de ahormar el poema a un molde preconcebido. Con el objetivo de hacer de sor Juana una monja heterodoxa ("neoplatónica", "hermética" y quién sabe qué tanto más), se manipulan los datos y se niega lo incuestionable.[75] Manifiestamente, no soy yo el único autor que niega la "separación" de marras. Baste con

[72] *Ibidem*; cursivas añadidas. Generalmente, dicha "interpretación" se apoya, al modo de la de Karl Vossler, en el postulado de las obras "egipcias" de Kircher. Así sucede en el caso de Octavio Paz, José Pascual Buxó y Mari-Cécile Bénassy —quien, desprovista de evidencias, de forma voluntariosa asevera que "*moralmente* [!] se tiene la certeza de que sor Juana había leído el *Oedipus Aegyptiacus*"; cursivas añadidas— (*vid*. Octavio Paz, *op. cit*., pp. 485-486; José Pascual Buxó, *Sor Juana Inés de la Cruz: el sentido*..., p. 262, n. 29; Mari-Cécile Bénassy, *op. cit*., p. 151). Lo propio hace Pérez-Amador en su nueva edición de *Primero sueño*, pues mediante el habitual recurso a "la influencia de Kircher en sor Juana", sobre todo a través del *Oedipus*, vuelve a incluir el "emblema de las dos pirámides" (y, con él, la tesis pseudohermética). Alberto Pérez-Amador Adam, *op. cit*., pp. 169-175. Una variación del tema se halla en la hipótesis de la propia Olivares, de acuerdo con la cual el inexistente "emblema" no lo habría tomado la Fénix de Kircher sino, directa o indirectamente, del *De coniecturis* de Nicolás de Cusa "y sus seguidores". El problema, por supuesto, de ninguna manera se resuelve, porque aparte de reconocer que "es difícil establecer si sor Juana leyó realmente a Nicolás de Cusa" (!) —y sacado el hecho de que el "emblema de las dos pirámides" no está en el poema—, la ilustradora tampoco muestra de qué textos de qué "seguidores" del cusano, *nombrados en la obra de la monja*, habría tomado ésta el tan mentado y evanescente "emblema" (Rocío Olivares Zorrilla, "La figura del mundo...", *op. cit*., pp. 79 y 333; *vid. supra*, n. 40).

[73] *Cfr*. Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomistas*, pp. 118 ss. y 133 ss.

[74] *Ibidem*, p. 119.

[75] Además de las recientes muestras, hay que enfatizar cómo la caótica interpretación "esotérica" hermético-neoplatónica, mal zurcida a partir de la retacería del desorden exegético al que eufemísticamente llaman "eclecticismo" quienes la practican, se muestra impotente para cimentar sus propuestas. Ya comprobamos, en efecto, que no puede demostrar que sor Juana haya leído las obras básicas de las

citar al contemporáneo de la poetisa, Pedro Álvarez de Lugo, quien en su comentario de *Primero sueño* asegura "haberse hallado un alma separada del todo de su cuerpo, mientras éste dormía, para volver a él todas las veces que se hallaba despierto, no faltó quien lo dijese, hallándose tan apartado de la razón en creer este delirio cuanto afirmó hallarse apartada del cuerpo por entonces el alma".[76]

Y prosigue explicando que, a pesar de haber sido mantenida tal creencia por hombres de la talla de Plinio y Máximo de Tiro:

> […] esto pues, he referido por que se note el cuidado que pone sor Juana en que no se note algún descuido en orden a esta noticia; pues, siendo así que no es dable el apartarse las almas de los cuerpos entretanto que estos duermen, fuera haberse dormido sor Juana si, habiendo dicho que el alma se hallaba remota (que es lo mismo que lejos del exterior gobierno), no hiciera el reparo que hizo en lo añadido (*si del todo separada no*) contra la ciega censura que parte con la primera […][77]

En *Bases tomistas* di pormenorizada cuenta de estos asuntos, sin que la inmensa mayoría de los ilustradores liberales de la silva haya mostrado la voluntad de enterarse. Adecuado ejemplo es el tema del neoplatonismo. Según dije líneas arriba,[78] pese a las simplistas objeciones de Rocío Olivares, en el libro aclaré que, como las influencias existen y dado que "tanto el platonismo como el neoplatonismo (y en menor grado el pseudohermetismo) representaron una fuerte —si no es que la principal— influencia en la historia del pensamiento de buena parte de la Edad Media",[79] es imposible "suponer que sor Juana, heredera cultural de todo esto, no poseyera su buena dosis de "platonismo"".[80] Mi intención era, eso sí —y además de recordar "que el medio intelectual en el que se desarrolló nuestra poetisa fue, indudablemente, el aristotélico-tomista de la Contrarreforma católica"—,[81] "quitar la impresión de que la monja fue una 'hermética' a ultranza; porque la injustificada y desmedida aceptación de este supuesto lleva, como puede muy bien verse, a afirmar incluso y sin que medie demostración alguna, su heterodoxia".[82]

Si se descarta este turbio propósito, resulta innecesario acudir —cual es tradición entre los críticos ocultistas— a las fuentes neoplatónicas (o con ascendiente neoplatónico) desacostumbradas en el medio cultural novohispano de la segunda mitad del siglo XVII para explicar su influjo sobre la Décima Musa.[83] Sin ser exhaustivos, será suficiente con recordar que, cuando menos a partir de la obra de san Agustín y del pseudo Dionisio Areopagita, dicha filosofía encontró secular acomodo entre los teólogos escolásticos posteriores.[84] La ciencia sagrada de santo Tomás de Aquino es perfecta muestra de ello.[85] Por eso —a diferencia de los empeños de quienes actualmente se desviven por atraer a sor Juana a las filas neoplatónicas

ideologías que artificiosamente "descubre" en sus escritos. Véanse *supra* las nn. 46, 48 y 71.

[76] Andrés Sánchez Robayna, *op. cit.*, pp. 139-40.

[77] *Ibidem*, p. 141; en cursivas en el original.

[78] *Vid. Supra*, n. 64.

[79] Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomistas*, p. 174, n. 91.

[80] *Idem*.

[81] *Idem*.

[82] *Idem*.

[83] En el caso del pseudohermetismo también hay que considerar con Brian P. Copenhaver que "the Hermetic engine sputtered on through the seventeenth century, slowly losing momentum". Desde principios del siglo XVII esta corriente había sufrido fuerte descrédito en las plumas de pensadores como Marin Mersenne, Pierre Gassendi, René Descartes, Gabriel Naudé y, sobre todo, de Isaac Casaubon, quien en 1614 demostró la falsa antigüedad del *Corpus hermeticum*. *Vid.* Brian P. Copenhaver, *Hermetica*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, p. L.

[84] *Cfr.* Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomistas*, p. 278, n. 87 y p. 285, n. 116.

[85] *Cfr.*, verbigracia, Wayne J. Hankey, "Aquinas, Plato, and Neo-Platonism", en Brian Davies y Eleonore Stump (eds.), *The Oxford Handbook of Aquinas*, Nueva York, Oxford University Press, 2012 y Brendan Thomas Sammon, *The God Who Is Beauty: Beauty as a Divine Name in Thomas Aquinas and Dionysius the Areopagite*, Eugene, Oregon, Pickwick Publications, 2013.

paganas y heterodoxas—, como muy bien dice Wayne J. Hankey: "We can conclude that Thomas writes the history of philosophy by drawing the Platonists and the Aristotelians into a single argument in which they complement and correct each other. *The principle of this correction is the Christian faith, which the philosophy ultimately serves*".[86]

Está de más, luego, deformar los textos sorjuaninos en busca de apócrifos "eclecticismos" y anacrónicos conceptos hermético-neoplatónicos cuando en la filosofía católica propia de su *Zeitgeist* puede hallarse sin dificultad la añeja y pertinente utilización escolástica de los mismos.[87]

Más allá de estos disimulos —cuyo burdo designio es volver a la madre Juana una hereje—, los expositores de *El sueño* se han negado a admitir la realidad de una noción bíblica que, una vez señalada, es ostensible en su composición. Se trata, según mencioné, del pasaje de los *Días de la Creación* (vv. 625-703), que di a conocer en *Bases tomistas*[88] y es indispensable, según quedó expuesto en el libro, para leer correctamente el poema, entre otras cosas, porque exhibe su filiación teológica católica (y escolástica).

Para el diseño de este periodo, la jerónima no sólo empleó las longevas nociones filosóficas de *escala perfectiva del ser* y *microcosmos* reconocidas por todos los intérpretes, sino que se sirvió también de la venerable tradición teológica "hexameral" judeo-cristiana, presente en sus devotos *Ejercicios de la Encarnación*.[89] Es sumamente interesante verificar cómo, partiendo del dogma católico de la Creación divina del mundo,[90] la poetisa acompañó paso a paso[91] el tradicional desarrollo teológico de las jornadas del *Génesis* que, dentro de la Escuela, desemboca en otros misterios de la fe: la Encarnación del Verbo de Dios y la Redención (vv. 696-703).[92] Se sigue, entonces, que el *Primero sueño* no es un poema ni meramente filosófico ni de lenguaje "ecléctico", "esotérico", "pagano", "profano" o "deísta", cual múltiples comentaristas conjeturan,[93] sino, al modo de su autora, una obra de honda raigambre cristiana.[94] Como se ve, la ordenada exégesis tomista[95] de *El sueño* —que,

[86] Wayne J. Hankey, *op. cit*., p. 60; cursivas añadidas. Debemos rememorar aquí las palabras de Marcelino Menéndez Pelayo: "Y cualesquiera que sean las semejanzas aparentes entre el misticismo racionalista de Plotino y el misticismo de las escuelas cristianas, siempre habrá entre ellos todo el abismo que separa el orden natural del orden sobrenatural y de Gracia". Marcelino Menéndez Pelayo, "De las vicisitudes de la filosofía platónica en España. Discurso leído en la Universidad Central en la solemne inauguración del curso académico de 1899 a 1890", recuperado de: <http://www.filosofia.org/aut/mmp/ecf01a.htm>, consultada el 21 de marzo de 2016.

[87] Uno de ellos es, por ejemplo, el concepto de *microcosmos*, del cual apunta correctamente Rocío Olivares Zorrilla que "desde la Edad Media, la escolástica había considerado siempre al hombre como síntesis o compendio del universo. Esta idea nutre de manera directa a sor Juana" (Rocío Olivares Zorrilla, "La figura del mundo...", *op. cit*., p. 31; *cfr.* Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomistas*, pp. 35-36).

[88] Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomistas*, pp. 279-302. De hecho, lo revelé en 1995, en el artículo "La filosofía católica de sor Juana: sobre la alusión a Jesucristo en *Primero sueño*", *Castálida*, núms. 5-6, verano-otoño 1995, pp. 24-31, y volví a hablar de él en 1996, en *La invertida escala de Jacob...*, pp. 77-87.

[89] *Cfr.* Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomistas*, pp. 281-282 y 285.

[90] *Ibidem*, p. 282.

[91] *Cfr. ibidem*, pp. 279-316.

[92] *Ibidem*, pp. 308-316.

[93] Así, entre muchos otros: Robert Ricard, "Reflexiones sobre 'El sueño' de sor Juana Inés de la Cruz", *Revista de la Universidad de México*, vol. XXX, núms. 4-5, diciembre de 1975-enero de 1976, p. 29; Mari-Cécile Bénassy, *op. cit*., p. 255; Octavio Paz, *op. cit*., p. 490.

[94] Han transcurrido más de 20 años desde que saqué a luz este imprescindible pasaje de los *Días de la Creación* en la silva y, hasta hoy y según dije, salvo la honrosa excepción de Tarsicio Herrera Zapién, ningún sorjuanista ha tenido a bien aceptar su existencia (en especial, no puedo evitar preguntarme por los motivos que impulsaron a Alberto Pérez-Amador a dejar fuera de la nueva edición del *Precipicio de Faetón* tan fundamental descubrimiento).

[95] Por supuesto, para que la interpretación tomista obtenga resultados apropiados debe ser tomista, no sólo parecerlo. Esta perogrullada viene a cuento por el reciente artículo de Anna More sobre el *Primero sueño*; la académica emprende su trabajo con el pie izquierdo cuando da por hecho que el libro de Paz continúa proveyendo un buen panorama general acerca del tema. Para ella, el sentido último de la silva es enigmático, "not the least because the *exact contours of Sor Juana's intellectual context* continue to elude scholarship" (cursivas añadidas). Y como, a la manera del premio Nobel, More supone que en *El sueño* se despliega una mezcla de influencias neoplatónicas y aris-

además de cumplir con el antedicho estado de *secuencia ilativa coherente*, incluye un sinfín de particularidades teológicas católicas ocultas a la anarquía del voluntarismo estetista de la hermenéutica heterodoxa liberal— grantiza, al reforzar sus conclusiones con los datos biográficos existentes y cumplir con el principio de la *navaja de Ockham*, la ortodoxia de sor Juana Inés de la Cruz.

totélicas, su hermenéutica no sólo se aleja de la unicidad de la lectura tomista, sino también del ámbito cultural de su autora. En realidad el texto de More, a pesar de la terminología aristotélico-tomista, no busca desarrollar un examen consecuente con ella. Esto es patente cuando se suma al alegato de Marie-Cécile Bénassy referente a que el lenguaje tomista en *Primero sueño* no prueba nada, alegato que yo impugné en *Bases tomistas* sin que More haya deseado hacerse cargo de mi impugnación. Peor aún es su aserto de que hemos asumido que sor Juana leyó el *corpus* tomístico "estricto", sin considerar la posibilidad de que, en vez, leyera variantes de "libros de texto" o "manuales" ("textbooks") comunes en el siglo XVII; aserto completamente infundado, y que minimiza la pericia escolástica de la Décima Musa, atestiguada, además de por el contenido de sus escritos, por múltiples conocedores, cual se ha visto. Dentro de este panorama, no es de extrañar que, yendo tras las huellas de Pascual Buxó (cuyos ensayos, por cierto, considera "indispensables" para la lectura neoplatónica) y deslumbrada —a la manera de Sigmund Méndez— por la versión extravagante de Octavio Paz, según la cual el poema es una "profecía de la poesía moderna", More crea que yo ignoro por completo las "presiones" que la forma poética (véase *supra* n. 51) ejerció sobre el "sujeto filosófico y moral del conocimiento". Aparte de insinuar que la poetisa no era ama y señora de su arte, es evidente que la comentarista, sin serle fiel, se sirve del léxico tomista para desplegar una muy personal (y ausente de *El sueño*) "ontopoética", cuyo propósito es, justamente, negar la hermenéutica tomista —que, como probé en mi libro, exhibe la alegoría sorjuanina de los límites del conocimiento humano— e insertar una peregrina "invención de un lenguaje de deseo". El artículo de Anna More es un Caballo de Troya dentro de la ciudadela escolástica (de él sí puede decirse que el lenguaje tomista no prueba nada). Oculto tras el vocabulario de la Escuela, su designio es hacer del poema un falso y muy (pos)moderno "espacio de libertad excepcional" ajeno a las dizque "estrecheces" de la "teleología" tomista. Desgraciadamente para la analista, su exégesis falla por completo, entre otras causas —y dejando de lado la ignorancia de la atmósfera cultural novohispana de la segunda mitad del siglo XVII—, debido a su apócrifa visión de la vida de sor Juana (por ejemplo, cinco años después de que di a conocer las evidencias históricas de la falsedad de la leyenda negra, More aún insiste en enfrentar a la Fénix con el obispo de Puebla) y al deficiente examen escolástico que asegura que, al término de la obra, la monja "claramente" restituye la "fragmentada" "facultad psicológica tomista" con un yo "unificado". En verdad, *mediante el uso correcto de la filosofía aristotélico-tomista* que dominaba, Juana Inés dice algo muy distinto. Según demostré en *Bases tomistas*, lo que al concluir *Primero sueño* se restituye no son la "razón" y la "voluntad", cual More pretende, sino la capacidad de *enjuiciar* las imágenes de la fantasía *por relación con la realidad*. *Cfr*. Anna More, "Sor Juana's Appetite: Body, Mind, and Vitality in 'First Dream'", en Kimberly Anne Coles *et al.*, *The Cultural Politics of Blood, 1500-1900*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2015, pp. 128-130 135, 142, 143, n. 4, n. 5, n. 6; Alejandro Soriano Vallès, *Bases tomistas*, pp. 130-133, 358-364; Sigmund Méndez, *op. cit*., pp. 2, n. 3 y pp. 36-37; Octavio Paz, *op. cit*., p. 500.

Influencias femeninas en el mundo laboral de un comerciante del occidente de México, siglo XIX

Alma Dorantes González*

Resumen: Recién constituida la nación, un joven criollo que intentaba labrarse un porvenir en el ámbito comercial sin contar con un patrimonio familiar se encontró con un camino escabroso, el cual se empeñó en recorrer; así lo explicó en sus apuntes autobiográficos. En sus inicios, contó con el apoyo brindado por dos mujeres criollas viudas, quienes lo estimaban pero, al mismo tiempo, vieron esa ayuda como parte de una estrategia para velar por sus propios intereses.
Palabras clave: comerciante, autobiografía, viudez femenina, proveedoras del hogar, siglo XIX.

Abstract: Shortly after the birth of the nation, a young Creole who attempted to forge a future in trade, with no family inheritance to rely on, found himself on a very rough road, as he explains in his autobiographical notes. At the beginning he had the support of two widowed Creole women who held in some esteem, but at the same time, they thought of this help as a strategy to protect their own interests.
Keywords: merchant, autobiography, widowhood, women breadwinners, 19th century.

Fecha de recepción: 25 de marzo de 2016
Fecha de aceptación: 13 de septiembre de 2016

"Noticia de [la] vida" de Nicolás de la Peña

En 1822 el criollo Nicolás de la Peña Muguiro (1798-1867) experimentó, en la Ciudad de México, el segundo fracaso en su empeño de dedicarse al comercio. Desesperado, le confió a su medio hermano, el militar Juan de la Peña y del Río,[1] una suerte de recapitulación de su vida, plena de desconsuelo:

> […] que ya tenía 24 años de edad y me encontraba en el mismo estado que cuando salí de quince de lado de mis padres, con la inmensa diferencia de que entonces entraba en el comercio con la esperanza de adelantar, y de que entonces vivía mi padre, única persona a quien en una desgracia yo podía y tenía el derecho de acudir, y que ahora me encontraba solo, aislado y humillado con la adversidad de mi suerte.[2]

* Centro INAH, Jalisco.

[1] En 1820, Juan de la Peña y del Río encabezaba el Batallón Provincial de Guadalajara. Este cuerpo militar se convirtió en el Regimiento Permanente núm. 11 de Infantería en 1822, con el ascenso al trono de Agustín de Iturbide. En 1827, por causas políticas, el coronel De la Peña y del Río, junto con otros compañeros de alto rango en el ejército, fue aprehendido y conducido a la prisión de Mezcala. *Vid.* Luis Pérez Verdía, *Historia particular del estado de Jalisco*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara (colección Facsimilar), 1989, pp. 250-251.

[2] Nicolás de la Peña Muguiro, "Épocas notables de la familia de Nicolás de la Peña y Muguiro" (en adelante, "Épocas notables..."), manuscrito, caja 1, exp. 1, f. 23, Colección Independencia y Revolución en la Memoria Ciudadana CIESAS-INAH, Biblioteca "Carmen Castañeda García" del CIESAS-Occidente. *Vid.* Alma Dorantes González *et al*., *Guía de la Colección Independencia y Revolución en la Me-*

No obstante ese convencimiento de que en el infortunio lo correcto era pedir el auxilio de su progenitor, las circunstancias orillaron a Nicolás de la Peña, en repetidas ocasiones, a solicitar y aceptar distintos apoyos de hombres y mujeres con los cuales lo unían lazos de parentesco o de amistad; la necesidad incluso lo presionó a asociarse con individuos que apenas si conocía. Quizá Nicolás calculaba que su padre, Francisco Antonio de la Peña y Alvarado, le habría allanado el difícil camino que recorrió para convertirse en comerciante, por medio de las relaciones que aquél estableció con hacendados, mineros y mercaderes de Real de Minas del Rosario, Sinaloa, Etzatlán y Guadalajara, Jalisco, lugares donde se desempeñó como funcionario de la Real Hacienda. Pero De la Peña y Alvarado, originario de Santander, España, falleció en 1819 en Guadalajara, cuando aún faltaban varios años para que su hijo Nicolás intentara practicar el oficio de mercader, para el que se adiestró en Zacatecas durante ocho años, de 1813 a 1821.[3]

La información anterior proviene de lo que Nicolás de la Peña llamó "noticia de mi vida" o "apuntes", escritos entre 1840 y los primeros años de la siguiente década.[4] En ese texto, dedicado a sus hijos, demostró su dominio de la narración; con amenidad explicó sucesos, argumentos e ideas y se describió a sí mismo —incluidos sentimientos y emociones— y a personas de su entorno familiar y social. A lo largo de sus apuntes, parece asomarse esa conciencia histórica del hombre moderno del siglo XIX, en la que el futuro se presentaba completamente abierto, "repleto de expectativas, incertidumbres y posibilidades" para moldear tanto la propia vida como la de la sociedad de la que el individuo formaba parte.[5] El texto escrito por De la Peña nos revela las preocupaciones que lo acompañaron como resultado de esa toma de conciencia sobre su realidad presente y sobre el futuro que sólo él podía labrarse. En distintos momentos de su vida el porvenir le causó serios temores y desvelos, pero la incertidumbre del mañana, propia de la modernidad, se entremezcló con la creencia religiosa de Nicolás de la Peña, quien interpretaba ciertos acontecimientos de su vida como resultado de la intervención divina. En la "noticia de mi vida", ese comerciante nos permite aproximarnos al modo en que percibió y se apropió del mundo que habitaba; ese acercamiento, señala Mónica Bolufer, es siempre difícil y tentativo, pero sin duda constituye "la materia misma de nuestra disciplina".[6]

Todo lo relacionado con el mundo del trabajo constituye el eje ordenador de la mayor parte del escrito en cuestión; es lo que hace avanzar la descripción y explicación de los acontecimientos ocurridos en la vida personal, familiar, laboral y social de ese futuro mercader de Guadalajara. Precisamente por enfocarse en la experiencia personal del autor, en un sentido amplio, se trata de una autobiografía, y se diferencia de las memorias porque en éstas el escritor dirige su atención hacia las vidas y acciones de otros, así como a los incidentes históricos significativos, acerca de los cuales el sujeto principal de la narración es un testigo o un actor.[7]

Nicolás de la Peña perteneció a un estrato social medio-alto. Esa posición la debió sobre todo a

moria Ciudadana: CIESAS-INAH, Guadalajara, Jalisco, Pandora, 2011. A juzgar por la caligrafía, el título del manuscrito no lo puso Nicolás de la Peña.

[3] La madre de Nicolás de la Peña, Ignacia Muguiro y de Elizalde era originaria de Real de Minas del Rosario, Sinaloa. Falleció poco después de llegar a vivir a Guadalajara, a consecuencia de las complicaciones posteriores al parto de su sexto hijo, Rafael. Nicolás tenía entonces seis años de edad. Enlisto a los hijos del matrimonio De la Peña y Muguiro según el orden de nacimiento: José María Félix, José Nicolás Donaciano Francisco de Paula, Ignacio Ildefonso, José Antonio Calixto, María Josefa y Rafael.

[4] El manuscrito consta de 36 pliegos de papel que hacen un total de 73 fojas. A ese texto se le añadieron varias fojas que contienen información sobre varias generaciones de la familia De la Peña, consignada, a juzgar por la diversa caligrafía, por distintas personas.

[5] Reinhart Koselleck, *apud* Arianne Baggerman, "Controlar el tiempo y modelar el Yo", *Cultura Escrita & Sociedad*, núm. 1, septiembre de 2005, pp. 23-27.

[6] Mónica Bolufer Peruga, "La historia de uno mismo y la historia de los tiempos", *ibidem*, p. 48.

[7] David Carlson, "Autobiography", en Miriam Dobson y Benjamin Ziemann, *Reading Primary Sources. The Interpretation of Texts from Nineteenth and Twentieth Century History*, Londres / Nueva York, Routledge, 2009, p. 189.

su origen étnico, educación y a las cualidades que lo distinguieron: inteligencia, diligencia, honestidad, voluntad inflexible, constancia, entre las principales. En su ascenso social influyó también su enlace matrimonial con Bárbara de Sánchez Pareja, joven perteneciente a una familia de la elite del occidente del país desde la época colonial.

Nicolás de la Peña luchó por que el comercio le proporcionara los medios necesarios para sostenerse él y su familia, "con decencia y con decoro".[8] Aprendió el oficio durante los ocho años que trabajó como "empleado de escritorio" para un importante empresario de Zacatecas. A partir de 1823 se inició en el comercio viandante en Guadalajara, padeciendo las eventualidades que este oficio conllevaba para la mercancía, la seguridad y la salud del individuo. En México, el neófito mercader se surtía de rebozos, listones, seda torcida y sederías, como lo aconsejó el acaudalado comerciante Manuel Moreno de Tejada; se trataba de productos codiciados por la gente pudiente y, por lo tanto, de rápida liquidación. Moreno de Tejada permitió que los colocara en su tienda de los Portales —que circundaban la plaza de armas— y el mismo De la Peña se encargaba de venderlos.

También en los Portales, Moreno de Tejada le facilitó el local donde estuvo el comercio de Fermín Goyzueta,[9] para que abriera por fin una tienda el 15 de octubre de 1828. Para dar ese paso De la Peña necesitó el concurso de tres socios. En sus distintas etapas de mercader —viandante, establecido, importador— precisó de la ayuda de socios, lo que le ocasionó numerosos problemas: detrimento significativo de su ganancia, abuso de confianza, explotación, estafas, robos y engaños de diversa índole. Por ejemplo, en 1834, estaba en quiebra porque debía entregar mensualmente cantidades en efectivo a sus socios, lo que disminuía el capital líquido necesario para resurtir la mercancía; además, la inestabilidad política nacional y local influía negativamente en los negocios de individuos como él, que se esforzaban por apuntalarlos.

El comerciante conservó durante toda su vida la tienda de los Portales. Cuando fue de su entera propiedad, prosperó únicamente lo suficiente para proporcionar utilidades a su dueño, al socio que la administraba, y para pagar a un dependiente o empleado.

Nicolás de la Peña gozó, por única vez en su vida, de una etapa de auge económico, proveniente en buena medida de la sociedad que estableció con Manuel de Zelayeta que confió plenamente en la honestidad y capacidad de De la Peña y le proporcionó un considerable capital en 1835, cuando este mercader estaba en quiebra y endeudado. Como resultado de la actividad y visión de ambos empresarios, los negocios que emprendieron tomaron tal vuelo, que en 1840 establecieron una casa de consignaciones ("Peña y Zelayeta"), importadora de mercancía que desembarcaba en San Blas y Mazatlán y, previsiblemente, distribuían en una amplia región. Ese apogeo duró un sexenio, periodo en el cual De la Peña aumentó su capital y crédito; sin embargo, calificaba como "escaso" ese logro, aunque reconocía que le había permitido vivir en lo sucesivo "más descansado".[10]

En ese juicio influyó, sin duda, que las pérdidas continuaron después de 1846. El socio que administraba su tienda en 1861, Antonio Morfín, había tenido muchas pérdidas y carecía de mercancía suficiente para pagar a sus acreedores. En tal circunstancia, De la Peña decidió entregar bienes de su propiedad a los prestamistas para que no resultaran afectados en sus intereses. Ese gesto de rectitud le causó no sólo merma en su patrimonio, sino también la pérdida de "otras fuertes cantidades de dinero para pagar las deudas de Antonio Morfín". A propósito de este nuevo revés de fortuna, escribió las líneas siguientes de las que, opino, esca-

[8] "Épocas notables...", f. 7.

[9] Fermín Goyzueta era miembro del ayuntamiento de Guadalajara en 1821. *Vid*. Luis Pérez Verdía, *op. cit.*, p. 167. Es casi seguro que se trata de Fermín Goyzueta y Escudero, mencionado por Jaime Olveda entre los miembros de la oligarquía en las postrimerías de la Colonia. Formó compañías comerciales con Eugenio Moreno de Texada, Alfonso Sánchez Leñero y Ventura García Sancho. *Vid*. Jaime Olveda, *La oligarquía de Guadalajara. De las reformas borbónicas a la reforma liberal*, México, Conaculta, 1991, p. 417.

[10] "Épocas notables...", f. 69 v.

pa un dejo de decepción: "Así es que habiendo llegado a cerca de 52 años de mi vida, bastante trabajado y estropeado de un pie que me ha quedado medio inútil, no tengo muchas esperanzas de aumentar lo que tengo, y me contentaré con conservar lo poco que Dios me ha querido dar".[11]

En otras palabras, seis años antes de su deceso, continuaban los infortunios económicos para dicho comerciante, como había sucedido desde que en 1823 realizó las primeras transacciones. Por ello, postulo que la zigzagueante vida laboral de De la Peña y el mediano éxito económico que alcanzó, si se le compara con el denodado trabajo hecho durante décadas, se trata de un caso ejemplar que no se circunscribió exclusivamente a la región cuyo centro era Guadalajara; sostengo que resulta representativo de mexicanos de distintas zonas del país, quienes, sin contar con una fortuna amasada en la época colonial, buscaron labrarse un futuro próspero al mismo tiempo que su naciente patria enfrentaba toda serie de obstáculos para afianzarse como nación independiente.

Los apuntes autobiográficos de Nicolás de la Peña nos ilustran cómo en las narrativas personales se conectan lo individual y lo social. Este texto nos muestra con claridad lo que afirman Maynes, Pierce y Laslett: "Los relatos que la gente cuenta sobre sus vidas nunca son simplemente individuales, sino que son relatadas en épocas y escenarios históricamente determinados".[12]

Miradas masculinas y representaciones femeninas

El propósito de este trabajo es analizar cómo representó Nicolás de la Peña a dos mujeres que ejercieron una decisiva influencia en el inicio de su trayectoria laboral: Francisca Palacio y Bracho, cuñada de su padre, y su tía por línea materna, Gertrudis Muguiro. Desde posiciones socioeconómicas distintas, estas mujeres ejercieron un cierto poder sobre De la Peña, si entendemos ese concepto como la capacidad de influir en la conducta de otros, como propuso Michel Foucault. Francisca Palacio ejerció sobre el neófito mercader un poder decisivo pero pasajero. Como determinante y perdurable, pero también arbitrario e inequitativo, califico el poder que hizo valer Gertrudis Muguiro sobre su sobrino Nicolás.

La viudez era una condición de vida compartida por Francisca —doña Pachita— y Gertrudis Muguiro, junto con el "casi 15 por ciento de la población femenina de la ciudad [...] 24.3 de todas las mujeres mayores de 19 años y 38.7 de las mayores de 30 años".[13] El estudio de Rodney D. Anderson sobre las mujeres se basó en los padrones de Guadalajara de 1821; entre sus conclusiones figura la siguiente:

> La calidad de vida para las viudas de la ciudad no puede separarse del problema de todas las mujeres que eran jefas de familia. Las mujeres de Guadalajara eran cabeza de hogar en uno de cada cuatro hogares registrados por nuestro muestreo, una estadística sorprendente, tal vez, pero que es similar a otros estudios de ciudades latinoamericanas. Como se podría sospechar, tres cuartas partes de todas las mujeres de hogar en 1821 eran viudas.[14]

De sumo interés resulta el análisis estadístico de Anderson, fundado en los padrones de la capital del naciente estado de Jalisco, considerada la segunda ciudad en importancia del país con poco menos de 45 000 habitantes. Sin embargo, esa información estadística no proporciona respuestas a ciertas interrogantes,

[11] *Ibidem*, ff. 69 v. y 70.

[12] "Stories that people tell about their lives are never simply individiyual, but are told in historically specific times" (Mary Jo Maynes, Jennifer L. Pierce y Barbara Laslett, *Telling Stories. The Use of Personal Narratives in the Social Sciences and History*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 2008, p. 3; traducción propia).

[13] Rodney D. Anderson, "Las mujeres de Guadalajara, 1821", trad. de Carlos Ramírez y Alejandro Vargas, *Revista de la Universidad de Guadalajara*, vol. 3, núm. 23, 1986, p. 5.

[14] *Ibidem*, p. 6.

por ejemplo: "¿Cómo proveían a sus familias las viudas?".[15] Se sabe que tenían el apoyo de sus hijos casados que vivían fuera de la casa o el de sus padres o parientes, pero es poco lo que se puede añadir a tales afirmaciones generales. De esto deriva la importancia de contar con testimonios como el de Nicolás de la Peña, que nos permiten conocer con mucho mayor detalle circunstancias de la vida cotidiana; en este caso, los comportamientos de dos mujeres criollas y viudas: Francisca Palacio, quien vivió amenazada por la indigencia, en tanto que Gertrudis Muguiro, previsiblemente, miraba con tranquilidad el porvenir, sabiéndose dueña de haciendas y comercios.[16]

El análisis de las representaciones de Francisca Palacio y Gertrudis Muguiro, salidas de la pluma de Nicolás de la Peña, me lleva a dirigir mi atención hacia los intentos del escritor por manejar las impresiones que transmitió de sí mismo, a la vez que explicaba la relación que llevó con las mujeres mencionadas, es decir, me referiré a lo que los especialistas llaman la auto-apariencia.[17] En este segundo objetivo que persigue mi trabajo me resulta valiosa la advertencia de Mónica Bolufer acerca del riesgo que se corre al estudiar textos autobiográficos, esto es, el de confiar en exceso en la retórica de la sinceridad y la autenticidad.[18] Ese peligro se acrecienta cuando los lectores al que está dirigido el escrito es la familia y no se pretende su publicación. Otros autores se han pronunciado en el mismo sentido, por ejemplo, Pierre Bourdieu atinadamente calificó como una ilusión el observar las fuentes biográficas y autobiográficas como relatos más profundos, verdaderos o auténticos que otros fundados en fuentes y metodologías distintas.[19] Así, he tratado de analizar la narración de Nicolás de la Peña en su totalidad, y a la vez, de examinar la información que nos da en cada uno de los pasajes del documento, relacionando datos que aparecen desperdigados pero que, unidos, me permiten trascender el testimonio personal y postular mis propias interpretaciones.

Francisca Palacio, una mujer de "generoso proceder"

A principios de diciembre de 1822 Nicolás de la Peña regresó a Guadalajara. Después de residir —desempleado— varios meses en la capital del país, había conseguido un nombramiento para formar parte del cuerpo diplomático que representaría a la monarquía instaurada por Agustín de Iturbide en Londres. En ese cargo recibiría un sueldo de mil pesos anuales, "casa y mesa". Debía prepararse para partir a Europa en enero o febrero de 1823, según le había indicado el licenciado Juan Francisco Azcárate y Lezama (1767-1831), quien encabezaría la delegación como ministro plenipotenciario en Inglaterra.

Su viaje a la capital jalisciense tenía el propósito de despedirse de su madre política, Micaela Palacio y Bracho, de sus hermanos, y realizar otras gestiones pendientes. Pero, como escribió De la Peña, "la fortuna lo había dispuesto de otro modo".[20] Brotaron varias insurrecciones en el país que desconocían al emperador y proclamaban el sistema republicano. El 19 de marzo de 1823 Agustín I abdicó y marchó al destierro.

[15] *Idem*.

[16] Gertrudis Muguiro administraba la hacienda de San Sebastián, cercana a Etzatlán, Jalisco, que estaba a nombre de sus hijos, Juan José, Francisco y María Pacheco. Era la dueña de la hacienda El Rosario, en las inmediaciones de Guadalajara.

[17] Peter Burke, "Proyectar la historia de la autobiografía", *Cultura Escrita & Sociedad*, núm. 1, septiembre de 2005, p. 50.

[18] Mónica Bolufer Peruga, *op. cit.*, pp. 44-45.

[19] Pierre Bourdieu, *apud.* Mary Jo Maynes, Jennifer L. Pierce y Barbara Laslett, *op. cit.*, p. 41.

[20] Nicolás de la Peña llama hermanos a Juan y Francisca Manuela de la Peña y del Río, y hace lo mismo con los hijos de su padre y Micaela Palacio y Bracho. Nunca menciona quién fue la madre de aquéllos. Es posible que Juan y Francisca Manuela fueran el fruto de un primer matrimonio de Francisco Antonio de la Peña y Alvarado, celebrado en España. Las segundas nupcias de este español serían las contraídas con Ignacia Muguiro y Elizalde, y las terceras, las concertadas con Micaela Palacio. Trece son los hermanos mencionados por Nicolás de la Peña en sus apuntes autobiográficos.

Desapareció el trono, y con él, la delegación de Londres, "y por consecuencia mi destino, así es que me encontré en Guadalajara sin ningún destino ni dinero, y enfermo de una purgación que me había empezado en el camino".[21]

Grave y prolongada resultó la enfermedad que atacó a De la Peña de diciembre de 1822 hasta finales de febrero de 1823. En esa circunstancia se estrechó la relación entre Nicolás y Francisca Palacio y Bracho, doña Pachita, hermana de la viuda de su padre, Micaela.[22] Ambas cuidaron al enfermo, pero quien le prodigó su asidua y cariñosa asistencia y vendió algunas alhajas para pagar el médico y las medicinas que necesitó Nicolás fue Francisca Palacio. Según explicó el autobiógrafo: "Esta señora fue para mí en esta enfermedad y después, una segunda madre a quien debí mil finas atenciones delicadas que no se pagan si no es con mi constante y fino reconocimiento".[23]

La gratitud que experimentó De la Peña hacia doña Pachita lo llevó a prometerse a sí mismo que en adelante compartiría el fruto de su trabajo con esta mujer y su hija. Posiblemente ese sentimiento influyó también en la respuesta positiva que le dio cuando, a la muerte de Micaela —acaecida el 24 de abril de 1823—, Francisca Palacio le pidió que se quedara en Guadalajara y buscara algún empleo.

Francisca Palacio era la viuda de Manuel Rubio, quien la dejó en un estado de indefensión económica pues su único patrimonio era un lote de alhajas. Ella y su hija Agustina vivían en la casa de su hermana Micaela junto con los seis hijos que ésta procreó con Francisco de la Peña y Alvarado, e Ignacio y Rafael de la Peña Muguiro. La manutención de esa numerosa familia quedó a cargo de Ignacio y Nicolás de la Peña, que entregaban íntegras sus percepciones para tal propósito. Ignacio trabajaba en una escribanía y devengaba 20 pesos mensuales.[24] Nicolás consiguió emplearse como escribiente en las Cajas Nacionales —es decir, la oficina local de la Hacienda Pública— y ganaba 25 pesos, sueldo que calificaba de "miserable",[25] quizá recordando que en Zacatecas, siendo más joven e inexperto, tenía un sueldo de 400 pesos anuales, además de "casa y mesa" como "empleado de escritorio" del empresario Juan Manuel Letechepia. Con 45 pesos mensuales, "y la grande economía de la señora doña Francisca",[26] se mantenían con estrechez los diez miembros de las familias De la Peña Palacio, De la Peña Muguiro y Rubio Palacio, reunidas por la fuerza de las circunstancias.[27]

Francisca Palacio conocía al dedillo los planes que tenía Nicolás de convertirse en comerciante porque en su convivencia diaria este joven le confiaba tanto sus proyectos como la desesperación que lo embargaba porque no encontraba la salida de la precaria circunstancia en que estaba. A escapar de ese atolladero le ayudó doña Pachita: vendió el resto de sus alhajas, con lo que obtuvo poco menos de 300 pesos, los cuales entregó a De la Peña para que preparara un viaje a México, adquiriera mercancía para venderla en Guadalajara y se repartieran a medias las ganancias. Para aumentar los futuros dividendos, Francisca Palacio convenció a su amigo Manuel Moreno de Tejada de darle a Nicolás de la Peña "cartas de responsabilidad", indispensables para que los dueños de los grandes almacenes de telas y bonetería de la capital

[21] "Épocas notables...", f. 13 v.

[22] Micaela Palacio sobrevivió cuatro años a su marido, Francisco Antonio de la Peña. En sus apuntes, Nicolás no explicó de qué se mantuvieron Micaela, sus seis hijos, su hermana Francisca y su hija, que vivían en la casa paterna, en la cual buscaban refugio temporal los De la Peña Muguiro.

[23] "Épocas notables...", f. 28.

[24] Rafael de la Peña y Muguiro se mudó a la casa de Francisca Manuel de la Peña y del Río, que estaba casada con el licenciado Guillermo Arce y le ofreció hospedaje y comida.

[25] "Épocas notables...", f. 29.

[26] *Ibidem*, f. 29 v.

[27] No parece exagerada la afirmación de que 45 pesos mensuales apenas cubrían los gastos imprescindibles de una familia de diez miembros. En 1825 Nicolás de la Peña entregaba 30 pesos mensuales para solventar los gastos de alimentación y vestido de Francisca Palacio y su hija, que vivieron una corta temporada en casa de Atanasia Palacio y Bracho mientras De la Peña atendía y vivía en la tienda de Manuel Moreno de Tejada.

le dieran mercancía a crédito a un desconocido. Moreno de Tejada pertenecía a "una de las familias más acomodadas" de Guadalajara y "estaba al frente de un vasto giro de comercio".[28] Al parecer era el único miembro de la elite que seguía frecuentando a la familia De la Peña y Palacio, venida a menos.

El inicio de la carrera de Nicolás de la Peña como mercader viandante se debió a la gestiones realizadas por Francisca Palacio; ella reforzó su apoyo al no pedirle la parte que le correspondía de las ganancias que De la Peña obtuvo en los viajes que hizo en 1823 y 1824. Salvo el dinero que éste le entregaba para el sostén de la familia, doña Pachita dejó el resto del capital en las manos de Nicolás para que lo aumentara. A eso se dedicó el comerciante, pero circunstancias de carácter personal, aunadas a la inestabilidad política de los primeros años de vida independiente, provocaron que en 1825 De la Peña perdiera el capital que había reunido con enorme dificultad. Ese mismo año finiquitó la sociedad establecida con Francisca Palacio, y uno de los varios socios incumplidos que tuvo el joven mercader le quedó a deber un dinero a esta mujer que todavía en 1847 no saldaba a su hija, Agustina Rubio.

Después de influir decisiva y positivamente en el destino de Nicolás de la Peña, Francisca Palacio se convirtió en un lastre en dos sentidos: por una parte, impidió que el bisoño comerciante adoptara las decisiones más convenientes a sus intereses; y por otra, junto con su hija representó un gasto fijo que mermaba las moderadas ganancias de Nicolás, sujetas —además— a altibajos. Por ejemplo, de cara al revés que experimentó su negocio en 1825, habría querido ir a Xalapa, Veracruz, población donde residía entonces, junto con su regimiento militar, su hermano Juan de la Peña y del Río. Éste había iniciado un negocio de coches que recorrían el camino de Veracruz a México y necesitaba quien lo administrara. Le ofreció ese puesto a Nicolás de la Peña, prometiéndole además una parte de las utilidades que arrojara el negocio.

[28] "Épocas notables...", f. 29 v.

No obstante sentirse fuertemente atraído por la oferta, De la Peña tuvo que rechazarla y aceptar la propuesta de Gertrudis Muguiro que lo ató a ella durante varios años e impidió su progreso económico. La explicación de esa decisión fue la siguiente:

> [...] y lo que únicamente me decidió fue que si aceptaba el irme a Jalapa, no sabía dónde dejar a doña Pachita con su hija, ni de qué se pudieran mantener, pues yo no tenía ninguna proporción para ponerles casa y subvenir a sus gastos, lo que no sucedía admitiendo la compañía de Etzatlán, pues estando a mi arbitrio establecido donde yo quisiese, podría entonces mantener a mi lado a estas dos personas que no tenían más amparo que yo en la actualidad.[29]

La relación de amistad y cariño que existió entre Francisca Palacio y Nicolás de la Peña, a lo largo de los siete años que convivieron como una familia, terminó abruptamente en 1830. El motivo, en breve, fueron los rumores llegados a oídos de doña Pachita sobre el próximo matrimonio de De la Peña con una tapatía:

> Le refirieron a esta señora las cosas tan menudamente y se las dijeron con tanta seguridad de certidumbre, que ella lo creyó firmemente. Se ofendió de que no se le hubiese comunicado, se creyó un obstáculo para mí, supuso que yo había guardado silencio con ella, porque no tenía valor ni para proponerle que se quedara en mi casa con mi mujer, ni para que en caso de que no admitiese, se fuera a otra parte, lo que no podía ser, porque no teniendo de qué subsistir la exponía a padecer miseria, o que yo me gravaría con mantenerla.[30]

Por escrito Francisca Palacio le expresó su sentir a Nicolás de la Peña: no deseaba ser un

[29] *Ibidem*, f. 48 v.
[30] *Ibidem*, f. 59 v.

estorbo para su felicidad y se iría a vivir con una de sus hermanas. Él logró disuadirla de dar ese paso, pero unos días más tarde, al murmurarse que estaba próximo el enlace nupcial referido —o era ya un hecho consumado—, Francisca Palacio se mudó de casa sin decirle ni media palabra a De la Peña. Éste se explicó esa conducta porque "la imaginación de las mujeres es tan exaltada y no reflexionan nada"; en consecuencia doña Pachita "creyó lo que le dijeron" y salió de la vida de Nicolás de la Peña para siempre.[31]

Las alusiones a Francisca Palacio y Bracho, previas al pasaje referido, la definían, en primer lugar, como una mujer compasiva y dispuesta a ayudar a su prójimo, como hizo en 1823 cuando el hijo político de su hermana Micaela enfermó gravemente; en segundo término, actuó con inteligencia y previsión cuando arriesgó su patrimonio para que De la Peña iniciara su carrera de comerciante viandante. Vio en Nicolás a un joven trabajador, preparado y capaz de labrarse un futuro en ese oficio. De ahí que recomendara a Nicolás y no a su hermano Ignacio —que vivía en la misma casa— con su pudiente amigo Manuel Moreno de Tejada; en tercer lugar, al proporcionarle el capital necesario para que De la Peña emprendiera su primer viaje de negocios a México, se transformó en la socia que recibiría una parte de las utilidades que arrojaran las transacciones mercantiles de De la Peña. La señora Palacio y Bracho tuvo la capacidad de prever esa acción —que conllevaba un riesgo— como la mejor posibilidad a su alcance para acrecentar el patrimonio de ella y su hija.

El retrato de Francisca Palacio así esbozado en los apuntes de Nicolás de la Peña se contradice con el que nos pinta en el pasaje que se refiere al final de la convivencia con esta mujer y su hija. En estas líneas el autobiógrafo la representa como una fémina de un carácter irreflexivo, que la conducía a acciones arrebatadas e ilógicas, de las cuales sólo males resultarían para ella y su hija Agustina, como señaló en sus apuntes De la Peña, "bien veía la amargura que tendría su corazón al resolverse a abandonarme, y a lo que iba a sufrir faltándole mi auxilio". En cambio, él estaba seguro "de no haberle faltado en nada" a esta señora.[32]

De las representaciones contradictorias salidas de la pluma de De la Peña respecto de Francisca Palacio deduzco que el propósito del escritor en este asunto fue exculparse de la responsabilidad de que el final de la convivencia con la viuda no ocurriera en buenos términos. Refuerza mi conclusión lo descrito por Nicolás a continuación de la mencionada ruptura: *a)* se cambió de casa y vivió "tranquilamente" con un dependiente de su tienda y un primo; *b)* la redundante declaración de que vivió "muy tranquilo y contento" una vez disuelta la convivencia con doña Pachita y que "ningún disgusto doméstico, ninguna incomodidad volví a tener";[33] *c)* tan sólo un año después de dejar de mantener a Francisca Palacio y a Agustina Rubio, contrajo matrimonio. Todo indica que sus escasas percepciones alcanzaban para el sostén de tres personas, pero no de cuatro.

Presentarse como un hombre agradecido fue algo de suma importancia para Nicolás de la Peña, posiblemente animado por el deseo de imitar el ejemplo de su padre, Francisco De la Peña y Alvarado, de quien recordaba que "llevaba hasta el extremo su pasión por la gratitud y el reconocimiento".[34] Y era —quizá— la lección que anhelaba dejar a sus hijos, a juzgar por las numerosas expresiones de gratitud que plasmó en sus apuntes autobiográficos, dirigidas a su padre, a su madre política (doña Micaela), a su hermano Juan, a su esposa Bárbara Sánchez Pareja, a su tía Gertrudis Muguiro, a patrones y amigos, en fin, a muchas personas que lo orientaron y respaldaron en el trabajo y en la vida. Sin embargo, la ruptura definitiva de la relación con Francisca Palacio me lleva a suponer que en esa situación privilegió su interés personal, el cual —todo indica— era contraer matrimonio, puesto que había alcanzado la edad —33 años— en que los varones acos-

[31] *Ibidem*, f. 62.

[32] *Ibidem*, f. 62 v.
[33] *Ibidem*, ff. 62 v y 63.
[34] *Ibidem*, f. 6 v.

tumbraban casarse. Se trataba de un interés legítimo; pero su situación económica le hacía imposible el sostenimiento de una consorte además del cuidado de Francisca Palacio, su hija y él mismo. Concluyo que deliberada o inconscientemente De la Peña narró los hechos de tal forma que recayera en doña Pachita la responsabilidad del ríspido rompimiento de los lazos de amistad, gratitud y cariño que lo unían a dicha señora, librándose él de aparecer ante sus hijos como un desagradecido.

Gertrudis Muguiro: parienta, patrona y socia

Otra mujer que influyó decisivamente en el mundo del trabajo de Nicolás de la Peña fue su tía Gertrudis Muguiro, madre de tres hijos —Juan José, Francisco y María— fruto de su matrimonio con Manuel Pacheco, ya fallecido. Fue madrina de bautismo de Nicolás y en su boda, de velación. Aunque este autobiógrafo nunca menciona lo cuantioso de la fortuna de la tía Gertrudis, debió ser de un monto considerable, pues era dueña de una tienda en Etzatlán y de dos haciendas: la de San Sebastián, en las inmediaciones de dicha población, y la del Rosario, cerca de Guadalajara. Posiblemente tenía intereses comerciales en la capital de Jalisco porque llevaba amistad con varios de sus comerciantes más connotados. Si no constituía parte de la elite de Guadalajara, se codeaba con ella.

La viuda de Manuel Pacheco vivía en Guadalajara en 1823 cuando Nicolás de la Peña se estableció en esa ciudad. Él la visitaba con regularidad y, según escribió en la "memoria de mi vida", sentía por ella un cariño especial: "La amaba lo mismo que si fuese mi madre".[35] De ese sentimiento surgía la confianza en que esta mujer lo apoyaría en el momento en que lo requiriese. Tal vez esa seguridad brotaba de manera espontánea, pero además estaba fundada en el ofrecimiento que le hiciera la señora Muguiro para que le solicitarla con franqueza lo que necesitara en cualquier momento. Por eso cuando Manuel Moreno de Tejada le preguntó a qué mercaderes tapatíos conocía que pudieran darle cartas de recomendación para los comerciantes mayoristas de México admitió que a ninguno, pero que dichas misivas las procuraría: "Por medio de mi tía la señora doña Gertrudis Muguiro, quien lleva relaciones de amistad con los señores don Matías Vergara, don Francisco Corro, don Juan del Collado y otros, y cualquiera de ellos con quien mi tía me recomendase para sólo el efecto de que me diesen notas y algunas instrucciones me serviría en esas circunstancias".[36]

No fueron cartas de responsabilidad lo que Nicolás de la Peña le pidió a su parienta sino algo mucho más accesible para una dueña de haciendas: dos bestias de carga y una de silla, que le eran indispensables para realizar su primer viaje de negocios a México. La compra de esos animales se costearía con parte de los 300 pesos que le había dado Francisca Palacio y, para evitar esa merma, a De la Peña le pareció lógico pedírselos prestados a la tía Gertrudis. Se topó entonces con la negativa de esta señora, justificada en pretextos que su sobrino calificó de "frívolos".[37] En medio de la angustiante situación económica de Nicolás de la Peña, la falta de consideración de su madrina de bautismo le provocó tal frustración y disgusto que determinó "no volver a tener jamás comunicación con una parienta tan indiferente para mí, cuando yo sabía que era tan bondadosa y tan generosa por carácter para todas cuantas personas la trataban".[38]

El joven mercader rompió esa promesa en 1825 a consecuencia de un nuevo infortunio que se abatió sobre él y acabó con el pequeño capital que había reunido con grandes esfuerzos. La conjunción de tres hechos lo afectaron decisivamente: primero perdió los diferentes tipos de apoyo que le brindaba el empresario Manuel Moreno de Tejada, quien se marchó a vivir a México; segundo, contrajo una "fiebre con pul-

[35] *Ibidem*, f. 33.

[36] *Ibidem*, f. 32.
[37] *Ibidem*, f. 32 v.
[38] *Ibidem*, f. 33.

monía" que lo llevó al borde de la muerte y le ocasionó elevados gastos, y tercero, su retiro forzado de los negocios, debido a la enfermedad, dio lugar a que su socio, Bibiano Beltrán, abusara de su confianza y vendiera la mercancía que les pertenecía a ambos sin entregarle a De la Peña la parte correspondiente de las utilidades. A partir de esa coyuntura, escribió en sus notas, volvió a perseguirlo su "malísima fortuna".[39]

La reaparición de Gertrudis Muguiro en la vida de Nicolás de la Peña hizo más aciago su destino inmediato, aunque eso se le revelaría paulatinamente. Habían transcurrido casi dos años y De la Peña seguía fiel a su juramento de mantenerse alejado de la viuda de Manuel Pacheco. Continuaba resentido con ella, según lo expresó en sus apuntes. La primera vez que esta mujer lo llamó por medio de José María, hermano de Nicolás, rechazó la invitación de ir a su casa. Sin cejar en su empeño, Gertrudis Muguiro se valió de los oficios del presbítero Nazario Araujo para que lo comprometiera a hacerle nada más una visita. El relato de ese encuentro nos delinea a una mujer inteligente y con don de gentes: "No me pude negar y fui a casa de mi tía, quien me recibió con aquella graciosa bondad que le era tan natural y que prevenía tanto en su favor, me trató con mucho cariño y familiaridad y tuvo el cuidado de no preguntarme por qué no la visitaba, ni nada que hiciese alusión a lo que había pasado y que me fuese a recordar mi disgusto".[40]

En ésa y otras ocasiones, la señora Muguiro demostró el dominio que poseía de la práctica del halago. Siempre que presionó a su sobrino para que éste aceptara ciertas responsabilidades, lo alabó como su hombre de confianza, repitiéndole que no contaba con nadie más. Esta afirmación resulta difícil de creer puesto que tenía dos hijos varones y, además, disfrutaba de una red de relaciones sociales y de negocios que debieron extenderse de Guadalajara al mineral de El Rosario, Sinaloa, lugar de origen de la familia Muguiro.

La primera encomienda de Gertrudis Muguiro a Nicolás de la Peña consistió en enviarlo a Etzatlán, a liquidar la sociedad establecida, tiempo atrás, con un tal José Salas, y a cobrar antiguas deudas —algunas anteriores a 1810— contraídas por vecinos de esa población con su difunto esposo, con ella o con Salas. Según le aseguró a De la Peña, de esas operaciones resultaría un capital cercano a los 25 000 pesos, que le entregaría para que regresara a su actividad comercial, dividiéndose a medias las utilidades.[41] No obstante que el ofrecimiento aparentaba ser atractivo, De la Peña prefería irse a Xalapa a trabajar con su hermano Juan de la Peña y del Río, como mencioné antes. La falta de medios económicos lo obligó a renunciar a su deseo; aceptó el empleo ofrecido por la tía Gertrudis porque representaba la única alternativa para ganarse la vida.

En el primer viaje a Etzatlán, De la Peña se dio cuenta de los erróneos cálculos de su parienta, según hizo constar en sus apuntes: "el capital girable [*sic*] que recibí se reducía a 2 mil y pico de pesos en dinero, dos mil pesos escasos en existencias de tendajón, y cosa de 700 u 800 pesos de dependencias cobrables del tiempo de Salas".[42] En vez de proporcionarle una vía de progreso, los diversos trabajos que realizó en pro de los negocios de doña Gertrudis, lo estancaron durante 1826 y 1827. Por más intentos que hizo De la Peña para que su tía lo liberara del convenio verbal que tenían, ella se mostró nuevamente indiferente y desconsiderada con su sobrino, como éste anotó en sus apuntes: "No consideró mis reflexiones por entonces y solamente me dijo que siguiese, que después vendrían mejores tiempos".[43] Esa actitud ventajosa de Gertrudis Muguiro —reflejo de la asimétrica relación de poder existente entre tía y sobrino— también se manifestó en la ausencia de la debida retribución económica a Nicolás

[39] *Ibidem*, f. 42.
[40] *Ibidem*, f. 48.
[41] *Idem*.
[42] *Ibidem*, f. 48.
[43] *Ibidem*, f. 49 v.

de la Peña.[44] Éste desenmarañó los problemas implicados en los negocios de doña Gertrudis, de lo que se desprendieron varios beneficios para ella; pero, además, se ahorró los estipendios que hubiera erogado si contrataba los servicios de un individuo inteligente, emprendedor y honesto como su sobrino.

Otra ocasión en que Gertrudis Muguiro veló solamente por sus intereses sin importarle los de Nicolás de la Peña se presentó en agosto de 1829. Sucedió entonces que el hermano de éste, José María, se disgustó con la tía Gertrudis y renunció a su puesto de administrador de la hacienda de San Sebastián. Forzó a Nicolás a sustituirlo, asegurándole que no tenía otra persona de más confianza que él. De nuevo Nicolás intentó rehusarse al mandato de la viuda de Manuel Pacheco: "Le dije que ése era un disparate, pues que no entendía yo de asuntos de campo ni una palabra, [pero] no atendió a nada de lo que yo le dije y se empeñó en que había de relevar a mi hermano".[45] Así pues, Gertrudis Muguiro hizo oídos sordos y volvió a beneficiarse del trabajo de su sobrino.

Por fin, a finales de 1827 Nicolás de la Peña regresó al comercio viandante gracias a que dispuso de 4 000 pesos, propiedad de doña Gertrudis; por lo tanto, ese dinero lo mantuvo ligado a ella y a sus exigencias varios años más.[46] Prueba de ello es que, de los 3 000 pesos a que ascendieron sus ganancias después de trabajar arduamente durante 1828, en su bolsillo sólo quedaron 500 pesos, esto es, apenas 100 pesos más del sueldo que devengaba como empleado de escritorio en Zacatecas, una década atrás. Sus varios socios, entre los cuales figuraban Juan de la Peña y del Río y Gertrudis Muguiro, obtuvieron el resto de los dividendos como socios capitalistas.

Nicolás de la Peña fue consciente de las injustas condiciones laborales impuestas por Gertrudis Muguiro. Sin duda las aceptó porque le urgía trabajar para su sostenimiento y el de las dos mujeres que dependían de él. Lo que llama mi atención es el moderado reproche que dedicó a su familiar, según se lee en sus apuntes autobiográficos. El pasaje, citado a continuación, se refiere a la ganancia que obtuvo con la engorda de cerdos, que por iniciativa propia puso en la hacienda de San Sebastián (cercana a Etzatlán) así como a la postura arbitraria de Gertrudis Muguiro:

> [...] formé una cuenta de este negocio que en octubre produjo en su realización a 14 pesos por cerdo de que resultó una buena utilidad que dejé a favor de la hacienda a quien no gravé ni siquiera en abonarme sueldo alguno por mi trabajo, el que bien sabe Dios que merecía alguna recompensa; pero mi tía nada me había hablado sobre esto, y nunca quise yo tampoco reclamar esperando que algún día se me abonase alguna cosa, lo que nunca sucedió.[47]

La tibieza de esta recriminación resalta más si se compara con la exasperación y críticas que expresó sobre el proceder de Francisca Palacio cuando finalizó su relación con esta mujer que lo apoyó de distintos modos. Contrasta igualmente con el enojo que le causó la negativa de doña Gertrudis cuando le pidió prestadas las mulas y el caballo; ese disgusto fue tan grande que se transformó en resentimiento, el cual quizá hubiera perdurado más de dos años de no ser porque De la Peña necesitó el auxilio de su tía por línea materna.

Una vez más, el interés por el análisis de declaraciones que comprenden sentimientos y emociones del autor está dirigido a desentrañar las razones implícitas que pudieron animar a De la Peña a estampar en la "memoria de mi vida" distintos retratos de sí mismo (auto-apariencia), en otras palabras, a utilizar la palabra escrita de acuerdo con variados propósitos, conscientes o inconscientes.

[44] *Ibidem*, ff. 51 y 51 v.
[45] *Ibidem*, f. 50 v.
[46] Esta cantidad era mucho menor de los 25 000 pesos que le prometió la primera vez que hablaron y comprometió a De la Peña a trabajar para ella.
[47] "Épocas notables...", ff. 51 y 51 v.

Conjeturo que Nicolás de la Peña soportó el abuso de parte de Gertrudis Muguiro sin recriminárselo, ni aún en sus notas autobiográficas, debido, en primer lugar, a que los 4000 pesos que le prestó la señora Muguiro hicieron factible su retorno a la actividad comercial y, aunque sufrió otros descalabros económicos, consolidó paulatinamente su estatus como mercader establecido de Guadalajara. La gratitud por ese préstamo monetario podría haber superado, en su memoria, el disgusto de trabajar con total entrega sin recibir pago alguno.

En segundo término, Nicolás de la Peña escribió esa parte de la memoria de su vida en septiembre de 1847, al tiempo que se cumplía el décimo sexto aniversario de su boda con Bárbara de Sánchez Pareja. Gertrudis Muguiro desempeñó un papel importante en ese matrimonio, como madrina de velación de su sobrino, por lo cual no extraña que volviera a referirse a ella como "su amada tía",[48] expresión que me indica que había perdonado los abusos que doña Gertrudis cometió en su contra y la indiferencia con que lo trató cuando se iniciaba en el comercio viandante.

Huérfano de padre y madre, Nicolás consideraba a la señora Muguiro como una mujer de negocios relacionada con empresarios prominentes del occidente del país; por lo tanto, el día del matrimonio doña Gertrudis era la persona ideal —y única con que contaba— para figurar apropiadamente al lado de Blas de Sánchez Pareja, hermano de Bárbara y su padrino de velación. Concluyo entonces que Gertrudis Muguiro otorgó al autobiógrafo un respaldo ante la sociedad tapatía de igual o mayor trascendencia que en el ámbito económico.

Antes de celebrarse el matrimonio, el 4 de septiembre de 1831, los lazos entre Nicolás de la Peña y Gertrudis Muguiro comenzaron a multiplicarse. En 1829, Ignacio de la Peña y Muguiro se casó con María Concepción Pacheco y Muguiro, única hija mujer de doña Gertrudis. Tras la boda del comerciante con Bárbara de Sánchez, en 1832, María Concepción amadrinó al primogénito de Nicolás de la Peña. El tercer hijo de éste fue llevado a la pila bautismal por Francisco Pacheco y Muguiro, uno de los dos hijos varones de la señora Gertrudis. El estrechamiento de las relaciones de las familias De la Peña Muguiro, De la Peña y Sánchez Pareja y Pacheco y Muguiro con seguridad limó las asperezas de otras épocas y suavizó la crítica de Nicolás cuando en sus apuntes hizo alusión a la manera desconsiderada e injusta con que lo trató la mujer a quien "amaba como si fuera su madre". Si esa misma conducta hubiera provenido de otro individuo —de sexo masculino o femenino—, afirmo, hubiera influido para que el escritor cargara la tinta al momento de externar críticas contundentes, como ameritaban actos tan reprobables como los protagonizados por Gertrudis Muguiro en perjuicio de su sobrino Nicolás de la Peña.

Conclusiones

Recién constituida la nación, labrarse un porvenir en el comercio sin contar con un patrimonio familiar implicaba recorrer un largo camino lleno de obstáculos y fracasos; además, significaba poner la vida en riesgo, ya por la inseguridad política y social —reinante en el medio urbano y rural—, ya por las enfermedades que se contraían en los viajes. Esto queda de manifiesto, con detalle, en los apuntes autobiográficos de Nicolás de la Peña Muguiro, joven criollo que se obstinó en hacer del comercio el medio de ganarse la vida y el sostén de su familia.

Las trabas que Nicolás de la Peña superó en su empeño por convertirse en mercader de Guadalajara contribuyen a explicar la permanencia de la elite de la capital jalisciense y su tránsito sin mayores vicisitudes de los tiempos coloniales a la etapa independiente. Por lo general, la fortuna de la clase alta estaba invertida en inmuebles urbanos, propiedades rurales, inversiones en minas y en el comercio. Un individuo sin fortuna ni relaciones sociales convenientes tenía que aceptar los empleos que se le ofrecían (aunque lo apartaran del comercio) y condiciones de trabajo desfavorables, como hizo Nicolás

[48] *Ibidem*, f. 65 v.

de la Peña; es decir, se debía remar a contracorriente durante muchos años, para lo cual se necesitaba, entre otras cualidades personales, inteligencia y tenacidad. Así mismo, era preciso despertar confianza en la gente para que le prestara el dinero con el que iniciar en las transacciones comerciales y lo respaldara ante otros mercaderes. Esto hicieron Manuel Moreno de Tejada y Gertrudis Muguiro con Nicolás de la Peña; sin el respaldo de aquéllos, se hubieran malogrados los esfuerzos que llevó a cabo primero como comerciante viandante y, posteriormente, como mercader dueño de una tienda en el centro de la capital jalisciense.

La noticia que nos brindan los apuntes de Nicolás de la Peña sobre Francisca Palacio permite adentrarnos un poco más en la vida de mujeres que, por ser criollas, suponemos que pertenecieron a los estratos socioeconómicos altos de la naciente sociedad mexicana; sin embargo, la historia de vida de Francisca Palacio demuestra que, no obstante su calidad étnica, las criollas estaban expuestas a la pobreza y al desamparo de igual manera que las mujeres de otros grupos étnicos, cuestión que dedujo Rodney Anderson en su estudio de los padrones de Guadalajara en 1821. El manuscrito de Nicolás de la Peña añada a esa conclusión un "estudio de caso", que revela tácticas específicas que puso en práctica Francisca Palacio en su lucha por esquivar la penuria económica a la que estaba destinada por poseer un mediano capital pero no los medios de reproducirlo y aumentarlo.

Hoy día, quienes estudiamos testimonios de vida personales —escritos u orales— sabemos que el recuerdo es un acto constructivo que se elabora una y otra vez al paso del tiempo; que tanto un colectivo como un individuo moldean sus recuerdos de acuerdo con sus intereses y que éstos cambian en relación con una variedad de circunstancias, por ejemplo, en el caso de testimonios individuales, es determinante la etapa de vida en la que se encuentra el hombre o la mujer en cuestión. En este trabajo he procurado demostrar la transformación observable en las representaciones que Nicolás de la Peña escribió sobre dos mujeres que influyeron en su entrada al mundo del trabajo, así como también las que plasmó sobre sí mismo en pliegos de papel.

"No podemos ni debemos permanecer impasibles": las oaxaqueñas en la Revolución de 1910

Francie R. Chassen-López*

Resumen: Puesto que Oaxaca se consideró el último reducto porfirista, sus mujeres rara vez han figurado en los estudios recientes acerca de su papel y el del género en la Revolución mexicana. Este artículo, sustentado en fuentes primarias y en los periódicos de la época que dejaron constancia de las actividades y contribuciones de las oaxaqueñas desde el movimiento precursor de 1901 hasta la década de 1920, demuestra su presencia en cada fase de la Revolución. Se exploran los casos de varias mujeres de diferentes clases sociales y distintas regiones del estado.
Palabras clave: Revolución mexicana, género, precursoras, sufragistas, soldaderas, porfiristas.

Abstract: Because Oaxaca was considered the last stronghold of support for Porfirio Díaz, women from the state have rarely been mentioned in recent studies of the role of women and gender in the Mexican Revolution. This article, based on primary sources and newspaper accounts, traces their activities from the precursor movement of 1901 to the 1920s, and leaves no doubt that they were present in every aspect of the Revolution. It explores the experiences and contributions of women from diverse social classes and regions of the state who were involved in both revolutionary and counterrevolutionary politics. Particularly noteworthy are the local suffragettes' bold demand for the right to vote, the short-lived reign of a Mixtec queen in 1911, and the moving stories of the *soldaderas* from Juchitán.
Keywords: Mexican Revolution, gender, precursors, suffragettes, *soldaderas*, Porfirio Díaz supporters.

Fecha de recepción: 11 de octubre de 2016
Fecha de aceptación: 31 de mayo de 2017

Dedicada a la memoria de nuestra querida amiga y magnífica historiadora Dolores Pla Brugat, a quien extrañamos tanto y que hace mucha falta a Historias

En los últimos años se ha investigado a fondo la actuación de las mujeres en la Revolución de 1910 con tal de rescatarla del olvido y restaurarla a la historia.[1] Sin embargo, raras veces aparecen las oaxaqueñas en esos estudios. Como estado nativo del dictador, Oaxaca ha sido tildado de porfirista, reaccionario, atrasado, pasivo y marginado de las corrientes revolucionarias.

* Departmento de Historia, Universidad de Kentucky.

[1] La obra pionera en este campo fue la de Ángeles Mendieta Alatorre, *La mujer en la Revolución mexicana*, México, INEHRM, 1961. La siguieron, entre otras: Frederick C. Turner, "Los efectos de la participación femenina en la Revolución de 1910", *Historia Mexicana*, vol. 16, núm. 4 (64), abril-junio de 1967, pp. 603-620; Anna Macías, "Women in the Mexican Revolution, 1910-1920", *The Americas*, vol. 37, núm. 1, julio 1980, pp. 53-82; de la misma autora, *Against All Odds: The Feminist Movement in Mexico to 1940*, Londres, Greenwood Press, 1982; Shirlene Soto, *Emergence of the Modern Mexican Woman: Her Participation in Revolution and Struggle for Equality 1910-1940*, Denver, Arden Press, 1990; Elizabeth Salas, *Soldaderas in the Mexican*

Si bien nuevas investigaciones han desmentido las versiones convencionales para presentar una visión más compleja y demostrar los diversos modos en los que los oaxaqueños participaban o se opusieron a la Revolución, esas obras raras veces mencionan a las mujeres.[2] Todavía falta examinar y reconocer el papel que desempeñaron las oaxaqueñas en esos años cruciales. Éste es, entonces, el objetivo del presente estudio, que es el primero que trata el tema. Aquí se verá que las oaxaqueñas de todas las clases sociales participaron de múltiples maneras en la Revolución. Hubo oaxaqueñas en casi todas las corrientes, desde los precursores hasta los carrancistas y obregonistas.

Rescatar esa historia no es tarea fácil; rara vez aparecen las mujeres en las fuentes, que en estos años fueron escritas casi exclusivamente por hombres. Como asentó Margarita Dalton: "Existe una ideología y una forma patriarcal de acercarse hacia la historia, ésa es la tradición. La tradición es que los hombres consideren que hablar de historia es hablar de la historia del hombre".[3] Las referencias a mujeres son pocas y escuetas. Aquí se ha acercado al tema, sobre todo, a través de los periódicos existentes de la época que resultaron ser la fuente más rica, aunque las colecciones no son completas en ningún lado. Por eso, como se encontró más información para 1911, se pudo profundizar más en los acontecimientos de ese año. Como bien se sabe, las fuentes para los años más álgidos de la Revolución son dispersas y fragmentarias. Con frecuencia, lo primero que hicieron los revolucionarios al llegar a un lugar era quemar los archivos del gobierno, papeles que se creían, con mucha razón, se habían usado en su contra.[4]

Military: Myth and History, Austin, University of Texas Press, 1990; Martha Eva Rocha, *El álbum de la mujer: antología ilustrada de las mexicanas*, México, INAH, 1991, vol. 4. *El Porfiriato y la Revolución*; *Las mujeres en la Revolución mexicana 1884-1920*, México, INEHRM, 1992; Ana Lau y Carmen Ramos, *Mujeres y revolución, 1900-1917*, México, INEHRM / INAH / Secretaría de Gobernación, 1993; Katherine Elaine Bliss, *Compromised Positions: Prostitution, Public Health and Gender Politics in Revolutionary Mexico City*, University Park, Pennsylvania State University Press, 2002; Susie Porter, *Working Women in Mexico City: Public Discourses and Material Conditions, 1879-1931*, Tucson, University of Arizona Press, 2003; Jocelyn Olcott, *Revolutionary Women in Postrevolutionary Mexico*, Durham, Duke University Press, 2005; Jocelyn Olcott, Mary Kay Vaughan y Gabriela Cano (eds.), *Sex in Revolution: Gender, Politics, and Power in Modern Mexico*, Durham, Duke University Press, 2006; Stephanie Mitchell y Patience Schell (eds.), *The Women's Revolution in Mexico, 1910-1953*, Lanham, Maryland, Rowman and Littlefield, 2007; Stephanie J. Smith, *Gender and the Mexican Revolution: Yucatan Women and the Realities of Patriarchy*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2009; Fabiola Coutiño (coord.), *La participación de la mujer poblana en la Revolución Mexicana*, Puebla, Congreso del Estado de Puebla, 2010; María Teresa Fernández Aceves, *Mujeres en el cambio social en el siglo* XX *mexicano*, México, CIESAS / Siglo XXI, 2014; Martha Eva Rocha, *Los rostros de la rebeldía: veteranas de la Revolución mexicana, 1910-1939*, México, INEHRM / INAH, 2016; Jean Bethke Elshtain, *Women and War*, Nueva York, Basic Books, 1987.

[2] Sobre la versión convencional, véase Francie R. Chassen-López, "Una lectura insurgente: Oaxaca en la historiografía del Porfiriato y la Revolución", en Jaime Bailón Corres, Carlos Martínez Assad y Pablo Serrano Álvarez (eds.), *El siglo de la Revolución mexicana*, México, INEHRM, 2000, 2 vols., pp. 445-459. Las siguientes obras presentan una visión más compleja de Oaxaca: Víctor Raúl Martínez Vásquez (coord.), *La Revolución en Oaxaca, 1900-1930*, México, Instituto de Administración Pública de Oaxaca, 1985; Francisco José Ruiz Cervantes, *La Revolución en Oaxaca: el movimiento de la soberanía (1915-1920)*, México, FCE / UNAM, 1986; Héctor Gerardo Martínez Medina y Francie R. Chassen-López (comps.), *Testimonios de la revolución maderista en el estado de Oaxaca*, Oaxaca, Casa de la Cultura Oaxaqueña / Instituto de Investigaciones en Humanidades de la UABJO, 1987; Francisco Ruiz Cervantes (comp.), *Manifiestos, planes y documentos políticos del Oaxaca revolucionario, 1910-1920*, Oaxaca, Casa de la Cultura Oaxaqueña, 1987; Paul Garner, *La Revolución en la provincia: soberanía estatal y caudillismo en las montañas de Oaxaca (1910-1920)*, México, FCE, 1988; Anselmo Arellanes Meixueiro *et al.*, *Diccionario histórico de la Revolución en Oaxaca*, México, INEHRM / UABJO, 2000; Patrick McNamara, *Sons of the Sierra: Juarez, Díaz, and the People of Ixtlan, Oaxaca: 1855-1920*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2007; Francie R. Chassen-López, *Oaxaca entre el liberalismo y la Revolución: la perspectiva del sur, México, 1867-1911*, Oaxaca, UABJO / Comisión Centenaria del Gobierno del Estado de Oaxaca / UAM-Iztapalapa, 2010. Precisamente al escribir este último libro cuya primera edición, en inglés, salió en 2004, constaté el olvido de la mujer en la historia de Oaxaca (con unas pocas excepciones). Esto me inspiró a seguir investigando su historia.

[3] Margarita Dalton Palomo, "Mujeres olvidadas del Bicentenario", *Noticias*, Oaxaca, 12 de septiembre de 2010.

[4] También el presente trabajo es un primer acercamiento al tema y forma parte de un estudio en proceso que

En contraste con la imagen tradicional y reaccionaria, hay que recordar que a mediados del siglo XIX Oaxaca era la cuna del liberalismo mexicano; estado natal de dos presidentes —además de varios políticos destacados— liberales por excelencia. Sin duda, Juárez y Díaz forjaron la nación liberal. Esto no niega que durante el Porfiriato hubo también un catolicismo ferviente, tradicional en los pueblos y social progresista bajo la batuta del obispo Eulogio Gillow en la ciudad de Oaxaca.[5] Por lo tanto, no debe sorprender encontrar mujeres defendiendo ambas corrientes. Por otro lado, también hay que recordar que durante el porfirismo, Oaxaca vivió un periodo de considerable prosperidad. La construcción del Ferrocarril Mexicano del Sur conectó la capital estatal con las ciudades de Puebla y México, rompiendo el aislamiento del estado. La terminación del Ferrocarril Nacional de Tehuantepec así como el de Veracruz al Istmo de Tehuantepec unió esa región geoestratégica con el centro del país; incluso, se esperaba que el istmo emergiera como un puente internacional de comercio. Esas vías ferroviarias y sus ramales, así como una creciente inversión nacional y extranjera, estimularon un *boom* minero y el florecimiento de cultivos comerciales como el café, el tabaco, la caña de azúcar y el hule, así como la ganadería. Al mismo tiempo, el terreno sumamente accidentado del estado obstaculizaba su integración tanto política como económica. Dividido en siete regiones a principios del siglo XX (ahora son ocho), la Sierra Juárez, la Cañada, los Valles Centrales, el Istmo, la Costa, la Mixteca y la Cuenca del río Papaloapan (a veces llamado Tuxtepec), las grandes sierras que cruzaron el territorio oaxaqueño no sólo dificultaron la integración sino que también protegieron la cultura de las dieciséis etnias indígenas (figura 1).

De una población de 753 540 habitantes en 1878, se calculó que 77% era indígena, 18% mestiza, 3% negra y 2% blanca. Para 1910, la población había aumentado a 1 040 398 habitantes y se estimó que 49% de ellos hablaban lenguas indígenas.[6] Como el resto del país, muchas partes de Oaxaca —pero no todas— vivían los efectos de la modernización durante el régimen del "orden y progreso". Y también, como en otras partes del país, emergió una pequeña clase media, que para principios del siglo XX exigía una voz política y se unió al renacimiento del liberalismo juarista (figura 2).

Las precursoras

En enero de 1901 un grupo de mujeres de Cuicatlán, en la región de la Cañada, entre ellas Adelina Figueroa de Odriozola, Margarita Escalante y Tirsa Palacios, respondieron al llamado de los Liberales de San Luis Potosí. Con entusiasmo contestaron a sus "compatriotas liberales potosinos" y a una declaración hecha por las "distinguidas damas de Zitácuaro" y se proclamaron a favor del credo liberal. En un

busca investigar la actuación de las oaxaqueñas en las guerras entre 1810 y 1920. Pienso seguir esta línea de investigación para rescatar otras fuentes sobre su actuación durante la Revolución. Ya he publicado dos avances de este estudio: Francie R. Chassen-López, "Guerra, nación y género: las oaxaqueñas en la Guerra de los Tres Años", en Celia del Palacio (coord.), *México durante la Guerra de Reforma*, *t. II. Contextos, prácticas culturales, imaginarios y representaciones*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2011, pp. 97-137; Francie R. Chassen-López, "Las hijas de Oaxaca: las mujeres liberales en las guerras de Reforma y de Intervención francesa, 1857-1867", en Carlos Sánchez Silva (coord.), *La ciudad de Oaxaca: pasado, presente y futuro*, México, UABJO, 2016, pp. 265-295.

[5] Véase Edward Wright-Ríos, *Revolutions in Mexican Catholicism: Reform and Revelation in Oaxaca, 1887-1934*, Durham, Duke University Press, 2009.

[6] Siempre hay que dudar de la validez de la estadística porfiriana, véase Francie R. Chassen-López, *Oaxaca entre el liberalismo...*, p. 63; Moisés González Navarro, "Indio y propiedad en Oaxaca", *Historia Mexicana*, vol. 8, núm. 2 (30), octubre-diciembre de 1958, p. 176. Los 16 grupos étnicos son los amuzgos, chatinos, chinantecos, chochos, chontales, cuicatecos, huaves, ixcatecos, mazatecos, mixes, mixtecos, nahuas, popolocas, triquis, zapotecos y zoques. Para el estudio detenido de la geografía, demografía, economía y política oaxaqueña durante el porfirismo, véase Francie R. Chassen-López, *Oaxaca entre el Liberalismo...* Hoy en día, la octava región se conoce como la sierra Sur.

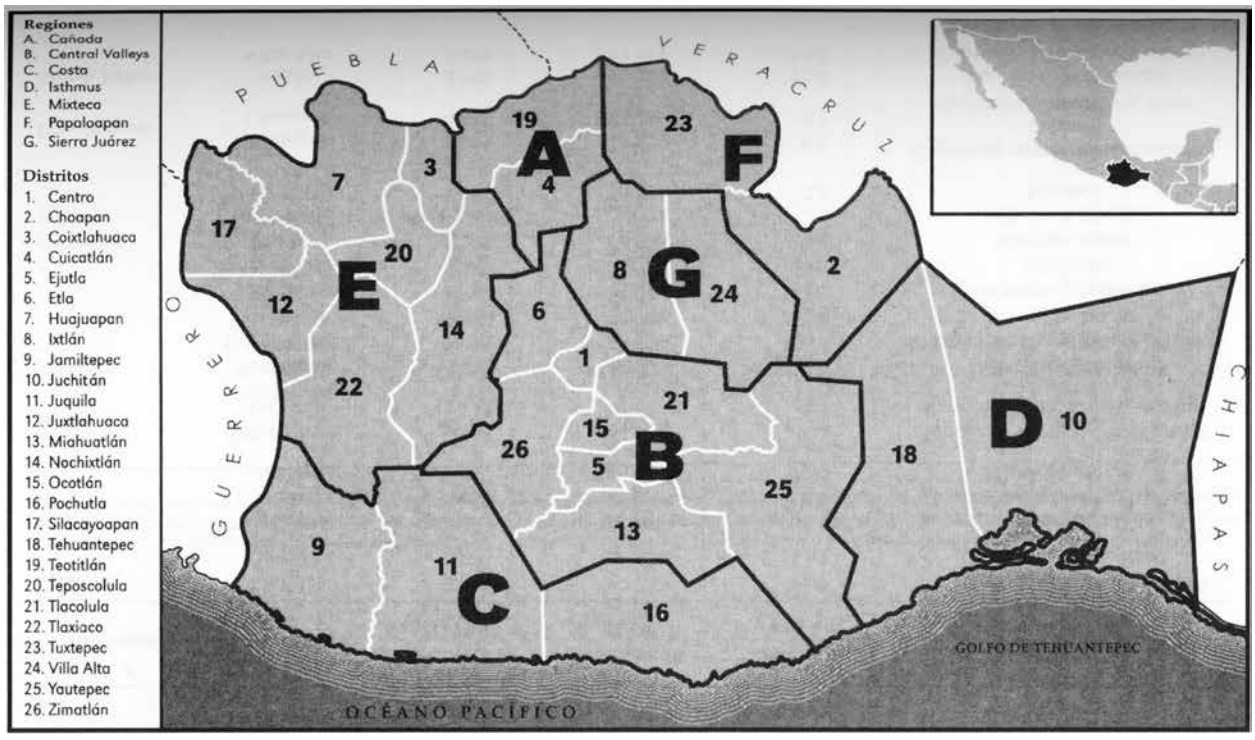


Figura 1. Mapa de las regiones y distritos en que se dividía el estado de Oaxaca al comenzar el siglo XX. Fuente: Antonio García Cubas, *Atlas metódico para la enseñanza de la geografía de la República mexicana*, México, Imprenta Murguía, 1903.

osado manifiesto, las cuicatecas[7] se secundaron decididamente a la cruzada anticlerical que levantaba de nuevo la bandera de la Reforma juarista ante la creciente influencia de la Iglesia a finales del Porfiriato. Afirmaron:

> La mujer mexicana, que ha sido hasta hoy el instrumento de torpes pasiones y el valladar infranqueable para el violento desarrollo del progreso, por efecto del virus canceroso infiltrado hipócritamente por el fanatismo religioso, es la que, como las heroínas boeras para arrojar al invasor, debe levantarse unida y resuelta a combatir el clericalismo, como el enemigo más artero y temible de nuestra honra, de nuestra conciencia, de nuestra familia y de nuestra patria.[8]

Algunas de las firmantes de esa declaración eran esposas y parientes de los miembros del Club Liberal Regenerador Benito Juárez de Cuicatlán, que se había fundado unas semanas antes, el 12 de diciembre de 1900. Encabezado

[7] Aquí "cuicatecas" refiere a los habitantes del pueblo de Cuicatlán. También se usa para referir al grupo indígena cuicateco.

[8] Adelina Quintero Figueroa, "La trayectoria política de Rafael Odriozola, primer liberal oaxaqueño", *Historia Mexicana*, vol. 26, núm. 3 (103), enero-marzo de 1977, pp. 465-467. También firmaron: Petrena Velasco, Dolores López, Herlinda Figueroa, Ernestina Figueroa, María López, Manuela Añas, Delfina Figueroa, Carlota Heras, Adelaida Heras, Sofía Carrera, Guadalupe Carrera, Valeria Barrientos, Luz G. de Rojas, Flora García, Dolores García de Miravet, Delfina Urda de Velasco, Elisa Velasco, Raquel Velasco, Natividad Urda, Consuelo Palacios, C. M. de García Terrón y Gertrudis Heras. Para la participación de mujeres en otras partes del país, véase Ana Lau y Carmen Ramos, *op. cit.*, pp. 355-357.

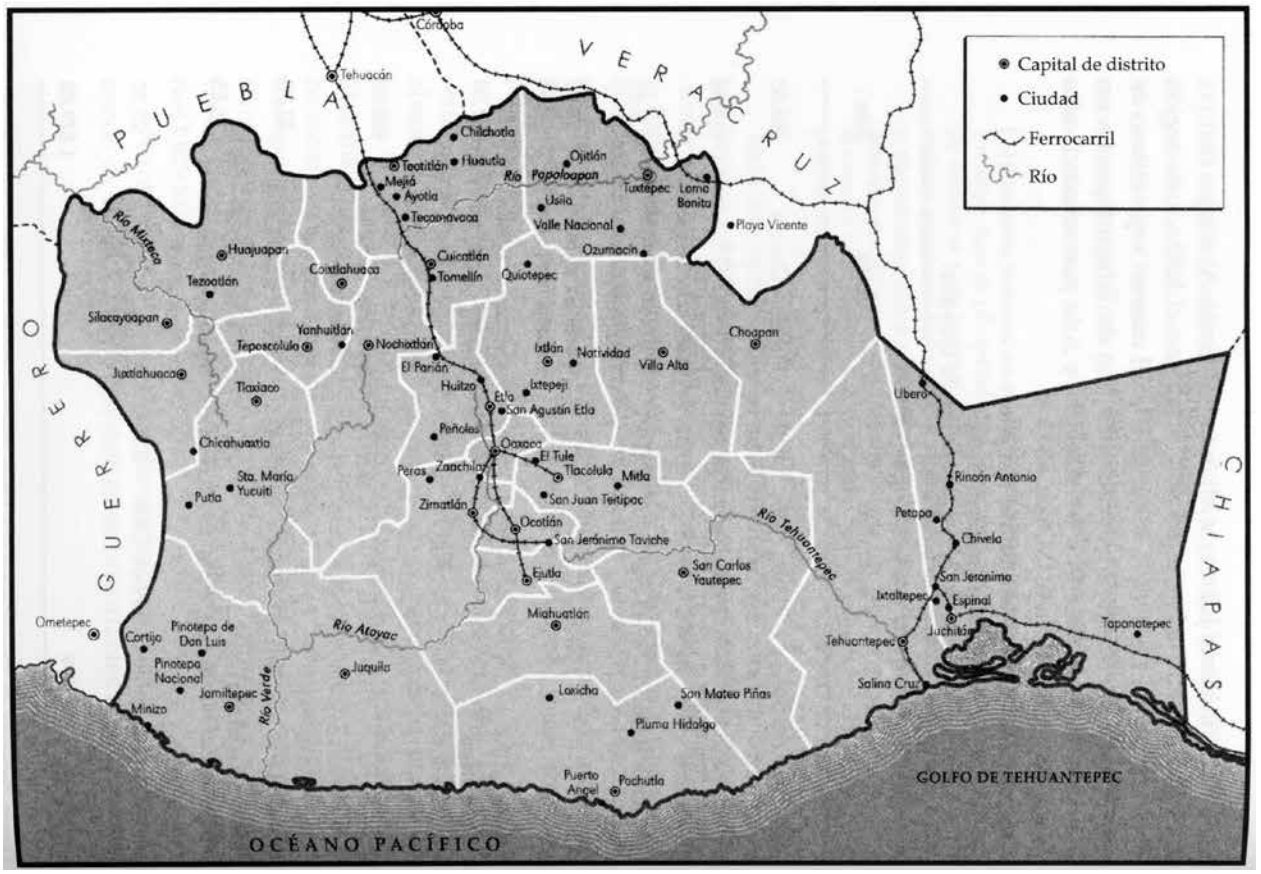


Figura 2. Mapa de las capitales de distrito, poblaciones y ferrocarriles. Fuente: Antonio García Cubas, *Atlas metódico para la enseñanza de la geografía de la República Mexicana*, México, Imprenta Murguía, 1903; *The Mexican Yearbook: A Statical, Financial, and Economic Annual*, Londres, McCorquodale & Co., 1909-1910.

por Benjamín L. de Guevara, Rafael Odriozola y José Escalante, los miembros del club eran de clase media, en su mayoría pequeños comerciantes y agricultores. Ellos juraron "propagar entre las masas populares los principios democráticos para regenerarlos del bárbaro estado en el cual —a la sombra de nuestra indiferencia política— el partido infame y retrógrada ha tratado de hundirlos". Odriozola mantenía una animada correspondencia con otros liberales radicales en el país, incluyendo a Filomeno Mata, Roque Estrada y los hermanos Flores Magón.[9] Pero a pesar de su activismo en la esfera pública, las cuicatecas todavía aseveraron que la mujer debía "cumplir con su sagrada misión de esposa y madre, dando envidiables ejemplos del heroís-

[9] *Ibidem*, pp. 456-468. Sobre los precursores en Oaxaca, véase Francie R. Chassen-López, *Oaxaca entre el liberalismo*..., pp. 554-559, y "Los orígenes de la Revolución en Oaxaca: juarismo y porfirismo contra precursores y revolucionarios", *Eslabones*, núm. 5, 1993, pp. 118-137. El Club Liberal de Cuicatlán mandó representantes, entre ellos Odriozola, al Primer Congreso Liberal celebrado en San Luis Potosí en 1901. Cabe estacar que este club oaxaqueño nació en un lugar con un activo núcleo protestante y varios de sus integrantes profesaban esa religión. La ciudad de Zitácuaro, en Michoacán, también tenía una población activa protestante que nos lleva a especular sobre el origen del vínculo entre las mujeres de Cuicatlán y Zitácuaro.

mo, como doña Josefa Ortiz de Domínguez y formando ilustres ciudadanos, como Ocampo, Ramírez, Degollado, Lerdo de Tejada [...]". Además, no firmaron como miembros del club ni hicieron un manifiesto conjunto con los hombres, sino que separado del de ellos.

En la capital estatal, se fundó la Asociación Juárez el 17 de mayo de 1901. Originalmente organizada con el propósito de conmemorar anualmente la muerte de Benito Juárez, para 1905 se había radicalizado; se convirtió en un centro de oposición al gobernador, Emilio Pimentel (miembro del grupo elitista porfirista de los *científicos*). La Asociación Juárez, integrada por personas de la clase media y clase trabajadora (abogados, médicos, tenderos, maestros, ingenieros, farmacéuticos, tipógrafos y artesanos), emergió como el núcleo de la oposición con miembros en varios distritos del estado, pero no se permitía ni una mujer entre sus filas. Además, su periódico, *El Bien Público*, que informaba de los abusos y corrupción dentro del estado, demostró poco interés en la condición de la mujer oaxaqueña.

Los abusos y arbitrariedades de los gobernantes porfiristas locales y estatales galvanizaron a la oposición en todo México, sobre todo a partir de 1905. Ante la posibilidad de una reelección de Pimentel en 1906, en Oaxaca también se movilizó la oposición, que, como en otros lados del país, se iba dividiendo entre moderados y radicales. Los primeros prefirían protestar contra los abusos locales, mientras que los últimos también se declararon en contra del presidente Díaz y muchos de ellos se volvieron partidarios de los hermanos Flores Magón. Nacidos en San Antonio Eloxochitlán, en el distrito de Teotitlán en la Cañada, Oaxaca (aunque cuando eran jovenes se mudaron a la Ciudad de México para estudiar), los Flores Magón, tal vez los precursores más destacados en todo México, mantuvieron fuertes vínculos con los radicales en el estado, quienes apoyaban a la fundación, ocurrida en 1905, del Partido Liberal Mexicano (PLM) y contribuyeron a su programa, de 1906. En efecto, los Flores Magón fueron encarcelados dos veces por publicar, en su periódico *Regeneración*, noticias sobre los abusos sucedidos en su estado natal.

La actuación de una mujer fue decisiva en uno de esos casos. El gobernador Pimentel había nombrado jefe político del próspero distrito cafetalero de Pochutla a Manuel Esperón y de la Flor, a pesar de las muchas denuncias por corrupción que había en su contra en otros distritos. Los Flores Magón, quienes habían sido obligados a exiliarse en Estados Unidos por su oposición a Díaz, denunciaron a Esperón en *Regeneración*, entonces publicado en San Luis, Misuri. La administración de Díaz, como tenía buenas relaciones con el gobierno de Estados Unidos, le sugirió a Esperón y de la Flor que acusara a los hermanos Flores Magón de difamación y calumnias. A raíz de esto, las autoridades estadounidenses clausuraron *Regeneración*, cancelaron sus derechos postales y encarcelaron a Ricardo y Enrique Flores Magón.[10]

Manuel Esperón y de la Flor llegó a San Luis acompañado de su esposa para observar el proceso judicial. Cuando no se veía muy claro el desenlace, la señora Esperón, una mujer guapa de 45 años, entró a la sala del tribunal "vestida de negro como si estuviera de luto, dramatizando su demanda de que ella también había sido difamada en el artículo". Impactado por esta actuación, el juez ordenó la detención de los acusados y fijó una fianza de 10 000 dólares. A pesar del esfuerzo conjunto de varios liberales y socialistas estadounidenses, alemanes y rusos para pagar sus fianzas, los hermanos Flores Magón permanecieron encarcelados hasta enero de 1906 por atreverse a criticar a ese jefe político.[11]

Así fue como la buena esposa porfirista defendía a su marido. No importaban las ideologías distintas de los hombres de la época, casi todos creían que el deber de la mujer era el doméstico, que se debía dedicar a cuidar, apoyar y defender a su esposo y a su familia y que no

[10] Florencio Barrera Fuentes, *Historia de la Revolución mexicana. La etapa precursora*, México, INEHRM, 1955, p. 160; *El Bien Público*, Oaxaca, 15 octubre 1905.

[11] Ethel Duffy Turner, *Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano*, México, Comisión Editorial Nacional del CEN del Partido Revolucionario Institucional, 1984, p. 76.

era apta para ser ciudadana. Ésta se ha llamado la teoría de las esferas separadas: los hombres en la esfera pública mientras que las mujeres debían mantenerse dentro de la esfera privada, la domesticidad. Cabe señalar que muchas mujeres de la clase trabajadora, teniendo que trabajar para sobrevivir, no tuvieron la oportunidad de quedarse en casa para cuidar el hogar, como dictaba la domesticidad idealizada por la ideología de esferas separadas. A pesar de que afirmaba que la mujer no era inferior al hombre y reconocía la mayor explotación de la mujer, el mismo Ricardo Flores Mágon expresó esta ideología unos años después, en un artículo de *Regeneración*, en que exhortaba a las mujeres de la clase trabajadora a convencer a sus esposos a integrarse a la Revolución. Él sostenía que la responsabilidad de la mujer trabajadora era "ayudar al hombre, estar con él cuando vacila, para animarlo; volar a su lado cuando sufre para endulzar su pena y reír y cantar con él cuando el triunfo sonríe".[12] Desgraciadamente, para él, esto es exactamente lo que había hecho la señora Esperón y de la Flor.

En cambio, hubo mujeres como Paula Cuevas Paz, hermana de Miguel y Rafael Cuevas Paz, artesanos urbanos de la ciudad de Oaxaca, quienes eran dirigentes de la oposición. Ella participaba en los pequeños círculos de artesanos que se congregaban en el taller de carpintería de sus hermanos. Allí, y en otros talleres artesanales, se leían y discutían no sólo *Regeneración* sino también otros periódicos radicales, tales como *Diario del Hogar* y *El Hijo del Ahuizote*, ambos de la Ciudad de México.[13]

En marzo de 1908, se publicó en *El Imparcial*, periódico de la capital nacional, la famosa entrevista de James Creelman, donde Porfirio Díaz admitió que México estaba ya preparado para la vida democrática y que él no iba a postularse para la reelección. Aunque rápidamente se echó para atrás, este comentario estimuló una nueva ola de organización de grupos oposicionistas a la dictadura. El Club Central Antirreeleccionista fue fundado el 19 de mayo de 1909 en la Ciudad de México para alentar la candidatura de Francisco I. Madero. Iban surgiendo clubes semejantes en varios estados, especialmente en Veracruz y Puebla. Dada la firme lealtad al presidente Díaz, la respuesta oaxaqueña al maderismo fue débil. No obstante, Madero hizo una gira (aunque sólo fuera de tres días) a la ciudad de Oaxaca; llegó el 4 de diciembre de 1909. La noche del 5 de diciembre los antirreeleccionistas oaxaqueños se reunieron y fundaron el Club Central Antirreeleccionista de Oaxaca. En poco tiempo, los hermanos Cuevas Paz surgieron para dirigir el club. Paula Cuevas Paz, junto con sus hermanos, se dedicó a difundir propaganda maderista en la ciudad de Oaxaca. Según Martha Eva Rocha, Candelaria Medina Pardo, integrante de la Escuela de Obstetricia del Instituto Juárez de Oaxaca, era otra propagandista en esa época.[14]

Mientras tanto, el odiado gobernador Emilio Pimentel había decidido postularse por una segunda reelección, y en febrero de 1910 la elite vallista[15] organizó el Club Central Reeleccionista de Oaxaca. Para el 5 de abril ya habían aparecido clubes políticos reeleccionistas en los distritos de Tehuantepec, Juchitán, Ixtlán y Choapan. La oposición se movilizó y consiguió un candidato bastante popular para oponérselo: Benito Juárez Maza (hijo del benemérito), quien

[12] Ricardo Flores Magón, "A la mujer", *Regeneración*, 24 de septiembre de 1910, reproducido en Martha Eva Rocha, *El álbum de la mujer...*, pp. 224-228.

[13] James D. Cockcroft, *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution, 1900-1913*, Austin, University of Texas Press, 1968, pp. 123-124; Alfonso Francisco Ramírez, *Historia de la Revolución mexicana en Oaxaca*, México, INEHRM, 1970, p. 17; Anselmo Arellanes Meixueiro *et al.*, *op. cit.*, p. 66.

[14] Héctor Martínez Medina, "Génesis y desarrollo del maderismo en Oaxaca (1909-1912)", en Víctor Raúl Martínez Vásquez (coord.), *op. cit.*, p. 95; Jorge L. Tamayo, *Oaxaca en el siglo XX: apuntes históricos y análisis político*, México, s.e., 1956, pp. 19-20; Anselmo Arellanes Meixueiro *et al.*, *op. cit.*, p. 66; Rocha cita un Instituto Juárez, pero debió haber sido el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca, que era donde se tenía esa carrera. Véase Martha Eva Rocha, *Los rostros de la rebeldía...*, pp. 128-129.

[15] Vallista refiere a una persona que reside en los valles centrales del estado de Oaxaca, donde se encuentra la ciudad de Oaxaca, la capital estatal.

era defensor del legado de su padre, anticlerical, masón y, ahora, anticientífico. La campaña juarista activó a los artesanos maderistas. Los hermanos Cuevas Paz comenzaron a distribuir propaganda juarista junto con la maderista.[16] Los estudiantes de las Escuelas Normales de la ciudad de Oaxaca también combinaron su actividad política a favor de Madero y Juárez Maza. Formaron el Club Estudiantil "Lic. Verdad", distribuyeron propaganda y publicaron el periódico anticlerical *La Guillotina*, que atacaba violentamente a la dictadura. Las estudiantes normalistas, entre ellas Juana Ruiz, también se unieron a las filas antirreeleccionistas. En sus recuerdos de la época, Efrén Núñez Mata, el vicepresidente del Club Estudiantil, recordó a la maderista Juana Ruiz como "cordial pero severa".[17]

Benito Juárez Maza, popularmente conocido como "don Beno", llegó a Etla el 11 de junio de 1910 para realizar su campaña, pero sólo pasó tres días en el estado. Aunque esta corta gira dejó interrogantes respecto de su determinación para derrotar a Pimentel, las oaxaqueñas se incorporaron para apoyar su campaña. El órgano pimentelista de la ciudad de Oaxaca, *El Voto Público*, reimprimió un artículo de *El Debate*, periódico de los *científicos* de la Ciudad de México; allí se había repetido un insulto grave a la masculinidad de Juárez Maza (cabe mencionar que tal se había expresado previamente en *El Tiempo*, también de la capital nacional): "El Sr. Juárez, que es un hombre honorable [...] no tiene ningún hecho, ningún acto que lo haga resaltar en la política nacional [...] no hay más que un nombre, el de Juárez; pero si hay un nombre, no hay ningún hombre".[18]

Dos días antes de las elecciones apareció un manifiesto juarista dirigido "A los artesanos y al pueblo", firmado por la "Agrupación Feminista Josefa Ortiz de Domínguez"; en él declararon: "Nosotras esposas e hijas de artesanos y de humildes jornaleros, de esos seres que se ganan el pan con el sudor de su rostro, nos reunimos con el objeto de llevar nuestra voz de alerta a todos los ciudadanos para que elijan al C. Benito Juárez padre del pueblo que sabe trataros con la ternura y el cariño, propios de un verdadero padre [...]". El manifiesto continuaba: "La mujer debe alentar al hombre para luchar de una manera pacífica y ordenada en favor de la causa del pueblo y si aún quedan hombres cobardes y afeminados que por miedo o por conveniencia no se resuelvan a tomar parte activa a favor del único candidato del pueblo Benito Juárez, nosotras los alentamos y les inspiramos el valor civil que les falte". Este manifiesto, firmado por más de 260 mujeres, entre ellas Pilar Hernández, Juana Montes, Herlinda Pérez, Consuelo Díaz, Adela López y Ana García, un impresionante apoyo femenino, respondió a las afrentas a la virilidad de don Beno con un argumento contrario, insistiendo en que la única cosa que denotaba hombría era apoyarlo. Y si los hombres vacilaban, el valor femenino de las juaristas los alentaría a la acción.[19] Si bien ellas secundaron—en teoría—en el manifiesto la posición de Ricardo Flores Magón respecto de que el papel de la mujer se reducía a animar al hombre (para definir y fortalecer su masculinidad), en la práctica, ellas ya estaban interviniendo en un espacio público político, supuestamente vedado a la mujer.

La revolución maderista

En 1910, Pimentel volvió a ganar las elecciones para gobernador; a la vez, Porfirio Díaz fue electo presidente. Acto seguido, Madero y sus partidarios, con la publicación del Plan de San Luis Potosí, se lanzaron a la revolución. En Oaxaca, Sebastián Ortiz y su Ejército Libertador "Benito Juárez" se rebelaron contra el gobier-

[16] Francie R. Chassen-López, *Oaxaca entre el liberalismo*..., pp. 597-644.

[17] Efrén Núñez Mata, "Una página de la Revolución en Oaxaca", *El Nacional*, México, 2, 9 y 14 de marzo de 1961.

[18] *El Voto Público*, Oaxaca, 22 de mayo de 1910.

[19] "Manifiesto de la Agrupación Feminista Josefa Ortiz de Domínguez", en Francisco Ruiz Cervantes (comp.), *Manifiestos, planes y documentos políticos*..., p. 15. Ruiz Cervantes es uno de los pocos autores que se han preocupado por rescatar la documentación de la historia de la mujer en Oaxaca.

no de Porfirio Díaz el 21 de enero de 1911 en Ojitlán, en la región del río Papaloapan. En la ciudad de Oaxaca, a principios de enero, Rafael Cuevas Paz, quien seguía imprimiendo y distribuyendo propaganda en contra de los porfiristas, fue encarcelado por dos meses. En febrero de 1911, fueron apresados varios maderistas en la ciudad de Oaxaca acusados de conspiración. En marzo, los maderistas de Silacayoapan se unieron a los de los pueblos vecinos en Puebla y Guerrero. Para mayo se habían levantado en armas varios grupos en la Mixteca y la Cañada; pero en ninguna de las fuentes existentes sobre esos movimientos se incluyen noticias de mujeres, ni siquiera como proveedoras de las necesidades básicas a las tropas ni mucho menos como víctimas.

Sin embargo, sabemos perfectamente bien que las guerras no pueden proceder sin el apoyo y participación de las mujeres. La Revolución impactó tanto en las vidas de las mujeres de todas las clases sociales como en las de los hombres. Desde el principio, las mujeres entraron a la oposición como propagandistas por su causa: escribieron y publicaron en revistas y periódicos, además de que divulgaron manifiestos; también recolectaron recursos financieros y contribuían a acrecentar los fondos con su propio dinero; conseguían armas para las tropas, de manera legal o ilegal (contrabandeando), y colaboraron en la planeación de movimientos; varias actuaron como espías y correos y transportaban comida, a veces metiendo tortillas, comida y hasta parque, escondidos bajo sus faldas y sus huipiles; otras eran costureras, cocineras, lavanderas y compañeras sexuales; otras más enarbolaron las armas y fueron al combate; otras, algunas muy fervientes católicas, fueron enemigas acérrimas de la Revolución e hicieron todo lo posible para derrotarla. Y muchas, de cualquier facción, fueron las víctimas, murieron, fueron heridas o perdieron a sus familiares en esos años.

El papel de la enfermera es fundamental en la guerra. Aunque no nació en Oaxaca, Elena Arizmendi, nieta del famoso general liberal juarista Ignacio Mejía, vivió sus primeros años con él y una tía en el ingenio de Ayotla, en el distrito de Teotitlán. Después los visitaba con frecuencia. Una mujer inquieta e independiente, Arizmendi estudió enfermería en San Antonio, Texas. La enfermería apenas se estaba profesionalizando a finales del siglo XIX y la Cruz Roja Mexicana se formó en 1908, aunque se estableció como una dependencia de la Secretaría de Guerra y Marina, es decir, era gubernamental. Cuando radicaba en Estados Unidos, Arizmendi entabló una amistad cercana con Francisco y Sara Madero, y se volvió maderista convencida; a su regreso a México en 1911, ella fundó la Cruz Blanca Neutral, un cuerpo de socorro médico que prometía atender a todos los heridos sin discriminación —a diferencia de cómo operaba la Cruz Roja—; su divisa era "Por la humanidad".[20] Posteriormente, cuando los carrancistas ocuparon el Istmo de Tehuantepec, el general Jesús Carranza organizó un cuerpo de enfermeras con la participación de las muchachas de clase media del puerto de Salina Cruz.[21]

Otras muchas mujeres fueron la inspiración de sus hombres, animándolos a luchar por sus ideales. Por ejemplo, el general juchiteco Heliodoro Charis, quien militó en las filas chegomistas[22] y luego con los obregonistas, en sus memorias se acordaba mucho de la influencia de su abuela; alguna vez afirmó que "me conmueve recordar sus palabras y me da orgullo comprobar que tuvieron mucho que ver en mis decisiones futuras sus consejos". La abuela del general Charis le hablaba en "su lengua zapoteca, única que habló, que si algún día llegaba yo a defender los ideales de los que habían caído en nuestra familia, lo hiciera con entereza y valor, como lo habían hecho mi abuelo y sus adorados hijos".[23]

[20] Gabriela Cano, *Se llamaba Elena Arizmendi*, México, Tusquets, 2010. Elena Arizmendi fue el modelo para "Adriana", la amante de José Vasconcelos en *Ulises criollo.* Como demuestra Cano, este hecho ha opacado su verdadera historia y su contribución a la Revolución.

[21] Ángel Bustillo Bernal, *La Revolución mexicana en el Itsmo de Tehuantepec*, México, Editora Mexicana de Periódicos, Libros y Revistas, 1968, p. 67.

[22] Los chegomistas fueron los partidarios del cacique juchiteco José *Che* Gómez, a quien se refiere más adelante.

[23] "Memorias del general Heliodoro Charis Castro", en Macario Matus Gutiérrez, "La Revolución en Juchitán,

En cambio, otras mujeres pudieron desempeñar un papel más problemático. Un ejemplo, también ocurrido en la región del Istmo de Tehuantepec, es el de Fidel Azcona, quien culpó a una mujer, la tía de Mario Marín Pineda, de haber provocado que el general y licenciado Francisco López Cortés —después gobernador del estado— se uniera a un levantamiento en contra de Obregón. Según su versión: "le engatuzaron para rebelarse; se usó a una mujer para convencerlo". La tía recibió algunas monedas por haber tenido éxito en convencer a López Cortés.[24] A lo largo de la historia de todos los países aparece ese estereotipo, ese lugar común, de la mujer desleal y traicionera por naturaleza y capaz de manipular a los hombres, como si el hombre no tuviera responsabilidad por sus acciones.

Cuando los hombres se van a la guerra, a las mujeres no les queda otra opción sino buscar la manera de sostener a sus familias. Algunas aprovecharon y disfrutaron de esta nueva independencia, mientras que otras quedaron en la ruina y muchas veces terminaron como prostitutas, un trabajo de gran demanda en tiempos de guerra. Otras mujeres migraron a las ciudades en busca de mayor seguridad y de empleo. Varias aprendieron nuevos oficios, como el de telegrafista, antes dominados por los hombres. Otras muchas siguieron a sus padres, hermanos y esposos trabajando como cocineras y enfermeras para la tropa, las famosas *soldaderas*. También fueron sus amantes y, demasiadas veces, les tocó enterrar a sus compañeros.[25]

Dos mujeres destacaron como protagonistas de los movimientos sociales en la Costa Chica en abril y mayo de 1911. Ese levantamiento agrario dio lugar a una confrontación sangrienta entre rancheros e indígenas mixtecos, quienes disputaban la propiedad de las tierras donde trabajaban los campesinos indígenas como arrendatarios. El desenlace fue uno de los episodios más extraordinarios de la Revolución mexicana: un levantamiento agrario que, al mismo tiempo, representó un efímero intento de restablecer el imperio mixteco; el hecho es conocido como el "nuevo reino mixteco" o el "imperio de los once días".[26] Por una parte, los campesinos mixtecos reclamaban que esas tierras les habían sido legadas por la anterior cacica de la región, Margarita Rodríguez, y por otra, los rancheros sostenían que se las habían adjudicado por medio de la Ley Lerdo de 1856. Los campesinos también protestaban porque los rancheros les cobraban una renta excesiva y los obligaban a vender sus productos muy por debajo del precio de mercado. La Revolución alcanzó esa región el 30 de abril, cuando los maderistas guerrerenses —encabezados por Enrique Añorve en Ometepec (Guerrero)— enviaron tropas a los pueblos oaxaqueños cercanos para levantar a la gente. A la llegada del teniente coronel Manuel Centurión y sus tropas maderistas a Pinotepa, los mixtecos le pidieron apoyo para rescatar sus tierras y Centurión les aseguró que los ayudaría cuando regresara de Acapulco. Mientras tanto, las autoridades de Pinotepa, rancheros y comer-

Oaxaca", en Alicia Olivera Sedano (coord.), *Mi pueblo durante la Revolución*, México, INAH, 1989, vol. II, p. 122. Éstas son las memorias, como se las contaron a Matus Gutiérrez, de personas que vivieron la Revolución.

[24] "Memorias de Fidel Azcona", en Macario Matus Gutiérrez, "La Revolución en Juchitán...", *op. cit.*, p. 134.

[25] Mark Wasserman, en su historia de la vida cotidiana en el México decimonónico, demostró cómo las guerras tuvieron un impacto significativo en las relaciones de género, *Everyday Life and Politics in Nineteenth Century Mexico: Men, Women, and War*, Albuquerque, University of New Mexico, 2000; V. Spike Peterson "Gendered Nationalism: Reproducing the 'Us' versus 'Them'", en Lois Ann Lorentzen y Jennifer Turpin (eds.), *The Women and War Reader*, Nueva York, New York University Press, 1998, p. 45. Las bajas masculinas produjeron un incremento sensible en el número de viudas, especialmente viudas jóvenes, el cual resultó en el declive de la tasa de nacimientos y la necesidad de ellas de entrar al mercado de trabajo. Francie R. Chassen-López, "Guerra, nación y género: las...", *op. cit.*; y Francie R. Chassen-López, "Las hijas de Oaxaca...", *op. cit.*

[26] Una versión preliminar de estos eventos figura en Francie R. Chassen-López y Héctor G. Martínez, "El retorno al milenio mixteco: indígenas agraristas *vs.* rancheros revolucionarios en la Costa Chica de Oaxaca, mayo de 1911", *Cuadernos del Sur*, núm. 5, septiembre-diciembre de 1993, pp. 31-66; para una versión bastante más desarrollada, véase Francie R. Chassen-López, "Maderismo or Mixtec Empire? Class and Ethnicity in the Mexican Revolution, Costa Chica of Oaxaca, 1911", *The Americas*, vol. 55, núm. 1, julio de 1998, pp. 91-127.

ciantes, arrestaron a Domingo Ortiz, el dirigente indígena, por estar "trastornando" la paz y amenazaron con ejecutarlo. Los mixtecos apelaron a Añorve, quien envió al capitán Cristóbal Cortés con sus tropas a Pinotepa para resolver el asunto. Pero allí se desató una confrontación armada en la que murieron tres autoridades rancheras, Cortés y un indígena de Igualapa (Guerrero). A raíz de la balacera, los hermanos Baños, rancheros influyentes, denunciaron las "atrocidades" mixtecas y convencieron a Añorve para que los nombrara representantes maderistas en la Costa Chica de Oaxaca. Encabezados por Juan José Baños, los rancheros "revolucionarios" se movilizaron para reprimir la rebelión agraria indígena y restablecer su dominación en la Costa.[27] Entre ellos, destacó la importante comerciante María Aguirre, viuda de Pérez.

Entre tanto, en Pinotepa, los mixtecos tomaron control de la ciudad, liberaron a Domingo Ortiz y rescataron los títulos de propiedad, arrebatándoselos a los rancheros a punta de escopeta; muchos de ellos, incluyendo a María Aguirre, ya habían huído a la montaña. Marginados de la revolución maderista, los indígenas de Pinotepa decidieron restablecer el imperio mixteco en pleno 1911 y designaron a una "reina". María Benita Mejía, una mujer muy respetada pero de pocos recursos, fue nombrada reina porque se creía que era descendiente de la nobleza mixteca (entre la cual las mujeres gobernantes no eran algo fuera de lo común). Con gran ironía, los mixtecos escogieron la cómoda casa de María Aguirre para establecer su palacio real. Allí la reina residiría y recibiría su corte de honor.

Los mixtecos organizaron un Consejo de Ancianos para gobernar y nombraron a Domingo Ortiz cónsul del la reina María Benita y de las fuerzas imperiales. Él integró un registro de tributarios de acuerdo con la costumbre mixteca. Envió mensajeros a los pueblos indígenas de la región para incitarlos a que reconocieran a la reina y se unieran al nuevo reino mixteco como vasallos que pagaban tributo. Las fuerzas maderistas, los rancheros de Pinotepa y las tropas maderistas de Guerrero se apresuraron para aplastar el efímero renacimiento del imperio mixteco, que sólo duró 11 días. Años después, una descendiente de los mixtecos de Pinotepa narró a Gutierre Tibón el desenlace tal como le había conocido: "Apareció Juan José Baños, a la cabeza de una tropa numerosa y aguerrida [...] Fue el terror, fue el pánico" y los mixtecos huyeron el 29 de mayo. La reina María Benita "vivió diecisiete años más, en su mísera choza. Reposa en el panteón de Pinotepa Nacional. ¿Quiere visitar su tumba?".[28]

En Pinotepa, dos mujeres simbolizaron la confrontación, tanto de clase social como de etnia, revelada en la apropiación de la casa de María Aguirre por María Benita. La reina fue símbolo del recurso de los indígenas mixtecos de acudir a su memoria étnica, a su historia oral, para enfrentar una revolución que los había marginado. María Aguirre, quien como se verá adelante se incorporó a las filas constitucionalistas, representó a los rancheros y comerciantes de la clase media rural, la "gente decente" (en oposición a los "salvajes" indígenas),[29] quienes convenientemente se aliaron con la revolución maderista y la hicieron suya, una revolución a la cual los mixtecos, al principio, habían pedido justicia.

La Revolución también se sintió en el Istmo de Tehuantepec a finales de mayo de 1911. Las ciudades de Tehuantepec y Juchitán estaban divididas en dos facciones: los Rojos porfiristas y los Verdes maderistas. Juana Catarina Romero (conocida popularmente como Juana Cata) y su primo Camilo Romero, ricos comerciantes, dirigían a los Rojos en Tehuantepec, mientras

[27] Francie R. Chassen-López, "Maderismo or Mixtec Empire?...", *op. cit*.

[28] Gutierre Tibón, *Pinotepa Nacional: mixtecos, negros y triques*, México, Editorial Posada, 1981, p. 31. Con respecto de la memoria étnica local, es significativo que, aunque no había "ninguna cruz ni piedra", esta descendiente sabía exactamente dónde estaba enterrada María Benita.

[29] En sus informes a los jefes maderistas, los rancheros calificaron a los mixtecos de "salvajes carnívoros". Véase Francie R. Chassen-López, "Maderismo or Mixtec Empire?...", *op. cit*.

que los hermanos Santibáñez encabezaban a los Verdes (figura 3).

En Juchitán, los Rojos procientíficos habían conservado el poder durante muchos años, puesto que Porfirio Díaz había mandado al popular dirigente de los Verdes, José *Che* Gómez, a servir en puestos oficiales en otros estados. Pero cuando éste regresó para quedarse a principios de 1910, la tensión aumentó. El 7 de marzo Gómez advirtió a Porfirio Díaz de que "Tehuantepec y Juchitán [...] están sumamente en contra de sus respectivos jefes políticos" y los pueblos de estos distritos "se encuentran lastimados por las malas autoridades locales y en cualquier momento simpatizan con el que se atreve a dar un grito de rebelión".[30] La esposa de José Gómez, Rosaura Bustamante, una sinaloense, y otras juchitecas se mantendrían firmes en su apoyo a *Che* Gómez y la revolución maderista (figura 4).

La noche del 25 de mayo de 1911 en Tehuantepec más de 300 tehuanos armados con rifles y machetes respondieron al repique de las campanas de las iglesias y a las trompetas militares y se reunieron en el parque central. Detuvieron el tren justo enfrente de la casa y tienda de Juana Cata. Consciente de la inminente renuncia de Porfirio Díaz, la multitud demandó la destitución del jefe político porfirista para que Alfonso J. Santibáñez ocupara el puesto. Luego, las masas saquearon parcialmente los establecimientos comerciales de los ricos "reaccionarios" porfiristas, entre ellos la tienda de la señora Romero. A partir de entonces, Juana Cata, hábil

Figura 3. Juana Catalina Romero. Fuente: fotografía proporcionada por la autora.

[30] Luis Santibáñez Gómez, "La revolución maderista en Tehuantepec", en Héctor Gerardo Martínez Medina y Francie R. Chassen-López (comps.), *Testimonios de la revolución maderista...*, pp. 32-38. Sobre Juchitán, véase Héctor Luis Zarauz López, "El Porfiriato y la Revolución mexicana (1911-1912) en el Istmo de Tehuantepec", tesis de licenciatura en Sociología, México, FCPS-UNAM, 1993, pp. 141-142, y "Revolución y contrarrevolución. Rebeliones en contra de los gobiernos revolucionarios en el Istmo de Tehuantepec (1916-1924)", tesis de doctorado en Historia, México, FFyL-UNAM, 2005, pp. 49-61. Rodolfo Gutiérrez Montes cita varias cartas de Gómez a Díaz en "La Revolución mexicana en Juchitán, Oaxaca: el movimiento chegomista de 1911", tesis de licenciatura en Humanidades, México, UAM-Iztapalapa, 1986, pp. 66-69. Sobre Juana Cata Romero, véase Francie R. Chassen-López, "Un modelo de progreso: Juana Catarina Romero, la cacica del siglo XIX de Tehuantepec", en Margarita Alegría de la Colina y Alejandro Caamaño Tomás (coords.), *Mujeres de aquí y de alla. Miradas diacrónicas y multidisciplinarias en los albores del nuevo milenio*, México, UAM-Azcapotzalco, 2012, pp. 129-183.

José F Gómez y su esposa, 1911

Figura 4. Rosa Bustamante y José *Che* Gómez. Fuente: *Guchachi' Reza*, núm. 16, septiembre de 1983, p. 12.

política, se dio cuenta de la necesidad de negociar con la Revolución y, como veremos, hasta con los mismos hermanos Santibáñez.[31]

Mientras tanto, a mediados de mayo de 1911, la ciudad de Oaxaca estaba agitada por la noticia de la Revolución en la Mixteca y en la Cañada. Corría el rumor de que las fuerzas mixtecas del general Solís, estacionadas en Huitzo, se reunirían en Etla con el Ejército Libertador del Sur, al mando del general Ángel Barrios (que venía de la Cañada), para tomar la ciudad de Oaxaca. El probable saqueo de la ciudad despertaba el pánico entre mujeres, niños y hombres por iguales. La capital del estado estaba llena de refugiados de los distritos vecinos, "llegando en su mayoría a caballo, algunos en carretas y no pocos a pie". Para entonces, los movimientos revolucionarios de la Cañada habían cortado las líneas del ferrocarril y del telégrafo, dejando prácticamente incomunicada la ciudad. Los hoteles y mesones de la capital eran "insuficientes para dar alojamiento a todos los funcionarios, empleados públicos y familias procedentes de todos lugares". Aunque los rebeldes aseguraron a los ciudadanos que las nuevas autoridades nombradas por la Revolución respetarían la vida, la propiedad privada y la Constitución, los oaxaqueños seguían afluyendo a la ciudad.[32] Con las regiones de la Costa, el Papaloapan, la Cañada y la Mixteca bajo el control de los revolucionarios y con la agitación creciendo en el Istmo, la capital del estado se convirtió en el último baluarte del porfirismo en Oaxaca.

La revolución iba triunfando durante marzo, abril y principios de mayo de 1911, reflejo de ello eran las victorias en los estados del norte y del centro, así como en los vecinos estados de Puebla y Guerrero. Los acuerdos de Ciudad Juárez, firmados el 21 de mayo, terminaron con las hostilidades. Porfirio Díaz renunció el 25 de mayo y Francisco León de la Barra asumió el cargo de presidente provisional; tuvo a su cargo la supervisión de las elecciones libres. La agonía final del Porfiriato y la retirada de los *científicos* del gobierno desataron una crisis política en Oaxaca. En seis semanas, seis diferentes gobernadores pasaron por el palacio de gobierno, un proceso que Francisco José Ruiz Cervantes denominó "la danza de los gobernadores".

La oligarquía oaxaqueña trató de mantener a uno de los suyos en la gubernatura, por ello eligió al general brigadier Félix Díaz, el sobrino del dictador, en plena efervescencia revolucionaria. Esta maniobra política provocó la reacción popular y la gente se reunía espontáneamente en las calles en manifestaciones. Rechazaron a Félix Díaz mientras que proclamaban a Benito Juárez Maza candidato del pueblo para gobernador. Hubo varias manifestaciones, dispersadas por la policía de la ciudad, cuyos agentes hicieron disparos al aire y golpearon a la multitud con las culatas de los rifles, causando gran alarma entre la población.[33] El pueblo de Oaxaca por fin se estaba oponiendo a la familia Díaz. No hay noticia de mujeres entre los manifestantes, pero seguramente algunas participaron.

La legislatura trató de nombrar otros gobernadores provisionales, también porfiristas, pero numerosos elementos de la clase media, de los artesanos y todas las fuerzas revolucionarias (ahora con fuertes contingentes campesinos) se resistían a tales imposiciones. Al fin, el 8 de junio la legislatura oaxaqueña deliberó nuevamente sobre la elección de un gobernador interino. Multitudes de maderistas se colocaron afuera del Congreso Local y los espectadores en las galerías fueron repetidamente amonestados para que se callaran. Ante la enorme presión popular, los diputados finalmente escogieron un gobernador que representara a la Revolución: el joven abogado Heliodoro Díaz Quintas, antiguo miembro de la Asociación Juárez. Los periódicos locales reportaron acerca del triunfo de la Revolución: "El pueblo lo saludó con un aplauso

[31] Luis Santibáñez Gómez, "La revolución maderista...", *op. cit.*, pp. 32-38.

[32] "La Revolución de 1910 en Oaxaca", *Oaxaca en México*, 6 de agosto de 1936.

[33] Basilio Rojas, *Efemérides oaxaqueñas, 1911*, México, s.e., 1962, p. 52. Rojas ha resumido en ese volumen las noticias diarias de 1911 publicadas en *El Avance*.

prolongado [...] y era de oír cómo entre los interminables aplausos y [*sic*] inusitado júbilo popular se lanzaban al aire marciales notas de nuestro himno patrio y los sones bélicos del clarín saludando al demócrata y efectivamente popular juarista, Lic. Heliodoro Díaz Quintas".[34] Tampoco podemos dudar que las oaxaqueñas se encontraban entre la celebración popular, aunque no las menciona el reportero.

Durante los meses de junio y julio de 1911, se enfrentaron Félix Díaz y Benito Juárez en la contienda por la gubernatura de Oaxaca. Las mujeres oaxaqueñas se unieron a ambas campañas según su ideología política y clase social. En Tehuantepec, los hombres habían formado el Club 25 de Mayo, dirigido por los hermanos Alfredo y Alfonso Santibáñez; la organización tenía afiliado un club femenil del mismo nombre, integrado por parientes de los hombres, entre ellos Luisa Gómez, Petrona Ordóñez e hijas, Adela e Isabel González, Trinidad Arias y otras. Sus partidarias sobresalían en las manifestaciones y las fiestas, que según Ángel Bustillo Bernal, "engalaban además de su belleza con el colorido de sus trajes típicos, haciendo propaganda a favor de aquel 'club' o partido político, que llamaban 'Santibáñista'. Hombres y mujeres se constituían en propagandistas de dicho grupo en sus respectivos barrios". *El Avance* informaba que la contienda electoral en Tehuantepec era "reñida debida a la actividad de los partidarios".[35]

Se fundó un club de señoras y señoritas para apoyar a Juárez Maza en Ocotlán. Ellas manifestaron que, "aunque no nos es permitido por nuestras leyes tomar una parte directa en las elecciones, sí debemos tomarla para alentar a nuestros esposos, a nuestro hijos y a nuestros hermanos para que emitan su voto por la persona que haga la felicidad del pueblo" y no por un "déspota" que seguiría los males del porfirismo. Fue muy reñida la contienda entre felicistas y juarezmazistas en Ocotlán. Los primeros andaban armados en público y el 7 de julio, en un combate, murieron cinco personas y fueron heridos varias otras de ambos grupos. Dos días después, durante la procesión para el entierro de los muertos, el cortejo, "una gran multitud" de juaristas, se conformaba de gente de los pueblos de San Antonino y Santiago y "cuatro bandas de música tocando marchas fúnebres. Los hombres portaban retratos de su candidato y las mujeres tiras en las que se leía 'Viva Benito Juárez Maza'". El cortejo felicista, con mucho menos gente, se llevó a cabo en otro lado de la población.[36]

Según Ana Lau y Carmen Ramos, se notó un "nuevo parámetro femenino" durante el periodo maderista, caracterizado porque en él "era necesario que la nueva mujer mexicana abandonase la idea de la inferioridad de su sexo, de su debilidad, para poder servir mejor a la sociedad y la familia. Aunque con frecuencia los periódicos elogiaban a las mujeres escritoras y poetisas, la participación política de la mujer era todavía inaceptable e invitaba el oprobio.[37] El periódico *Regeneración* de la ciudad de Oaxaca, reportó que en Tlacolula hubo una "manifestación feminista" en honor de Juárez Maza, que fue "encabezada por una señora que se conoce con el mote de 'Juana la Vaca'". Varios días después, *El Avance* publicó una aclaración "de algunos vecinos de Tlacolula" sobre la noticia divulgada en *Regeneración*. Avisaron que la manifestación feminista la organizó un grupo de "señoras bien conocidas, de todo el vecindario de esta cabecera", quienes estaban formando un club que se llamaría Club de Señoras Libres. Añadieron que se podría imaginar "qué prestigio daría a la causa a cuya defensa pensaron asimilarse, pues

[34] *El Avance*, Oaxaca, 9 de junio de 1911.

[35] Ángel Bustillo Bernal, *op. cit*., pp. 33-34; *El Avance*, 30 de julio de 1911. Los seguidores de Juárez Maza eran los juarezmazistas y los de Félix Díaz eran los felicistas.

[36] Basilio Rojas, *op. cit*., p. 65; *El Avance,* 15 de julio de 1911; Francisco José Ruiz Cervantes, *La Revolución en Oaxaca...*, pp. 25-26. Busqué en las hemerotecas de Oaxaca las ediciones de *El Avance* correspondientes a los meses de junio y julio de 1911, que había consultado anteriormente, y ya no se pudieron localizar. Agradezco profundamente a Francisco José Ruiz Cervantes haberme prestado algunas fichas sobre los artículos periodísticos de *El Avance* de julio de 1911.

[37] Ana Lau y Carmen Ramos, *op. cit*., pp. 18-19, 39.

todas ellas están eliminadas de la sociedad y de todo contacto con la gente honrada", de hecho, tachándolas de ser prostitutas.[38] Así, por atreverse a participar en los asuntos públicos, ellas fueron denostadas como mujeres públicas.

Mientras tanto, mujeres en varios estados, por ejemplo en Yucatán y en Puebla, se habían unido a las campañas políticas y a la lucha para mejorar las condiciones de su sexo. En junio de 1911, el Club Femenil Amigas del Pueblo maderista de la Ciudad de México, que había sido organizado por varias mujeres, entre ellas las destacadas revolucionarias Juana Gutiérrez de Mendoza y Dolores Jiménez y Muro, envió una petición al ministro de Gobernación para solicitar el derecho al voto para las mujeres. Desde el club también se dirigió una carta al presidente interino León de la Barra firmada por varios centenares de mujeres. En todas partes, incluso en Oaxaca, estas peticiones de mujeres fueron ridiculizadas y sus firmantes denigradas e insultadas por los políticos y por la prensa. Trágicamente, el proceder de las autoridades causó la muerte de nueve personas y otras fueron heridas en una manifestación a favor de los derechos de la mujer en Santa Julia, un barrio pobre de la capital nacional.[39]

El feminismo había aparecido en México en las últimas décadas del siglo XIX: se cree que *La Siempreviva*, de Rita Cetina, publicada en Yucatán en 1870, fue la primera revista con ese tema, y siguieron varias otras, sobre todo en la Ciudad de México. También, surgieron algunas asociaciones dedicadas a la mejoría de las condiciones de vida de las mujeres. Según el lugar, la cultura y el momento histórico, variaban las definiciones de la palabra "feminismo". Por supuesto, como señala Julia Tuñón, esa defínción depende de cómo las mismas mujeres la entendían en un momento dado. Ella lo define ampliamente como "el pensamiento y la táctica dirigida a reflexionar y a modificar la condición política, social, económica, cultural y cotidiana de las mujeres".[40] En México, al principio, el concepto refería a un mejoramiento de la situación de la mujer en cuanto al acceso a la educación, el mejoramiento de sus condiciones de trabajo y su estatus legal en la familia y en la sociedad. El sufragio no surgió como una demanda sino hasta los primeros años del siglo XX, paralelo al movimiento precursor y a la misma Revolución en que las clases medias y trabajadoras exigían voz y voto en la escena política. Precisamente cuando se derrocó la dictadura y nació la democracia, las mujeres empezaban a reclamar sus derechos.

Durante los meses de junio y julio de 1911, hubo una polémica en los periódicos de la ciudad de Oaxaca sobre la legalidad de ambos candidatos, Félix Díaz y Benito Juárez Maza, porque ninguno cumplía con una estipulación de la Constitución estatal, la cual establecía que, para postularse como candidato, era necesario contar con una residencia mínima de tres años en el estado. Tal vez el ambiente álgido y el fervor eleccionista partidario demostrado por las oaxaqueñas —y mexicanas a través de la República— sirvieron para despertar la demanda femenil oaxaqueña por el voto. Al respecto, el 15 de julio, los editores de *El Avance* dieron a conocer su posición:

> Los clubes "Margarita Neri" de esta ciudad, "Leona Vicario" de Ejutla, los juaristas y felicistas de Ocotlán, y otras más y las manifestaciones feministas recientes demuestran que también la mujer oaxaqueña está ansiosa de tomar parte en la

[38] *El Avance*, 15 y 23 de julio de 1911; *Regeneración*, Oaxaca, 16 de julio de 1911.

[39] Shirlene Soto, *op. cit.*, p. 40; Ángeles Mendieta Alatorre, *Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, 1875-1942: extraordinaria precursora de la Revolución mexicana*, México, Talleres Impresores de Morelos, 1983, p. 45; Fabiola Coutiño, "Contexto histórico del movimiento revolucionario: participación de las poblanas", en Fabiola Coutiño (coord.), *op. cit.*, p. 50.

[40] Julia Tuñón, *Mujeres en México: recordando una historia*, México, Conaculta, 1998, p. 135, y Julia Tuñón, "¿Convicción o táctica? Atrevimiento y precaución en el primer feminismo mexicano (1873-1935)", *Dimensión Antropológica*, vol. 25, mayo-agosto, 2002, pp. 9-58, recuperado de: <http://www.dimensionantropologica.inah.gob.mx/?p=833>; Martha Eva Rocha, *Los rostros de la rebeldía...*, pp. 37, 333.

> cosa pública y de que no será ella que se revuelva en su silencio de antaño. No pretendemos censurar esos trabajos que no son más que el saludable efecto de la libre manifestación de las ideas en los pueblos [...] pero atendiendo a la interpretación que a este punto se le viene dando en los pueblos humildes, sea por ejemplo San Lorenzo Cacaotepec, distrito de Etla, en los que se cree que el voto puede tenerlo también la mujer, nos declaramos adversarios, por ser contrario a la naturaleza de la mujer y nuestras costumbres.[41]

Los editores también afirmaron que "la mujer debe contentarse con su influencia moral", la cual, reconocían, podría tener un impacto significativo sobre sus esposos, familiares y amigos dada la "inevitable arma de su ternura".[42] En respuesta, el día siguiente, apareció en el mismo periódico un artículo, "El sexo femenino reclama el derecho de votar", firmado por "varias sufragistas oaxaqueñas" que además, pedía a los editores que explicase su oposición a ello. Las sufragistas oaxaqueñas iniciaron su escrito asentando: "Nosotras las mujeres (individuos del género humano y comprendidas en la neta acepción de la palabra: *hombre*) y parte integrante de esa pléyade de seres que piensan y obran porque para ello les da derecho su naturaleza inteligente, no podemos ni debemos permanecer impasibles ante el monstruoso problema que dejó implantada la pasada y última revolución". Ya asentada su confianza en la inteligencia de la mujer y su derecho de participar en la política, reclamaron que el empleo de la palabra *hombre*, de hecho, refería a toda la humanidad, mujeres incluídas, y por eso la Constitución no les prohibía votar. Señalaron que en ese momento era urgente "*establecer un gobierno del pueblo por el pueblo y elegir*, sí señores periodistas, elegir también nosotras y no seguir permaneciendo en la sociedad de *el hombre* como una sección inútil y por lo tanto perjudicial".[43] Además, las sufragistas oaxaqueñas demandaron una explicación legal de su exclusión, con los mismos argumentos de tantas otras mujeres que pedían el voto:

> En nuestro país ¿qué ley existe que nos prohiba el derecho del voto, por qué se nos quita el derecho de ciudadanía en este particular cuando todas las obligaciones que pesan para ameritar tal título en los varones también pesan sobre nosotras?
>
> De las fracciones de que consta el artículo 34 de la Constitución Federal, las dos son un requisito que la mujer llena, y de las obligaciones, que el artículo 36 de la misma señala para tener el derecho de ciudadanía, la primera, es decir inscribirse en el padrón de sus respectivos municipios, la cumplimos tanto varones como mujeres; la segunda, la cumplimos en tiempo de guerra sin que se nos exija, ya marchándose en persona al campo de batalla, o bien desprendiéndonos para ello de los seres más queridos, la tercera obligación, que es la de votar en las elecciones a nuestros gobernantes no lo hemos hecho hasta ahora porque esa obligación no se nos ha exigido, pero sí la podemos hacer.[44]

[41] *El Avance,* 15 de julio de 1911. Hay muchas historias sobre Margarita Neri. Supuestamente de origen maya-holandés de Quintana Roo, en 1910 encabezó a más de mil hombres en la lucha en contra del régimen de Díaz. Cuando estuvo en Guerrero, se dice que el gobernador le tenía tanto miedo que se empacó a sí mismo en una caja que fue enviada fuera del estado. Algunos dicen que anduvo con los zapatistas y otros que combatió en contra de ellos. Véase Shirlene Soto, *op. cit*., p. 45. Incluso salió un reportaje sobre ella en la prensa neoyorquina que informó: "En Guerrero, hace dos meses, Margarita Neri, una muchacha terrateniente y rica, opositora furibunda de los impuestos altos, encabezó a doscientos campesinos. Ahora dicen que manda mil hombres en el ejército del general Figueroa"; *New York Times,* 10 de mayo de 1911.

[42] *El Avance*, 15 de julio de 1911.

[43] *El Avance*, 16 de julio de 1911. El artículo, "El sexo femenino reclama del derecho de votar", está reproducido en Francisco José Ruiz Cervantes y Carlos Sánchez Silva (eds.), *Pensamiento político y social oaxaqueño*, Oaxaca, IEEPO, 1998, pp. 104-106. Esta fuente da la fecha del manifiesto femenino como el 16 de junio pero fue 16 de julio de 1911.

[44] *El Avance*, 16 de julio de 1911.

Tras el desplegado, afirmaron que desistirían de su deseo de votar si se les ofrecía una explicación, basada en de los fundamentos legales de la Constitución estatal o nacional, que prohibieran su disfrute del voto. Refiriendo a la Constitución del Estado de Oaxaca, aclararon que los ciudadanos "pueden hacer *todo lo que la ley no prohibe*". Y, otra vez, enfatizaron:

> No se haga caso de nuestro sexo, pues esto no está prevenido por los legisladores, reduciéndose sólo a decir individuos de una sociedad regidos por las leyes mexicanas, legalmente estamos habilitadas de *votar*. Repetimos que no hay que hacer mención de nuestro sexo, porque *hombre* es todo individuo del género humano y que ciudadano es todo *hombre* que llene los requisitos a que la ley se contrae.[45]

Este valiente y bien razonado reclamo no tuvo éxito. En la edición de *El Avance* del 18 de julio, un tal "Zutano" intervino en la discusión: citó el periódico católico *El Tiempo*, de la Ciudad de México, e informó que "un numeroso grupo femenil" había enviado un memorial al primer magistrado de la República, que pedía "ser habilitadas para tomar parte en las elecciones". Haciendo burla de tal propósito, "Zutano" escribió que "después de la mujer con pantalón charro, de la mujer cabecilla, de la mujer adúltera [...] y de la mujer cirujana, vamos a tener en México la mujer electorera y política". Horrorizado y no poco misógino, asertó que "toda la Revolución y sus encantos valen un toluache comparada con el desquiciamiento social que se nos viene encima con esta total determinación tomada por el mal llamado sexo débil". Cinco días después, un tal "Pérez" también escribió un artículo para ridiculizar las peticiones de sufragio de las oaxaqueñas. Mofándose de que estaban en guerra contra "la odiosa tiranía de los pantalones", se imaginó la existencia de un "Gran Club Evolutivo Redentor de la Mujer Víctima en General". Este club inventado también emitió un manifiesto ficticio, "La Enagua Libre". "Pérez" aprovechó la situación para culpar al maderismo de ser responsable de estas ideas estrafalarias de las mujeres.[46]

El Correo del Sur de Oaxaca también entró en la polémica para afirmar que dar el voto a la mujer sería "inmoral, absurdo e impolítico". Una de las sufragistas le respondió: "Dice Ud. ser absurdo en la mujer el voto porque éste no se podría conciliar en sus múltiples formas con la modestia propia de la mujer a quien la naturaleza ha creado con organismo delicado, fineza en el trato, cierta modestia especial, y sobre todo su carácter reservado y bello". Ella respondió que estas cualidades son propias de todos los seres humanos, así que no tenía sentido su argumento. El Club Femenil Amigas del Pueblo, el mismo que había pedido el sufragio en la capital nacional, también mandó una solicitud al presidente del país para tramitar una iniciativa de ley sobre el divorcio. El 27 de julio, los editores de *El Avance* respondieron "estupefactos y confundidos" ante esta formal petición, y todavía "más y más sube de punto nuestra estupefacción al pensar en que es de un grupo de señoras y señoritas —el 'Club Femenil Amigas del Pueblo'—, del cual ha partido tan aterradora proposición". Como observó Martha Eva Rocha, su "sola participación en el espacio público las convierte en subversivas, en la medida en que transgreden el espacio que les corresponde en el orden social de la época: el privado del hogar doméstico".[47]

Pero no sólo los hombres oaxaqueños reaccionaron a tan atrevidas peticiones de ese grupo de mujeres, sino también las mujeres conservadoras. El activismo de las juaristas impulsó a grupos de mujeres católicas para que se organizaran y trabajaran en favor de la candidatura de Félix Díaz y en contra de la del "masón" Juárez Maza, hijo del otro masón Juárez, acérrimo enemigo de la Iglesia. El periódico felicista *El Sufragio Libre* publicó un pliego, "La mujer oaxaqueña", firmado por 51 mujeres de Nochixtlán el

[45] *Idem*; Francisco José Ruiz Cervantes, *La Revolución en Oaxaca...*, pp. 25-26.

[46] *El Avance*, 18 y 23 de julio de 1911.

[47] *El Avance*, 26 y 27 de julio de 1911; Martha Eva Rocha, *Los rostros de la rebeldía...*, p. 452.

5 de julio de 1911. En él alabaron a Félix Díaz, "bien conocido por sus virtudes cívicas, por su buen entendimiento sobre la *democracia*", mientras que criticaron a Juárez Maza por no haber estado "en contacto con el pueblo". Declararon que consideraron a "la mujer como base de la sociedad", pero que debía limitarse a ser la "más ferviente propagandista de la democracia: su misión como madre es sublime; su influencia en el hogar es poderosa y meritoria", mas su papel era ser el apoyo de los hombres.[48] Seguía:

> La mujer mexicana —clásica por su abnegación y constancia y siempre dispuesta a consumar actos de heroísmo en pro de la buena causa— debe encauzar los elementos que tenga a su alcance, entusiasmando y dando vida al sentimiento patriótico de esos hombres raros (por ser pocos) que sacrifican hogar, intereses, tranquilidad y bienestar en pro del bien general y engrandecimiento de la patria [...] La *mujer oaxaqueña* aunque desprovista de derechos políticos, se interesa como el que más por el bienestar social que es la base de la felicidad pública. ¡¡¡Que cumpla con su delicada misión de inspirar á los seres más queridos de su corazón sentimientos de justicia y patriotismo!!![49]

Lo interesante de esta posición es que reconoció abiertamente la capacidad de la mujer de entender y opinar sobre cuestiones políticas, y por ello exigieron respeto a su inteligencia. Aunque abogaba para que la mujer restringiera aquellas actividades al hogar —reafirmando las ideas de las esferas separadas—, con publicar tal opinión en un periódico, ¡ellas mismas habían entrado en la esfera pública!

No obstante, las oaxaqueñas no cejaron en sus actividades políticas. En Asunción Etla surgió otro club juarista femenil, el Club 26 de Noviembre de 1857. En Teposcolula se fundó el Club Mártires de la Soberanía Nacional, de filiación maderista; su presidenta fue Luz Santaella de Odriozola, su vicepresidenta fue Sabina Herrera, y su tesorera, Gertrudis P. de Abrego. Cerrando su pliego con "¡VIVA FRANCISCO I. MADERO! ¡VIVA EL DR. VÁSQUEZ GÓMEZ! ¡VIVA D. BENITO JUÁREZ MAZA!". Firmaron 74 mujeres. En respuesta a los insultos contra las mujeres activistas, preguntaron: "¿Os sorprenderá nuestra franca declaración al tomar participio [*sic*] en asuntos políticos? Pues no os admiréis porque se versan los intereses de nuestra querida patria [...] Amamos la libertad, no el libertinaje y apoyaremos a los héroes que nos han devuelto ese inestimable bien, esa joya valiosa que estaba como la perla en su concha".[50]

El 27 de julio se efectuaron las elecciones y logró un triunfo arrollador Juárez Maza. Pero sólo gobernó siete meses (murió en abril de 1912), durante los cuales tuvo que enfrentar varias rebeliones, entre ellas la rebelión chegomista de los juchitecos, que estalló el 2 de noviembre de 1911 en oposición al nombramiento —hecho en octubre por Juárez Maza— de Enrique León como jefe político. En ese momento, *Che* Gómez se desempeñaba como jefe político de Juchitán y se negó a entregar el puesto a León. Los chegomistas se levantaron en armas, ocuparon Juchitán y sitiaron a las fuerzas federales. El gobernador mandó más soldados, quienes lograron retomar la ciudad, mientras que Juárez Maza mantuvo a León en el puesto, en un intento por evitar el fortalecimiento del cacicazgo de *Che* Gómez. Los chegomistas seguían en armas y las mujeres se unieron a sus filas. Hay una muy famosa foto de las juchitecas sentadas agarrando sus fusiles y viendo a la cámara con feroz mirada.[51] (figura 5)

Cuando Madero intentó mediar en la situación, el gobierno estatal de Juárez Maza lo entendió como una violación de su soberanía. Ambrosio Figueroa, el gobernador del vecino

[48] *El Sufragio Libre*, Oaxaca, 26 de julio de 1911.

[49] *Idem*; Anselmo Arellanes Meixueiro *et al.*, *op. cit.*, p. 55.

[50] *El Avance,* 28 y 30 de julio de 1911.

[51] Francisco José Ruiz Cervantes, *La Revolución en Oaxaca...*; Héctor Luis Zarauz López, "El Porfiriato y la Revolución...", *op. cit.*; Paul Garner, *La Revolución en la provincia...*

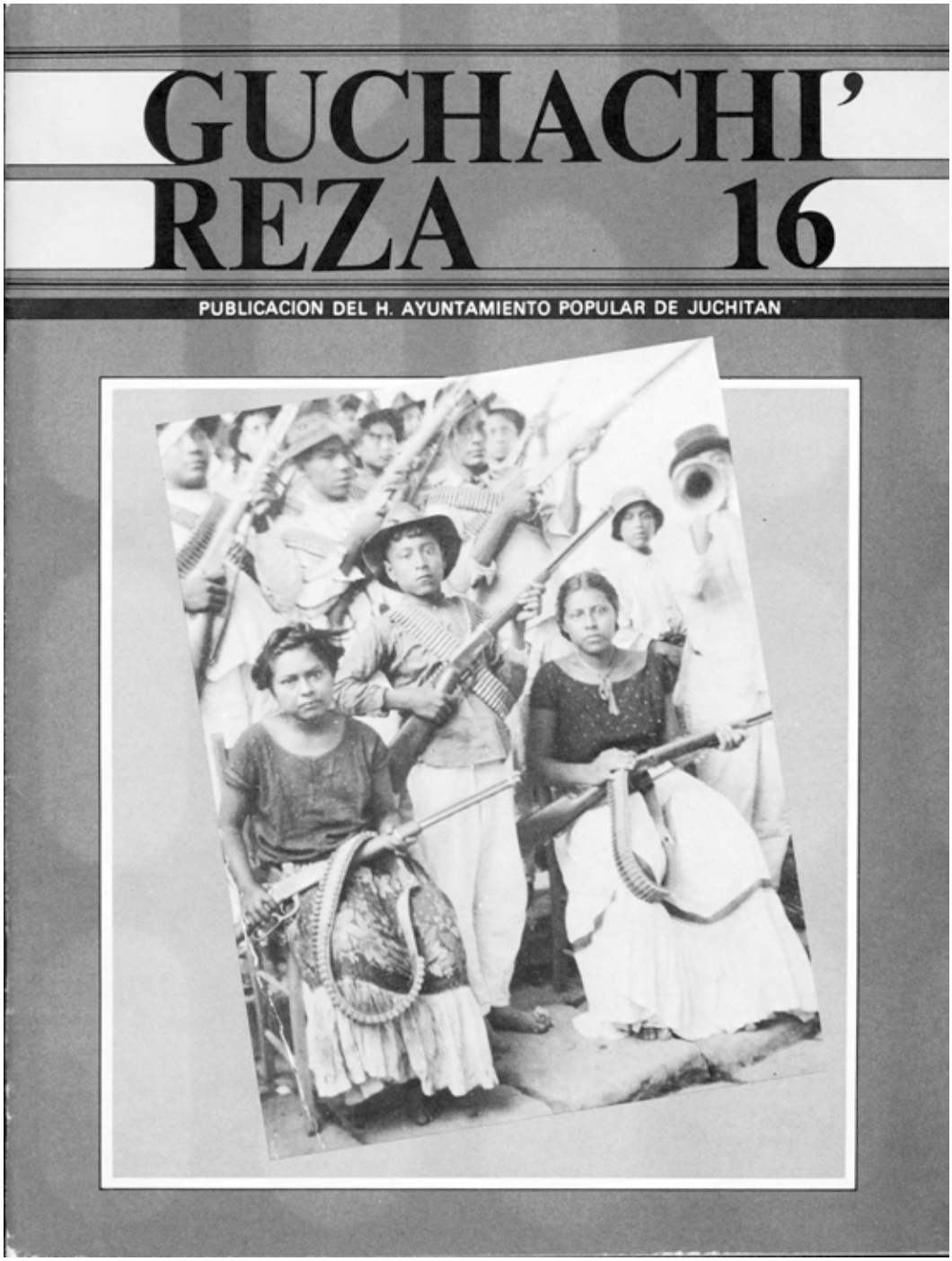


Figura 5. Guerrilleras juchitecas en 1911. Fuente: portada de la revista *Guchachi' Reza*, núm. 16, septiembre de 1983

estado de Guerrero, también se inmiscuyó en el asunto y ofreció a Madero ir al Istmo de Tehuantepec para restablecer la paz. Cuando esta noticia se reprodujo en la prensa local, provocó una reacción furibunda y un grupo de oaxaqueñas enviaron un telegrama a Figueroa. Le informaron que ellas, encabezadas por Margarita Vásquez, Adela Martínez, Joaquina Ramírez, María e Imelda Sánchez, Concepción Martínez, Dolores Angulo y Mauricia Bolaños, al lado de casi otras cien mujeres, "creémonos suficientes defender de su heroísmo nuestro amado territorio".[52]

Juárez Maza viajó a la región Istmo para intervenir en la situación. Se hospedó en la casa de Juana Catarina Romero, jefa de los Rojos tehuanos, quien organizó un banquete en su honor; por otra parte, el gobernador también estuvo en contacto con los hermanos Santibáñez, de los Verdes. Cuando *Che* Gómez le pidió una entrevista, le fue negada, y en cambio, Juárez Maza ordenó que se capturara al opositor; luego de su detención, fue asesinado el cuatro de diciembre. Muchos han creído que el gobernador Juárez Maza fue el autor intelectual de ese crimen. Mientras que algunos juchitecos se acogieron a la amnistía ofrecida por Juárez Maza, otros se mantuvieron en rebelión, entre ellos la viuda de Gómez, Rosaura Bustamante, quien de allí en adelante encabezaría una facción chegomista, que después se alió con las fuerzas de Venustiano Carranza.[53]

En su estado natal, la lealtad a Porfirio Díaz —entonces ya en exilio en Europa—, no faltaba. En la ciudad de Oaxaca, cada año se celebraraba el 2 de abril en conmemoración a la Batalla de Puebla de 1867, en que se derrotó a las fuerzas del imperio de Maximiliano. Pero ahora, con el triunfo de la Revolución, esto se volvió sumamente problemático. No obstante, el 2 de abril de 1912, los porfiristas oaxaqueños organizaron una manifestación con la participación de "numerosos grupos de estudiantes y mujeres". Según *El Avance,* cuando una señorita puso un ramo de flores al pie del monumento conmemorativo en la calzada Porfirio Díaz, el jefe de los gendarmes ordenó que un policía las retirara y las desechara. La señorita se enojó y las recogió diciendo: "Mientras yo esté acá no las tirará nadie". Cuando unas horas después, los porfiristas trataron de volverse a reunir ante el monumento, fueron impedidos por el jefe político Constantino Chapital, quien les dijo que cualquier manifestación necesitaba tramitar previamente un permiso con las autoridades. Por eso, no se les permitía pasar. El numeroso grupo de porfiristas lanzaron "gritos de mueras a Madero, a Díaz Quintas y al propio Chapital, pero no lograron su propósito, porque éste se mantuvo firme con la fuerza armada impidiendo la marcha de la manifestación". Decidieron ir a la casa del licenciado Guillermo Meixueiro, donde fueron bien recibidos; allí, en el patio de la casa, hicieron su homenaje ante un retrato del general Díaz. En la noche, varios porfiristas seguían rondando por las calles de la ciudad y cuando llegaron ante las casas de los licenciado Díaz Quintas y Chapital gritaron ofensas y algunos lanzaron piedras que rompieron varios cristales de las ventanas. Esto causó alarma y varias personas fueron detenidas.[54]

En esos años inseguros, con muchas facciones en conflicto, la mujer siempre tuvo que preocuparse por los suyos. Después de 1912 y sobre todo a partir de 1913, peligraban las vidas de muchos de los que habían organizado la oposición a Díaz y militado en la revolución maderista. Susana Barrios, hermana de Ángel Barrios —precursor radical, general revolucionario y anteriormente jefe del Ejército Libertador del Sur en la Cañada—, publicó en la prensa una carta que escribió al presidente Madero en la que denunciaba "los atentados de que fue víctima al visitar a su hermano en la penitenciaría".

[52] Alfonso Francisco Ramírez, *op. cit*., pp. 60-61.

[53] Luis Santibáñez Gómez, *op. cit*. Sobre Juchitán, véase Héctor Luis Zarauz López, "El Porfiriato y la Revolución mexicana...", pp. 141-142; Rodolfo Gutiérrez Montes, "La Revolución mexicana en Juchitán...", *op. cit*.; Ángel Bustillo Bernal, *op. cit*., p. 53; Víctor de la Cruz Pérez, *El general Charis y la pacificación del México postrevolucionario*, México, CIESAS, 1993.

[54] Basilio Rojas, *op. cit.*, pp. 21-22.

Ya de regreso a su casa, la detuvo un agente de la policía y la transportó a la Inspección de Policía, "donde se le sujetó a un registro denigrante, hasta obligarla a desvestirse completamente". La detuvieron hasta altas horas de la noche y acto seguido su hermano Ángel fue puesto bajo rigurosa incomunicación. En su carta, Susana Barrios preguntaba si así se procedía en una democracia. Igualmente, Josefina Sarmiento de Oseguera, esposa del revolucionario oaxaqueño Manuel Oseguera —quien se encontraba todavía levantado en armas—, fue detenida; a pesar de estar en estado de salud precaria en San Juan de los Cúes, el jefe político de Teotitlán del Camino, Ramón Díaz Ordaz, envió un piquete de rurales para aprehender a la señora Sarmiento el 17 de junio de 1912. Fue llevada a la ciudad de Oaxaca y conducida presa al hospital general. El día 9 de julio, todavía en estado de salud delicado, una pequeña escolta militar maderista la llevó a Puebla por el ferrocarril consignada por el juez por el delito de rebelión.[55]

Cuando Juárez Maza falleció en abril de 1912, la oligarquía vallista aprovechó la división entre las fuerzas revolucionarias para recuperar el poder con la elección de Miguel Bolaños Cacho como gobernador; unos meses después, cuando Victoriano Huerta llevó a cabo el golpe de Estado en contra de Madero y luego lo mandó asesinar, Bolaños Cacho reconoció el régimen de Huerta. En la ciudad de Oaxaca hubo bastante regocijo entre los elementos felicistas, quienes vieron eso como una gran oportunidad para que "el sobrino del tío" ascendiera a la presidencia. El 24 de febrero mucha gente se reunió frente a la catedral para ir en procesión hacia la iglesia de la Soledad "para dar gracias a la Santísima Virgen de la Soledad por haber triunfado la revolución felicista". Destacaron entre los concurrentes las damas de la alta sociedad, quienes llevaron "ramos de flores y velas encendidas, formando una nutrida y larga columna". Se encendieron muchos cohetes, se lanzaron muchos gritos de "¡Viva Félix Díaz!" y "¡Muera Madero!". Al llegar al templo, el canónigo Mariano Palacios cantó un *Te Deum*, también en agradecimiento por el éxito del general Félix Díaz. Según el reportero de *El Avance*, "la mayor parte de la sociedad oaxaqueña acudió a dicha festividad".[56]

El régimen de Bolaños Cacho se fue volviendo más represivo, con imposiciones de políticos afines tanto en la administración de la ciudad como en los distritos. Varios de los liberales precursores de la Revolución en Oaxaca, como Manuel Oseguera y Faustino G. Olivera, fueron asesinados. Ante el inminente peligro que enfrentaba Adolfo C. Gurrión, respetado maestro precursor y revolucionario juchiteco, su madre, la señora Juana C., viuda de Gurrión, rogó por salvar su vida ante el gobernador Bolaños Cacho, sin éxito. Gurrión también fue asesinado por las fuerzas federales huertistas en agosto de 1913.[57]

El constitucionalismo y la soberanía

Con la oligarquía vallista de nuevo en el poder en la ciudad de Oaxaca, Juan José Baños y los rancheros de la Costa Chica reivindicaron el Plan de Guadalupe de Venustiano Carranza y se aliaron con el constitucionalismo. La misma María Aguirre, viuda de Pérez, se prestó a abastecer a las tropas costeñas. En enero de 1915, Pinotepa fue atacada por las fuerzas anticonstitucionalistas de Mariano Romero, Alberto Rodríguez Méndez, alias *Pildorita,* y Fidel Baños, supuestamente aliados con los zapatistas. El coronel Juan José Baños dirigió la construcción de una línea de trincheras para defender la ciudad y a sus habitantes. Ésta incluía las casas de varias mujeres, entre ellas María Aguirre, Natividad Peña, Hermelinda Galán, Paula Rivero y Josefa Baños. Ellas también prestaron

[55] *Ibidem*, pp. 16, 39 y 43; Alfonso Francisco Ramírez, *op. cit*., pp. 115-116 y 124. Posteriormente, Susana Barrios estuvo entre las zapatistas condecoradas durante el cardenismo. Tanto ella como Ángel se habían pasado a Morelos durante la Revolución. Véase Martha Eva Rocha, *Los rostros de la rebeledía...*, p. 60.

[56] Basilio Rojas, *op. cit*., pp. 25-26. Para entonces, ya había sido asesinado Madero.

[57] Alfonso Francisco Ramírez, *op. cit*., pp. 141-142.

sus casas para que se refugiaran allí los vecinos del pueblo. La viuda María Aguirre surtió con comida y víveres a las tropas constitucionalistas costeñas, como debían haberlo hecho otras muchas mujeres. Se desató una batalla feroz en la ciudad, a la que siguió un cese de fuego. Entonces Romero, Rodríguez y Baños enviaron una carta a Juan José Baños exigiéndole la rendición para evitar más violencia; además, enviaron una carta dirigida a la viuda María Aguirre, quien era una mujer de mucho poder y prestigio, pidiéndole que influyera sobre el coronel Baños para que entregara la plaza, y si no, ofreciéndole un salvoconducto para salir de Pinotepa.[58] María Aguirre contestó a la carta de Rodríguez Méndez el 19 de enero de 1915:

> Agradezco las facilidades y garantías que me ofrece para salir de esta plaza, con la carta de Ud. como salvoconducto. Como tengo hijas grandes y estamos completamente rodeados de bandidos, me es imposible aceptar su ofrecimiento y salir a correr un riesgo seguro, cuando en la población veo que tenemos toda clase de garantías y seguridades. Además, me he formado el propósito de que tanto yo como mis hijos, conservaremos la vida o la perderemos si tal es nuestro destino, en el interior de nuestra casa y de nuestro pueblo, antes que ir a mendigar favores de personas que me son completamente extrañas y enemigas gratuitas de mi pueblo. Mi casa está claraboyada como todas las de la población, por disposición de la autoridad militar que ha preparado la defensa, y en las trincheras presta sus servicios mi hijo mayor. Si por su desgracia, la bala de un bandolero llega a matarlo, sería un orgullo para mí, que hubiera muerto en el cumplimiento del sagrado deber que tiene, de defender a su familia, sus intereses y su tierra natal; y en este desgraciado caso mandaría al que le sigue, que también puede ya manejar un fusil, que fuera sustituirlo. De usted atenta y segura servidora, María Aguirre.[59]

Éstas son palabras valientes de una mujer convencida. Algunas fuentes dicen que ella combatió en las filas constitucionalistas al mando de Juan José Baños, pero no hay evidencia de eso ni se indica en la versión de su hijo, Juan Evencio Pérez, que se cita acá. Al fin, la gente de Pinotepa logró desalojar y dispersar a los atacantes. Pero una mujer, Ester de la Rosa, sí luchó con las fuerzas constitucionalistas de Juan José Baños y murió el 30 de enero de 1916, en combate contra los soberanistas en Miahuatlán.[60]

Delfina Garmendia, viuda de Monroy, hermana del coronel constitucionalista oaxaqueño, Gustavo Garmendia Villafañe, arribó a Oaxaca a principios de 1914. Con la ayuda del estudiante Rafael Márquez Toro, ella anduvo difundiendo propaganda constitucionalista entre los soldados de la guarnición. En particular distribuyó una invitación mimeografiada de Carranza a las tropas federales para que se integraran al constitucionalismo. Después, doña Delfina siguió este empeño en los estados de Veracruz, Tabasco y Chiapas.[61] Rosamunda Palacios, Elodia Arce Arciniega, Rosa Salas y otra maestra de apellido Vivas también llegaron a la ciudad de Oaxaca con el deseo de difundir las ideas constitucionalistas entre los maestros de la capital estatal. Tenían la intención de desarrollar una serie de conferencias cívicas, por eso traían una carta de presentación firmada por el Primer Jefe, la cual entregaron al gobernador José Inés Dávila; él, conocido felicista, les aseguró que no era necesario, dado que en la entidad esas mismas actividades ya las estaba realizando los maestros oaxaqueños. Las maestras, entonces,

[58] Juan Evencio Pérez, "Apuntes para la historia de la Revolución en la Costa Chica", *Oaxaca en México*, 8 de septiembre de 1937, pp. 28-30.

[59] *Ibidem*, pp. 29-30. Rodríguez conocía a María Aguirre desde antes de la Revolución, cuando él había sido agente viajero para una compañía de farmaceúticos y los vendía a su negocio.

[60] *Idem*; Anselmo Arellanes Meixueiro *et al.*, *op. cit.*, p. 190.

[61] Alfonso Francisco Ramírez, *op. cit.*, p. 161.

volvieron a Veracruz.[62] Entre tanto, sabemos que Paula Cuevas Paz era una de las oaxaqueñas que difundía la propaganda constitucionalista en la ciudad de Oaxaca.

En julio de 1914, los jefes serranos Guillermo Meixueiro, Fidencio Hernández e Isaac Ibarra emitieron el Plan de la Sierra Juárez, con tal de derrocar al gobernador Bolaños Cacho. Para evitar la ocupación de la ciudad de Oaxaca por los serranos, la elite vallista reemplazó al gobernador con el licenciado Francisco Canseco, quien había sido tenaz enemigo de los precursores liberales antes de 1911. La Convención de los Jefes Revolucionarios en la Ciudad de México rechazó las credenciales de los enviados oaxaqueños (entre ellos, Canseco) y los acusó de ser reaccionarios felicistas. A principios de 1915, la oligarquía porfirista sólo dominaba los Valles Centrales y la Mixteca, mientras que el constitucionalismo estaba avanzando en las periferias de la entidad, creando un cerco a los Valles Centrales. Juan José Baños, a la cabeza de los rancheros de la Costa Chica, y Adolfo Palma y sus tropas en Tuxtepec, ya se habían decantado por el constitucionalismo. Los carrancistas habían llegado al Istmo de Tehuantepec y Jesús Carranza, hermano del Primer Jefe, estaba dirigiendo el licenciamiento de las tropas federales allí. Pero cuando Jesús Carranza fue asesinado en enero de 1915 y luego hubo intento de golpe de Estado carrancista en la ciudad de Oaxaca, las relaciones entre el gobierno del estado y los constitucionalistas, ya frías, se rompieron definitivamente, aislando el gobierno oaxaqueño de las principales corrientes revolucionarias.

Los carrancistas establecieron su cuartel general en el puerto de Salina Cruz, determinados a acabar con el foco "reaccionario" porfirista en la ciudad de Oaxaca. Mercedes Olvera encabezaba entonces un grupo femenil carrancista nombrado Josefa Ortiz de Domínguez, en Juchitán. En julio de 1915 ella fue formalmente nombrada "agente de propaganda" por la División Veintiuno del Ejército Constitucionalista, en un documento que decía: "Se suplica a las autoridades civiles y militares se sirvan prestarle su apoyo y facilidades para el desempeño de su encargo".[63] Bajo el mando del general Jesús Agustín Castro, en marzo de 1915 los carrancistas avanzaron sobre la costa con el objetivo de tomar la capital estatal. El gobierno del estado respondió al creciente cerco con el decreto de la soberanía del 3 de junio de 1915, en que reasumió su soberanía (pero no declaró la independencia, como algunos han afirmado erróneamente).

Desde el cuartel carrancista, en Salina Cruz, J. C. del Pino y otros istmeños enviaron un informe al Primer Jefe en febrero de 1915, después del asesinato de su hermano, Jesús Carranza, en el Istmo. Condenaron las acciones de los porfiristas en la región, quienes —según los informantes— trataban de mantener sus privilegios y monopolios. Esta lista incluyó a:

> Juana Cata Romero, comerciante de Tehuantepec (la verdad es amarga, pero es preciso), ésta fue cuartelera y concubina del Gral. Díaz en tiempos de la Santa Guerra de Reforma (1858), cuando éste operó por el istmo, cuyos ideales traicionó más tarde, querida del tristemente célebre coronel imperialista y traidor Remigio Toledo, de Tehuantepec, que fue ayudante de Díaz y después defensor de Maximiliano, éstos dos tránsfugas la hicieron rica a bayonetazos con dinero amasado de lágrimas y sangre. Durante el reinado de Díaz fue colmada de honores y nadie osó decirle cosa alguna siendo amiga íntima del clero con quien tiene estrechas relaciones pues año tras año felicita al papa en su cumpleaños.[64]

Como jefa del Partido Rojo, Juana Cata inevitablemente fue etiquetada de porfirista y odiada por esos antiguos maderistas. Sin embargo, ella era muy hábil y supo adaptarse a los cam-

[62] *Ibidem*, p. 56.

[63] Martha Eva Rocha, *Los rostros de la rebeldía...*, p. 170.

[64] "Una carta contra los porfiristas sobrevivientes", *Guchachi' Reza*, núm. 42, 1993, p. 23.

bios políticos. Aunque los hermanos Santibáñez habían tenido que ver con el saqueo de su gran tienda anteriormente, la señora Romero concertó un arreglo con ellos. Según Bustillo Bernal, para 1914, Juana Cata estaba contribuyendo al financiamiento de las tropas de Alfonso Santibáñez, las cuales ya se habían integrado a las fuerzas constitucionalistas de Jesús Carranza. Y aunque cuando llegaban los revolucionarios, la mayoría de los comerciantes cerraban sus negocios y se escondían por temor al saqueo, ella los atendió en su tienda La Istmeña, vendiéndoles tela de algodón, sarapes, cobijas, sombreros, huaraches y machetes. Para Juana Cata, el negocio se sobreponía a las alianzas políticas.[65]

El doctor Samuel Villalobos recordó haber visto a Juana Cata ya en los últimos años de su vida, en 1914 y 1915, cuando el Istmo estaba ocupado por las fuerzas carrancistas, despachando todavía en su tienda. Él contó que "llevaba un vestido gris perla, sus lentes con armadura de oro pendían de un cordón negro y sujetos a un ganchito sobre el lado izquierdo de su blusa. La cabeza blanca, la piel pálida y marchita; todavía se notaba en su actitud algo de aquella energía y de aquella distinción que hicieron de ella una mujer de excepcional prestigio".[66] En 1915, la señora Romero enfermó y partió en el tren rumbo a la Ciudad de México para obtener atención médica; sin embargo, su condición agravó en el camino y tuvo que bajar en Orizaba, cuartel central constitucionalista, donde murió el 19 de octubre, a un mes para cumplir los 78 años. Tanto prestigio tenía Juana Cata y tan buenas relaciones había establecido con los carrancistas que ellos arreglaron que se transportara el cuerpo de esa conocida porfiriana a Tehuantepec en un tren especial con una escolta de soldados constitucionalistas.[67]

Otra mujer excepcional, Rosaura Bustamante, se había casado en segundas nupcias con José *Che* Gómez y tuvo cinco hijos con él. Tras el asesinato de su esposo, ella llevó adelante la lucha, pero luego tuvo problemas con Felipe J. López, un lugarteniente del cacique, quien dirigía otra facción chegomista rebelde a mediados de 1912. Durante el gobierno de Bolaños Cacho, Rosaura Bustamante, viuda de Gómez, fue capturada y enviada a la prisión militar de Veracruz en marzo de 1914, acusada de apoyar al constitucionalismo. En abril le dijeron que la iban a deportar a Quintana Roo con sus cuatro hijas; pero en cambio ella consiguió su libertad y regresó a casa. Cuando llegó el general Jesús Carranza al Istmo de Tehuantepec, ella se puso a sus órdenes y sus tropas chegomistas se incorporaron a las filas carrancistas. Rosaura y sus hijos acompañaban al general Jesús Carranza en la región precisamente el día en que fue asesinado por Alfonso J. Santibáñez. Ella y varios de sus hijos lograron escapar, pero su hijo mayor, de su primer matrimonio, Mario Palacios, fue asesinado al lado de Carranza. Rosaura Bustamante era fiel carrancista y se continuó comunicando con el Primer Jefe hasta su muerte. Ella mantuvo una presencia muy activa en Juchitán en una facción del partido Verde, aquella que luchaba para que la carrera política de su hijo José F. Gómez, *Chechito*, avanzara. En 1920, Bustamante participó en el Club Político José F. Gómez, que secundó las candidaturas carrancistas de Ignacio Bonillas para presidente y del general Carlos Tejada para gobernador de Oaxaca, incluso publicó un manifiesto en la Ciudad de México en apoyo a los candidatos. Posteriormente se carteó también con el presidente Obregón.[68]

[65] Ángel Bustillo Bernal, *op. cit*., pp. 53, 62; César Rojas Pétriz, "Juana C. Romero, el Imperio, el Porfiriato y la Revolución", *Da'ani Béedxe*, núm. 13, septiembre-octubre de 1994, p. 15. Pero luego, Alfonso Santibáñez fue el culpable del asesinato de Jesús Carranza.

[66] Samuel Villalobos, "Doña Juana C. Romero", *Istmo*, 15 de julio de 1941, p. 5.

[67] Entrevista a Juana Moreno Romero, viuda de Salazar, realizada en Tehuantepec, 20 de julio de 1996; César Rojas Pétriz, *op. cit*., p. 10; y entrevista, realizada en Tehuantepec, 22 de julio de 1996.

[68] Francisco José Ruiz Cervantes, *La Revolución en Oaxaca...*; Ángel Bustillo Bernal, *op. cit*.; "Versión de Eloísa Gómez Bustamante", en Macario Matus Gutiérrez, "La Re-

Las soldaderas oaxaqueñas

Por todo México, las mujeres siguieron a sus hombres como soldaderas durante la Revolución. Dos de las más famosas soldaderas de todo México fueron istmeñas: Angelina Jiménez, conocida como Teniente Ángel, nació en Jalapa del Marqués el 6 de enero de 1896. Fue hija de un jefe político de Tehuantepec, Manuel Jiménez y una indígena zapoteca. Se puso en contra del gobierno después de que unos soldados federales trataron de violar a su hermana. A raíz de esto, Angelina juró dedicarse a matar a federales. Se hizo soldadera cocinera y luego, cuando militó en las filas revolucionarias, se vistió de hombre. Llegó a combatir al lado de los zapatistas y los villistas, pero tras sufrir una herida de bala se retiró a Estados Unidos. En California, años después, fue fundadora de la Organización de los Veteranos de la Revolución.[69]

Algunos han dicho que su vida sirvió de modelo para la heroína de la novela, *Hasta no verte Jesús mío*, de Elena Poniatowska, pero no es cierto. Según la autora misma, ella conoció a Josefina Bórquez, quien vivía muy humildemente en una vecindad cerca de la penitenciaría de Lecumberri, en la Ciudad de México, en 1964 (años antes de la publicación de las memorias de Jiménez, en 1974). A través de muchas horas de entrevistas, Poniatowska fue conociendo y acercándose a Josefina, quien tenía un caracter bastante difícil. La novela *Hasta no verte Jesús mío* (cuya primera edición es de 1969) se basó en la vida de Bórquez, su trayectoria como soldadera y su constante lucha para sobrevivir la pobreza.[70]

Josefina Bórquez nació cerca del pueblo de Mixtequilla en el distrito de Tehuantepec probablemente en 1900 o 1901. La novela cuenta su historia y cambia su nombre a Jesusa Palancares. Su madre murió cuando era muy joven y su padre era muy inquieto, por lo que cambiaba seguido de empleo. Se mudaron constantemente, a veces a Tehuantepec y otras a Salina Cruz. Su padre la dejó con quien ella llamaba su madrastra, que la enseñó los quehaceres domésticos (aunque le pegaba todas las noches). Se unió a la Revolución cuando su papá anduvo con los carrancistas en el Istmo.[71] Muy jovencita, ella lo acompañó para cuidarlo y describió la vida de la soldadera:

> Mi papá andaba a pie y yo tenía que seguirlo en la infantería. Yo cargaba con la canasta con los trastes [...] Yo iba nomás con mi canasta en el brazo: plato, taza, jarro, una cazuela para hacer café o freír alguna cosa que fuera a comer mi papá. No cargaba muchos trastes, ¿para qué los quería? Con un plato y una taza era suficiente. Nos trajeron con la escolta por Chilpancingo, Iguala, Chilapa hasta Puente de Ixtla: y la emprendíamos a las tres, cuatro de la mañana según a la parte que nos tocaba ir, y llegábamos a las cinco, seis de la tarde o siete de la noche. Allí nos quedábamos y al

volución en Juchitán...", *op. cit.*, p. 108. Para una versión más crítica de Rosaura Bustamante, véase Víctor de la Cruz Pérez, *op. cit.*

[69] Elizabeth Salas, *op. cit.*, pp. 68-80; *Las mujeres en la Revolución mexicana, 1884-1920*, p. 55; Anselmo Arellanes Meixueiro *et al.*, *Diccionario histórico*, p. 119. La fuente fundamental para información sobre la teniente Ángel son sus propias memorias, que narró muchos años después y están reproducidas en Esther R. Pérez, James y Nina Kallas, *Those Years of Revolution 1910-1920: Authentic Bilingual Life Experiences as told by Veterans of the War*, San José, Cal., Aztlán Today, 1974. Todas las fuentes toman como verídica la información que proporcionó Jiménez, pero hay muchas contradicciones y errores históricos en su versión; por ejemplo, dice que su padre, quien fue jefe político porfirista, luego se volvió revolucionario y que le siguieron los indígenas zapotecas de la región. Mi investigación no ha encontrado nada que compruebe esa afirmación. Además, como jefe político porfirista, Manuel Jiménez tuvo que dimitir con el éxito de la Revolución. Hay varios detalles pocos claros, así que se debe tener mucho cuidado con su "memoria". Para la historia del caso más famoso de cambio de género, véase Gabriela Cano, "Unconcealable Realities of Desire: Amelio Robles's (Transgender) Masculinity in the Mexican Revolution", en Jocelyn Olcott, Mary Kay Vaughan y Gabriela Cano (eds.), *op. cit.*, pp. 35-56.

[70] Elena Poniatowska, *Hasta no verte Jesús mío*, México, Era, 1969; Elena Poniatowska, "Introduction", en *Here's to You, Jesusa!*, Nueva York, Penguin Books, 2001, pp. VII-XXX.

[71] Elena Poniatowska, *Hasta no verte...*, pp. 17-42.

> otro día, de madrugada, ándenles, a echar palante y de allí pal real.
>
> A nosotras las mujeres nos mandaban de avanzada. Llevábamos enaguas largas y todas, menos yo, sombrero de petate. Yo nomás mi rebozo. No me calaba el calor. Si por casualidad nos encontrábamos con el enemigo y nos preguntaba que qué cantidad de gente vendría de los carrancistas y si traían armamento suficiente, nosotros decíamos que no, que eran poquitos y con poquito parque: si eran dos mil o tres mil hombres, decíamos que eran mil nomás. Decíamos todo al revés, y ellos no se daban cuenta.[72]

Así, las mujeres también contribuían a la lucha dando mala información al enemigo. Al llegar a donde acamparían, se ponían a buscar comida. Luego forzaron a Bórquez a casarse con un teniente (Pedro Aguilar en la novela), quien con tal de vigilarla, la hizo vestir de hombre y entrar al combate. Según ella, la mayoría de mujeres que entraron al combate fueron forzadas por sus hombres. Entonces, ella cargaba "pistola al cincho; pistola y rifle porque la caballería lleva el rifle a un costado del caballo. A lo que me dedicaba era a cargarle el máuser a Pedro, el mío y el suyo; mientras él descargaba el que tenía en las manos, yo estaba cargando el otro cuando ya él me pasaba el vacío".[73] La novela de Poniatowska proporciona una versión bastante convincente de la vida de la soldadera (figura 6).

Gracias a las valiosas recopilaciones de Macario Matus y Víctor de la Cruz tenemos disponibles las memorias de varias otras soldaderas istmeñas quienes anduvieron en la bola. Anastasia Martínez apenas tenía diez años cuando acompañó al campo de batalla a su madre, Adolfa Jiménez, hija del conocido juchiteco Albino Jiménez (Binu Gada, héroe de la Intervención francesa), quien servía como enfermera y cocinera para las tropas juchitecas. También fueron otras mujeres según Anastasia: sus tías Juana, Paula y Valeria, Checha Ngoola, Cata Tama, Nisia Vidal, Linda Bali y Cata Viví. Ella recuerda el carácter fuerte, "atrabancado", de su mamá:

> El día que llegó la tropa de Carranza aquí en Juchitán la encomendaron para que controlara a los hombres y que todos portaran banderas blancas. Unos hombres se fueron a otros pueblos. Cuando llegaron las fuerzas de Carranza, la felicitaron por su labor de tranquilidad y apaciguamiento de los juchitecos, pues la orden que traían era que si alguno se oponía, iban a arrasar a Juchitán. Pero gracias a ella hubo calma y sin ningún disparo.[74]

Valentina Vázquez Robles, conocida como Tina Huaga, anduvo con las tropas bajo el mando del general juchiteco Heliodoro Charis. Cuando le preguntaron por qué fue soldadera, dio la explicación de muchas: "Pues por qué no había de ir, si iban mis hijos, iba mi marido. Tenía que ir, y fui muy firme". Demostró el famoso caracter fuerte de la mujer istmeña cuando le dijo a su hijo: "Tienes que ir, como hombre si no, yo iré y te daré un tiro". Ella iba a buscar las tortillas y comida para los soldados. Contó que "metía los parques bajo mi huipil [...] A mí no me daba miedo. Era yo una mujer muy atrabancada, atrevida". Cuenta que incluso a veces iba armada y que llegó a disparar su arma al enemigo. Pero no la recompensaron por sus esfuerzos y eso le dio mucho coraje. Tina Huaga aseguró que después: "A cuando vi a Charis últimamente le menté la madre por no haberme dado siquiera un terreno para cultivar algo que comer".[75] Como a la mayoría de las soldaderas, no le hizo justicia la Revolución, pero la juchiteca Tina Huaga no se quedó con las palabras en la boca.

[72] *Ibidem*, p. 66.
[73] *Ibidem*, pp. 90 y 110.
[74] "Recuerdos de Anastasia Martínez", recop. y trad. de Macario Matus Gutiérrez, *Guchachi' Reza*, 2ª época, núm. 23, junio de 1985, pp. 19-21; en Macario Matus Gutiérrez, "La Revolución en Juchitán, Oaxaca...", pp. 147-152.
[75] "Tina Huaga, soldadera de Charis", en Macario Matus Gutiérrez, "La Revolución en Juchitán, Oaxaca...", pp. 152-154.

Figura 6. Familia tehuana, retrato, *ca.* 1910. Sinafo, Fototeca Nacional del INAH, inv. 423129.

Ana Ruiz y otras juchitecas también anduvieron con las tropas de Charis hasta Guadalajara y Ocotlán, Jalisco, ya en la lucha contra la rebelión delahuertista. Ana recordaba mucho a las amigas que estuvieran con ella: Tila, Nita, Juliana, Martina y la esposa de Mariano Nidzu, quien dio luz "en pleno camino". No tenían opción, había que seguir a los esposos; así llegaron a Manzanillo, Colima. Allí, el general Charis mandó a las mujeres a lavar la ropa al río. Al respecto, Ana Ruiz rememoró que alguna vez, cuando estaban lavando ropa en el río, "tronó el fuego terriblemente. Nos echamos a correr y subimos a los carros y quedaron abandonadas las prendas de vestir". Nunca las enseñaron a "manejar los fusiles", porque Charis no quiso, pues alegó que había pocas mujeres y muy jóvenes. Aunque entre los hombres hubo muchas bajas, no cayó ninguna juchiteca.[76]

Na Mou Dende también se fue de su casa con Margarito, su primo hermano, "con la condición de ir a conocer México". Margarito era subteniente en el batallón que organizó el general Charis y Mou lo atendía, haciéndole de comer. Tiempo después él se juntó con otra parienta, Da Ngola, lo que dificultó la relación entre los primos. Entonces, cuando Mou llegó a Monterrey, se puso a trabajar como cocinera para otros istmeños. Anduvo por muchas ciudades del norte con la tropa.[77]

Ana Ruiz había servido como cocinera en la casa de Charis antes de la Revolución y él la convenció de acompañarlo a la batalla porque sólo le gustaba la comida juchiteca; ella dejó ese trabajo cuando Charis se juntó con una mujer no juchiteca y le pidió al general que costeara su pasaje de regreso al Istmo; pero Charis le dio largas y con el tiempo Ana se hizo amante de un sargento de nombre Celestino en Saltillo. Son verdaderamente emocionantes las memorias de la vida de las soldaderas:

> [...] traía a mi hija en los brazos y al mismo tiempo una canasta, venías paso a paso, cruzando calles, en medio del tiroteo de las ametralladoras. Queríamos llegar al hospital, donde estaban los heridos y la posible salvación. Allí nos entregaron frazadas de telas para curar heridos. Prendimos cirios a algunos que estaban ya muertos. Otros se quejaban por los destrozos en los brazos, cabezas, vientre y todo era un ¡ay!, interminable. Así estaban los demás hospitales cuando llegamos en busca de los nuestros. El fuego continuaba más fuerte, la ametralladora como un monstruo parado escupía su fuego voraz.[78]

Pero la Revolución tampoco le hizo justicia a Ana Ruiz: nunca recibió una pensión del gobierno porque se perdieron los documentos de su esposo necesarios para tramitarla.

La Revolución afectó la vida de las mujeres de diversas maneras. Indudablemente, el año más difícil fue 1915, recordado como "el año del hambre" por todo el país. En Oaxaca, esto fue todavía más grave porque cayó una plaga de langostas que arrasó con los cultivos. Según Macario Espejel Hernández, el año de 1914 trajo "dos penas" a Oaxaca: "la Revolución y las langostas". En abril y marzo en San Pablo Huitzo —asegura Espejel—, "sin mentir, eran millares: eran tantísimas que al ir volando opacaban los rayos del sol. Pero cuando bajaban a la tierra era lo peor. En las partes donde había alfalfa, milpa, alberja y todo lo que era verdura, al caer a ese lugar no dejaban ni un pastito, dejaban la pura tierra, a los árboles no les dejaban ni una hoja, todo era devorado por ellas".[79] Así, la devastación del campo debida a esta plaga y la caída general de la producción causada por la partida

[76] "Memorias de Ana Ruiz", en Macario Matus Gutiérrez, *Guchachi' Reza*, 2ª época, núm. 23, junio de 1985, pp. 22-25. Sobre la actuación revolucionaria de Charis, véase Víctor de la Cruz Pérez, *op. cit.*

[77] "Na Mou Dende cuenta la toma de Ocotlán", recop. y trad. de Víctor de la Cruz Pérez, *Guchachi' Reza*, 2ª época, núm. 23, junio de 1985, pp. 26-28.

[78] *Ibidem*, p. 24.

[79] Macario Espejel Hernández, "Ixtlán de Juárez", en Alicia Olivera Sedano (coord.), *op. cit.*, p. 46.

de muchos campesinos a la guerra resultó en un año de hambre terrible y muchos muertos.

Todas las clases sociales sufrían los estragos de la guerra, y la situación se complicó todavía más por la escasez del dinero en circulación. Las distintas facciones fabricaban su propio papel moneda para pagar a sus tropas, pero los comerciantes sólo querían monedas de plata; sin embargo, no se pagaba a la gente con plata, y los comerciantes se negaban a recibir ese papel, "moneda falsa". Por otra parte, los hacendados y los comerciantes escondían y atesoraban sus cosechas y víveres, dificultando todavía más la situación urgente de las clases necesitadas. Y cuando llegaban las tropas de cualquier facción, se apropiaban de la comida y los víveres de todos. Además, en medio de la bola andaban los salteadores.

Antonio Ortiz Casas —de Santa Cruz Amilpas, en los Valles Centrales— relató cómo unos bandidos maltrataron a su madre cuando ella trató de proteger la comida de su casa durante el año del hambre. Golpearon a la puerta y dado que ella no quiso abrir, subieron al techo y se le "abalanzaron", le quitaron las llaves que llevaba colgadas en la cintura mientras que amenazaban a la familia con rifles; aunque la mujer dijo no tener dinero, "un desgraciado le pegó de culatazos y la llevó contra un pilar para darle un balazo con su rifle". Cuando el joven Antonio jaló al malvado de la manga para quitarlo de encima de su madre recibió un "tremendo cintarazo" con un machete. Los salteadores se llevaron todo el ganado y la comida de la casa.[80] Como las mujeres eran las responsables de comprar, guardar y preparar la comida de la casa y las soldaderas se ocupaban de las tropas, sobre ellas recaía la situación desesperante de escasez de víveres y moneda. Espejel Hernández lamentó: "¡Ay cómo me acuerdo de ese año tan triste! Porque había temor de morir de hambre o de un balazo, porque todo estaba revuelto". Consecuentemente, en 1915, el año más álgido de la guerra civil, murió más gente a causa de las enfermedades que en el campo de batalla.[81]

Otro gran temor que siempre pesó sobre las mujeres fue la amenaza de violación. Durante el movimiento chegomista, la familia de la mamá de Anastasia la escondió en un baúl cuando llegaron las tropas del Rojo Pablo Pineda, quienes la acusaban de revolucionaria. Todos sabían que estaría expuesta a la violación una vez capturada. Llama la atención que las soldaderas juchitecas entrevistadas no hablaron de la violación, pero no hay duda de que la vieron andando en la bola. La violación es otra arma de la guerra: como ha notado Susan Brownmiller, es el "último botín de guerra". Según la investigación de Joshua Goldstein, el objetivo mayor de la violación en la guerra es "humillar al enemigo al arrebatarse su propiedad valiosa". Así es que el cuerpo de la mujer, símbolo no sólo de la posesión vital del hombre sino también del territorio local o nacional, se vuelve otro campo de batalla "a través del cual los hombres comunican su rabia a otros hombres".[82] Mientras que las mujeres son las víctimas, la violación en tiempo de guerra es violencia dirigida directamente contra otros hombres, la prueba de la virilidad de un ejército.

Pero estas oscuras verdades de la Revolución se opacaron con la construcción de la imagen contradictoria de la Adelita. Según una versión, la del famoso corrido, era la abnegada mujer que sacrificaba todo por su Juan soldado. Por otra, Adelita era la valiente combatiente en la Revolución. Según el estudio de Elizabeth Salas, *Soldaderas in the Mexican Military*, no se sabe quién era la verdadera Adelita. Salas encontró muchas posibles candidatas; incluso

[80] Véase Antonio Ortiz Casas, "Alborada de mi vida al nacer la Revolución", en Alicia Olivera Sedano (coord.), *op. cit.*, pp. 73-74.

[81] Macario Espejel Hernández, "Ixtlán de Juárez", *op. cit.*, pp. 48-49. Cuando la población no tiene qué comer, se reduce su comida o ésta es forzada a comer hojas y hasta el cuero de los zapatos, el impacto sobre su sistema immunológico es grave y no resiste las enfermedades.

[82] Susan Brownmiller citado en Darius M. Rejali, "After Feminist Analyses of the Bosnian Violence", en Lois Ann Lorentzen y Jennifer Turpin (eds.), *op. cit.*, p. 27; Joshua Goldstein, *War and Gender*, Nueva York, Cambridge University Press, 2001, p. 363, y Francie R. Chassen-López, "Guerra, nación y género..."

es posible que nunca existiera una sola Adelita de carne y hueso, sino que más bien fue una imagen compuesta de características de varias mujeres.[83]

Precisamente, Gabriela Cano afirma que la figura de Adelita joven, dócil y sexy es una "idealización [...] una suerte de 'tradición inventada'". Según la investigadora, este "estereotipo de género" surgió después de la Revolución, en los años treinta y cuarenta, y de hecho operó como uno de esos "tropos culturales que llevó a invisibilizar a las mujeres de diversas posiciones sociales, regiones y filiaciones políticas" que participaron en la Revolución. Esa Adelita sumisa funcionó como la contraparte del revolucionario masculino valiente. En los años treinta se puso muy de moda que las jovenes se vistieran de Adelita en los desfiles del 20 de noviembre. Según Carlos Monsiváis, "Corrieron miles o decenas de miles de versiones sobre la identidad de la verdadera Adelita, y durante una etapa, no había mexicano o mexicana que se respetara carente de un testimonio personal o familiar de Adelita". Aparecieron muchas noticias de los periódicos, folletos y libros en los que se atestigüaba que Adelita era de Chihuahua, de Durango o muchos otros lugares. Pero ¿cómo conocer los orígenes de Adelita si nunca tuvo apellido ni lugar de nacimiento?[84]

¿Cómo, entonces, se debe entender la narración de la visita de Adelita a Oaxaca en los primeros días del mes de abril de 1919, según Macario Espejel Hernández? En su relato se asienta que ella llegó en un tren militar "sentada en la defensa de la máquina; ella en medio y un soldado en cada lado, y portaba dos carrilleras de parque y su 30-30 en las manos y un paliacate rojo en el cuello, y sombrero de palma con su barbiquejo rojo: se llamaba sombrerito de panelita". En cada estación la esperaban las muchachas del pueblo, le aventaban flores o le ofrecían ramos, y Adelita les agradecía su gentileza. En Oaxaca, la recibió una bienvenida entusiasta honrando "su valentía siendo tan joven". La tropa se cuidaba mucho de su protección pues "causaba admiración que siendo mujer anduviera entre la tropa y en plena Revolución". La gira de Adelita en Oaxaca duró tres días. Espejel Hernández asegura que Adelita era carrancista, mientras que Valentina, tambien muy valiente, fue zapatista.[85] Es posible que alguna Adelita, entre las muchas que hubo sí llegara a Oaxaca en 1919. Tal vez fue soldadera o tal vez fue una actriz, o tal vez, más probablemente, tenemos aquí un ejemplo de una de esas historias de las que habló Monsiváis.

Conclusiones

Ya no puede quedar duda alguna de que las oaxaqueñas estuvieron presentes en la Revolución. Las atrevidas cuicatecas enarbolaron la bandera de la Reforma, declarando que el "fanatismo religioso" atentaba contra "nuestra honra, de nuestra conciencia, de nuestra familia y de nuestra patria", tremendas palabras enunciadas por mujeres en 1901. En contraste, hubo mujeres, entre ellas fervientes católicas que se opusieron decididamente a la Revolución para defender la tradición y la religión, por lo que expresaron en contra de la campaña del hijo del "Masón" Juárez. Hubo algunas que incluso seguían declarándose convencidas porfiristas. En la contienda electoral participaron tanto partidarias felicistas como juarezmazistas y maderistas. Algunas revolucionarias se fueron de soldaderas; unas "atrabancadas" empuñaron las armas, y alguna se vistió de ropa masculina para combatir. Hubo casos de mujeres que encabezaban a sus facciones o desempeñaron papeles muy destacados, como Juana Catarina

[83] Elizabeth Salas subrayó como después de la Revolución mexicana, las soldaderas quienes entraron en combate fueron transformadas a Adelitas siguiendo a su Juan. Elizabeth Salas, *op. cit*., pp. 91-93.

[84] Gabriela Cano, "La invención de Adelita", *Milenio,* 20 de noviembre de 2010; Carlos Monsiváis, "Foreword: When Gender Can't be Seen Amid the Symbols: Women and the Mexican Revolution", en Jocelyn Olcott, Mary Kay Vaughan y Gabriela Cano, *op. cit*., p. 7.

[85] Macario Espejel Hernández, "Ixtlán de Juárez", *op. cit.*, p. 58.

Romero, Rosaura Bustamante y María Aguirre, viuda de Pérez. A otras, las revolucionadas, se las llevó la bola. Revolucionarias convencidas o revolucionadas, ambas sirvieron como espías y correos, produciendo y difundiendo propaganda, proveyendo dinero, víveres y comida a la tropa mientras otras atendían a las personas heridas. Otras, como María Benita, sirvieron de símbolos culturales de un pasado heroico e imaginado. Hubo mujeres porfiristas, juaristas liberales, maderistas, juarezmazistas, chegomistas, constitucionalistas, carrancistas, soberanistas y obregonistas y, sí, hubo sufragistas en Oaxaca.

Muchas otras permanecieron en casa para cuidar a quienes se quedaban y se encargaban del negocio familiar urbano o agrícola, algunas apareciendo ante el mostrador en tiendas y otras más entrando a los campos a cultivar por primera vez. También encontraban múltiples maneras de intervenir: crearon clubes y agrupaciones femeniles a favor de sus candidatos o su causa e infundieron su pasión política en sus esposos, hijos, hermanos, padres y parientes. Es importante observar que ellas empleaban hábilmente la ideología de las esferas separadas, del deber de la mujer de mantenerse en el espacio doméstico, precisamente como la plataforma ideológica a través de la cual entrarían al espacio público: en el mismo momento que alentaban a sus hombres a pronunciarse a favor de algún candidato o de empuñar un arma, estaban asentando su derecho de actuar y hacer escuchar su voz en la vida política; tal fue el caso de las mismas felicistas, quienes contradictoriamente defendían el papel tradicional de la mujer. Por supuesto, el ejemplo más impresionante de esa intervención política fue el de las sufragistas oaxaqueñas. Ellas exigieron el derecho de ser incluídas en la palabra *hombre*, cuestionando si esto, de veras, refería a toda la humanidad. Además, se declararon a favor de una democracia radical, "un gobierno del pueblo por el pueblo". Si se considera que la mujer mexicana no recibió el voto universal sino hasta 1953, ¡qué impresionante declaración en 1911!

Pero no siempre todo era tan claro en términos de ideología. La Revolución y sus facciones presentan una historia sumamente enredada y compleja, que definitivamente no se puede reducir a los buenos y los malos. Muchos cambiaron de bando (y más de una vez), en un momento haciendo un papel admirable, y en otro, uno problemático. Por ejemplo, Juana Cata Romero, porfirista muy astuta, rápidamente aprendió a negociar con la Revolución con tal de proteger sus intereses, mientras que María Aguirre, de ranchera represora de una revolución agraria indígena se volvió heroína constitucionalista. En varios estudios sobre las mujeres en la Revolución, ella y Angelina Jiménez son las únicas oaxaqueñas que se mencionan como revolucionarias.

Muchos estudiosos han señalado que en años de guerra se exageran las definiciones de masculinidad y feminidad. Como se ha expuesto aquí, la guerra favorece definiciones de masculinidad basadas en la valentía en el campo de batalla, la determinación de arriesgar cuerpo y vida en defensa de la familia, la comunidad y la nación, que trae aparejado los derechos del ciudadano. Como observó Jean Bethke Elshtain, esta ideología plantea al hombre como "guerrero justo" y a la mujer no combatiente como "el ángel del hogar", la que sufre los estragos enviando sus hijos a la guerra y guardando luto para los sacrificados.[86] Este tipo de ideas se observa en el lenguaje de los escritos de la Revolución que subraya virilidad, valentía y el buen padre como fundamentos de la masculinidad. Las esposas e hijas de los trabajadores de Oaxaca, miembros de la Agrupación Feminista Josefa Ortiz de Domínguez, defendieron el honor de Juárez Maza, "el buen padre", cuya hombría había sido atacada, mientras que ellas acusaron de "cobardes y afeminados" a los hombres que no se atrevieron a participar en su campaña.

No hay duda que en ese momento, la Revolución tuvo un impacto significativo sobre las relaciones de género. Pero lo que también queda

[86] Jean Bethke Elshtain, *op. cit.*, pp. XII-XIII y 3-13.

claro es que la Revolución no hizo justicia a las mujeres, ni en términos de percibir remuneración por sus servicios (en todo México, sólo unos centenares de mujeres recibieron pensiones)[87] ni en términos de una legislación progresista —con pocas excepciones, como la ley de divorcio de Carranza— ni mucho menos en el reconocimiento de su derecho al voto. Con mucha razón Tina Huaga le mentó la madre a Charis. Tampoco recibieron el justo reconocimiento por su actuación en la historiografía; su historia sólo se encuentra en fragmentos dispersos, en el mejor de los casos tristemente trivializada, pero con más frecuencia olvidada y enterrada. Como observó Carlos Monsiváis, aunque al papel de las mujeres en la Revolución podría haber sido muy significativo, el patriarcado siempre ha echado mano de "infinitas estrategias" para ocultar y disimular la actuación de las mujeres.[88]

No obstante, ya se va resarciendo esta situación: en todo México y en el extranjero se han publicado nuevos estudios que revelan la actuación de las mujeres en todos los aspectos de la historia del país. Como bien exigieron las valientes sufragistas oaxaqueñas en 1911, que las mujeres no podían ni debían "permanecer impasibles ante el monstruoso problema que dejó implantada la pasada y última revolución", hoy los historiadores y las historiadoras no podemos tampoco permanecer impasibles ante el olvido históriográfico del que ellas han sido víctimas. No es suficiente dedicarnos solamente a rescatar y difundir su historia, urge también revelar las razones del porqué esas historias han sido olvidadas y menospreciadas. Al mismo tiempo, nos incumbe escribir una nueva historia de la Revolución que comprenda y valore la participación de toda la población del país.

[87] Ángeles Mendieta Alatorre, *La mujer en la Revolución mexicana*..., pp. 112 y ss. Véase el estudio de Martha Eva Rocha sobre las veteranas, *Los rostros de la rebeldía*...

[88] Carlos Monsiváis, "Foreword: When Gender...", *op. cit*., p. 5.

Morir sin laureles: Enrique Bordes Mangel, revolucionario maderista

Beatriz Gutiérrez Müller*

Resumen: El presente artículo es una aproximación biográfica al guanajuatense Enrique Bordes Mangel; el texto se centra en su filiación maderista. Además de haber sido corredactor del Plan de San Luis, fue un orador popular, funcionario de la Ciudad de México, diputado federal en tres ocasiones y embajador de México ante El Salvador y Honduras. Murió en Tijuana, rodeado de pobreza y sin gloria, después de varios destierros.
Palabras clave: Enrique Bordes Mangel, Francisco I. Madero, Revolución mexicana, oradores maderistas, Cámara de Diputados de México.

Abstract: This article is a biographical examination of Enrique Bordes Mangel, a Madero-supporter from Guanajuato, Mexico. In addition to being a cowriter of the Plan de San Luis, he was a popular speaker, an official in the Mexico City government, a three-time federal deputy, and an ambassador from Mexico to El Salvador and Honduras. He died in Tijuana impoverished and without glory, after being exiled several times.
Keywords: Enrique Bordes Mangel, Francisco I. Madero, Mexican Revolution, Madero-supporting speakers, Mexican Chamber of Deputies.

Fecha de recepción: 23 de abril de 2017
Fecha de aceptación: 18 de julio de 2017

El 3 de abril de 1935 moría, en Tijuana, uno de los más férreos maderistas: el orador y periodista José de la Cruz Enrique Bordes Mangel. Había perdido la esperanza, la salud y la gloria "en triste miseria y envuelto en las negras alas del desaliento moral y de la decepción política, para vegetar en mísera condición burocrática y al margen de toda política".[1] De vez en cuando, las autoridades de la ciudad lo llamaban para fungir como maestro de ceremonias en actos gubernamentales. Sin embargo, pasó muchas prisiones y exilios por causa de sus posturas políticas, de su "oratoria viril" —como se decía en aquellos años— y de sus artículos periodísticos. Incluso, fue autor de un análisis contra el gobierno de Porfirio Díaz que quizá jamás conoció la imprenta. Pero también, en algunos periodos de bonanza o quietud política, pudo servir al país como diputado federal, embajador de México y servidor público, rodeado en más de una ocasión tanto de espías, en quienes confió, como de la animadversión entre correligionarios. Pese a todo, abrigó la amistad de Francisco I. Madero, quien lo defendió ante sus detractores partidistas, y se distinguió por ser antirreeleccionista hasta el fin de sus días, cuando Pascual Ortiz Rubio lo protegió y financió.

* Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Alfonso Vélez Pliego, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

[1] Juan Sánchez Azcona, *Fases distintas de un hombre*, México, Cámara de Diputados-LXII Legislatura, 2014, p. 46.

Este olvidado personaje —uno de los autores del *Plan de San Luis*— nació en la ciudad de Guanajuato, el 9 de junio de 1886. Fue el último de los hijos del francés Abraham Bordes Saffores y de la duranguense de origen chileno Adela Mangel du Mesnil García; sus hermanos fueron María Adela, Juan, María Amelia, Emilia, Pedro, Manuel y José.

Como suele ocurrir con héroes olvidados, es poco lo que se sabe de su infancia y juventud. La preparatoria la cursó en el Instituto Científico de Guanajuato.[2] Debió trasladarse con sus padres a la capital mexicana para estudiar, pues en 1910, frente a Cándido Aguilar, reconoció haber cursado apenas unos meses en el Colegio Militar.[3] Varios historiadores han señalado que logró titularse como abogado[4] y otros, que sólo fue aspirante.[5]

Del reyismo al antirreeleccionismo

A la edad de 22 años, Bordes Mangel estaba en Coahuila, propagando el reyismo.[6] Allí lo encontró José Gabriel Rivera Delgado, editando el diario *Juventud Liberal. Semanario Político: Órgano del Club Reyista Estudiantil*, de Torreón. Era el año de 1908.[7]

Al menguar el reyismo, todo parece indicar que Bordes Mangel se incorporó al movimiento antirreeleccionista como propagandista y orador, pero ahora junto a Jesús de la Torre, en Mapimí.[8] De ese año hasta el estallido de la revolución maderista vivió, cuando menos, en la capital de México, en Orizaba y el tiempo de refugio que pasó en San Antonio, Texas. En esos años, tenía un "aspecto de estudiante, su indumentaria de maestro de escuela y su cabellera larga de poeta romántico".[9]

Desde que Madero publicó *La sucesión presidencial de 1910. El Partido Democrático*, en 1908, los activistas de la oposición a Díaz trataron de agruparse en torno a dos nacientes partidos, además de los muchos clubes antirreeleccionistas o democráticos que iban surgiendo en diversas ciudades del país: el Partido Nacionalista Democrático (PND) y el Partido Nacional Antirreeleccionista (PNA), ambos precursores del Partido Constitucional Progresista (PCP) que se

[2] Salvador Azuela, "Un revolucionario maderista", en José Gabriel Rivera Delgado (comp.), *Enrique Bordes Mangel: un ilustre revolucionario olvidado en Tijuana*, Tijuana, Ediciones ILCSA, 2014, p. 23.

[3] José C. Valadés, *La Revolución y los revolucionarios. Tomo I. Parte uno: la crisis del porfirismo*, México, INEHRM, 2006, p. 215.

[4] José Gabriel Rivera Delgado, "Enrique Bordes Mangel, héroe olvidado en Tijuana", *Revista de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística Correspondiente de Tijuana*, núm. 7, 2016, pp. 3-7; Javier Garciadiego Dantan, *Ensayos de historia sociopolítica de la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México, 2011.

[5] "Por su manera de razonar, parecía abogado con título. Sólo se inició en esta carrera". *Cfr.* Juan de Dios Bojórquez, *Forjadores de la Revolución mexicana*, México, INEHRM, 1960, p. 106.

[6] Cuando tocó hacer campaña por el antirreeleccionismo, en 1910, Francisco I. Madero abogó por él en torno a esta etapa. De hecho, Madero acostumbró intervenir en las diferencias personales que había entre los adeptos del movimiento democrático, propalando la idea de que las mismas debían estar por debajo de los ideales políticos. Por ejemplo, en una carta a Emilio Vázquez Gómez, Francisco le pedía hablar con Blas Espinosa, quien —consideraba— había sido "algo agresivo" en un artículo publicado en el número 4 de *El Esfuerzo Obrero*, por lo que le advertía: Bordes Mangel "se ha portado con lealtad y valor desde que está en nuestras filas" y el "mal está en las alusiones personales y en sacarle que era reyista, etc., como dudando de su lealtad para con nosotros". El mismo día, Francisco redactó una misiva a nuestro biografiado, enviada a la Ciudad de México, adonde se había trasladado luego de salir de la cárcel. El caudillo repetía el incidente con Blas Espinosa y su postura, y aprovechaba para recomendarle que evadiera "fricciones con ese grupo". Se desprende que el guanajuatense estaba en contra de la formación de sociedades mutualistas a las que convocaba Espinosa y que, en opinión de Madero, antes bien contribuían a reforzar el movimiento y servirían en el futuro para fundar el Partido Socialista en México. Véanse las cartas de fecha 16 de agosto de 1910 en Francisco I. Madero, *Epistolario. 1910*, ed. de Agustín Yáñez y Catalina Sierra, México, SHCP, 1966, p. 236.

[7] José Gabriel Rivera Delgado, "Apuntes biográficos de Enrique Bordes Mangel, precursor intelectual de la Revolución mexicana", *El Mexicano. Gran Diario Regional*, Tijuana, 30 de marzo de 2014, pp. 11-12.

[8] *Vid.* "Jesús de la Torre" [nota biográfica], recuperado de: <http://www.constitucion1917.gob.mx/es/Constitucion1917/Jesus_de_la_Torre>, consultado el 7 de abril de 2017.

[9] Juan de Dios Bojórquez, *op. cit.*, p. 106.

fundó en 1911.[10] Samuel Espinosa de los Monteros dirigía al primero mientras que Madero era vicepresidente del segundo.[11] Los dos partidos conformaron el Centro Antirreeleccionista de México (CAM). 1909, como se advierte, fue muy activo: los dos institutos habían realizado sus convenciones (sus *meetings*) enfiladas a postular a un candidato propio para el perentorio proceso electoral de 1910, y que hiciera frente a la fórmula Díaz-Corral que terminó en victoria y con Madero en prisión, como es sabido.

El primer encarcelamiento de Bordes Mangel del que se haya podido saber ocurrió a propósito del movimiento democrático. Enrique era secretario del Círculo Nacionalista Democrático, del cual hasta el momento hay nula información. Al mismo tiempo, Enrique participaba ya en los trabajos del CAM. El 5 de enero de 1910, hallándose en pleno *meeting*, la policía de Ramón Corral (a la sazón, también gobernador del Distrito Federal) lo detuvo con otros dos colegas; uno de ellos, un "Sr. Castillo", según el *Diario del Hogar*. Al día siguiente Bordes obtuvo la libertad mediante el pago de una fianza que alcanzó los diez pesos.[12] Habían comenzado las persecuciones.[13] Para febrero, *México Nuevo*. *Diario Democrático*, dirigido por Juan Sánchez Azcona, anunciaba que se unían como plumas Bordes Mangel y Jesús Urueta. El gusto duró poco: en marzo la imprenta fue decomisada por el gobierno. Con esfuerzo la obtuvieron de vuelta, pero las enormes limitantes para el periodismo, que iban surgiendo ya desde el primer semestre de 1910, propiciaron su clausura definitiva el 21 de junio de 1910.[14]

La Convención Electoral del PNA se verificó en abril de 1910. Enrique Bordes Mangel había sino nombrado delegado por Orizaba.[15] La lista pormenorizada de asistentes, temas tratados, tensiones y cotilleos pudieron conocerse veinte años después, ya que, filtrándose como correligionario, Francisco A. Beltrán informaba todo a Corral. Por cierto, muchísimos maderistas,

[10] Para noviembre de 1909, el CAM se encontraba dirigido por Emilio Vázquez Gómez, y como secretarios, Filomeno Mata y José Vasconcelos, según publicó *El Diario del Hogar*, en su edición del 10 noviembre de 1909. Véase "Centro Antirreeleccionista. Reglamento de la Convención", *El Diario del Hogar*, México, año XXIX, núm. 10 539, 10 de noviembre de 1909, p. 3.

[11] "Entusiasta mitin", *El Diario del Hogar*, año XXIX, núm. 10 571, México, 17 de diciembre de 1909, p. 1.

[12] "Libertad bajo multa", *El Diario del Hogar*, año XXIX, núm. 10 589, México, 7 de enero de 1910, p. 3; *México Nuevo* informaba lo mismo. Véase *México Nuevo. Diario Democrático*, México, 7 de enero de 1910, p. 1, col. 5-6.

[13] El Club Antirreeleccionista de Orizaba, por ejemplo, dejaba saber que, abatido el reyismo, más bien a causa del desprestigio del general Bernardo Reyes que a "maquinaciones de los científicos", el Partido Antirreeleccionista se presentaba como "verdaderamente independiente" para sacar de la apatía a los mexicanos y motivarlos a ejercer su derecho al sufragio. Daban a conocer que las "persecuciones han caído ya" no sólo en la capital del país sino en Puebla y en Yucatán. "Club Antirreeleccionista Ignacio de la Llave", reproducido en Orizaba el 15 de octubre de 1909, *El Diario del Hogar*, año XXIX, núm. 10 545, México, 17 de noviembre de 1909, col. 1-2, p. 1. La denuncia del Centro y los ocursos judiciales fueron publicados en *El Diario del Hogar* en diciembre de 1909. A la par de la formación de clubes y centros, sacaron el periódico *El Antirreeleccionista*, que el 18 de octubre de 1909 fue asaltado por el gobierno; confiscaron la imprenta y todo el personal fue encarcelado.

[14] La clausura de *México Nuevo* desplazó a algunos redactores a San Antonio, Texas, desde donde la publicación continuaría su trabajo, ahora, en apoyo a la revolución maderista. Era dirigido por Arturo Lazo de la Vega desde el 15 de marzo de 1910. Roque Estrada, *La Revolución y Francisco I. Madero*, Guadalajara, Talleres de la Imprenta Americana, 1912, p. 413. Hay unos cuantos manuscritos en el Archivo Madero de la Biblioteca Nacional de México sobre ese periódico. Pero en materia de cierres, no fue el único caso: el 28 de septiembre de 1910 ocurrió lo mismo en las oficinas de *El Antirreeleccionista* y por esos meses, *El Diario del Hogar*, donde se imprimía aquél.

[15] El dato pudo conocerse cuando fue abierto el archivo personal del vicepresidente, y que José C. Valadés se encargó de consultar y difundir, a partir de 1930. Otros delegados fueron Alfredo Robles Domínguez, el ingeniero Ángel Zozaya, varios obreros como Enrique Laisos y Marcos González —un "anarquista consumado", revelaba Francisco A. Beltrán—, y los periodistas Marcos López Jiménez, de *El Diario*. López Jiménez, a su vez, era presidente del Club Político Mártires de Veracruz, del cual también reveló información el célebre espía Francisco A. Beltrán; al club pertenecían también Enrique García de la Cadena y los hermanos Laison. José C. Valadés, *op. cit.*, p. 365. Parece ser que uno de los primeros en sospechar de Beltrán fue Marcos González, "carpintero de la casa Boker y hoy 1er vicepresidente" del PND. Por la carta enviada a Corral, se desprende que Marcos lo encaró al descubrirlo, por lo que el espía recomendaba retardar su aprehensión: "puede acabar a un escuadrón de gendarmes". José C. Valadés, *op. cit.*, p. 372.

aún el propio Madero, quizá jamás sospecharon que estrechaban la mano de un espía. Pues bien, Beltrán revelaba que el guanajuatense ya se movía en Orizaba, se hacía llamar "José García" y acostumbraba hospedarse en el hotel Porvenir.[16] Aquel mes, a la par, nuestro biografiado participaba en muchas manifestaciones que hubo en la capital, exigiendo la renuncia de Porfirio Díaz. Ya descollaba como orador:

> Sobre un jamelgo cabalgaba un mal jinete vestido de paisano. A ratos se enderezaba con ayuda de los estribos y arengaba a la multitud. Hablaba bien. Sobre el sombrero 'morrongo' lucía una toquilla tricolor. El pueblo aplaudía sus discursos ruidosamente. Ese nuevo Quijote, casi tan flaco como don Alonso el Bueno era el futuro orador parlamentario.[17]

En sus memorias de aquellos años, el otro afamado orador, Roque Estrada, escribió que conoció a Bordes Mangel en una de las sesiones del PND: "Se reveló de muchos bríos, de amplias facultades oratorias en desenvolvimiento, de gran valor civil y de un talento despejado, aunque no intensamente cultivado. Era el orador del Partido, y más tarde debería ser el verdadero orador popular de la metrópoli, mimado por las multitudes".[18]

Roque Estrada y Bordes Mangel ya descollaban como oradores públicos, según José Vasconcelos.[19]

El mes anterior, el 31 de marzo de 1910, Bordes escribió desde Orizaba a Beltrán. Deslizaba alguna duda sobre su presunta infiltración en las filas maderistas: "Sírvase decirme qué hay de cierto sobre el particular porque de ser cierto, sería un luto más para nuestro Partido que ya ha tenido que lamentar el descubrimiento de muchos 'Judas'";[20] Sin embargo, con más confianza que recelo, confirmaba que su base estaba en esa ciudad veracruzana y que "no dejaré de laborar" por el engrandecimiento del PND. Y, algo curioso: le enviaba el proemio, prólogo y primer capítulo de *Los grandes delitos de la Administración Díaz* "que espero verá la luz pública en Julio o Agosto próximo" a cargo de una editorial neoyorkina. Aunado a lo anterior, anticipaba tener escrito "algo más, hasta el tercer capítulo".[21] En ningún lugar logré encontrar publicado este título.

Bordes Mangel acudió a la convención antirreeleccionista en el Tívoli del Eliseo, verificada en abril de 1910. Allí, como es sabido, varios partidos postularon a Francisco I. Madero como candidato a la Presidencia, que terminó en fórmula con Francisco Vázquez Gómez para Vicepresidente. Bordes Mangel apostó y peroró en favor de Toribio Esquivel Obregón, según el reporte que dio Francisco Chávez al gobernador del Distrito Federal.[22]

Después de la convención, justo en el hotel Porvenir, de Orizaba, Francisco I. Madero remitía a Bordes una carta para agradecer su participación tan activa en la organización de la misma. Sutil, le reprochaba haber impugnado su candidatura a la presidencia, pero admitía que ello daba muestra de la pluralidad de un encuentro en donde sólo había "legítimos representantes del pueblo".[23] Le ofrecía su amistad y zanjaba el diferendo, por último, le prometía verlo en la primera oportunidad. A partir de entonces, como se deducirá, Madero y Bordes se convertirían en cercanos amigos y en cómplices revolucionarios.

Así, Bordes acompañó a Madero en varios puntos de su gira proselitista. En el puerto de Veracruz había perorado en el mitin de Madero, junto a Estrada en el teatro Dehesa: "El joven vehemente tribuno [...] cautivó al auditorio con su verbo arrebatador y ardiente".[24] En Pa-

[16] José C. Valadés, *op. cit.*, p. 370.
[17] Juan de Dios Bojórquez, *op. cit.*, p. 106.
[18] Roque Estrada, *op. cit.*, p. 193.
[19] José Vasconcelos, *Memorias políticas*, México, Cámara de Diputados-LXII Legislatura, 2014, p. 18.
[20] José C. Valadés, *op. cit.*, p. 380.
[21] *Ibidem*, p. 381.
[22] *Ibidem*, p. 346.
[23] Carta de fecha 29 de abril de 1910 en Francisco I. Madero, *op. cit.*, p. 138.
[24] Roque Estrada, *op. cit.*, p. 229.

chuca, presentaba al candidato en el mitin del 29 de mayo de 1910.[25] Madero, todavía alcanzó a llegar a Monterrey y, en la estación ferroviaria, fue arrestado por "haber hecho declaraciones inflamatorias en San Luis Potosí".[26] Las elecciones presidenciales se verificaron con el candidato en la prisión.

A mediados de junio de 1910, según Valadés, se reunió el primer grupo de conspiradores en la Ciudad de México, en casa de Gustavo A. Madero. Entre ellos estaban Octavio Bertrand, Arturo Lazo de la Vega y Bordes Mangel. Los dos últimos fueron comisionados para marchar a Iguala, donde los "esperarían" decenas de voluntarios para la insurrección; sin embargo, el profesor Matías Chávez, quien los recibió en esa ciudad, puso en duda que los lugareños aceptaran unirse a la rebelión y, decepcionados, retornaron a la capital. Allí se encontraron a Cándido Aguilar, quien los invitó a sublevarse en Veracruz. Lazo optó por marchar a Hidalgo, y Bordes, por acompañar a Aguilar. En San Ricardo redactaron y firmaron el plan revolucionario homónimo el 14 de junio de 1910.[27] Enrique se convirtió en jefe militar y Cándido en su subalterno.[28] En esas estaban cuando se llevaron una menuda sorpresa: a su cuartel llegó nada menos que una comisión enviada por Santana Rodríguez, "Santanón". Quería sumarse a la causa. Fue nombrado coronel y acordaron que marchara a combatir por el rumbo de Acayucan.

Los días pasaron y los dos jefes supieron de la poca suerte que había tenido Rafael Tapia para reclutar guerrilleros en Veracruz. Entre los tres, decidieron atacar a los rurales de Atoyac, el 14 de julio de 1910. "El combate se tradujo en una escaramuza" y los maderistas volvieron a San Ricardo. "Como otros comprometidos no cumplen, se dispersan", anotó Taracena.[29] Al poco tiempo, al rancho donde se escondían acudió a persuadirlos Francisco Cossío Robelo, quien les pidió abortar los brotes revolucionarios porque así se lo había hecho saber Emilio Vázquez Gómez, a la sazón, presidente del PNA: el gobierno está enterado de ese "conato de rebelión" y los matarían enseguida, advirtió.

Bordes Mangel debió volver a Orizaba. El 3 de agosto cayó preso por segunda vez. Así lo informaba Miguel V. Gómez a Porfirio Díaz, mediante un telegrama:

> Hace cinco días tengo en cárcel a Enrique Bordes Mangel, compañero de Madero en sus anteriores expediciones, autor de algunos discursos subversivos contra el gobierno dirigidos a los obreros; y como continuara misionando por Río Blanco y Santa Rosa, región netamente obrera, promoviendo reuniones clandestinas que pueden traer futuros disturbios, estimare a Ud. sea servido decirme lo que debo hacer con este señor contra quien sólo hay sospechas fundadas por su carácter inquieto netamente oposicionista y por la constante liga con operarios, fábricas [...][30]

[25] "¡Éxito antirreeleccionista en Pachuca!", *México Nuevo*, México, 27 de mayo de 1910, p. 1. Aclamado por los hidalguenses, Francisco retornaba a México en tren, con la compañía de "su esposa, señora Sara P. de Madero, (y de los) señores, ingeniero Higareda Reed, Enrique Bordes Mangel, E. de los Ríos, doctor Daniel Rodríguez López y otras personas". Luis Rublúo, *Historia de la Revolución mexicana en el estado de Hidalgo*, Pachuca, Gobierno del Estado de Hidalgo, 2009, p. 162.

[26] Charles C. Cumberland, *Madero y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1977, p. 132.

[27] El plan revolucionario llamó a la sublevación, explicó los cacicazgos del Estado y pregonó la prisión de Madero. Está reproducido, íntegro, en César A. Ordóñez López, "Rafael Tapia: A la revolución... a caballo contra el dictador", en Abel Juárez Martínez (coord.), *Veracruzanos en la Independencia y en la Revolución*, Xalapa, Gobierno del Estado, Universidad Veracruzana, 2010, pp. 385-387.

[28] "El Plan, cuya introducción daba a conocer las causas del levantamiento y exhortaba al pueblo mexicano a iniciar el movimiento que había de hacer caer a la dictadura del general Díaz, fue firmado [...] por Cándido Aguilar, Miguel Aguilar, Vicente F. Escobedo, Rafael Tapia, Severino Herrera Moreno, Lucio y Miguel Contreras, Clemente y Pedro Gabay, Petronilo O. García y Enrique Bordes Mangel". José C. Valadés, *op. cit*., p. 216.

[29] Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución mexicana (1901-1911)*, México, Porrúa, 2005, p. 254.

[30] Correspondencia presidencial de Porfirio Díaz. Telegramas. Telegrama 2838. Universidad de las Américas-Puebla, Archivos Digitales. Recuperado de: <http://

La respuesta llegó al día siguiente: "En los discursos que dieron lugar a su arresto pueden encontrarse elementos para consignarlo a la autoridad judicial del estado o de la Federación, según sea el caso". Madero se enteró de esa detención, según se desprende de una carta remitida a Rafael Tapia desde San Luis Potosí. Le habían informado que había sido capturado "con motivo de las elecciones, pero supuse que era nada más para evitar prestara su contingente" en ellas, pero guardaba sus dudas de que ésa fuera la razón.[31] También habían sido encarcelados Aquiles Serdán y Sánchez Azcona, quienes, ya liberados, aguardaban en San Antonio, Texas, a la espera de instrucciones para rebelarse, según un telegrama de José María Pino Suárez a Madero, del 25 de julio de 1910.[32]

Madero hizo saber al mismo Tapia que ya le habían confirmado que el guanajuatense había obtenido su libertad: "No tenían ningún pretexto para haberlo reducido a prisión y con ello no lograban sino tener los ánimos en constante agitación".[33] Bordes Mangel pudo verse con el caudillo[34] a quien le dio, cuando menos, dos instrucciones: la primera, reunirse con Francisco A. Beltrán (el espía de Corral, seguramente sin saber de su condición de infiltrado), para tratar asuntos que él le habría pedido comunicar personalmente;[35] y la segunda: plantear a Heriberto Frías dirigir *El Constitucional*.[36] Para el 22 de agosto, Francisco sugería a Paulino Martínez futuros artículos en *El Demócrata*, de Roque Estrada y Bordes Mangel.[37]

Así los planes, el 4 de septiembre, Enrique partió de San Luis Potosí hacia San Antonio.[38] Entretanto, mediante una misiva Francisco confió a Bordes que saldría pronto de la prisión; calculaba que, a más tardar, el 10 de octubre. En la misma, celebraba la publicación de *México Democrático* como respuesta a la prohibición gubernamental de introducir en México *Monitor Democrático*, y aplaudía la formación de la Liga Mexicana de Texas, en la que Enrique estaría participando.[39] Es nula la información sobre este círculo texano.

Madero logró escapar el 6 de octubre por la madrugada. Y en San Antonio, se reunió con los amigos que le esperaban. Según Cumberland, el *Plan de San Luis* fue redactado por Julio, Raúl y Francisco I. Madero, además de los exiliados Sánchez Azcona, Serdán, Bordes Mangel, Estrada, Rafael Cepeda y Federico González Garza; Taracena añadió a Ernesto Fernández Arteaga,[40] y Sánchez Azcona a otros: a Juan Andrew Almazán y a César López de Lara. La idea de llamarlo Plan de San Luis fue de Bordes,[41] y se concluyó con la redacción del plan en la casa de Fernández Arteaga, en la West Macon Street.[42] Bordes Mangel dio su propia versión sobre aquellos días en noviembre de 1930, en Tijuana, y recordó que fue el responsable de la formación

catarina.udlap.mx/u_dl_a/acervos/telegramas/paginas/telegrama_2838.html>, consultado el 20 de marzo de 2017. De forma equivocada, *Regeneración* informaba que había sido capturado en Aguascalientes. Ricardo Flores Magón, "La revolución en México. Crónica pormenorizada de los últimos acontecimientos", *Regeneración*, núm. 14, 3 de diciembre de 1910, recuperado de: <http://archivomagon.net/obras-completas/articulos-periodisticos/1910-2/1910-29/>, consultado el 7 de abril de 2017. La información la repitió el periodista en "La agitación revolucionaria", *Regeneración*, núm. 15, 10 de diciembre de 1910, recuperado de: <http://archivomagon.net/obras-completas/articulos-periodisticos/1910-2/1910-32/>, consultado el 7 de abril de 2017.

[31] "Carta de fecha 6 de agosto de 1910", en Francisco I. Madero, *op. cit.*, p. 223.

[32] Charles C. Cumberland, *op. cit.*, p. 138.

[33] "Carta de fecha 13 de agosto de 1910", en Francisco I. Madero, *op. cit.*, p. 231.

[34] "Carta a Heriberto Frías de fecha 4 de septiembre de 1910", *ibidem*, p. 264.

[35] "Carta a Francisco A. Beltrán de fecha 18 de agosto de 1910", *ibidem*, p. 239.

[36] "Carta a Heriberto Frías de fecha 4 de septiembre de 1910", *ibidem*, p. 264.

[37] "Carta de fecha 22 de agosto de 1910", *ibidem*, p. 250.

[38] "Carta a Juan Sánchez Azcona de fecha 4 de septiembre de 1910", *ibidem*, p. 265: "Hoy salió Mangel para ésa y con él te mandé los retratos que deseas".

[39] "Carta de fecha 19 de septiembre de 1910", *ibidem*, p. 280.

[40] Alfonso Taracena, *op. cit*., p. 268.

[41] José Gabriel Rivera Delgado, "Enrique Bordes Mangel, héroe...", *op. cit.* p. 6.

[42] Gloria Sánchez Azcona, *En el centenario del nacimiento de Juan Sánchez Azcona,* México, INEHRM, 1975, p. 108.

que, junto con Sánchez Azcona, llevaron a la imprenta de Álamo. Tirarían 5 000 ejemplares, "los cuales fueron al día siguiente firmados de puño y letra del señor Madero".[43]

La revolución maderista

Desde San Antonio, los revolucionarios se distribuyeron tareas y regiones. Bordes Mangel fue comisionado a entregar el plan en Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Coahuila y Zacatecas, según él mismo narró; en tanto, Aquiles Serdán partió a Puebla y Miguel Albores se dirigió a Chiapas.[44] Roque Estrada, con quien conversó, se encargó del estado de Durango. Repartía nombramientos militares, los cuales llevaba enrollados en su chaleco. Alcanzó a entregar los suyos a Maytorena y Cabral, en Sonora, a Manuel Bonilla e Iturbe, en Sinaloa; "varios más en Tepic y en Jalisco. Otros los llevó al estado de Veracruz, como el del teniente coronel Santa Ana Rodríguez, conocido como 'Santanón' en los últimos días de la dictadura".[45] El 24 de noviembre, Enrique Bordes fue detenido en Guadalupe, Durango, según Taracena,[46] por tercera vez. *The Mexican Herald* y *El Diario*, por el contrario, reportaron que los hechos habían acontecido ese día, pero en Aguascalientes, procedentes "de San Antonio, Texas, donde conferenciaban con el 'presidente provisional', Francisco Madero y quienes venían haciendo propaganda de sedición". Llevaban armas y documentos comprometedores.[47]

En mayo de 1911 la revolución triunfante decidió organizarse para retornar a la vida civil y participar en las elecciones extraordinarias de octubre de ese año. Para tales efectos, los maderistas crearon el PCP.[48] Enrique Bordes Mangel ya participaba de los trabajos de esa nueva organización.[49] Para el inicio del nuevo gobierno, el guanajuatense aceptó la cartera de oficial mayor del gobierno del Distrito Federal[50] y unos cuantos meses después, a partir del 14 de febrero de 1912, pasó a ocupar el cargo de secretario de Gobierno. En ese lapso, Bordes logró uno de sus propósitos: cerrar las casas de juego y casinos, sobre todo los clandestinos, de la capital.[51] *El Paso Herald* daba cuenta de la noticia, haciendo destacar no sólo su juventud (25 años) sino su cercanía con Madero.

Diputado del "bloque liberal renovador"

Su paso como funcionario del Distrito Federal duró poco: la renuncia está fechada el 12 de julio siguiente.[52] Había competido para diputado federal de la XXVI Legislatura, por su estado natal y ganó. Las elecciones se habían verificado el 30 de junio de 1912.

Su papel en la Cámara no fue destacado, pues no aparece en ninguna discusión relevante sobre lo que se sabe de esa legislatura. Sin embargo,

[43] Enrique Bordes Mangel, "Cómo se hizo el Plan de San Luis", en José Gabriel Rivera Delgado (comp.), *Enrique Bordes Mangel: un ilustre revolucionario olvidado en Tijuana*, Tijuana, Ediciones ILCSA, 2014, p. 92.

[44] *Idem*.

[45] Juan de Dios Bojórquez, *op. cit.*, p. 107.

[46] Para entonces era un "joven de veinticinco años, buen orador maderista. Se le conduce al cuartel de la montada, para seguir a la Penitenciaria. No niega su credo antirreeleccionista". Alfonso Taracena, *op. cit.*, p. 285.

[47] *El Diario. Periódico Nacional Independiente*, México, 25 de noviembre de 1910, p. 1. Según *The Mexican Herald*, se hallaba con Enrique García de la Cadena: "Mangel is alleged to be an agitator of ability and a very dangerous man to the government. He is said to be one of the strongest speakers of the Maderists. Both men are accused of participation in the plots against the government". "Full Details Prove Maderist Movement Very Unimportant" (*The Mexican Herald*, vol. XXXI, núm. 57, México, p. 2).

[48] Otros miembros: Juan Sánchez Azcona, Gustavo A. Madero, José Vasconcelos, Luis Cabrera, Alfredo Robles Domínguez, Roque Estrada, Manuel M. Alegre, Eduardo Hay, Jesús González, Adrián Aguirre Benavides, Ignacio Fernández de Lara, Pedro Galicia Rodríguez, Eusebio Calzado, Jesús Urueta, Francisco Martínez Baca, Nicolás Meléndez, Jesús Flores Magón, Heriberto Frías, Rafael Martínez, Díaz Lombardo y Roque González Garza.

[49] José Fernández Rojas, *La Revolución mexicana. De Porfirio Díaz a Victoriano Huerta (1910-1913)*, México, F. P. Rojas y Cía., 1913, p. 33.

[50] "Nuevo oficial mayor del Gobierno del Distrito", *El Diario. Periódico Nacional Independiente*, vol. I, núm. 1336, 15 de noviembre de 1911, p. 3.

[51] "Gambling is Closed in Mexico", *El Paso Herald*, El Paso, 23 de enero de 1912, p. 1.

[52] Archivo Histórico del Distrito Federal, sección Funcionarios, años 1911 y 1912, v. 1304, exp. 469, f. 1 y ss.

perteneció al denominado "bloque liberal renovador", que permaneció fiel al presidente Madero.

En plena Decena Trágica, Vasconcelos llegó a verlo en el despacho de Sánchez Azcona, quien hacía su trabajo como secretario particular de Madero.[53] En los círculos políticos y periodísticos, lo conocían como integrante de "La Porra".[54]

Tras el asesinato de Madero y Pino Suárez, muchos maderistas huyeron. En más de una ocasión se rumoró que Bordes habría sido asesinado. Por ejemplo, varios cablegramas[55] lo colocaron junto a Serapio Rendón, también diputado, el día que lo mataron, el 22 de agosto de 1913, en Tlalnepantla.

Bordes Mangel había sido aprehendido, por cuarta vez, el 10 de octubre de 1913, junto con otros legisladores de su bancada. Esta detención debió ocurrir después de haber firmado, a finales de septiembre o principios de octubre, como otros parlamentarios, una protesta por la detención del senador Belisario Domínguez, quien fue vilmente asesinado.

Los diputados federales, entre ellos Bordes, fueron liberados cuando la Armada de Estados Unidos tomó Veracruz, en abril de 1914.[56] Para el 14 de julio firmaba, con otros legisladores, una carta aclaratoria sobre el proceso parlamentario espurio en el que se basó Huerta para solicitar las renuncias de Madero y Pino Suárez. También desde ese mes comenzó a participar como redactor en *El Radical. Diario Político de la Tarde*, dirigido por Luis Zamora Plowes.[57]

Revolución carrancista

Como ocurrió con muchos maderistas, Enrique Bordes se unió a la revolución carrancista.[58] Bojórquez, sin coincidir, sostiene que recibió, de manos de Villa, el grado de general, pero que rara vez usó un uniforme "y en la primera oportunidad que tuvo retornó al civilismo".[59]

Como sea, para agosto de 1914, al triunfo del Ejército Constitucionalista, varios periódicos informaron que Bordes Mangel desfilaba orgulloso al lado de Venustiano Carranza a su llegada a la capital mexicana. Lo franqueaban sus amigos Jesús Urueta y José Inés Novelo, quienes, con Enrique, formaron parte de la comitiva de recepción.[60]

Con el intento de unificar esfuerzos revolucionarios para derrocar a Victoriano Huerta, se verificó la Soberana Convención Revolucionaria, entre septiembre y octubre de 1914, en Aguascalientes, adonde el periodista también acudió, esta vez, como delegado. Al llegar el general Nicolás Flores al gobierno del estado de Hidalgo, Enrique pasó a ocupar el cargo de oficial mayor.[61]

[53] José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 85.

[54] Grupo de simpatizantes de Madero, que hacía manifestaciones en su favor. Fue convocado por su hermano Gustavo. Véase Begoña Consuelo Hernández y Lazo, *Gustavo A. Madero. De activo empresario a enérgico revolucionario (1875-1913)*, Saltillo, Gobierno del Estado de Coahuila-Congreso del Estado / Los Reyes, 2013, p. 141.

[55] Uno, del 22 de agosto anunciaba: "Deputy Bordes Mangel was shot to death tonight by federal soldiers near Azcapotzalco". "Nine Fights are Reported in Mexico", *Bismarck Daily Tribune*, Bismark, North Dakota, 23 de agosto de 1913, p. 1.

[56] Palavicini recogió unos versos que compuso Bordes el 18 de febrero de 1914: "Dijo el poeta: / 'Recordar es vivir'; pues bien, vivamos / para que más alegre sea la fiesta, / recordando los días, ya remotos, / de a dieciséis cincuenta. / De los buenos amigos que perdimos / ¡cuántos recuerdos mi memoria lleva! / ¿Qué se han hecho Nemesio y su serpiente? / ¿Qué Moheno, el gracioso que historietas / nos contaba y hacía de la tribuna / un escenario para clown de feria? / ¿Qué ha sido de Carrión y de sus leyes / que alegraban toda la asamblea? / ¿Qué se hicieron Lozano y Olaguíbel, Castellot, y Trejo, y Mascareñas, / y Castelazo y Fuentes y Romero, / y don Tirso Inurreta, / y Elguero con los veinte defensores / del católico emblema, / y todos lo demás que nos amaron / y con amor mi corazón recuerda? / Recuerdos nada más; sombras que pasan, / y el tiempo, despiadado, nos aleja..."; Josefina MacGregor, "Los diputados renovadores. De la XXVI Legislatura al Congreso Constituyente", *Historia Mexicana*, vol. 66, núm. 3 (263), enero-marzo de 2017, p. 1356.

[57] Esta publicación, afín al carrancismo, había salido por primera vez el 20 de julio de 1914. Su comité editorial, además de Bordes Mangel, lo integraban el poeta Alfonso Cravioto, José Inés Novelo y Manuel María Alegre. El último número se imprimió el 7 de junio de 1915.

[58] "Carbajal to Yield", *Arizona Republican*, Phoenix, 18 de julio de 1914, p. 3.

[59] Juan de Dios Bojórquez, *op. cit.*, p. 107.

[60] "Huerta Resigns", *Arizona Republican*, Phoenix, 16 de julio de 1914, col. 4, p. 5; *vid.* "Huerta is Ready to Leave Mexico", *The Laclede Blade*, 24 de julio de 1914, Laclede, p. 1, y *El Paso Herald*, El Paso, 18 de julio de 1914, p. 1.

[61] "El Sr. Bordes Mangel se encuentra en México", *El Radical. Diario Político de la Tarde*, México, núm. 22, 24 de agosto de 1914, p. 1.

Para marzo de 1916, según una nota, a la par que crecían los rumores de la captura de Villa por los carrancistas, Bordes Mangel era trasladado como preso a la capital de Chihuahua.[62] Habría sido su quinto encarcelamiento. Azuela indica que su destierro fue a consecuencia de su adhesión a la Convención de Aguascalientes.[63] En efecto, ya para entonces, Bordes Mangel no escondía su oposición a la candidatura de Carranza a la presidencia bajo la creencia de que no se verificaba el ideal antirreeleccionista. Desde El Paso firmaba, con otros, un manifiesto del Partido Liberal Mexicano (PLM), el 2 de noviembre de 1916: "No sólo, pues, la ley, sino sus compromisos públicamente contraídos con la nación, incapacitan a Carranza para ser presidente de la República, después de ejercer de hecho ese cargo en el periodo llamado por él preconstitucional".[64] En ese tiempo, en Washington también fungiría como vocero, pero ahora del villismo, pidiendo apoyo estadounidense para derrocar a Carranza.[65]

Ganó Carranza las elecciones; sin embargo, el mandatario "se fue quedando solo. No faltaron deslealtades entre quienes parecían sus colaboradores".[66] En medio de estas defecciones y el surgimiento de nuevas rebeliones en el país, se llevaron a cabo las sesiones del Congreso Constituyente, que terminarían con la promulgación de la Constitución federal, el 5 de febrero de 1917. Las elecciones para renovar las cámaras de diputados y de senadores se verificaría el 9 de abril de ese año. En un nuevo intento por retornar a la vida partidista, meses antes Bordes Mangel ya participaba como fundador del Partido Liberal Constitucionalista (PLC), auspiciado por Álvaro Obregón.[67]

Actividades antirreeleccionistas y parlamentarias

El gobierno de Carranza ahondó las diferencias entre los revolucionarios. El *Plan de Agua Prieta* fue la estocada final: el 23 de abril de 1920, a la cabeza de Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta, desconoció su gobierno. Desde el 1º de junio de 1919, Álvaro Obregón había hecho públicas sus intenciones de ser candidato presidencial, elecciones que se verificarían 12 meses después. También se postuló el general Pablo González. Como tercero en disputa figuró el ingeniero Ignacio Bonillas, quien era, a todas luces, el candidato del presidente.

Las campañas crisparon aún más el ambiente de la política nacional. "No se requirió más leña para atizar el fuego. Los agrupamientos políticos, aunque sin bandera ideológica ni número comprobable de socios ni propósitos definidos estuvieron a la orden del día. No solamente los hubo obregonistas y gonzalistas".[68] En definitiva, "la lucha política de los años veinte no incluía la democracia como una de sus preocupaciones centrales".[69] Tan así fue, que Carranza fue destituido y asesinado el 21 de mayo de 1920.

El Partido Laborista Mexicano (PLM) triunfó y con él, Obregón. Bordes Mangel había sido electo diputado federal (XXIX Legislatura, de 1920 a 1922) por el PLC. Pero esta vez sus participaciones fueron destacadas: fue elegido como presidente de la Cámara de Diputados. En tal función, el 1 de septiembre de 1921 respondió al informe de gobierno que presentó Álvaro Obregón.

Una de las más acaloradas discusiones en esa legislatura se entabló por la propuesta de

[62] "Villa Found Near Chihuahua", *The Washington Herald,* Washington, núm. 2702, 4 de marzo de 1916, p. 2.

[63] Salvador Azuela, "Un revolucionario maderista", *op. cit*., p. 25.

[64] Emiliano G. Sarabia *et al*. (coords.), *Documentos históricos de la Revolución mexicana, vol. XVII*, México, JUS, 1969, pp. 170-171.

[65] Douglas W. Richmond, "Intentos externos para derrocar al régimen de Carranza (1915-1920)", *Historia Mexicana*, vol. 32, núm. 1 (125), julio-septiembre de 1982, p. 121.

[66] José C. Valadés, *Historia general de la Revolución mexicana*, México, Cámara de Diputados-LXII Legislatura, Porrúa, 2013, t. III, p. 461.

[67] A través del general Hill, Álvaro Obregón concentró a destacados "militares y civiles pertenecientes al primer círculo de poder". Además de Bordes, la cúpula estaba integrada por Cesáreo Castro, Roque Estrada, Alejo González, Ignacio L. Pesqueira, Eduardo E. Hay, Herminio Pérez Abreu, Rafael Zubarán, Manuel García Vigil, Rafael Martínez de Escobar, Antonio I. Villarreal, José Inés Novelo, Eduardo Neri y Salvador Alvarado. Véase Pedro Castro, *Álvaro Obregón. Fuego y cenizas de la Revolución mexicana*, México, Era, 2011, p. 125.

[68] José C. Valadés, *op. cit*., 459.

[69] Javier MacGregor Campuzano, "Elecciones federales, calificación electoral y Congreso en los años veinte: el caso de Veracruz", *Sotavento*, núm. 4, 1998, p. 153.

borrar de entre los nombres ilustres plasmados en el recinto parlamentario el de Agustín de Iturbide; de un lado estaban quienes defendían que siguiese siendo considerado padre de la patria; del otro, quienes argüían era imposible sostenerlo, pues la verdad histórica lo colocaba como traidor. La mayoría logró quitar su nombre de la Cámara de Diputados y en su lugar, se decidió colocar el de Belisario Domínguez.[70] Otra célebre participación aconteció el 7 de octubre, cuando pidió que Félix Díaz fuese juzgado como criminal, y a su ejecutado, Gustavo A. Madero, reconocerlo como "el nombre más limpio, el más honrado, el menos merecedor del ataque, el pararrayos de la reacción", la moción desató aplausos por toda la sala.[71]

Para finales de 1921, la situación política de Bordes volvía a dificultarse. Las relaciones con Obregón no eran buenas. Dejó de asistir a la Cámara y, en el pleno, fue acusado de "faltista", según los diarios de debate. En medio del periodo permanente, que comenzó en enero, el diputado se había trasladado a Centroamérica y nacía, en la Ciudad de México, uno de sus más famosos hijos: el fotógrafo Rafael Enrique Bordes-Mangel y Cervantes; otros fueron Enriqueta Diana, Adela y Juan. El 10 de mayo de 1922, Bordes Mangel fue nombrado embajador en El Salvador y Honduras (para este último, las cartas credenciales son de fecha 30 de noviembre),[72] representaciones que concluyeron el 24 de noviembre de 1924.[73] Así acostumbraban, entonces y ahora, resolver diferencias políticas: con el destierro. Para entonces, recuerda Bojórquez, "escogía buena ropa, cuidaba la limpieza de sus manos y al fumar usaba largas tenacillas, para no ensuciarse los dedos. Tenía una magnífica colección de bastones, en que predominaban las malacas, de buen gusto y refinamiento". En fin, era el "mejor conversador", quien no logró escribir sus memorias, acaso sólo las primeras cuatro palabras que iban a ser: "Ingrata querida la vida".[74]

Terminó el gobierno obregonista con la candidatura de Plutarco Elías Calles. Bordes Mangel ya estaba de nuevo en México y volvió a postularse como candidato a diputado federal (XXXII Legislatura, de 1926 a 1927) por su estado natal. Pero sólo ejerció sus funciones por poco más de un mes: los trabajos parlamentarios habían comenzado el 20 de agosto y, para el 4 de octubre, era desaforado junto con 24 diputados.

Ante la campaña presidencial de Obregón en 1927, la cual violaba los principios del "Sufragio efectivo, no reelección", y siendo presidente fundador del PNA, Bordes Mangel se manifestó decididamente en contra de Obregón y apoyó la candidatura del general Arnulfo R. Gómez. Se refugió en Los Ángeles.[75]

Según el *Diario de los Debates*, se acusó a él y a otros diputados de estar "moralmente identificados con los traidores que han efectuado una asonada en contra del Gobierno de la República, y otros se han declarado en franca rebeldía o ejecutado actos que los acusan como cómplices de ella".[76] Pero, desde el 29 de septiembre, Bordes

[70] Legislatura XXIX, año II, periodo ordinario, 23 de septiembre de 1921, *Diario de los Debates*, núm. 12, recuperado de: <http://cronica.diputados.gob.mx/DDebates/29/2do/Ord/19210923.html>, consultado el 5 de abril de 2017.

[71] Juan de Dios Bojórquez, *op. cit.*, p. 107.

[72] Recuperado de: <https://acervo.sre.gob.mx/index.php/acervo/35-acervo-historico-diplomatico/150-el-salvador-embajadas>, consultado el 22 de marzo de 2017.

[73] Recuperado de: <https://acervo.sre.gob.mx/index.php/acervo/35-acervo-historico-diplomatico/160-honduras-embajadas>, consultado el 22 de marzo de 2017.

[74] Juan de Dios Bojórquez, *op. cit.*, p. 108.

[75] José Gabriel Rivera Delgado, "Apuntes biográficos de Enrique Bordes Mangel, precursor intelectual de la Revolución mexicana", en José Gabriel Rivera Delgado (comp.), *Enrique Bordes Mangel: un ilustre revolucionario olvidado en Tijuana*, Tijuana, Ediciones ILCSA, 2014, p. 63.

[76] Legislatura XXXII, año II, periodo ordinario, 4 de octubre de 1927, diario núm. 15, recuperado de: <http://cronica.diputados.gob.mx/>, consultada el 5 de abril de 2017. El resto de los legisladores fueron: José J. Araiza, Luis G. Belaunzarán, Humberto Barrios, Margarito Gómez, Eugenio Mier y Terán, Carlos T. Robinson, Joaquín Vidrio, Nicolás Cano, Fernando Cuén, Francisco Garza Nieto, Amet Ramos Cristiani, Enrique A. Enríquez, Candelario Garza, Ricardo Covarrubias, Elpidio Barrera, Carlos Flores Tovilla, Francisco Garza, Antonio Islas Bravo, Gilberto Isaís, Ramón Ramos, Víctor Rendón, Jaime A. Solís, Antonio Trujillo Espinosa, Francisco Valle, Ulises Vidal, Gilberto Fabila y Felizardo Villarreal.

Mangel había solicitado licencia sin goce de sueldo mediante una carta con el siguiente contenido:

> Atentamente ruego a ustedes se sirvan dar cuenta a esa H. Asamblea, de que habiéndoseme impuesto por prescripción médica un periodo de descanso que me imposibilita para desempeñar mis funciones como diputado al Congreso de la Unión, pido a esa H. Cámara tenga a bien concederme licencia para separarme por el tiempo que sea necesario para mi curación, sin goce de dietas, y llamando a mi suplente.
>
> Renuevo a ustedes las seguridades de mi atenta consideración.
>
> México, 26 de septiembre de 1927. E. Bordes Mangel.[77]

El debate en el pleno acusó a todos los conspiradores de no apoyar a Plutarco Elías Calles, considerado entonces "el símbolo más alto de la Revolución", según las palabras que ese día pronunció el diputado Altamirano. Y, en efecto, Enrique Bordes se adhirió al movimiento opositor encabezado por el general José Gonzalo Escobar, en contra del gobierno provisional de Emilio Portes Gil y, en particular, de Calles, entonces secretario de Guerra y Marina. Antes había apoyado al movimiento delahuertista.[78] Antonio I. Villarreal mencionó su participación en el escobarismo en sus *Testimonios*, aventura en la que, por los rumbos de Jiménez y La Reforma, el maderista salvó su vida, no así su secretario, quien murió a tiros. Al cabo de esta sublevación, se refugió en Los Ángeles. Bordes continuaba reorganizando al Partido Nacional Antirreeleccionista (PNA) y, de acuerdo con Sánchez Azcona, aquella expulsión de la Cámara de Diputados se verificó "contra toda ley, contra toda justicia."

Destierro en Tijuana

Bordes Mangel transitó por las tres primeras décadas del siglo XX como muchos inquietos mexicanos que ansiaban un cambio de régimen político: del reyismo al maderismo, luego al villismo o a la revolución con Carranza, al obregonismo y, al final, al escobarismo. Muchos de aquellos rostros se fueron encontrando o desencontrando en el camino: unos fueron asesinados o fallecieron; otros traicionaron la causa o se fueron al exilio o al retiro. Otros más no alcanzaron a ver consolidada como realidad una nación democrática. Desilusionado por la falta de ideales y por las luchas intestinas entre los revolucionarios, crímenes políticos, magnicidios, venganzas y otras tragedias, Mangel optó por el enésimo destierro. En la última etapa de su vida combatió a Álvaro Obregón.

Sus últimos alientos los prestó en la rebelión escobarista, de mayo a junio de 1929. La lucha por la democracia, ya para los años treinta, estaba muy lejos de la agenda política. En esa ocasión, partió a Los Ángeles y, según Rivera Delgado, hasta que Pascual Ortiz Rubio le ofreció seguridades a su persona, tras convertirse en presidente de la república, decidió regresar, pero se instaló en Baja California, ya alejado de la vida política. Joaquín Aguilar, enviado del gobernador del Territorio Norte, lo mandó buscar a Los Ángeles donde se "estaba muriendo de hambre".[79] En tal gestión tuvo que ver su esposa, Enriqueta Cervantes: el 30 de abril de 1930 firmaba una carta al presidente Ortiz Rubio en la cual le solicitaba que le permitiera volver a México, pues así podría reencontrarse con sus hijos, quienes, debido a su

[77] Legislatura XXXII, año II, periodo ordinario, 28 de septiembre de 1927, diario núm. 12, recuperado de: <http://cronica.diputados.gob.mx/>, consultada el 22 de marzo de 2017.

[78] Desde San Antonio, esta vez escribía una carta a José María Maytorena, en la que señalaba que había apoyado a Adolfo de la Huerta. Dadas las tentaciones reeleccionistas, solicitaba su apoyo para reorganizar el movimiento antirreeleccionista frente a Fausto Topete, quien pretendía ocupar la silla presidencial de forma provisional. Véase Laura Alarcón, *José María Maytorena. Una biografía política*, Hermosillo / Guadalajara / México, El Colegio de Sonora / El Colegio de Jalisco / Universidad Iberoamericana, 2008, p. 437.

[79] José Jesús Cueva Pelayo, "Bordes Mangel: anotaciones sobre su labor periodística", en José Gabriel Rivera Delgado (comp.), *Enrique Bordes Mangel: un ilustre revolucionario olvidado en Tijuana*, Tijuana, Ediciones ILCSA, 2014, p. 51.

"grave" situación económica, vivían en un hospicio.[80] En una misiva del 14 de mayo del mismo año, Bordes confesaba al presidente: "Mis actuales dificilísimas condiciones me obligan, a riesgo de causar a usted alguna molestia, a suplicarle" se le reintegraran sus dietas como diputado de octubre de 1927 a agosto de 1928, las cuales no le pagaron. "Considero de justicia" el reembolso y así podría, explicó, "establecer un modesto negocio de imprenta que me proporcione con qué vivir". Por otra más, fechada el 10 de julio siguiente, y dirigida a José Aguilar y Maya, fue posible saber que su petición fue aceptada: ya había recibido 411 pesos a través de dos giros.[81]

Se instaló en Tijuana. El gobernador del Territorio Norte, Carlos Trejo y Lerdo de Tejada, lo habría nombrado presidente de la Junta de Conciliación hacia 1930,[82] o director de Trabajo del Ayuntamiento de la capital;[83] sin embargo, para el 29 de enero de 1931 se quejaba de que el gobernador Trejo "no ha podido encomendarme comisión determinada alguna" y esta situación era "humillante" para él.[84]

Allí vivió nada más un lustro. Pudo imprimir, por un corto tiempo, *El Mexicano*, en Mexicali y *La Tía Juana*, en la capital bajacaliforniana, los cuales tuvieron una corta vida.[85] Todavía en enero de 1931, en la carta referida, y dirigida a Ortiz Rubio, insistía en que en Tijuana ya "están bien convencidos de que no me mezclo ni quiero mezclarme en política práctica".[86]

Siguiendo a Sánchez Azcona, al principio de la Revolución, él estuvo siempre en la terna de los inseparables maderistas, junto a Jesús Urueta (y él mismo). Juan recordó que "en más de una ocasión nos tildó de tímidos y de precavidos, prematura e injustamente". "Él y Robles Domínguez fueron, muy probablemente, los primeros convencidos de la necesidad de un movimiento de violencia [...] y más que en la renovación política soñaba en la renovación social".[87]

Los últimos años de su vida los pasó lejos de los reflectores políticos. En el "ostracismo", como lo calificó Sánchez Azcona, sin querer ya "escribir a sus amigos, para no hacerlos partícipes de amarguras que bien sabía que ellos no podían remediar".[88]

Se distinguió por ser orador en ceremonias cívicas. Manuel Neira Barragán lo describió como un "periodista, escritor, orador fogoso y de gran arrastre, de una verba convincente, que hacía a las masas enardecerse de júbilo cuando fustigaba a los tiranos y hablaba de la redención de los humildes".[89] Por su parte, Juan de Dios Bojórquez lo recordó con un temperamento propio "de un hombre para combatir con la palabra hablada y no por medio de fusiles y cañones [... su palabra era] fácil, dicción segura y elegante, además, tenía las dotes de un gran orador, de voz grave y potente, que peleaba con pasión por sus ideales revolucionarios".[90]

Murió a los 49 años en Tijuana, el 3 de abril de 1935.

[80] "Epistolario de Enrique Bordes Mangel", en José Gabriel Rivera Delgado (comp.), *Enrique Bordes Mangel: un ilustre revolucionario olvidado en Tijuana*, Tijuana, Ediciones ILCSA, 2014, p. 104.

[81] *Ibidem*, p. 109 y p. 108.

[82] Guillermo Caballero Sosa, "Enrique Bordes Mangel", en José Gabriel Rivera Delgado (comp.), *Enrique Bordes Mangel: un ilustre revolucionario olvidado en Tijuana*, Tijuana, Ediciones ILCSA, 2014, p. 46.

[83] Mario Ortiz Villacorta Lacave, "Un héroe olvidado: Enrique Bordes Mangel", en José Gabriel Rivera Delgado (comp.), *Enrique Bordes Mangel: un ilustre revolucionario olvidado en Tijuana*, Tijuana, Ediciones ILCSA, 2014, p. 56.

[84] Carta a Pascual Ortiz Rubio, "Epistolario de Enrique Bordes Mangel", en José Gabriel Rivera Delgado (comp.), *Enrique Bordes Mangel: un ilustre revolucionario olvidado en Tijuana*, Tijuana, Ediciones ILCSA, 2014, p. 113. Solicitaba al presidente que le comisionaran para algo, pero en el extranjero, como podría ser en un periódico que se estableciera en Los Ángeles.

[85] José Jesús Cueva Pelayo, "Bordes Mangel: anotaciones...", o*p. cit*., p. 50.

[86] Carta a Pascual Ortiz Rubio, "Epistolario de Enrique Bordes Mangel", en José Gabriel Rivera Delgado (comp.), *Enrique Bordes Mangel: un ilustre revolucionario olvidado en Tijuana*, Tijuana, Ediciones ILCSA, 2014, p. 110. Aprovechaba para solicitar un crédito al Banco de México por 5000 dólares, los cuales utilizaría para comprar un taller de imprenta, sacar algunos trabajos e imprimir "un periodiquito diario".

[87] Gloria Sánchez Azcona, *op. cit*., p. 112.

[88] *Idem*.

[89] Lucas Martínez Sánchez, *Monclova en la Revolución, hechos y personajes, 1910-1920*, Monclova, edición del autor, 2005, p. 24.

[90] Juan de Dios Bojórquez, *op. cit*., p. 107.

El constructo visual desde la fotografía

Rebeca Monroy Nasr*

El "Andamio" que presentamos en esta ocasión busca responder una de las preguntas más inminentes de los últimos años sobre el abordaje de los estudiantes en torno al tema de la fotografía y las diversas maneras de historiarla.

En las últimas décadas se ha visto un incremento importante en el número de estudios sobre historia y fotografía, lo que John Mraz en algún momento llamó fotohistoria. Ese término define con claridad el deseo de elaborar la historia de la fotografía mexicana, que tanta falta nos ha hecho; desde 1976, con la exposición y el libro catálogo intitulados *Imagen histórica de la fotografía en México*[1] —coordinados por Eugenia Meyer y un gran equipo de trabajo conformado por investigadores que provenían de la historia, de la antropología o de la historia del arte—, le dieron un sello particular a la imagen fotográfica analizada desde la historia social, cultural e ideológica. Con ello, toda una generación de estudiosos y fotógrafos coetáneos y contemporáneos nos percatamos de la importancia y la necesidad de abordar la historia de la fotografía en nuestro país con base también en nuestros parámetros de desarrollo puntual de las formas, estilos, temporalidades, desarrollo, temas, autores, generaciones, entre muchas otras facetas más que requeríamos de trabajar. Sabíamos que, aun cuando es una técnica que provenía del exterior, con sus equipos y materiales, y que, a pasar de nuestra dependencia tecnológica desde su descubrimiento, era importante develar nuestra historia fuera de la visualidad eurocentrista y estadounidense. Era importante encontrar nuestro desarrollo histórico, social, cultural y estético, nuestra forma de trabajar la fotografía dentro y fuera de los cánones de la época.

El trabajo pionero de Claudia Canales sobre Romualdo García[2] mostró una metodología prístina respecto de cómo abordar a los personajes, su tiempo, su contexto y su obra; un clásico ya, que dotó de sentido los estudios sobre la fotografía y sus autores. El libro de Olivier Debroise[3] ayudó a despejar el camino con la exposición, *grosso modo*, de los temas y las temporalidades; es una gran obra en la que se sustentaron muchos trabajos y tesis que devendrían después en libros. A éstos se suma el trabajo pionero de Rosa Casanova y Olivier Debroise.[4] Esa pléyade de historiadores, y otros más, dieron las pistas para poder abordar la fotografía con seriedad, metodologías, conceptos, y formas de trabajo.

Es en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, con el doctor Aurelio de los Reyes, en donde se iniciaron

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] Eugenia Meyer *et al.*, *Imagen histórica de la fotografía en México*, México, INAH / SEP / Fondo Nacional para Actividades Sociales, 1978, 160 pp.

[2] Claudia Canales, *Romualdo García: un fotógrafo, una ciudad, una época,* Guanajuato, INAH / SEP / Gobierno del Estado de Guanajuato, 1980, 153 pp.

[3] Olivier Debroise, *Fuga mexicana. Un recorrido por la fotografía en México*, México, Conaculta, 1994, 223 pp.

[4] Rosa Casanova y Olivier Debroise, *Sobre la superficie bruñida de un espejo: fotógrafos del siglo XIX*, México, FCE, 1989, 111 pp.

los estudios formales y sistemáticos, con tesis de licenciatura, maestría y doctorado. Gracias a él, después se abrió una veta de publicaciones de estos trabajos en el Instituto de Investigaciones Estéticas, conformando una serie que ha sido a todas luces muy importante en el desarrollo de los estudios acerca del tema que ahora nos interesa. Es importante no olvidar que en la antigua Escuela Nacional de Artes Plásticas, ahora Facultad de Artes y Diseño, también de la UNAM, se dieron de igual forma ejemplos notables de trabajos que, ante la falta de una historia propia o de una historia de las técnicas, se gestaron en proyectos de tesis con su propia bibliografía, como la de Laura González y la de quien esto escribe. Algunas de aquellas investigaciones estuvieron bajo la dirección de Armando Torres Michúa, y otras obras las escribieron los propios profesores, como Gale Lynn y Arturo Rosales.

Todo ello ha abierto las puertas a los estudios sobre fotografía en diversas universidades como la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Autónoma Metropolitana, la Universidad Autónoma del Estado de Morelos —en combinación con Casa Lamm—, el Instituto Mora, la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, la Universidad Autónoma de Guanajuato, entre muchas otras, que día a día dan clara muestra de la necesidad imperativa de rescatar nuestra historia fotográfica. También se ha trabajado desde el ámbito de la historia gráfica, es decir, que a partir de una serie de imágenes se reconstruya algún episodio histórico.

La preocupación de la segunda generación de quienes nos dedicamos a esta tarea es orientar a los alumnos, especialistas e interesados de esta generación que ahora se encuentra en el estrado, en los quehaceres del historiador de la fotografía para que adquieran metodologías y conceptualizaciones varias, de actualidad, pero sobre todo, para que sean capaces de crear las propias y generar conocimiento a partir del uso de la fotografía como un documento histórico, social, estético, con las variantes que todo ello significa, pero sobre todo, pensando en que desde este ámbito es posible recrear la historia de los siglos XIX, XX y ahora, con mayor razón, del siglo XXI, en el cual las imágenes saturan los espacios, las redes, la vida cotidiana. En este contexto, los estudiosos de las imágenes requieren de tener claras las formas y rumbos que pueden abrevar a la historia de las imágenes. Hoy más que nunca, con la historia reciente, presente, del hoy, precisamos de nuevas formas de acercamiento a los estudios desde el ámbito de la historia social, cultural, cultural de lo social, de la mirada, de los estudios de la visualidad, de la vida cotidiana y de cuantos enfoques podemos explorar por la vigencia de su información.

Esta compilación, que me han ayudado a realizar diversos colegas, comprende poco más de un centenar de tesis relativas a la fotografía como fuente documental y estética; la intención de presentarlas es que se observe los rumbos historiográficos con los que contamos. No son todas las que son, ni todas las que han sido, pero merecen este espacio inicial, este "Andamio" del historiador, para dar cuenta, en un primer momento, de algunos de los relatos que se han fabricado desde las aulas y las escuelas.[5]

ABSALÓN HUÍZAR, Cecilia, "Fotografías de Juan Guzmán: construcción de la Ciudad de los Deportes", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2008, 76 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2009/enero/0638493/Index.html>.[6]

ADAMS, Emily Catherine, "Análisis de una selección de artículos publicados en México en las revistas *Luna Córnea* y *Alquimia* de 1992 a 2002", tesis de licenciatura en historia del arte, Centro de Cultura Casa Lamm, México, 2004, 117 pp.

AGUAYO HERNÁNDEZ, Fernando, "Los usos sociales de la imagen. Las fotografías del Zócalo de la Ciudad de México en el Porfiriato", tesis de doctorado en historia, BUAP, Puebla, 2008, 464 + CXLV.

AGUILAR OCHOA, José Arturo, "La fotografía durante el Imperio de Maximiliano, 1864-1867", tesis de licenciatura en historia, UNAM, México, 1991, XXV, 152 pp., 119 ils. Recuperado de: <http://132.248.9.195/pmig2016/0158737/Index.html>.

ÁLVAREZ JUÁREZ, Erika Alejandra, "La fotografía de Mariana Yampolsky: un documento para la etnohistoria. Catálogo de 1500 imágenes resguardadas en la Fundación Cultural Mariana Yampolsky, A.C.", tesis de licenciatura en etnohistoria, ENAH, México, 2015, 297 pp.

ANDRADE BRISEÑO, Magdalena, "Fotografía y política educativa en el municipio de Huixtla, Chiapas.

[5] Agradezco al doctor Aurelio de los Reyes, junto con los doctores Ariel Arnal, John Mraz, Alberto del Castillo, su colaboración para elaborar esta lista, incompleta, pues muchos colegas deben tener en sus manos otras más; éste es apenas un primer acercamiento al tema, al que podrá anexarse algún día una lista complementaria. Pido disculpas a quienes he dejado fuera de ésta, por un acto involuntario, pero las limitaciones de espacio así lo requerían. Agradezco a Aída Espíndola su ayuda para transcribir y cotejar los materiales.

[6] En la UNAM las tesis se encuentran en línea, aquí incluimos su enlace.

Años 1934-1940", tesis de licenciatura en historia, UNAM, México, 2008, 141 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2008/septiembre/0631981/Index.html>.

ARNAL LORENZO, Ariel Edgardo, "La fotografía del zapatismo en la prensa de la Ciudad de México, 1910-1915", tesis de maestría en historia, Universidad Iberoamericana, México, 2002, 187 pp.

ATACH ZAGA, Linda, "Hacia la ciudadanización del líder: un recorrido por las imágenes del poder en México entre 1988 y el 2006", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2009, 56 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2009/septiembre/0648948/Index.html>.

BALCÁZAR GÓMEZ, Nidia, "Winfield Scott, fotógrafo norteamericano en Michoacán. Producción visual sobre los tipos populares. Estereotipos a la venta (1904-1908)", tesis de licenciatura en historia, UMSNH, Morelia, 2014, 201 pp.

BARAJAS BUSTOS, Irene Adriana, "Un discurso latinoamericano en la fotografía de los setenta en México. El Consejo Mexicano de Fotografía", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2007, 94 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/pd2007/0616394/Index.html>.

BARAJAS GUZMÁN, Getsemaní, "El fotomontaje de propaganda política en la revista *Futuro* (1933-1946)", tesis de licenciatura en estudios latinoamericanos, UNAM, México, 2009, 219 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2009/noviembre/0651976/Index.html>.

BONILLA MATUS, Mireya, "Instantáneas del peatón en San Juan de Letrán en la década de 1950, Ciudad de México", tesis de licenciatura en historia del arte, Universidad Iberoamericana, México, 2002, 138 pp.

CÁRDENAS BARRIOS, Brenda Stella, "¿Ficción como realidad o realidad como ficción?: la obra de Fernando Montiel Klint", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2009, 67 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2009/febrero/0639212/Index.html>.

CASTILLO MONTENEGRO, María Luisa, "El registro de la imagen a través del tiempo: el cambio en la forma de mirar, Tetitla una muestra", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2008, 120 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2009/febrero/0639627/Index.html>.

DÁVILA JIMÉNEZ, Ana Lilia, "La resignificación de la fotografía en la obra de Rosângela Renó", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2009, 64 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2009/febrero/0639904/Index.html>.

DEL CASTILLO TRONCOSO, Alberto, "Memoria y representaciones. La fotografía y el movimiento estudiantil de 1968", tesis de doctorado en historia, BUAP, Puebla, 2011, 417 pp.

DOROTINSKY ALPERSTEIN, Deborah, "La vida de un archivo. 'México indígena' y la fotografía etnográfica de los años cuarenta en México", tesis de doctorado en historia del arte, UNAM, México, 2003, 462 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ppt2002/0318726/Index.html>.

ESCORZA RODRÍGUEZ, Daniel, "'Tengo o hago la fotografía que Ud. Necesite'. La fotografía de la agencia Casasola y el fotoperiodismo en México, 1912-1921", tesis de doctorado en historia y etnohistoria, ENAH, México, 2014, 351 pp.

FAJARDO TAPIA, David, "Fotografía y violencia en el Porfiriato tardío, 1900-1911", tesis de maestría en historia, UNAM, México, 2014, 189 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2014/junio/301066813/Index.html>.

FIGARELLA MOTA, Mariana, "Edward Weston y Tina Modotti en México. Su inserción dentro de las estrategias estéticas del arte postrevolucionario", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 1995, 203 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/pmig2016/0224150/Index.html>.

FIGUEROA FUENTES, Valeria Isabel, "Fotografía desde la ciencia: las técnicas y aplicaciones fotográficas en la prensa científica (1871-1914)", tesis de licenciatura en historia, UNAM, México, 2016, 51 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2016/abril/0743829/Index.html>.

GARCÍA ARÉVALO, Mauricio, "Fotografía de gran formato en el ámbito del foto estudio: acercamiento a su desarrollo y práctica actual a través de su cultura material", tesis de doctorado en arqueología, ENAH, México, 2018, 367 pp.

GARCÍA CÁRDENAS, Oralia, "Una mirada desde el poder: el movimiento estudiantil de 1968 en la lente de Manuel Gutiérrez Paredes", tesis de licenciatura en historia, ENAH, México, 2014, 237 pp.

_____, "Imaginarios del México posrevolucionario a través de la mirada de Manuel Gutiérrez Paredes (1939-1970)", tesis de maestría en historia y etnohistoria, ENAH, México, 2016, 170 pp.

GARCÍA GARCÍA, Laura Nelly, "Presencia de la mujer en la fotografía. Participación política y social", tesis de licenciatura en historia, UNAM, México, 2006, 88 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/pd2007/0609920/Index.html>.

GARCÍA MARTÍNEZ, Verónica, "Fotografía y militancia en América Latina: políticas de la memoria

en las formas y los contenidos fotográficos de Rodrigo Moya", tesis de licenciatura en estudios latinoamericanos, UNAM, México, 2017, 205 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2017/mayo/305202318/Index.html>.

GAUTREAU, Marion, "Les photographies de la Révolution Mexicaine dans la presse illustrée de Mexico (1910-1940): de la chronique à l'iconisation", tesis de doctorado en études romanes-espagnol, Université Paris IV-Sorbonne, 2007, 392 pp.

GERBER BICECCI, Verónica, "Imágenes inexactas: microhistoria de la fotografía encontrada, doméstica y de aficionados", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2013, 74 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2013/marzo/400062073/Index.html>.

GLUZGOLD COVO, Sandra, "La fotografía en la práctica historiográfica: ¿ilustración o fuente? El caso de México", tesis de doctorado en historia, Universidad Iberoamericana, México, 2006, 308 pp.

GÓMEZ PÉREZ, Graciela, "Antonio Cortés Vázquez: fotógrafo de arquitectura colonial de principios del siglo XX", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2010, 58 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptb2010/octubre/0663115/Index.html>.

GONZÁLEZ CRUZ MANJARREZ, Maricela del Rosario, "Juan Guzmán en México. Fotoperiodismo, modernidad y desarrollismo en algunos de sus reportajes y fotografías de 1940 a 1960", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2003, 270 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ppt2002/0315924/Index.html>.

GONZÁLEZ FLORES, Laura María, "La cianotipia. Un proceso fotográfico alternativo en la plástica", tesis de licenciatura en artes visuales, UNAM, México, 1985, 108 pp.

GRESS CARRASCO, Irene, "Juan Crisóstomo Méndez Ávalos fotógrafo poblano", tesis de licenciatura en historia, UNAM, México, 2017, 121 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2017/marzo/306110409/Index.html>.

HERRERA DE LA CRUZ, Daniela Ivonne, "Cartomancia fotográfica: el *Tarot chilango* de José Raúl Pérez", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, 2016, 89 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2016/junio/408005537/Index.html>.

HERNÁNDEZ LARA, Karla Azucena, "El cuerpo, la vida y la fotografía. Álbum de Ana Casas", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2011, 76 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptb2011/diciembre/0675646/Index.html>.

JÁCOME MORENO, Cristóbal Andrés, "Las construcciones de la imagen. La serie del conjunto urbano Nonoalco-Tlatelolco de Armando Salas Portugal", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2008, 55 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2009/enero/0638579/Index.html>.

JASSO MORALES, Paola Judith, "Kati Horna: identidad, imagen y memoria. Una aproximación contemporánea", tesis de licenciatura en historia, UNAM, 2014, 116 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2014/abril/301085733/Index.html>.

JUÁREZ LUÉVANO, Argelia, "*La calle lee*, una denuncia testimonial que exhibe injusticia social. Fotoensayo de Nacho López", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2015, 119 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2015/octubre/401059254/Index.html>.

LAUREANO MARTÍNEZ, Lilia, "Fotorretratos de artistas de 1918-1996, una mirada a la Compañía Industrial Fotográfica", tesis de doctorado en historia del arte, UAEM-Centro de Estudios Casa Lamm, A. C., 2010, 500 pp.

LEDESMA PÉREZ, Brenda Verónica, "Técnica y géneros fotográficos en transición: fotografía e instantaneidad (1871-1900)", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2013, 53 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2013/junio/511021534/Index.html>.

LÓPEZ ALCÁNTARA, Benjamín, "Paradojas en la representación documental. El trabajo fotográfico de Maya Goded", tesis de Maestría en Historia del Arte, UNAM, México, 2012, 95 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2015/anteriores/filosofia/0723266/Index.html>.

MACÍAS GUZMÁN, Eugenia, "El acervo fotográfico de las expediciones de Carl Lumholtz en México: miradas interculturales a través de procesos comunicativos fotográficos", tesis de doctorado en historia del arte, UNAM, México, 2011, 492 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptb2011/marzo/0667619/Index.html>.

MACIAS OSORNO, Vania, "Momentos de indulgencia: *Drop Dead Gorgeous*. Fotografías de Daniel Edburg", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2009, 62 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2009/julio/0645545/Index.html>.

MALAGÓN GIRÓN, Beatriz Eugenia, "La fotografía de Winfield Scott. Entre la producción comercial y la calidad estética de la fotografía", tesis de doctorado en historia del arte, UNAM, México, 2003,

530 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ppt2002/0319933/Index.html>.

MALDONADO VALERA, Acacia Ligia, "Manuel Ramos en la prensa ilustrada capitalina de principio de siglo XX: 1897-1913", tesis de licenciatura en historia, UNAM, México, 2005, 242 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptb2005/01021/0341397/Index.html>.

_____, "La mirada disidente de Rodrigo Moya: representaciones fotográficas de marchas y protestas políticas, 1958-1973", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2008, 114 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2008/septiembre/0631427/Index.html>.

MALTÉS GONZÁLEZ, Carlos Rubén, "Arqueología de la imagen. Fotografías de la exposición científica de Cempoala, 1890-1891", tesis de maestría en arqueología, ENAH, México, 2006, 123 pp.

_____, "Retratar la memoria: pasado prehispánico, fotografía y discurso oficial", tesis de doctorado en estudios mesoamericanos, UNAM, México, 2014, 203 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2014/marzo/508006393/Index.html>.

MASSÉ ZENDEJAS, Patricia, "La fotografía en la Ciudad de México en la segunda mitad del siglo XIX (La Compañía Cruces y Campa)", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 1993, 204 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/pmig2016/0192327/Index.html>.

_____, "Juan Antonio Azurmendi: historiar una colección fotográfica y construir a un autor", tesis de doctorado en historia, BUAP, Puebla, 2013, 412 pp.

MATABUENA, Teresa, "Usos y conceptos de la fotografía durante el Porfiriato", tesis de maestría en historia, Universidad Iberoamericana, México, 1991, 236 pp.

MEDINA HERNÁNDEZ, Aura Mariana, "Representaciones femeninas: concursos nacionales de fotografía en *El Mundo Ilustrado* (1896-1905)", tesis de licenciatura en historia, UNAM, México, 2014, 169 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2014/octubre/306207859/Index.html>.

MELGOZA PÉREZ, Rosa Elena, "Fotografía y concepto en el Grupo Março. Acción participativa - Estética del registro", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, 2009, 55 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2009/febrero/0640150/Index.html>.

MENA BRITO Sánchez, Llamil Hassan, "*Rotofoto*. La fotografía, el chiste y el cuerpo en el contexto de 1938", tesis de licenciatura en historia, UNAM, 2010, 132 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2010/marzo/0655146/Index.html>.

MILLÁN VARGAS, Paulina, "Trayectoria fotográfica de Juan Rulfo. Una visión panorámica. (1917-1962)", tesis de licenciatura en historia, UNAM, 2008, 177 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/pd2008/0628051/Index.html>.

_____, "Las fotografías de Juan Rulfo en la Comisión del Papaloapan 1955-1957", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2010, 141 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptb2010/octubre/0663889/Index.html>.

MIRANDA SANTOS, Martha Rosa, "Lo permanente de lo efímero. La Colección Manuel Ramos de la Fototeca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH", tesis de licenciatura en historia, UNAM, México, 2005, 118 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptb2005/01021/0343061/Index.html>.

MIRANDA TAPIA, Eunice, "La presencia de la familia en la fotografía contemporánea: de lo privado a lo público (1986-2016)", tesis de doctorado en historia del arte y gestión cultural en el mundo hispánico, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, 2017, 540 pp.

MONDRAGÓN ALBARRÁN, Hidalgo, "Julia Margaret Cameron artífice de la fotografía: la construcción de su ideal", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2013, 84 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2014/enero/0708048/Index.html>.

MONTELLANO BALLESTEROS, Francisco Daniel, "C.B. Waite, profesión fotógrafo", tesis de licenciatura en historia, UNAM, México, 1989, 285 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/pmig2018/0102147/Index.html>.

MONROY MUÑOZ, Adriana, "Identificación de la fotografía como patrimonio documental a través de la catalogación", tesis de maestría en bibliotecología y estudios de la información, UNAM, México, 2010, 155 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2010/enero/0653112/Index.html>.

MONROY NASR, Rebeca, "'De la cámara obscura a la Instamatic'. Apuntes sobre tecnología alternativa en la fotografía", tesis de licenciatura en artes visuales, UNAM, 1987, 238 pp.

_____, "Fotografía de prensa en México: un acercamiento a la obra de Enrique Díaz, Delgado y García", tesis de doctorado en historia del arte, UNAM, México, 1997, 615 pp.

MORA VELASCO, Alejandra, "Eligio Zárate, vendedor de ilusiones: fo-

tografía retocada y modernidad en el Valle de Etla, Oaxaca", tesis de licenciatura en historia del arte, Universidad Iberoamericana, México, 1997, 171 pp.

MORALES FLORES, Mónica, "Rodrigo Moya, fotorreportero y el Frente Guerrillero 'Edgar Ibarra'", tesis de maestría en historia moderna y contemporánea, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 2007, 244 pp. Recuperado de: <https://biblioteca.mora.edu.mx/exlibris/aleph/a22_1/apache_media/E9TXYUIEFBY9T1TQMJ4LP5UEEPR8SC.pdf>.[7]

_____, "Nicaragua 1979. La mirada de Pedro Valtierra. La cobertura fotoperiodística de la revolución Sandinista en el diario *Unomásuno*", tesis de doctorado en historia y etnohistoria, ENAH, 2014, 412 pp.

NAVARRO CASTILLO, Raquel, "Héctor García y 'F.2.8. La vida en el instante' en *Últimas Noticias*. Segunda Edición de *Excélsior* (1958-1960)", tesis de Maestría en Historia y Etnohistoria, ENAH, 2012, 188 pp.

_____, "La consolidación de una carrera fotoperiodística. Héctor García 1960-1985", tesis de doctorado en historia y etnohistoria, ENAH, México, 2018, 235 pp.

NEGRETE ÁLVAREZ, Claudia, "Valle-to hermano: fotógrafos mexicanos de entresiglos", tesis de licenciatura en historia, UNAM, 2000, 217 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/pd2000/279065/Index.html>.

_____, "Historias narradas con luz. Tres décadas de labor cinefotográfica de Alex Phillips (1921-1949)", tesis de doctorado en historia del arte, UNAM, México, 2009, 397 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2009/mayo/0643406/Index.html>.

NÚÑEZ DE ÁLVAREZ Pardavé, Azul, "Fumar es un placer: las mujeres en la fotografía publicitaria de El Buen Tono (1926-1928)", tesis de licenciatura en historia, ENAH, México, 2016, 131 pp.

OSEGUERA PIZAÑA, Isaura Silvia, "Lo que nos dicen las imágenes: las fotografías del Instituto Mexicano del Seguro Social (1958-1964)", tesis de licenciatura en historia, UNAM, México, 2005, 106 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/pdtestdf/0342112/Index.html>.

_____, "Fotografía y vanguardia. Dos ejemplos de fotografía de arquitectura de Nacho López: la Capilla abierta de Cuernavaca (1958) y la Exposición Internacional 'México Construye' (1962)", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2007, 61 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2015/anteriores/filosofia/0723891/Index.html>.

_____, "Arno Brehme en Monterrey: la fotografía de la arquitectura moderna en dos ejemplos (1942-1954)", tesis de doctorado en historia del arte, UNAM, México, 2018, 255 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2018/enero/0769982/Index.html>.

ORTIZ REYES, Isis, "La he visto: estrategias subversivas de representación en la obra de Sophie Calle", tesis de maestría en estudios de la mujer, UAM-Xochimilco, 2009, 126 pp.

PADILLA POLA, Alejandra, "A través de la mirada. La fotografía como fuente para la investigación social: Mixcoac y San Pedro de los Pinos, 1920-1994", tesis de licenciatura en historia, UNAM, México, 2007, 285 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2008/junio/0628625/Index.html>.

PASILLAS MENDOZA, Abigail, "Fotografía latinoamericana contemporánea: Marcos López y Vik Muniz", tesis de licenciatura en estudios latinoamericanos, UNAM, México, 2008, 60 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195ptd2015/anteriores/filosofia/0733208/Index.html>.

_____, "El historiador y su archivo. Reflexiones en torno a la *no*-colección fotográfica de Olivier Debroise donada al Munal", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, 2010, 188 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptb2010/octubre/0663762/Indexhtml>.

_____, "Museos y fotografía. La colección del Museo Nacional de Arte: entre la historiografía y la formación de acervos", tesis de doctorado en historia del arte, UNAM, México, 2017, 274 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2017/marzo/400064132/Index.html>.

PÉREZ ALVARADO, José Raúl, "La Caravana del hambre. Movimiento de los Mineros de Nueva Rosita, Coahuila vista por los Hermanos Mayo", tesis de licenciatura, UNAM, México, 2013, 134 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2013/febrero/099223520/Index.html>.

_____, "Ángeles Torrejón. Fotorreportera en Chiapas, 1994", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, 2016, 127 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2016/octubre/099223520/Index.html>.

PEÑALOZA MÉNDEZ, Ernesto, "Proyectos curatoriales de la Colección Luis Márquez Romay del Archivo

[7] En el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora las tesis también se encuentran en línea, aquí incluimos su enlace.

Fotográfico Manuel Toussaint del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM: *Desnudos*, *1926-1932*, *Luis Márquez en la Feria Mundial de Nueva York*, *1939-1940*, *De luces y sombras. Gabriel Figueroa y Luis Márquez Romay, 1920-1951*", tesis de licenciatura en historia, UNAM, 2010, 75 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2015/anteriores/filosofia/0723895/Index.html>.

PERZABAL LOSADA, Jimena, "Tres fotógrafos contemporáneos y el Centro Histórico de la Ciudad de México. Un estudio comparativo", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2009, 59 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2009/octubre/0650416/Index.html>.

PRETELIN RÍOS, Claudia Silvina, "'Usted aprieta el botón, nosotros hacemos el resto'. Anuncios de cámaras fotográficas Kodak 1888-1910", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2010, 119 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptb2011/abril/0668486/Index.html>.

_____, "*Let Kodak keep the story*: anuncios de cámaras y productos fotográficos Kodak, 1920-1940", tesis de doctorado en historia del arte, UNAM, México, 2016, 338 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2016/abril/509010005/Index.html>.

QUIÑONES MARTÍNEZ, Marcela, "Mujeres indígenas a través de la lente de Frida Hartz", tesis de maestría en estudios de arte, Universidad Iberoamericana, México, 2013, 53 pp.

QUIROGA CASTRO, Patricia, "Policías, ilegales y *cowboys*", tesis de maestría en estudios de arte, Universidad Iberoamericana, México, 2013, 104 pp.

RAGASOL VALENZUELA, Tania, "La identidad del fotógrafo en los años 80: las instalaciones fotográficas de Gerardo Suter", tesis de licenciatura en historia del arte, Universidad Iberoamericana, México, 1997, 260 pp.

RAMÍREZ SALGADO, Adriana, "Dos artistas serranos, una memoria colectiva: el caso de Ismael Guerrero Bravo y Gilberto Aparicio Guerrero", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2010, 105 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2010/febrero/0653906/Index.html>.

RAMOS DE HOYOS, Melisa, "Definición e historia de la fotografía construida en la Ciudad de México", tesis de licenciatura en historia del arte, Universidad Iberoamericana, México, 1997, 167 pp.

RODRÍGUEZ AGUILAR, Susana, "La mirada crítica del fotorreportero Pedro Valtierra (1977-1986)", tesis de maestría en historia, UNAM, 2012, 317 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2012/junio/0680870/Index.html>.

RODRÍGUEZ CARRILLO, Abel, "Imagen y oficios de Yucatán. Una aproximación desde la Antropología Visual", tesis de licenciatura en antropología, UdeG, Guadalajara, 2014, 185 pp.

RODRÍGUEZ GARCÍA, Margarita Lourdes, "Benjamín West Kilburn: una mirada al mexicano y al México de 1873", tesis de maestría en historia y etnohistoria, ENAH, México, 2009, 107 pp.

RODRÍGUEZ MÉNDEZ, María de las Nieves, "Apuntes para el estudio de la fotografía y el muralismo en México", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2008, 103 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2008/octubre/0635121/Index.html>.

RODRÍGUEZ RAMÍREZ, José Antonio, "Lo fotográfico mexicano: fotografía, violencia e imaginario en los libros de viajeros extranjeros en México, 1987-1917", tesis de doctorado en historia del arte, UNAM, México, 2013, 322 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2013/septiembre/0701246/Index.html>.

ROMÁN ALVARADO, Abe Yillah, "Tiempos de convicción: estética y fotoperiodismo en Enrique Bordes Mangel", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2008, 111 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2009/enero/0638429/Index.html>.

ROMÁN GASPAR, José Agustín, "El material fotográfico como fuente de la memoria local. Creación y catalogación del archivo fotográfico del Mineral del Chico", tesis de licenciatura en antropología, ENAH, México, 2000, 384 pp.

_____, "Memoria visual: una forma de lucha por el Derecho a la Memoria. La historia de los usos de la fotografía y los productos visuales en Argentina (1976-2006)", tesis de maestría en historia y etnohistoria, ENAH, México, 2006, 109 pp.

_____, "La memoria política: proceso socio-político-cognitivo-continuo", tesis de doctorado en historia y etnohistoria, ENAH, México, 2015, 2000 pp.

RUBIO DE LOS SANTOS, Mariana, "Retratos de luz, mercurio y plata: dos daguerrotipos del Museo Franz Mayer", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2016, 105 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2016/mayo/514022200/Index.html)

RUIZ PÉREZ, Blanca Magdalena, "Física y fábula: Carlos Jurado, Antifotografía con cámaras de cartón sin lente", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2009, 73 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2010/enero/0652910/Index.html>.

SÁNCHEZ BARROS, Berenice Irasema, "La construcción de la mirada fotoperiodística del levantamiento del EZLN en *La Jornada*, de 1994-1996", tesis de maestría en historia y etnohistoria, ENAH, México, 2014, 124 pp.

SÁNCHEZ RIVAS, Raciel, "Walter Benjamin: de la fotografía de retrato al retrato del mundo", tesis de licenciatura en filosofía, UNAM, 2015, 67 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2015/febrero/306225349/Index.html>.

SUSI, Anna, "Identidades. De la Bienal de Gráfica a los Coloquios Latinoamericanos de Fotografía", tesis de maestría en estudios latinoamericanos, UNAM, México, 2009, 178 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2009/agosto/0646361/Index.html>.

_____, "Fotografía y guerrilla en América Latina. Antonio Turok y la construcción del subcomandante Marcos", tesis de doctorado en estudios latinoamericanos, UNAM, México, 2014, 327 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2014/noviembre/507452230/Index.html>.

SUZUKI SATO, Kimie, "Estudio de un grupo representativo de daguerrotipos localizados en la ciudad de México. Diagnóstico del estado de conservación y propuesta de conservación", tesis de licenciatura en restauración de bienes muebles, ENCRyM, México, 1999, 205 pp.

TOLEDO MARTÍNEZ, Hayde Yazmín, "La fotografía de Sebastião Salgado como documento estético e histórico en el Movimiento de los Sin Tierra", tesis de licenciatura en estudios latinoamericanos, UNAM, México, 2005, 145 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptb2005/01027/0349608/Index.html>.

TORRES LUNA, Yoania Alejandra, "Marco Antonio Cruz López. Una mirada documental a los indigentes de la ciudad de México", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2009, 112 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2009/diciembre/0652157/Index.html>.

TORRES FREYERMUTH, Gabriela Leonor, "Los oficios de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, a través del lente de Vicente Kramsky (1960-1970)", tesis de licenciatura en historia, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2013, 76 pp. Recuperado de: <https://biblioteca.mora.edu.mx/exlibris/aleph/a22_1/apache_media/9IR9YMCH7IGSKSVIN7JSBKT1VRMC76.pdf>.

_____, "La lente oculta de Marianne Gast (1910-1958). Propuesta para una exposición temporal sobre la vida y obra de la fotógrafa Marianne Gast", tesis de maestría en museología, ENCRyM, México, 2017, 218 pp.

TORRES RINCÓN GALLARDO, Claudia, y Denisse MUÑOZ MUÑOZ, "La 8ª Bienal de Fotografía en México 1997: selección y expresión", tesis de licenciatura en historia del arte, Universidad Iberoamericana, 2003, 148 pp.

URIBE EGUILUZ, Mayra N., "Una aproximación a la Compañía México Fotográfico y la promoción del turismo a finales de los años veinte", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, 2011, 141 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptb2011/reemplazo/0134493/Index.html>.

VARGAS MARTÍNEZ, Sonia Patricia, "*Nan Goldin,* Vida propia", tesis de especialidad en historia del arte, UNAM, México, 2007, 69 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/pd2007/0618693/Index.html>.

_____, "Nan Goldin, la intimidad en revuelta, la intimidad devuelta", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2009, 51 pp. Recuperado de: <http://132.248.9.195/ptd2009/febrero/0639954/Index.html>.

ZARAGOZA LUNA, Samanta Norma, "Las neozapatistas en el fotoperiodismo (México, 1994-1996)", tesis de doctorado en ciencias sociales con especialidad en mujer y relaciones de género, UAM, 2012, 404 pp.

El ocaso del diezmo

Beatriz Lucía Cano Sánchez*

Carlos Alberto Ortega González, *El ocaso de un impuesto. El diezmo en el arzobispado de México, 1810-1833*, México, Instituto Mora, 2015, 298 pp.

Los estudios sobre la fiscalidad han adquirido relevancia en el ámbito de la historia económica, pues no sólo buscan entender el aspecto cuantitativo del cobro de gravámenes, sino también la respuesta social que generaba. En *El ocaso de un impuesto...*, Carlos Alberto Ortega González analiza, con gran detenimiento, la manera en la que el sistema tributario eclesiástico decayó, entre los años de 1810 y 1833, como consecuencia de la emergencia de un nuevo sistema político y del menoscabo del poder coercitivo de la Iglesia católica. El libro que a continuación se reseña está compuesto de cuatro capítulos. En el primero se menciona que el diezmo era una potestad fiscal otorgada a las autoridades eclesiásticas y que llegó a convertirse en una estructura tributaria paralela a la de la Corona española, misma que tenía una injerencia menor en su recolección y administración. Dicha situación se modificó con la promulgación de la Ordenanza de Intendentes (1786), pues introducía reformas en el método de la recolección y distribución del diezmo. El objetivo era convertir el cobro del diezmo en un atributo de la Corona, pero este proyecto no logró los resultados esperados.

El autor menciona que la renta decimal se impuso a todas las actividades y debía ser pagada por todos los sectores sociales. Aunque en un principio se estableció que los indígenas estaban exentos de contribuir por los "productos de la tierra", se determinó que debían hacerlo cuando se tratara de "productos de Castilla" o cuando obtuvieran beneficios por trabajar como arrendatarios o terrazgueros. También se les impusieron otros dos tipos de gravámenes de carácter especial: el diezmo de conmutación, que era la sustitución de los diezmos generales por maíz o por dinero, y el diezmo real casero o de aves, por el cual se pagaba un real por las aves y animales que se criaban en las casas.

Carlos Ortega señala que la recaudación, administración y distribución de la renta decimal implicaba un complejo sistema administrativo. La oficina principal era la hacedora; contaba con dos jueces hacedores que tenían varias

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

funciones: el cobro del diezmo, la imposición de sanciones a los causantes y la revisión de las cuentas de los colectores. En el caso de los colectores, podían pedir la participación de interventores o visitadores para realizar detalladas auditorias de las cuentas decimales. Para garantizar el cobro del diezmo, estos tipos de jueces imponían sanciones que iban desde la excomunión hasta la coacción por la vía civil. También existían otras dependencias que cumplían varias funciones: en la contaduría de diezmos se realizaba el cálculo y reparto de las asignaciones de dinero por medio de dos contadores; en la clavería se guardaban los caudales que eran vigilados por dos prebendados; en la notaría de impuestos se depositaban las escrituras otorgadas por los colectores y los causantes.

En el caso del arzobispado de México se instituyeron dos tipos de procedimientos para cobrar el diezmo: el primero fue el arrendamiento, mediante el cual el Cabildo Catedralicio concedía al mejor postor la facultad para recolectarlo, y el segundo era la administración directa, en ella se nombraba a las personas encargadas del cobro. Dentro de la jurisdicción del arzobispado, se crearon 25 colecturías, que a su vez se dividían en subcolecturías o partidos. Como pago por su servicio, las personas dedicadas a esta actividad recibían entre 5 y 8% de lo recaudado, y cuando se trataba de poblaciones de indios, podían llegar a percibir hasta 20%. Las autoridades eclesiásticas determinaron que la producción agropecuaria, en general, pagaría 10% de su valor, pero algunos productos contribuían con cuotas menores, como sucedió con el azúcar, el pulque, la leche, el queso, la miel de azúcar y la panocha.

En el segundo capítulo se plantea que la recolección del diezmo comenzó a tener complicaciones, merced a la Guerra de Independencia, que ocasionó la desarticulación del sistema fiscal a tal grado que la recaudación sufrió un descenso sustancial. El análisis pormenorizado de los años de 1806 a 1821 muestra, en términos generales, que la actividad anual tenía una tendencia negativa. Durante ese periodo se pueden observar notables variaciones. Así, entre 1806 y 1810 se percibe un alto nivel de ingresos decimales con una tasa de crecimiento anual de 1.8%, entre 1812 y 1816 la tasa de crecimiento fue negativa (−16.7%). El autor explica que este comportamiento fue resultado de cinco factores: la imposición de impuestos extraordinarios, los préstamos forzosos o confiscaciones ejecutadas por las fuerzas realistas, la intervención de los insurgentes en la fiscalidad eclesiástica, el saqueo y destrucción de las casas de colecturía, y la resistencia de los causantes al pago del diezmo.

Entre 1817 y 1820 hubo una recuperación moderada con un crecimiento anual de 18%, mismo que se explica por el debilitamiento del movimiento insurgente y la consiguiente reactivación de la producción agropecuaria. Sin embargo, entre 1820 y 1823 se manifestó un descenso considerable. Carlos Ortega presenta el caso de la colecturía de Otumba para ejemplificar el complejo comportamiento de la renta decimal entre los años de 1810 y 1821, el cual mostró una tasa de crecimiento descendente entre 1810 y 1815 por tres factores: la desarticulación de los mecanismos recaudatorios, la disminución de la producción agropecuaria y la resistencia al pago del diezmo. A pesar de ello, en 1817 se produjo un aumento gracias al restablecimiento de la paz y a las medidas coercitivas aplicadas a los causantes, tal como sucedió con los cosecheros del pulque, a quienes se les exigió el pago retroactivo del diezmo correspondiente a los años de 1813 a 1818.

El tercer capítulo analiza la manera en que se reestructuró el sistema tributario eclesiástico en el periodo independiente para garantizar la recuperación de los ingresos decimales. Con un nuevo orden político, la nación debía determinar de qué manera se afrontarían los asuntos eclesiásticos, entre los cuales se encontraba el cobro de los diezmos. Durante el imperio de Iturbide se tomó la decisión de que su recolección debía seguir en manos de la institución religiosa, pero con la proclamación de la primera república federal se produjeron cambios significativos, pues la cobranza estaría a cargo de las entidades federativas, situación que generó conflictos de jurisdicción entre las autoridades civiles y eclesiásticas. Estados como Guanajuato, Jalisco, Querétaro y México promovieron la abolición de las contadurías y la creación de juntas que realizaran los cobros.

En la confrontación por el cobro del diezmo, la Iglesia sería la

que sufriría los peores resultados, pues requería de las autoridades civiles para coaccionar a los causantes. Carlos Ortega menciona que en el periodo de 1821 a 1833 se pueden observar tres etapas en el cobro del diezmo: la primera, de 1821 a 1823, ostentó una tasa de crecimiento anual de 124.9%, gracias al periodo de paz y al apoyo de las autoridades mencionadas para la recolección; la segunda, de 1824 a 1828, tuvo una tasa de crecimiento de 6.9%; y la tercera, de 1829 a 1833, evidenció un decrecimiento (−9.4%), debido a fenómenos climáticos (sequías, heladas y plagas), la inestabilidad política, el deterioro de las unidades productivas, el menoscabo de la recaudación territorial, el incremento de la resistencia fiscal de los causantes y los desajustes en los procedimientos administrativos del sistema tributario eclesiástico.

El golpe de gracia a la renta decimal se produjo en 1833, cuando Valentín Gómez Farías decretó la abolición de la coacción civil en el cobro de la renta decimal, lo cual representó un duro revés para la Iglesia y para los estados en materia fiscal. Esa disposición formaba parte de un amplio proyecto de reformas cuya intención última era consolidar el poder civil. El autor advierte que la crisis de la renta decimal no sólo se podía atribuir a la inestabilidad política, sino también a la resistencia fiscal: los causantes ocultaban su cosecha, se negaban a pagar, las autoridades no ejercían presión para el cobro de los impuestos, además de que algunos productos, como el trigo, la cebada, el maíz, el ganado, el pulque, la miel y el azúcar, tuvieron una depreciación en sus costos. En términos globales, la recaudación decimal en el arzobispado de México, entre 1821 y 1833, mostró una tendencia descendente, aunque hubo diferencias en la recolección de las colecturías, pues algunas mantuvieron una alta percepción. Sin embargo, para 1830 era evidente que había una profunda desarticulación del sistema tributario eclesiástico de la diócesis mexicana, derivado, en cierta forma, del aumento de las unidades productivas (haciendas, ranchos, pueblos de indios) que no diezmaban, de los cambios en el ámbito de la propiedad de la tierra y de la resistencia fiscal.

En el último capítulo, Carlos Ortega González estudia el fenómeno de la renuencia al pago del diezmo entre los años de 1810 y 1833. Menciona que las formas de resistencia fiscal variaron. La primera manifestación era la morosidad de los causantes, fenómeno común entre los hacendados que no cumplían con los plazos de los pagos; el aplazamiento fluctuaba entre seis meses y cuatro años. Otras formas eran la ocultación del producto que se debía tributar, su venta sin declarar el importe, pagar sólo una parte del diezmo, entregar semillas de baja calidad o con ganado joven y la oposición de los causantes. De acuerdo con el autor, existen varios factores que explicarían la resistencia: la percepción de que el sistema fiscal era injusto, una administración tributaria coactiva u opresiva, una administración tributaria ineficaz, la pérdida de la capacidad de imposición, la influencia grupal sobre el comportamiento individual, así como la predisposición ideológica hacia la autoridad fiscal. Para garantizar el pago del diezmo, los colectores utilizaban diversas estrategias: la amenaza de excomunión, la visita recurrente antes de vencerse el plazo del pago, la amonestación y la utilización del poder secular. Cuando la presencia del colector no bastaba para conseguir la recaudación, se apelaba a la reconvención de las personas facultadas jurídicamente para asumir la responsabilidad del deudor y, en casos extremos, a la autoridad civil para proceder judicialmente contra los infractores.

Carlos Ortega menciona que a finales de 1833, los casos de resistencia al pago del diezmo se multiplicaron en el territorio del arzobispado, situación que se agravó a causa de la ausencia de un gobierno secular que auxiliara en su recolecta. Varios factores afectaron el devenir del diezmo como impuesto: la inestabilidad política —que originó el saqueo de las colecturías—, la desarticulación de los mecanismos administrativos de recaudación, la situación de guerra y el menoscabo de la producción agropecuaria por la destrucción de las unidades productivas. Como epílogo, el autor analiza la recaudación decimal entre los años de 1834 y 1845, periodo en el que identificó tres etapas: la primera, de 1834 a 1836, la cual registró un crecimiento anual de 68.4%, producto de la fuerte presencia política de la Iglesia, el apoyo brindado por el gobierno del Estado de México,

además de la relativa estabilidad política y la reforma al sistema tributario; la segunda, de 1837 a 1840, cuyo crecimiento anual fue de 24.8%, debido a que se realizó una reforma, en 1839, la cual promovió las igualas como un medio de solventar el problema de la recolección, así como la aplicación de mecanismos coercitivos más efectivos; y la tercera, de 1841 a 1845, con una tendencia de 97.7%. A pesar de los datos anteriores, Carlos Ortega concluye que la situación de recolección del diezmo posterior a 1833 fue en descenso, pues ese impuesto ya no se consideraba una contribución obligatoria sino una limosna, aunque advierte que las arcas de la Iglesia nunca se vaciaron, porque un sinnúmero de fieles aportaba sin necesidad de incurrir en la coacción.

Como se puede apreciar por lo expuesto anteriormente, el libro de Carlos Alberto Ortega reconstruye de manera magistral la historia del diezmo en la diócesis de México y las razones políticas y económicas que ocasionaron su decadencia. No me cabe la menor duda de que este libro se convertirá en un clásico de la historiografía económica, puesto que aporta una interpretación novedosa de un fenómeno que, hasta este momento, había sido escasamente estudiado, pese a la importancia que tenía para las finanzas eclesiásticas.

Andanzas de un liberal

Rogelio Jiménez Marce*

Beatriz Lucía Cano Sánchez, *Andanzas de un liberal queretano. Hilarión Frías y Soto*, México, INAH-Secretaría de Cultura, 2016, 436 pp.

Existen escasos trabajos de investigación histórica que se dedican a escudriñar la vida y obra de los personajes decimonónicos mexicanos, tarea que resulta complicada en virtud de los variados campos a los que se dedicaron, desde la política hasta la escritura, y la fructífera producción que —en muchos casos— llegaron a tener. Éste es el caso de José Hilarión Rafael Jesús de los Dolores Frías y Soto, cuya biografía es presentada por Beatriz Cano Sánchez en el libro titulado *Andanzas de un liberal queretano*... Los pasos de este personaje, nacido en 1831 en Querétaro y que se formó como médico en la Ciudad de México, se pueden observar en la ilustración que aparece en la portada del libro, pues aunque en la parte central se presenta a un elegante hombre, delgado, con una nariz prominente y un gran bigote perfectamente cuidado, en realidad llaman la atención las tres escenas que aparecen a su alrededor y que hacen alusión a distintas actividades: la política (Congreso), la escritura (la

* Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, BUAP.

prensa) y el teatro cómico (zarzuelas). Lo curioso del asunto es que en las tres escenas se distinguen personas que pelean a puñetazos. De hecho, no sería descabellado pensar que uno de los combatientes de la escena de la zarzuela sea nuestro personaje principal. La alusión a los combates, en los tres escenarios mencionados, denotaba uno de los rasgos característicos de la personalidad de Hilarión Frías, pues este hombre era reconocido por la severidad de los comentarios que publicaba en la prensa y por la manera en que defendía sus posturas políticas en la tribuna del Congreso. De hecho, la fama de polemista, y sobre todo de defensor de "causas radicales", lo acompañaría toda la vida.

En la parte superior de la imagen de portada se encuentran dos perchas de las que cuelgan unas letras que forman la palabra *Fra-Diávolo*, palabra que hace alusión a Michele Pezza, un bandido que se dedicaba a combatir a los franceses que dominaban Nápoles, pero también remite a la ópera cómica que describía la vida del delincuente napolitano. En la parte inferior de la caricatura, obra de Alamilla, se refiere que es la despedida de *Fra-Diávolo*, periódico editado por el médico, y del que sólo se publicaron 21 números, mismos que aparecieron entre el 16 de marzo y el 29 de mayo de 1869. La carencia de recursos obligó a su editor a suspender la publicación, tal como se puede comprender por el hecho de que el elegante hombre delgado tiene vacío uno de los bolsillos de su saco. El *Fra-Diávolo* se publicó con una finalidad expresa: atacar las acciones del gobierno de Benito Juárez, circunstancia que explica las razones de su efímera vida, pues el queretano encontró escaso apoyo para proseguir con su tarea de crítica política. Y no era para menos: Frías acusó al oaxaqueño de ser un apático, de permitir que sus colaboradores cometieran actos deshonestos, de no incentivar la actividad del país y por no favorecer el crecimiento de la oposición política. La animadversión que el médico manifestaba en contra del presidente tenía una historia de fondo que Beatriz Lucía Cano devela con gran acierto y que muestra la acuciosidad con la que realizó su labor de investigación. Tras la caída del imperio de Maximiliano, Hilarión se encontraba en Querétaro, ciudad a la que había regresado para apoyar como médico al ejército republicano; en ese periodo se publicó la convocatoria electoral y la del plebiscito sobre reformas constitucionales de agosto de 1867, misma que ocasionó un gran revuelo en los círculos políticos porque se aducía que Juárez sobrepasaba sus funciones políticas, ideas que fueron compartidas por el queretano, quien acusó al mandatario de pretender violar la Constitución en un afán de hacer prevalecer lo que llamaba el "cesarismo republicano".

Ésta no sería la única ocasión en que Frías se enfrentó con el presidente, pues en 1868 fue el encargado de presentar ante el Congreso de la Unión una demanda —promovida por los diputados locales queretanos— en contra del gobernador Julio M. Cervantes, a quien se le acusaba de haber realizado diversas acciones que transgredían los intereses de la entidad, además de que se advertía que este personaje no podía ser el mandatario de una entidad de la que no era originario. Su presencia se explicaba, según Frías, por el apoyo de Juárez, a quien no le importó violar la Constitución estatal para favorecer a su "protegido". Aunque Hilarión promovió un juicio político en contra del gobernador, lo cierto es que no sólo no logró cumplir con su objetivo sino que también tuvo que observar, a la distancia, las acciones que Cervantes llevó a cabo para desarticular la oposición en el Congreso queretano; entre esas medidas se encontraba el nombramiento de personas que fueran afines a sus intereses, lo cual redundó en el fortalecimiento de su gobierno. Un tercer enfrentamiento se produjo en 1871, año en el que el médico no alcanzó una curul en la Cámara de Diputados para representar a su estado natal; además, tampoco se le permitió, en un primer momento, formar parte del Ayuntamiento de la Ciudad de México, negativa que se hizo extensiva a Manuel Romero Rubio, Joaquín Alcalde y Vidal Castañeda, situación que motivó una airada protesta de estos personajes en contra del presidente Juárez, a quien acusaron de haber recurrido al fraude para impedir su triunfo. Ante la presión, el presidente optó por aceptar la vic-

toria, pese a que con ello permitía que tomaran posesión unos hombres que tenían vínculos políticos con Sebastián Lerdo de Tejada.

La relación de Frías con Lerdo de Tejada se haría patente ese mismo año, pues al médico se le pidió que defendiera a Francisco Leyva, entonces gobernador de Morelos, debido a que la legislatura local lo acusó de haber realizado una serie de modificaciones a la Constitución estatal que le permitiría allanar el camino para su reelección, además de que efectuó diversos actos electorales fraudulentos con la misma finalidad. Dado que el Congreso llevó el caso ante el Gran Jurado, Frías y Joaquín Alcalde asumieron la defensa del gobernador, quien consiguió la exoneración, en buena medida, por el respaldo de Lerdo. Como recompensa por su participación, el queretano logró que se le incluyera en la Comisión de Instrucción Pública de la Ciudad de México. Frías y Alcalde volvieron a fungir como abogados defensores de Leyva en 1873, en esa ocasión a raíz del conflicto que el gobernador tuvo con un grupo de hacendados cañeros por el cobro de gravámenes.

La caída de Lerdo, en 1876, ocasionaría que Frías, al igual que muchos de sus partidarios, tuvieran que permanecer en el ostracismo político. Ante tal situación, y como lo relata la autora con detalle, el médico limitó sus actividades a la escritura de artículos periodísticos, novelas y textos históricos. Aunque las novelas del médico no tuvieron un gran éxito editorial, resultaron de particular importancia por la crítica que manifestaban en contra de ciertas instituciones. Al igual que algunos de sus contemporáneos, el queretano estaba convencido de que la novela no debía servir de simple entretenimiento, sino que debía constituirse en un instrumento de instrucción y de crítica social, a fin de corregir las costumbres y los vicios. En este sentido, la novela debía tener una intención didáctica tendiente al mejoramiento social.

La incursión de Frías en el realismo daba cuenta de su deseo de hacer un ejercicio crítico de las condiciones sociales, pues —desde su interpretación— la literatura debía convertirse en un espejo que reflejara la realidad social. Así, el novelista se convertía en un testigo que debía dejar constancia de lo que observaba, único medio para garantizar la objetividad de la obra. Mostrar las "llagas sociales", sin importar la repugnancia que causaran, debía ayudar a encontrar soluciones para combatirlas, pues estaba convencido de que el medio social afectaba el comportamiento de los individuos. El queretano buscaba que sus críticas contribuyeran a la transformación de la sociedad mediante ejemplos didáctico-moralizantes y a través de la demostración experimental de los determinismos hereditarios de una sociedad. Estas ideas se encuentran presentes en las tres novelas que escribió entre 1882 y 1884. Así, por ejemplo en *La colegiala*, publicada en 1882, criticó la "mala educación" que recibían las alumnas del Colegio de la Paz, comúnmente conocido como las Vizcaínas, situación que generaba —a decir de Beatriz Cano— la decadencia moral a causa de las pasiones. El médico aprovechó la ocasión para cuestionar los tratamientos que se empleaban en el hospital de San Salvador para el cuidado de las mujeres dementes.

Ese mismo año apareció la novela *La tabaquera del anticuario*, que en un principio constituía una acre diatriba en contra de los miembros del Museo Nacional y de la manera en que se habían ordenado sus colecciones, pero después cambiaría sus ataques hacia el gobierno, por no apoyar las actividades que se realizaban en ese lugar. En 1884 se editó su última novela, *El hijo del Estado*, que ponía en evidencia, desde su perspectiva, los males que ocasionaba la asistencia social y centraba su atención, en específico, en las carencias que existían en el hospital de Maternidad e Infancia.

En lo que respecta a la escritura de la historia, Cano Sánchez sugiere que a Hilarión se le debe considerar uno de los iniciadores del mito liberal sobre la Guerra de Intervención y el imperio, comúnmente conocida en la época como segunda guerra de independencia. De hecho, unos meses después de la caída del imperio de Maximiliano, Frías fue el encargado de pronunciar uno de los discursos de la ceremonia del 15 de septiembre, ceremonia en la que también se cantó un himno que preparó para la ocasión, en el cual se daba cuenta de la necesidad de incentivar el amor patrio, y tam-

bién se hacía patente el orgullo de un pueblo que acababa de vencer a los invasores franceses. En la composición, además, se justificó el fusilamiento de Maximiliano, a quien se acusaba de haber hollado las leyes nacionales, y se realizaba una primera vinculación de la lucha de los liberales contra los franceses como la que emprendió Hidalgo contra los españoles. Con todo ello se gestaba la idea de una segunda guerra de independencia en función de que republicanos e insurgentes buscaban liberar al pueblo del yugo extranjero.

La aparición de los libros de Emile de Kératry (*Elevación y caída del emperador Maximiliano*) y de Samuel Basch (*Recuerdos de México. Memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano*) ocasionaron que Frías escribiera dos libros en los que buscaba refutar la versión de la historia que presentaban ambos autores extranjeros, pues consideraba que a ellos no les correspondía la tarea de escribir sobre lo acontecido en el imperio. Así, el queretano decía que sus aseveraciones no sólo tendrían un objetivo histórico, sino patriótico, pues su intención era denostar los "insultos mortales" que se prodigaban contra el país y al mismo tiempo demostrar los esfuerzos que realizaron los republicanos para preservar la independencia nacional.

Con sus escritos, Frías se integró al grupo de escritores que buscaban defender al país de los ataques que se le emitían en el extranjero. A raíz de la publicación, en 1904, de *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el imperio*, del ingeniero Francisco Bulnes, Frías presentó una imagen distinta de Juárez, con la que quiso mostrar el papel trascendental que tuvo en la lucha contra la intervención. Pese a las diferencias políticas que los habían separado, el queretano reconocía el "gran valer" del político oaxaqueño, cuya tenacidad, constancia e inflexibilidad serían fundamentales para defender la república en aquellos momentos angustiosos que se vivían, motivo por el cual se le debía considerar la "gran figura de la historia contemporánea" y un "gran hombre" que alcanzó la inmortalidad por los servicios que le prestó a la patria. Con ello, Frías se unió a todos aquellos escritores que en 1904 buscaron la mitificación de la figura del benemérito. Su *Juárez glorificado...* se convirtió en la última obra que escribió, pues, como lo indica la autora, murió unos meses después de que se publicó. Es importante subrayar que el texto del queretano escondía un argumento político, que pretendía exponer la necesidad de modificar el régimen constitucional para fortalecer la figura del presidente, quien se encontraba limitado en sus facultades legales. Así, de la historia se podían extraer enseñanzas para aplicarlas al presente.

Lo expuesto en párrafos anteriores constituye sólo un atisbo de lo que se puede encontrar en *Andanzas de un liberal...*, obra por demás sugerente. El minucioso trabajo de investigación documental realizado por la autora muestra que es posible reconstruir la vida de aquellos personajes que se consideran "secundarios", pero para conseguirlo se debe tener una buena formación académica, herramientas metodológicas y teóricas pertinentes, y sobre todo, una gran intuición que permita explorar aquellos resquicios que parecen anodinos. El libro de Beatriz Cano es una muestra de que los escritores del siglo XIX todavía deparan muchas sorpresas, sólo hace falta imaginación y talento para llevar a cabo la indagación.

Fragmentos de la batalla de Zacatecas

Salvador Rueda Smithers*

Guadalupe Villa Guerrero y Limonar Soto Salazar (coords.), *1914. Miradas fragmentadas de la Revolución en Zacatecas*, México, Instituto Zacatecano de Cultura / Gobierno del Estado de Zacatecas / INAH-Conaculta / Instituto Mora / Conacyt, 2015, 225 pp.

La batalla de Zacatecas está en el centro de la Revolución por sus significados militares y por su trascendencia política. Y es que ese singular y estrecho acto bélico hizo posible que la Revolución se constituyera como un acontecimiento histórico mayor: tan determinante que la convirtió en un acto fundacional y no únicamente en una anécdota. Este libro, hecho de recuadros bien estructurados, trata el tema. No fue cualquier suceso: la batalla de Zacatecas proyectó la Revolución que le dio apellido al siglo XX.

La jornada bélica del martes 23 de junio de 1914, ocurrida en el horizonte del antiguo mineral de Zacatecas, enclave nodal del viejo Camino Real de Tierra Adentro, jugó en favor de la política y —a la larga— también del destino. Su eficacia señaló a la Revolución en su proyección ontológica de largo alcance; fue el momento que posibilitó las reformas sociales y la nueva Constitución. De ese día en Zacatecas brotaron sangre y palabras, imágenes y memoria. Se le reconoció como el momento final del México viejo. La Revolución encontró en Zacatecas su punto de quiebre. Fundó al México moderno. Y ese tiempo, aunque violento, se concibió como esperanzador.

Pero la ronda generacional puso a la Revolución en entredicho y la volvió pasado inmediato, no presente vivo. Llegó la hora de preguntarse sin pasiones, de entender lo sucedido. Tiene ese propósito el libro *1914. Miradas fragmentadas de la Revolución en Zacatecas*, coordinado por Guadalupe Villa Guerrero y Limonar Soto Salazar, con sello editorial compartido por cinco dependencias dedicadas al estudio y difusión de la cultura. Ocho ensayos, una presentación y diez plumas conjuntaron saberes e inclinaciones para retomar un tema que el manoseo oficial y el estereotipo parecía que habían agotado: la compostura social y las conductas de los soldados de Pancho Villa y del Ejército Federal en el más estruendoso de sus enfrentamientos. Dibujar los pormenores fue la meta de esta reunión de textos; su resultado, un libro entretenido, un libro bien construido, con información ya conocida y con mucho de novedad, con ensayos redondos en sí mismos —lo que no obliga a la lectura secuenciada—, un libro que apela a entender las distintas —y siempre tremendas— dimensiones de la guerra.

El pretexto de la compilación fue la conmemoración del centenario, en 2014. El propósito, según escribieron Guadalupe Villa y Limonar Soto, fue poner en la mesa de disección un suceso que tiene muchas más aristas que las que su transformación en relato épico habría supuesto. Es "la guerra, sometida al escrutinio de la historia, la arqueología y la arquitectura, disciplinas que se han dado cita para articular las historias desde donde se entretejen diversos sucesos de la lucha armada: sus protagonistas y los devastadores efectos materiales, económicos, políticos y sociales que hoy se reescriben con la mirada del siglo XXI". Ello significó, en

* Museo Nacional de Historia, INAH, Castillo de Chapultepec.

cada uno de los ensayos, la revisión de los puntos de vista aceptados bajo la condición de examinar fuentes diferentes y poco accesibles —o de plano, desconocidas por la mayoría— que permitieran trazar un horizonte más amplio que el de los calificativos de los vencedores, aquí puestos en el atril para su lectura nueva. Se busca hacer balances, puntualizar el origen y propósito de las fuentes de conocimiento de la batalla, el antes y el después de la historia, las ausencias y las exageraciones, las luces y las sombras.

El resultado final no es cuestionado, por supuesto; lo que importa es abordarlo de una manera más amplia. La fama de Pirro se extiende al tomar Zacatecas: en la introducción se avisa que "hubo un derrotado y un ganador, pero el ganador quedó casi tan derrotado como su enemigo, puesto que de inmediato se le infamó". Pero la leyenda negra del momento no opacó la construcción de la épica. El recuerdo de ese martes en Zacatecas se explotó con fines políticos a lo largo del siglo, lo que diluyó los verdaderos pormenores de la batalla casi por entero. Este libro, sin rehuir su carga de dolor, regresa al plano inmediato el desarrollo del acontecimiento y de sus efectos.

El abanico de temas que nos ofrece *Miradas fragmentadas...* es amplio: todos tratan las maneras en las que la vida cotidiana se trastocó —como ya habría apuntado Henri Lefebvre al reflexionar sobre la guerra y la historia. A lo largo de los ocho ensayos nos adentramos en explicaciones acerca de la composición de las tropas contendientes; del hecho de que se tratara de dos ejércitos que chocaron en un territorio vertebral para el ejercicio del poder de la nación; de que ambos ejércitos eran extraños a los habitantes de la ciudad de Zacatecas y sus alrededores —la guerra propia, regional, de los zacatecanos, sería una década más tarde, cuando los cristeros de Juchipila y Valparaíso propusieron una tercera vía de asociación política bajo la dura ortodoxia del catolicismo parroquial—; de la importancia económica de las haciendas —alguna de ellas notablemente prósperas— y ranchos en el abastecimiento logístico de las tropas; del rostro urbano herido por la metralla; de las cicatrices en edificios, calles, minas y cerros que sólo los arquitectos y los arqueólogos pueden descubrir; del papel del miedo y del rumor en los prolegómenos de la violencia militar y la violencia bandolera; de la ruralización de la pequeña —pero urbanamente bien definida— ciudad de Zacatecas; de la inmigración de habitantes de ranchos y haciendas a la capital zacatecana y la emigración de hacendados y comerciantes a León, Guadalajara o México, ambos fenómenos para huir de la depredación de rebeldes y de descontrolados; de la reinterpretación bajo lenguajes estrictamente militares de las fuentes escritas por protagonistas y testigos de los combates; del papel silenciosamente heroico de las mujeres de las brigadas sanitarias en los hospitales de sangre; de las urgentes preguntas al confrontar las series fotográficas del paisaje después de la batalla y las notas de los diplomáticos-corresponsales y espías estadounidenses... "La guerra se convirtió —afirman Villa y Soto— en una fábrica de imágenes que se multiplicaron en periódicos, revistas y tarjetas postales". Y habría que agregar que también en la lírica popular y en la literatura, semilla de la eficacia discursiva del suceso histórico elevado a relato épico.

Todo ello, entre varios asuntos que actualizan la comprensión de ese suceso clave. Esta historia del recuerdo nos acerca, sin complacencias, a la que Georges Duby llamaría *antropología de la guerra*, que explicaría al futuro inmediato zacatecano, enlace que se perdió de vista por el alcance nacional del resultado de la batalla. En ese terreno, por ejemplo, no es difícil encontrar una línea genealógica que ligue la decisión de Villa de expulsar del país a los sacerdotes que apoyaron al régimen de Huerta y la Guerra cristera, entre 1927 y 1929, en la zona; pero también el de la emergencia del papel de la mujer a pesar del tardío reconocimiento de su actuar revolucionario (hasta 1939), y el todavía más tardío reconocimiento de su particularidad en la historiografía.

Los ensayos pueden leerse sin seguir una secuencia. Aunque todos giran en torno al mismo tema, la edición del libro se cuidó de prejuiciar al lector dando orden de primacía a los temas tratados. El primer texto, de Limonar Soto, describe las características sociales y militares de la guarnición federal en Zacatecas. El discurso desplegado por las autoridades a los poblado-

res no tenía nada de original, pero era indudablemente efectivo: la seguridad de la ciudad y sus pobladores, de propiedades y vidas, quedaba garantizado porque el antiguo mineral se desdobló en fortaleza inexpugnable. La "máscara del mando" —para usar la idea de John Keegan— se desplegó con teatralidad: los dispositivos defensivos, la calidad de la oficialidad, el despliegue y ubicación de acuartelamientos, trincheras y fortificaciones, el control de las vías de comunicación y los caminos a haciendas y minas, dibujaron un escenario de guerra poco atendido por los historiadores. La pregunta central recuerda a Clausewitz: ¿por qué se decidió que Zacatecas fuera el sitio de la batalla definitiva? Tal decisión y las conductas, sumadas, darían las respuestas en junio de 1914, las cuales explica Soto con pulcritud. Para entender la singularidad del escenario, describe la geografía de la rebeldía antihuertista, el nacimiento de la División del Norte y la formación extremadamente rápida de la experiencia táctica. Ese ejército, que en 1913 se nutría del enemigo —como todos los ejércitos constituidos por civiles en armas—, en 1914 ya tenía la suficiente disciplina, conocimientos (con la incorporación de oficiales profesionales adeptos a la Revolución), orden y capacidad de fuego para desarrollar una campaña de alta intensidad. A continuación el autor explica la composición de las tropas federales, ya desgastadas por la arbitrariedad de la cúpula huertista, con soldados de leva y con habilitados orozquistas; de manera clara, repasa también a la oficialidad federal, entre los que destacaban veteranos de las guerras contra los indios mayas y los zapatistas.

La sucesión de acontecimientos y de movimientos de fuerzas armadas durante las semanas previas a la batalla zacatecana así como la muchas veces sorda y fiera lucha de posiciones con las tomas temporales de plazas y sus efectos políticos en la Ciudad de México fueron estrechando cada vez más la posibilidad de que en un solo y contundente evento se decidiera el lugar del encuentro. Finalmente Soto describe la situación de los defensores al momento de romper las hostilidades: el lector no tendrá dificultad, con el pequeño mapa que ofrece el libro, para imaginar a los hombres armados, a las bestias, el sonido de metales y maderas de rifles y cañones, la respiración nerviosa, los rostros inyectados de adrenalina de los varios miles de combatientes que se jugarían la vida a partir de las 10 de la mañana de ese martes, entre los cerros y acantilados, bocas de minas y edificios del centro, nerviosos ante el inminente fuego de los 51 cañones que componían la artillería de los bandos en disputa. La batalla final duró entre 7 y 9 horas —ambos cálculos los proponen distintos autores en esta compilación—; después, la mentira como arma política nutrió a la opinión pública nacional, retardando la caída del régimen.

Águeda Venegas aborda un tema insoslayable para entender que las guerras no se definen solamente con el fuego de las armas. La afilada doble hoja de las palabras cumple un papel fundamental: la insidia, lo sabemos, es letal. La autora prepara el terreno de su tesis dibujando la cotidianidad zacatecana como un *continuum* de la historia urbana local. Los raros caminos del chisme y el cotilleo fueron invisibles modos de guerrear, y los explica como parte de los espacios tradicionales de comunicación social: aguajes, mercados, comercios, calles; es posible escucharlos. Hoy sabemos el efecto tremendo de lo que se decía y de lo que se creyó escuchar ahí. Pero también en los teatros, en los intermedios de las funciones de opereta o del circo. La prensa, por supuesto, tuvo su papel: la oficialista, buscando la confianza ciudadana; la opositora, combativa y de circulación clandestina, que desvelaba la mentira gubernamental; ambas, cargadas de calificativos y de intereses que decían proponer en favor de la vida civil. Pero se estaba ya al filo del agua.

Venegas dedica un apartado a la relación entre los rumores y las incursiones revolucionarias desde finales de 1913. Llama la atención que, para que ciertos rumores con carga política tengan éxito en su reiteración, sea necesaria la condición de veracidad que los haga creíbles; pero esta característica no proviene del discurso del rumor sino de la condición del receptor. Así, la superstición y la ingenua credulidad abonaron en el pesimismo que preparaba los oídos y las mentes. Lluvia de cenizas del lejano volcán de Colima, una nevada y un temblor echaron a andar el mecanismo de la anunciación de la catástrofe. El miedo, en ciertos momentos y cir-

cunstancias —nos enseñó Georges Lefebvre—, puede ser un poderoso motor de la historia.

La economía se vio afectada en la geografía aledaña a la ciudad; la descripción de la autora de la aplicación de las leyes de guerra —por ejemplo, durante un sitio los alimentos van primeramente a los soldados y después a los civiles— y las conductas de la autoridad militar y estatal, con el cerco inasible de Pánfilo Natera y el absolutamente contundente de Villa, abren un panorama que otras descripciones de la batalla apenas delinean. Y el horizonte después de la batalla no pudo ser más asolador: más de 6000 muertos en un feroz encuentro que duró lo que la luz del día de ese martes 23. Luego el desabasto, la insalubridad y el oportunismo, la aplicación de la pena de muerte a prisioneros "colorados" y los saqueos parecerían respaldar los peores cálculos que nutrían los rumores. Los tonos épicos silenciaron los tonos trágicos. Pero la mirada moderna —nos recuerda Venegas al final de su texto— busca detrás de las explicaciones meramente descriptivas del suceso militar para descubrir el rostro civil, el que padece en silencio.

Margil de Jesús Canizales dibuja el paisaje rural ante la voz de alarma de "¡Ahí viene la bola!". Explica el papel fundamental —diríamos, de "retaguardia"— que tuvieron las haciendas y los ranchos a partir del movimiento de 1910. Fueron centros abastecedores de alimentos y dinero para las tropas revolucionarias, que financiaban su fuerza a través de impuestos especiales, requisas, empeños y —no pocas veces— el robo. Escasa documentación y un enorme anecdotario en el imaginario colectivo, explica este autor, quedó de este periodo de incursiones, amenazas y depredaciones federales y rebeldes.

La descripción del inicio del huertismo en Zacatecas y su insulso protocolo refleja su paso poco glorioso por la historia. No adelantaré la anécdota al lector, pero sí puedo afirmar que enmarca muy bien el resto del relato y explica, en parte, la fuerza de los revolucionarios de otras áreas de la geografía zacatecana. Llama la atención la agenda rebelde en zonas que doce años más tarde serían cristeras, a excepción de Juchipila, que se mantuvo leal a Huerta.

La parte más detallada la invierte Canizales en la descripción de las haciendas y las compañías agropecuarias ante las exigencias de los revolucionarios. El principio del final de la cuatricentenaria historia de la hacienda como unidad de producción en el campo fue un fenómeno propio del siglo XX mexicano. El autor describe el rudo proceso en las haciendas de Cedros, Espíritu Santo, San Tiburcio y Trancoso, que vieron su ruina material y financiera con la Revolución. La economía de guerra cambió las leyes de la oferta y la demanda de cereales, ganado, guayule y mezcal, pero también de la fuerza de trabajo. La confrontación entre los habitantes de las haciendas y los rebeldes anunciaría un conflicto posterior; los trancoseños que combatieron en defensa propia contra grupos alzados revolucionarios, por ejemplo, prefiguró el vocabulario cristero: "defendiendo a sus patrones y a su santa religión", según cantaba un corrido. Los ocho cuadros explicativos que propone Canizales dan fe de la violenta e implacable relación de los revolucionarios y los hacendados; los números reflejan el costo del cambio, proceso de desintegración que terminaría años después con la Guerra cristera y la reforma agraria del *termidor* revolucionario.

Las poblaciones vecinas a la capital del estado comenzaron a sentir la presión de la guerra desde 1913. Hubo momentos en que fue tierra políticamente fuera del control gubernamental —lo que, por ejemplo, ocasionó un episodio de "fuego amigo"—, una geografía que se apropiaban los revolucionarios y que alimentaba su número y capacidad de lucha. Al arrebatar al gobierno el control fiscal y el dominio de las comunicaciones, se sustituía el ejercicio del poder de los huertistas hacia los constitucionalistas. Sin embargo, la conducta de los rebeldes provenientes de zonas excéntricas a la capital zacatecana sería igualmente violenta contra la población civil: se multiplicaron los robos y las extorsiones, la expedición de vales sin respaldo real para hacer efectivos los pagos, la emigración por miedo, la leva y el derrumbe de las oportunidades de trabajo —de ahí la posterior oposición a las disposiciones de los revolucionarios a lo largo de décadas.

Eva Martha Rocha ofrece un ensayo sobre el papel de las enfermeras y la atención a los heridos durante los combates que enmarcaron la batalla de Zacatecas. El tema es ampliamente manejado

por la autora, y se nota la profundidad de su conocimiento para narrar el trenzado de las historias de vida con el acontecimiento nodal de la batalla. Y es que la población civil, sobre todo aquella que era más vulnerable a los atropellos de los combatientes y a las violencias desatadas, no asumió siempre una actitud pasiva. Hubo quienes, con agallas, se involucraron en el conflicto y consiguieron el respeto de todos; por ejemplo, las enfermeras de la Brigada Sanitaria de la División de Norte —y su derivada Cruz Azul Mexicana— y las voluntarias de la Cruz Blanca Neutral. La invisibilidad de la participación de las mujeres en la guerra, ya lo dije, ha sido historiográfica, pero no en los terrenos de la vida, en los que la historia no es más que una modalidad, como nos recordó Edmundo O'Gorman hace varias décadas. Y es que la Brigada Sanitaria de la División del Norte fue relativamente novedosa: conforme se consolidó ese cuerpo de ejército, su apoyo médico se hizo indispensable. No se trataba de una brigada precariamente equipada: tanto la calidad de médicos y enfermeras como del equipo ya era reconocido en 1914. Por su lado, los bien organizados revolucionarios de Venustiano Carranza formaron su servicio sanitario militar casi seis meses después del nacimiento del Ejército Constitucionalista. Rocha explica su participación en la primera retaguardia, apenas detrás del frente de guerra. Valientes y decididas, Rocha nos proporciona ejemplos con nombres y apellidos —Leonardo Sciascia decía que las responsabilidades históricas siempre tienen nombres y apellidos—, así como detalles de sus incansables actividades, a pesar de las carencias y limitaciones. No pocas veces arriesgaron sus vidas por el fuego de las armas, y siempre por los enemigos virales y las infecciones. Describe los perfiles de las más destacadas, como Carmen Baca de Cuéllar, Carmen Parra, Cristina Baca, viuda de Fusco, María Laguardia, María Villalobos, Adela Bazaldúa, Leonor Villegas de Magnón, Beatriz González Ortega, Ángela Cuevas, María Journes y Carlota Cardona, entre varias que han desfilado en las investigaciones de la historiadora.

La narración sobre la actividad de las enfermeras en la batalla de Zacatecas nos brinda una mirada particular de la batalla. Decisiones rápidas, inapelables, exactamente antónimas de la acción de los soldados: ellas se afanaban en salvar las vidas, mientras los soldados aniquilaban las de sus enemigos. No sin desesperación apareció una manta en el hospital civil zacatecano que decía "Piedad para los heridos" —explica Rocha—, porque los hombres de Pánfilo Natera pasaron a cuchillo a los caídos que esperaban atención médica. Pero, lo sabemos, la piedad no es parte del plan de guerra; de hecho, apenas se le da un pequeño sitio en la naturaleza humana.

Las enfermeras curaban, amputaban, limpiaban, extraían balas y esquirlas, cosían, desinfectaban... Todas beneméritas, algunas heroicas. Tal es el caso de María Rosa Caballero, herida en el ataque a la plaza de Zacatecas. Es posible imaginar el movimiento febril; el ritmo lo marcaba la batalla: en apenas unas horas cayeron miles de hombres. Escribió Rocha: "Triunfo, desolación y muerte vivieron los zacatecanos el 23 de junio y los subsecuentes que, según distintos relatos, nunca se olvidarán. Se estima que alrededor de nueve mil personas murieron en las sangrientas batallas". Es posible hacer una rápida estimación: un promedio de 20 hombres por minuto cayeron heridos o muertos ese martes. Tal era el panorama que tuvieron que encarar las enfermeras.

María Lorena Salas aborda la fragmentación violenta de la ciudad de Zacatecas. Reconstruye las líneas que daban forma a la ciudad que la guerra arruinó, las de los edificios que la batalla convirtió en esqueletos, y las cuales almas mejores buscaron restituir en su cuerpo entero después. Su relato dibuja la ciudad antes de 1914, con los métodos del urbanismo y la demografía. Va de lo mayor a lo pequeño, de la ciudad y su traza, sus calles, plazas e infraestructura, hasta sus edificios, sus funciones originarias y los toques estéticos que les singularizaron. En el transcurso del ensayo, se intercalan planos y fotografías —en dramático contraste. Ubica los pequeños combates que eran en realidad escarceos para medir la reacción del enemigo, en los puntos reconocibles de los cerros y edificios. Explica Salas que fue la lógica y la experiencia las que señalaron a los oficiales federales los edificios que servirían de fortificaciones habilitadas a torres vigías, resguardos, hospital de sangre, almacén de municiones y

armas... Todos esos edificios y complejos arquitectónicos que se adivinaran de estructura, materiales y posiciones fuertes, pero que fueron originalmente proyectados y construidos para el comercio, la educación, la oración, la administración, el gobierno, almacenes, talleres, teatros, haciendas, espacios públicos y privados, sufrieron graves daños en el curso de apenas unos días. Lo que en la paz permitió su florecimiento, en la guerra propició su perdición.

Salas relata, no sin dramatismo, que el general en jefe de la plaza, Luis Medina Barrón, derrotado, prefirió no dejar objetos útiles a los revolucionarios; táctica de tierra arrasada, se puede añadir. Me recuerda la novela de Larry Collins y Dominique Lapierre, ¿Arde París? No porque ardiera Zacatecas, pero sí el Palacio Federal, que lo hicieron estallar, y la destrucción a sus alrededores. La huella de la determinación del mando militar no se ocultó. Vemos las fotografías que nos ofrece este libro y todavía nos estremecemos.

Escribió Salas: "El espacio urbano quedó invadido de cadáveres por doquier: yacían en plazas, portales, calles, banquetas, cauces de arroyos y lomas de los cerros circunvecinos a la ciudad. No se conoce con precisión cuántas bajas se causaron a los federales, a los villistas y a la población vecina". Los espacios públicos, como las plazas, tuvieron entonces un propósito sanitario: la incineración de cadáveres para evitar enfermedades.

Pero la desgracia no terminaba aún. La ocupación de las casas más lujosas por jefes revolucionarios, con el subsiguiente saqueo de objetos y adornos, y aun la destrucción sin ninguna razón —por ejemplo, de altares domésticos y capillas de las haciendas— que también tendría su símil literario en *El águila y la serpiente* publicado en 1928. La llaga tardó en cerrar.

El mayor Antonio Campuzano, historiador militar, nos ofrece la actualización de aquello que el general Felipe Ángeles atestiguó y escribió a manera de *Diario*, apoyado en los textos de Federico Cervantes y de los historiadores militares que han tocado el tema. Se trata de la relectura del texto clásico sobre la batalla de Zacatecas, pero responde a preguntas que los modernos debemos hacernos sobre el uso correcto del vocabulario. De entrada, aborda la definición precisa de lo que es una *batalla*. Los referentes paralelos serían las definiciones de *combate*, *tiroteo*, *etcétera*. Su mirada especializada permite narrar la composición numérica de las fuerzas, su organización y distribución —Cuerpos de Ejército, Divisiones— y dibujar a los contendientes en el teatro de la guerra.

Con claridad explica el propósito de conjuntar a varios miles de hombres y sitiar la ciudad. Pancho Villa tenía bajo su mando a 23 000 efectivos. "Su objetivo fundamental —escribe Campuzano— era aniquilar al ejército defensor y no, como se podría pensar, tomar la capital zacatecana. Era necesario evitar el escape de las fuerzas federales, como había ocurrido en Torreón, a fin de proceder a su aniquilamiento con rapidez". La rudeza de la batalla se debió a la conciencia de los mandos de ambos bandos de que el resultado sería determinante: para federales, significaba fortalecer el enclave del gobierno y romper el avance constitucionalista; para los revolucionarios, reducir a la mínima expresión la fuerza de los federales tendría doble propósito: ganar la guerra emprendida contra el usurpador Huerta y levantar la moral de los soldados revolucionarios al lavar el error de la revolución de Madero de dejar intacto al Ejército Federal.

Campuzano describe las distintas fases de la batalla y ajusta los comportamientos de los contrincantes en cada una de ellas —toma de contacto, empeño, ataque, explotación del éxito, persecución—, y las aplicaciones tácticas en las maniobras de envolvimiento y penetración. Resulta revelador que, a pesar de la experiencia y el conocimiento técnico, los federales cometieron errores en los que Villa, Ángeles, Urbina y los revolucionarios no incurrieron. De igual manera, explica la aplicación de principios ya comprometida la batalla, lo que resulta en el hecho contundente del que hablé al principio: la de zacatecas fue el hecho de armas más significativo de la Revolución.

Guadalupe Villa hace un ejercicio de parpadeo: con severidad intelectual restituye al presente lo que realmente sabemos de la batalla de Zacatecas: son miradas fragmentadas. Han sido suficientes, sin embargo, para crear leyendas, para narrar la épica, para analizar razonablemente hechos a la luz de las fuentes escritas y para actualizar el acontecimiento tanto en

las palabras como en las imágenes. Comienza su trabajo buscando detrás de las huellas; a espaldas del paradigma están los registros y los hombres: casi una veintena de fotógrafos y corresponsales mexicanos y extranjeros que cubrieron el acontecimiento, y cuyos documentos ha tenido que rastrear, no sin penas.

Miradas fragmentadas de los jirones de una batalla resuelta, podría decirse, que se construye en el libro para una lectura paralela: las de las fotografías bajo el rubro de "Saldos de la batalla". Pero lo importante, creo yo, está en ese acercamiento que hace Guadalupe Villa mediante el uso de fotografías y pies explicativos para la construcción de la opinión pública. Se trataba, como calculadamente lo hicieron todos los protagonistas de la Revolución, de entender la propaganda como herramienta política. Pero también fue la semilla del imaginario popular de la Revolución en general y de la batalla de Zacatecas, abonado por los testimonios de primera mano y las correspondencias personales. Escribió Guadalupe Villa: "La guerra se convirtió en una fábrica de imágenes", que al igual que los corridos y las coplas escritas en hojas sueltas y volantes, ponían al día al común de la población sobre los sucesos de una imparable guerra civil y de los cambios en la vida política. Aunque las fotografías no dieron cabal idea, dice Villa, "de la ferocidad y destrucción que la acompañó, lo cual puede explicarse por la censura y el prurito de no ofender la sensibilidad de una sociedad castigada por la violencia"; tenían una característica que con alguna frecuencia dejamos de lado: salvo alguna excepción, las fotografías —nos recuerda la autora— son imágenes del antes y después del suceso, no del suceso en sí mismo... Las imágenes fotográficas proponen la mirada singular del fotógrafo; no son espejos del mundo. Con todo, es posible agregar que las fotografías expuestas en este libro son indicativas de que a los interesados de las esferas diplomáticas sí les importaba ver el tamaño de la catástrofe material y humana. Paralelamente, la atención desviada hacia la ocupación de Veracruz dejaba en claro que la diplomacia de la segunda década del siglo XX, como la definió Stephan Zweig, era la peste moderna.

No quiero adelantar al lector el contenido del excelente apartado titulado "Reporte a destiempo", pero es posible que esta relectura de la guerra secreta, a varios años de la aparición de la famosa obra de Friedrich Katz, refresque la memoria sobre el papel de la diplomacia estadounidense en el río revuelto de la Revolución triunfante en Zacatecas y pujante en el resto del país ese segundo semestre de 1914.

El último ensayo escrito es un saludable ejercicio de arqueología histórica. Armando Nicolau Romero e Ineida Ramos presentan el resultado de su investigación sobre el terreno. Incursionan en un ángulo del mundo: el de los vestigios materiales a través de lo que se ha llamado *arqueología del conflicto*. Basados en la metodología moderna de la investigación arqueológica-histórica, descubren vestigios de construcciones y de adaptaciones que formaron la topografía militar en junio de 1914. Buscaron en campo "trincheras, parapetos, golas defensivas, objetos, muebles diversos como casquillos, cerámica, latería", y cruzaron información de los partes diarios y los escritos de los protagonistas para establecer coordenadas de ese invisible mapa que los arqueólogos pueden descifrar para nosotros. Croquis, fotografías contrastadas, comparación de perfiles y hasta de objetos en apariencia insignificantes, como piedras apiladas y restos de muros, proporcionan un dibujo traslúcido del teatro de la guerra. Traslúcido pero preciso. Nicolau Romero y Ramos han logrado detectar imprecisiones en los ensayos descriptivos de testigos y protagonistas.

1914. Miradas fragmentadas de la Revolución en Zacatecas es de lectura obligatoria para quienes quieran aproximarse al estudio de aquello que los griegos llamaron *entelequia*: esto es, descubrir el enigma de por qué y cómo un suceso cualquiera se desdobla en *acontecimiento histórico*. Zacatecas es ejemplo de la *posibilidad* en la historia.

La idílica, recoleta y entrañable Ciudad de México

Julieta Ortiz Gaitán*

Arturo Albarrán Samaniego, *Por donde todos transitan. La Ciudad de México en las páginas de* El Universal *(1920-1930)*, México, INBA, 2016, 271 pp.

La publicación de este libro implica algunas reflexiones y comentarios que me ha suscitado su lectura. Lo que emprendemos al iniciarla es un fascinante recorrido a través de sus páginas por un mundo pletórico de imágenes, que nos incita a sumergirnos en la corriente caudalosa de calles, avenidas, callejones y plazuelas —"por donde todos transitan"— de la siempre añorada, otrora muy noble y leal Ciudad de México, escenario cotidiano de nuestras vidas.

Hacemos el recorrido mediante una recopilación exhaustiva de imágenes, publicadas en el diario *El Universal* entre 1920 y 1930, que Arturo Albarrán Samaniego nos presenta como objeto de estudio, a partir del cual desarrolla una narrativa que aborda tanto el análisis formal de las imágenes —en su mayoría publicitarias— como lo que las imágenes "dicen" a las preguntas formuladas por el artista y por el historiador del arte. Porque hay que decir que esta metodología interdisciplinar abona en favor de los lenguajes surgidos con la producción industrial y la reproducción mecánica de imágenes.

En este recorrido nos convertimos en aquel *flâneur* baudeleriano retomado por Benjamin que, como tal, vaga por las arterias y calles de la gran ciudad. Personaje urbano por excelencia, curioso, insaciable, *voyerista*, observa todo con aire cosmopolita: aparadores, escenografías callejeras, tipos citadinos, mujeres hermosas... A la vez apasionado y distante, no oculta un cierto deslumbramiento provinciano ante el espectáculo sin fin de la urbe. Se trata de vagar dejando entrar por los ojos la multitud de imágenes que el libro nos ofrece, en medio del bullicio de carnavales, o bien, en rincones apartados de sombreados jardines donde pasear las mascotas. Inmersos en toda la energía contrastante del ámbito urbano donde la soledad entre las multitudes captura al hombre moderno.

En la ciudad de México de los años veinte —idílica, recoleta, entrañable— palpita ya el monstruo que la modernidad gesta sin piedad. Fenómeno propio de las sociedades occidentales, la mancha urbana es el crecimiento continuo e imparable que, como cáncer de concreto y asbesto, cubre todo y arrasa espacios orgánicos en los que el hombre una vez vivió con naturalidad. Ciudades que como imanes poderosos atraen con las promesas endebles de una mejor vida, una vida "moderna", expectativas todas encaminadas las más de las veces a deslumbrantes espejismos, donde las oportunidades se alimentan más de cantos de sirenas —como las imágenes publicitarias— que de la árida realidad del día a día.

Porque ciertamente es en la complejidad de esta memoria colectiva

* Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM.

donde se encuentran las diversas apropiaciones en las que dichas sociedades han asumido los valores de la modernidad, y fue esta iconografía y su reproducción masiva en los medios a lo largo de los siglos XIX y XX las que se encargaron de divulgar no sólo los valores sino también los códigos y formas de vida propios de los nuevos tiempos. En este contexto, Albarrán Samaniego cuestiona el potencial de representación que poseen las imágenes, con un afán indagatorio sobre su carga de significados simbólicos y de información histórica sobre tiempo y lugar. Revalora las imágenes como documentos visuales, que se constituyen en fuentes históricas de primera importancia y, al mismo tiempo, objetos de un estudio estético social.

El texto de Albarrán nos recuerda que la historia no sólo se ocupa de acontecimientos extraordinarios por su trascendencia, sino que hay otras narrativas íntimas, cotidianas, silenciosas a veces, que funcionan como la argamasa que solidifica tabiques y ladrillos en las grandes construcciones. Ya desde el agitado siglo XX la historia adaptó sus pasos al ritmo de los hombres y las mujeres comunes; una vocación democrática adquirida con esfuerzos y transformaciones, confirió la patente de "hechos históricos" a los quehaceres, alegrías y quebrantos humanos. La historia vertical, con sus protagonistas en la cúspide, dio paso al estudio de la ancha base piramidal de las ciencias sociales modernas. No sólo las batallas ganadas, ni las hazañas de los héroes, ni las sólidas estructuras de la economía se consideran factores del devenir histórico, sino también los gustos, las costumbres, la indumentaria, las pasiones humanas, la arquitectura, la creatividad artística, ocupan un lugar preeminente en las indagaciones del pasado. Objetos e ideas configuran con igual importancia el ámbito cultural de los seres humanos. La cultura material y la historia de las mentalidades, entre otras perspectivas, se encargan de recordarnos lo inabarcable del universo humano, fragmentado en la cotidianeidad de la historia cultural.

Para ello, qué mejor y más rica fuente que los imaginarios sociales, en este caso las imágenes publicadas en la prensa —otro fenómeno de la comunicación urbana moderna—, en el *El Universal*, diario fundado por Félix F. Palavicini en 1916, que registra el día a día con puntual acuciosidad en ilustraciones, publicidad, viñetas, fotograbados y demás que forman una arqueología iconográfica de gran densidad informativa. A lo largo del libro el autor revaloriza dichas fuentes históricas a pesar de su aparente superficialidad. Menciona el carácter ciertamente elitista y mediatizado que poseen y que abre la posibilidad de recrear un espacio idílico, sin lugar ni tiempo "reales" y sin filiaciones políticas evidentes. La construcción de la imagen de la Ciudad de México y de la idea de urbanidad (fundamental en los propósitos civilizatorios de *El Universal*) quedaron en estampas alegóricas y otras más descriptivas que muestran encuadres de la capital y de "ciudades de ensoñación". Se trataba de una retórica visual acerca del ámbito en el que se vivía y sobre el que se esperaba vivir. Sin embargo, hay que leer entre líneas los reflejos filtrados de las políticas editoriales de la empresa periodística, así como los códigos de valores de la sociedad en general.

No sólo el contenido de las imágenes y sus significados constituyen objetos de análisis para la argumentación, sino también lo referente a rasgos formales y compositivos en un estudio cuidadoso sobre el diseño gráfico propiamente dicho y su evolución como parte de los lenguajes visuales del arte y la comunicación del siglo XX. Samaniego encuentra una síntesis en el diseño de varios autores, configurada en una "línea de contorno" que puede señalarse como rasgo destacado y característico del diseño de la época, entre otros.

Nos enteramos, además, de los objetivos de las clases gobernantes posrevolucionarias, que intentaban implantar de manera insistente y reiterada una conciencia cívica, traducida en hábitos de higiene y responsabilidad social, concebidos como "urbanidad" y "buenas costumbres", todo de acuerdo con la "civilización moderna" de los tiempos en curso y de los países considerados como modelo (Estados Unidos, Francia, Inglaterra y Alemania). Es evidente en la temática del periódico, la preponderante presencia de esa visión civilizadora —con remanentes positivistas— que exhibe la postura

ideológica de las elites conformadas por diversos grupos sociales neoporfiristas, por una burguesía ascendente y una nueva clase política y de poderío económico, empeñados todos en construir una ciudad a la medida de la modernidad y el progreso prometidos.

El recorrido por la ciudad de los años veinte hecho en *Por donde todos transitan...* tiene el encanto de las crónicas exhaustivas, plenas de ironía y gracia, a la manera de Ángel del Campo, *Micrós*. Es especialmente fascinante el capítulo dedicado al automóvil, "Del corazón al neumático", quizá la máquina más determinante en el desarrollo de las megalópolis modernas y que mayormente ha incidido en la vida cotidiana de los seres humanos. Los articulistas de *El Universal*, fieles a su vocación de cronistas urbanos, registran para la historia cultural moderna de nuestra ciudad un rico anecdotario, el cual Arturo Albarrán, con un gusto por el detalle y la ironía, recoge y nos entrega en la descripción de las festividades, carnavales, tiendas departamentales, mercados, kermeses, bailes y todo tipo de espectáculos, con elocuentes narrativas y relatos callejeros, y expone también las modas y "buenas costumbres" de las clases acomodadas. Nos enteramos en este rico mosaico de imágenes ancladas al texto, de las condiciones sociales sin duda alguna contrastantes de tiempo atrás, ya que al lado de estas crónicas de espectáculos y actividades deslumbrantes se reseñan también los acontecimientos de las colonias y grupos marginados de la ciudad, "lunares" de pobreza y desamparo considerados como inevitables en un mundo regido por la ley del más apto, determinismo social no abolido por las luchas revolucionarias.

En todo caso, la rica variedad de las imágenes de prensa, particularmente las publicitarias y comerciales, intervinieron en el imaginario colectivo como agentes neutralizadores de la acción corrosiva de las vanguardias históricas y sus cuestionamientos revolucionarios al estatus social; esta acción neutralizante se dio en apropiaciones audaces en lo formal, y seductoras en el contenido en lenguajes visuales como el diseño y la publicidad. Todos los embates del vigoroso movimiento vanguardista de principios del siglo XX —resultados de cambios y crisis, momento culminante de la modernidad que puso en jaque a la civilización occidental— se diluyeron paulatinamente con el surgimiento y consolidación de la ideología y formas de vida de las sociedades de consumo desarrolladas en las décadas subsiguientes. De ahí el surgimiento del arte —que ha llegado hasta nuestros días en continua transformación— y el determinante papel desempeñado desde entonces por los medios masivos de comunicación y la reproducción de imágenes en una sociedad de consumo y de información.

La ciudad ha sido parte inevitable de esta transformación continua. Las contradicciones de la modernidad se abren paso en las promesas y expectativas de la ciudad de los años veinte: ofrecimiento escurridizo que desaparece en los implacables arroyos de las aceras, espacio urbano donde todos tienen cabida, pero no se sabe cómo, ni cuando, y, como dijera Xavier Villaurrutia, "a condición de que todos sean unos cuantos". Albarrán Samaniego nos lleva de la mano por una "puesta en escena" de lo que se consideraba un entorno urbano "moderno" y en armonía, utopía constatada en las décadas siguientes con los cambios vertiginosos de una ciudad que se destruye y se reinventa todos los días. En el esfuerzo de encontrar referentes que se pierden para siempre, recuperamos en este libro ese espacio perdido en donde podemos pasear a nuestras anchas, como el *flâneur* que vaga indolente entre edificios, aparadores, calles, glorietas, automóviles y jardines, y —por supuesto— entre los habitantes de la gran urbe, paseantes, trabajadores, niños, mujeres, mascotas... al igual que nosotros, deambulando felices por donde todos transitan.

Al son que me toquen miro: *National Geographic*

Rebeca Monroy Nasr*

Laura Muñoz, *Fotografía imperial, escenarios tropicales. Las representaciones del Caribe en la revista* National Geographic, México / Instituto Mora / Conaculta / El Colegio de Michoacán, 2014, 433 pp.

Voltear la mirada hacia una de las revistas de mayor impacto visual que ha existido desde el siglo XIX al XXI no es poca cosa, y más cuando se realiza en una temporalidad tan amplia como la que aplica la investigadora Laura Muñoz en su libro, en el que se centra sí en el área del Caribe, pero a lo largo de un periodo que va desde 1899 hasta 2012, cuando hace el corte de una última revisión a un artículo de *National Geographic* (NG) sobre Haití. Son 112 años analizados en torno a la revista de origen estadounidense, etapa por etapa, lugar por lugar, según van apareciendo en la revista las diferentes islas que lo conforman, ya sea Haití, República Dominicana, Cuba, Trinidad y Tobago, Barbados, Bahamas, Dominica, Granada, Las Guyanas, Las Islas Vírgenes, Jamaica, Puerto Rico, entre otras. Territorios e islas que se derraman por el Caribe y que han tenido una importancia sustancial, como nos lo muestra la autora a través de las 433 páginas del libro.

Resultó importante el escenario que refiere como punto de conexión, intersección y salvaguarda para los estadounidenses, quienes vieron desde momentos muy tempranos el uso y la utilidad de tener esos puentes para llegar al canal de Panamá. Es la lectura —en imágenes y en una revista de gran calidad— de "América para los americanos", aquella famosa doctrina Monroe que el presidente estadounidense expuso al Congreso de los Estados Unidos el 2 de diciembre de 1823. "La doctrina del 'destino manifiesto' fue creada también por los Estados Unidos desde el siglo XIX para evidenciar su intervención o lo que ellos creían como protección, en los países del continente americano, bajo el pretexto de resolver de una manera eficaz los conflictos hemisféricos".[1]

Bajo ese entendido, el desfile de presidentes de aquel periodo en Estados Unidos fue haciendo referencias claras a dicha política, ya fuese de maneras más negociadas, con intervenciones bélicas claras, o bien, con intervenciones aparentemente veladas. Es esa dinámica la que va a reflejarse subterráneamente en la revista NG, la cual Laura Muñoz tiene a bien presentarnos. Implacables, inclementes, avanzaron de manera indescriptible como un imperio, que es lo que se propusieron ser y que han seguido siendo. Ahora lo vemos como un imperio que cierra las puertas después de obtener mano de obra barata, calificada, y señala con desprecio las ganancias obteni-

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] Marcos Moreira Argudo, Carlos Alcívar Trejo y Juan T. Calderón Cisneros, "El destino manifiesto y la doctrina Monroe: teorías que influyeron en la pérdida de influencia de la política norteamericana en los países de América Latina en el siglo 21", *Contribuciones a las Ciencias Sociales*, núm. 23, febrero de 2014, recuperado de: <http://www.eumed.net/rev/cccss/27/doctrina-moroe.html>, consultada el 20 de febrero de 2017.

das gracias a esas manos que trabajaron por una mejor vida, "del otro lado del río Bravo". Recordemos que "para cumplir con sus fines, los gobiernos estadounidenses usaron diferentes estrategias como lo son: la diplomacia, la política de buena voluntad, la agresividad directa y la aplicación del poder blando (ideologías, tecnología y cultura)"[2] y en este caso me parece que la NG cumple con las tres últimas. Así, es parte importante preguntarse cuál es la agenda de esta revista, dirigida en un principio por su presidente el escocés Alexander Graham Bell y por el entonces director y luego presidente Gilbert Hovey Grosvenor. Ellos, a pesar de no ser estadounidenses, tomaron muy en serio el papel que Estados Unidos requería asumir para darse a conocer, ampliar sus fronteras y constituirse como los dadores de derechos, oportunidades, conocedores, empresarios; en fin, esa, veta que la política de los "gringos" vería con muy buenos ojos, estaba presente en estos dos empresarios talentosos, aguerridos y con la idea de expansión visual y textual desde el fotoperiodismo estadounidense. Así, suegro y yerno trabajaron varios años, al igual la hija menor de Grosvenor, Mabel, quien acabó trabajando con su abuelo. Lo notable es que hubo cinco generaciones que estuvieron cercanos al NG, como bien lo señala la autora, que le dieron continuidad al interés por hacer visual el relato con imágenes de gran calidad.

Me parece de vanguardia su agenda "cultural", ello por la tecnología que iban desarrollando a lo largo de los años para mostrar las imágenes de ese Caribe, así como de otros lugares del mundo (África, India, Indonesia, América Latina, por supuesto México, entre otros), pero sobre todo porque de manera muy temprana realizaron fotografías a color; mucho antes de que el mismo George Eastman patentara su Kodachrome, Verichrome, ellos ya usaban las *autochromes* o autocromos creados por los hermanos Lumière. Interesante puesta en escena, pero más una apuesta muy notable al introducir la fotografía a color, sobre todo en los mapas, lo que permitía localizar e identificar rápidamente las diferentes islas del Caribe. Hicieron algo similar con los diversos y remotos parajes que trabajaron en NG.

El trabajo de la autora es muy profundo, arduo y notable en términos de lo que se presenta en el análisis, pues la mayoría de las fotos referidas no vienen en el libro, supongo que debido a los costos de los derechos de reproducción, que suelen ser caros y en dólares; pero eso no fue una limitante para Muñoz, quien las describe y analiza al detalle, lo cual en verdad significa un esfuerzo desmedido por ir relatando en cada isla y en cada entidad las características visuales que mostraban los fotógrafos encomendados.

Tal vez gracias a esa reserva —no francamente ideologizada de los fotógrafos y editores— es que la revista tuvo una importante acogida entre los lectores a nivel mundial. Los números de tirajes y lectores se tornan apabullantes conforme va avanzando en el tiempo. Pero me preguntaba: ¿cómo abordarían la Revolución cubana?, ¿cómo verían la invasión a Santo Domingo por los estadounidenses?, ¿la invasión a Granada? Es uno de los relatos más interesantes, pues podemos notar cómo intentan mantener una postura neutral en ciertos momentos, sobre todo con Cuba, pero poco a poco los reporteros y fotógrafos van perfilando sus ojos críticos sobre la isla de Castro, sobre su figura, sobre la forma de dirigir el país. Es también interesante el relato de Puerto Rico, con la identidad escindida entre latinos o "gringos"; en este caso la autora relata una foto que parece poner en escena ese juego de identidades biculturales. También llama la atención la presencia en la República Dominicana, en particular en Santo Domingo, y en este caso no se denuncia la férrea y terrible invasión del 28 de abril de 1965, en donde la famosa operación *Power Pack* conllevó la muerte de civiles, fue un derramamiento de sangre terrible, violaciones, bombas que dispararon por doquier. Para el mundo, un llamado de atención; para el resto del Caribe y de América Latina, el mensaje claro de que no se permitiría otra Cuba Libre en aquel "Mediterráneo americano". Sin embargo, también justifican la presencia imperial en la isla, al igual que en Granada, cuando el 25 de octubre de 1983 desembarcaron los buques de Estados Unidos, de Barbados, de Jamaica, y de otros miembros de la Organización de Estados del Caribe para derrotar a la resistencia granadina y cubana, que culminó con el derrocamiento del gobierno

[2] *Idem*.

de Hudson Austin. Movimiento que se llamó *Urgent Fury*.

Me parece que todas esas imágenes fotoperiodísticas distan mucho de las que tomaron fotógrafos locales, incluso de lo que el mismo Rodrigo Moya realizó en la isla; la estética del terror y del horror de la guerra frente a la estética del turismo, del encuadre de los recursos naturales, de la belleza de las playas, de la presencia de las negras sensuales o de lugares terriblemente empobrecidos como Haití. Esas imágenes idealizaban los lugares, pero también dotaban al mundo de un conocimiento que pocos podían adquirir de esos hermosos y paradisiacos espacios. Sin embargo, aparentaban tal neutralidad ideológica que muchos izquierdistas las compraban, pensando en aquello que mapeaban del mundo en el NG. Funcionó, se siguió vendiendo a pesar de que su postura era claramente pacifista, aunque también engañosa. Así, la agenda propuesta en un principio funcionó por más de un siglo y, con los mapas que describe la autora con gran fineza, vemos que además la intención era colocar al mundo terrestre en las proporciones impensables. Son los mapas también fuentes documentales, como alguna vez lo mostró Guadalupe de la Torre en la Dirección de Estudios Históricos del INAH; fuentes que dejan ver en dónde se localizan, la importancia de su geografía, de su clima, de sus recursos naturales, entre ellos la madera, los metales preciosos, el petróleo, es decir, todo aquello que le proporcionaría materia prima para sus industrias a nuestros antes vecinos del norte; ya con la era Trump (en donde somos los vecinos incómodos o más bien los desalojados terrestres), en una nueva victoria del imperialismo racista y sectario.

La autora nos deja ver la importancia sustancial de este material para propios y ajenos. Los cambios técnicos de la fotografía, las maneras de presentarla de blanco y negro al color —que son más bien estridentes en sus calidades tonales—, en un papel de lujo, de las portadas en letras a las portadas gráficas, todo ello evolucionó hasta llegar a la era actual. También nos muestra el cambio de género entre los reporteros y las reporteras y cómo para finales del siglo XX aparecen ellas también en el uso de la cámara en la mano, lo cual nos da una idea de lo importante del oficio en las mujeres y del espacio que se le dio en esta revista.

Para cerrar sólo quiero hacer dos comentarios, el primero es que conocer a un fotógrafo de NG sí tiene su importancia. Fulvio Eccardi, italiano que reside en el país, ha trabajado arduamente para la revista; su calidad no tiene límites, su entrega al trabajo tampoco, el pago es muy bueno respecto de otros fotoperiodistas, pero las afecciones son grandes. Alguna vez Fulvio comentó haber estado en las montañas, en un lugar alejado de las urbes, fotografiando águilas —algunas de sus fotos se exhibieron en Palacio Nacional y en el Castillo de Chapultepec—, pero después de dos o tres meses de estar solo con la naturaleza, cobijado bajo árboles para captar a las águilas en sus nidos, en pleno vuelo, con sus presas o sus bebés águilas, al regreso le fue muy difícil tender un puente con la gente, con la ciudad y sus sorpresas. Son fotógrafos muy comprometidos con su vida de trabajo. En ello su valía y calidad profesional.

La otra idea es que, en lo personal, requiere un gran esfuerzo poder visualizar las imágenes con la narración delicada y cadente de la autora, ya que actualmente hay una terrible debilidad de querer leer las imágenes y no escucharlas en palabras de otro. Entiendo que el costo de cada imagen hubiese significado romper más de un equilibrio económico institucional y personal, pero la traducción de algunas de ellas o la omisión de otras, como aquella que relata la presencia de Ernesto *Che* Guevara, hizo falta. Sin embargo, debo reconocer el enorme esfuerzo realizado por la autora para hacernos ver, pensar y describir las imágenes. Todo ello se traduce en las más de 400 páginas, que sí portan imágenes que dejan ver algunos momentos ejemplares de la revista. El trabajo profundo, dedicado y sistemático de su autora fue claro, por lo que ahora nos toca escuchar la lectura de las fotos y usar la imaginación; puede resultar un ejercicio realmente atractivo e interesante, porque sí es un trabajo profundo historiográficamente hablando por los contextos diversos, por las islas puestas sobre el mar Caribe, por los intereses de editores, fotógrafos, reporteros, pero también de los gobernantes del país del norte. Son materiales narrados con tanto detalle y cuidado académico que queda patente el esfuerzo a lo largo de todo el libro, pero también la cautela con que se finca una revista que habla del mundo y pervive aún en el mundo entero.

Instrucciones para los colaboradores de la revista

historias

1. Los autores enviarán sus colaboraciones al director o los editores de la revista, al correo electrónico revista_historias@inah.gob.mx o historias.inah@gmail.com de la Dirección de Estudios Históricos del INAH.
2. En la primera página de la colaboración deberá incluirse el título (no mayor de 100 caracteres), el nombre del autor y la institución a la que está adscrito, o en su caso, indicará si es investigador independiente.
3. En el caso de las reseñas y las traducciones, además de los datos solicitados en el punto anterior, se incluirá la nota bibliográfica completa de la obra reseñada o traducida.
4. Además se incluirá en una hoja aparte el nombre del autor, la institución a la que está adscrito, su número de teléfono (con horarios en que se le puede localizar) y correo electrónico.
5. Todas las colaboraciones se acompañarán de un resumen de ocho líneas como máximo, en español y en inglés, así como cinco palabras clave.
6. Los trabajos deberán ser inéditos sobre historia mexicana y, excepcionalmente se aceptarán por su calidad académica o por la importancia del tema sobre historia latinoamericana o española.
7. Los artículos tendrán una extensión mínima de 20 cuartillas (de 1800 caracteres) y máxima de 30. No deben presentar bibliografía al final, por lo que la primera vez que se cite una obra, la referencia o nota bibliográfica deberá presentarse completa.
8. Las reseñas tendrán una extensión de cuatro a ocho cuartillas y deberán tener título.
9. La bibliografía comentada que incluye la sección de "Andamio" no excederá las 30 cuartillas.
10. El documento inédito, para la sección de "Cartones y cosas vistas", no excederá de 30 cuartillas y deberá contar con una pequeña presentación no mayor de dos cuartillas.
11. Todas las colaboraciones estarán escritas en letra Arial 12, a doble espacio, y respetar un margen de 3 cm por lado. Las referencias o pies de página deberán contener los siguientes datos:

Libro:
Nombre del autor, apellidos, *título de la obra*, lugar de edición, editorial, año de publicación y páginas (p. 54 o bien pp. 54-45)

Capítulo de libro:
Nombre del autor, apellidos, "título del capítulo", en nombre del coordinador o editor, *título del libro,* lugar de edición, año, página o páginas utilizadas (p. 54, o bien pp. 55-70).

Artículo:
Nombre del autor, apellidos, "título del artículo", *título de la publicación,* núm. (de la revista en su caso), año, página o páginas utilizadas (p. 54, o bien, pp. 55-70).

Periódico:
Nombre del autor, apellidos, "título del artículo", *nombre del diario*, lugar de edición, año, página o páginas utilizadas (p. 54, o bien pp. 55-70).

Otras fuentes: audiovisuales y sonoras en soporte DVD o CD: autor*, título,* lugar de edición, fecha, y en su caso minuto o segundo de referencia.

En el caso de la mesografía o referencias al Internet: autor*, título,* referencia o sitio consultado, fecha de consulta.

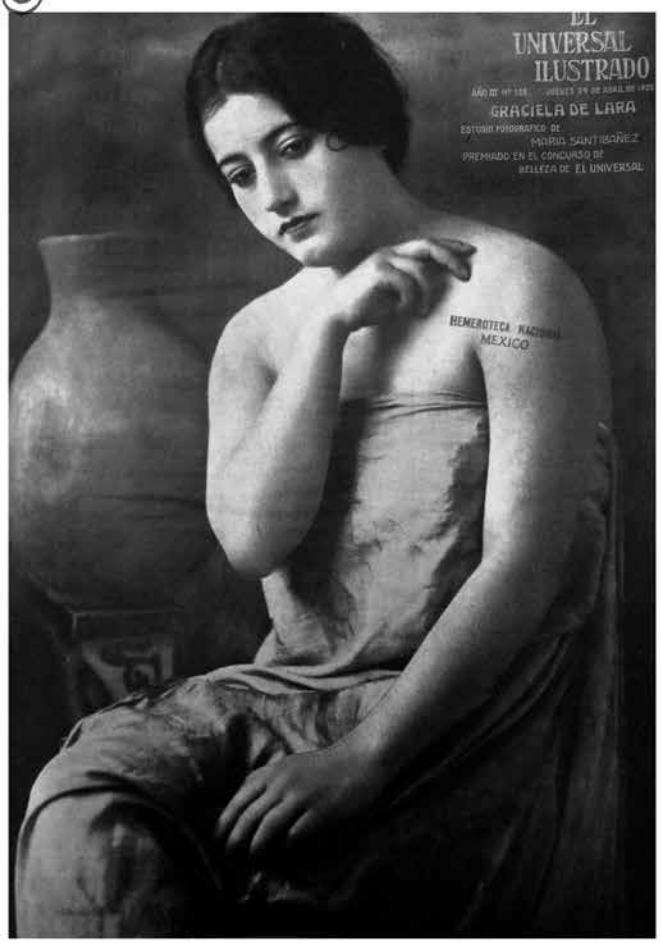
12. Las imágenes o fotografías que acompañen al texto deberán tener una resolución de 300 DPI en formato JPG o TIFF con una medida máxima de 29 cm y una mínima de 14 cm y el autor debe conseguir los derechos autorales para su posible publicación.
13. Cuando se utilicen siglas o iniciales, en la primera ocasión deberá escribirse en extenso el nombre referido; en las posteriores sólo se utilizarán las siglas.
14. Todas las colaboraciones se someterán a dictamen de dos especialistas, asegurándose el anonimato de los autores y de los dictaminadores.
15. Después de haber recibido los dictámenes, los editores determinarán sobre la publicación del texto y notificarán de inmediato la decisión al autor.
16. Los editores de *Historias* revisarán el estilo, redacción y correcciones pertinentes para mayor claridad del texto, en tanto no se altere el sentido original del mismo, y se sugerirán los cambios al autor, quien deberá expresar su visto bueno.
17. Al momento de recibir las colaboraciones se les comunicará al (los) autor(es) para que estén enterados de su recepción.
18. Cada autor recibirá cinco ejemplares del número en que aparezca su colaboración, en caso de artículos y ensayos. En caso de reseñas se entregan tres ejemplares.

Revista *Historias*, de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Calle Allende núm. 172, esq. Juárez, Deleg. Tlalpan, C.P. 14000, México D.F. Tel. 40405100 ext. 204, al correo electrónico: revista_historias@inah.gob.mx o historias.inah@gmail.com

ENERO - AGOSTO 2017

Historias 96-97

REVISTA DE LA DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS



MÉXICO
GOBIERNO DE LA REPÚBLICA

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

INAH

CONOCE LAS REVISTAS DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

ALQUIMIA

Publicación cuatrimestral del Sistema Nacional de Fototecas del INAH. Se edita desde finales de 1997, buscando llegar al público interesado en la fotografía histórica y contemporánea, mediante la edición de números monográficos que dan a conocer investigaciones inéditas y relevantes de especialistas en torno a los acervos fotográficos y fotógrafos notables dentro del territorio nacional, contribuyendo con ello a la construcción de la historia de la fotografía en México.

revistas.inah.gob.mx/index.php/alquimia

ARQUEOLOGÍA MEXICANA

Revista bimestral fundada en 1993, copatrocinada con Editorial Raíces. Su propósito es difundir entre un público muy amplio y por los más diversos medios los trabajos de exploración arqueológica realizados en diversas regiones de México. Publica números monográficos a partir de las colaboraciones de un sinnúmero de especialistas.

arqueologiamexicana.mx

CONVERSACIONES... CON

Publicación de la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural del INAH, que da a conocer textos fundamentales del campo de la conservación del patrimonio cultural que han influenciado el desarrollo teórico y conceptual de la disciplina y que no han sido publicados en español. Incluye los textos en su versión original, acompañados de su traducción al español, además de otros ensayos de autores invitados nacionales e internacionales que retoman, discuten y debaten los temas planteados en el texto principal.

conservacion.inah.gob.mx/publicaciones

DIMENSIÓN ANTROPOLÓGICA

Revista cuatrimestral de la Coordinación Nacional de Antropología del INAH, dedicada a la difusión científica de las diversas disciplinas antropológicas —antropología física http://arqueologiamexicana.mx/, lingüística, arqueología, etnohistoria, etnología, antropología social— y la historia, desde una perspectiva integral. Busca destacar el valor de la investigación antropológica en sus muy diversas corrientes y tendencias, y estimular el debate sobre libros especializados de publicación reciente. También difunde hallazgos y acervos sobre la fotografía histórica.

dimensionantropologica.inah.gob.mx

HISTORIAS

Revista cuatrimestral de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, que publica y discute –abierta, diversa, pluralmente– algunas aportaciones de producción histórica y de los diversos aspectos del acontecer humano principalmente en México, aunque no exclusivamente. Se inscribe en la dimensión contemporánea de la historiografía, sin agotar con ello las posibilidades de comprender la realidad y sin pretender una verdad definitiva. Aborda diversos aspectos del acontecer histórico, apelando a diversas disciplinas, fuentes, enfoques, metodologías e interrogantes.

estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistahistoria/

REVISTA DE ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA SEXUAL

Publicación anual coeditada por la Dirección de Antropología Física y la Escuela Nacional de Antropología e Historia, ambas instituciones del INAH. Publica trabajos de investigación reciente en los temas de sexualidad en relación con diferentes tópicos como cuerpo, corporeidad, género, erotismo, reproducción, vinculación afectiva, identidades, expresiones del comportamiento sexual, y desde la perspectiva de diversas disciplinas afines a los estudios antropológicos como la historia, la sociología, el psicoanálisis, la ciencia política, la filosofía, las ciencias de la salud, el arte y el derecho.

revistas.inah.gob.mx/index.php/antropologiasexual

ANTROPOLOGÍA. Revista interdisciplinaria del INAH

Revista de la Coordinación Nacional de Difusión del INAH, que desde 1984 se mantuvo como *Boletín Oficial del INAH*, con la edición de 101 números. En 2017 inicia una nueva etapa con periodicidad semestral. Publica investigaciones recientes, de carácter teórico o empírico, partiendo del principio de la interdisciplinariedad, entendida ésta como la necesaria vinculación entre los saberes histórico, antropológico, arqueológico o lingüístico.

revistas.inah.gob.mx/index.php/antropologia/issue/archive

BOLETÍN DE MONUMENTOS HISTÓRICOS

Publicación cuatrimestral de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, en la que distintos especialistas, entre arquitectos, historiadores, arqueólogos, difunden sus investigaciones más recientes, con el propósito de aportar al conocimiento del patrimonio histórico edificado de nuestro país.

boletin-cnmh.inah.gob.mx

CUICUILCO. Revista de Ciencias Antropológicas

Revista cuatrimestral de la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH, dedicada a difundir avances de investigación en el ámbito de temas concernientes a las ciencias sociales como la antropología social, la etnología, la arqueología, la historia, la etnohistoria, la lingüística y la antropología física. Incluye con frecuencia artículos provenientes de los campos de la filosofía, el psicoanálisis, la sociología y la politología. Forma parte del Índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica del Conacyt.

revistas.inah.gob.mx/index.php/cuicuilco

GACETA DE MUSEOS

Publicación cuatrimestral de la Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones del INAH, dedicada al intercambio, reflexión y libre opinión sobre museología, curaduría, museografía, políticas culturales relativas a los museos, comunicación educativa, estudios de públicos y otros temas afines en los ámbitos nacional e internacional. Pretende ser un espacio abierto para compartir experiencias, reflexionar, aportar herramientas y tender puentes entre los trabajadores de los museos, con especial énfasis en los pertenecientes a la red de museos del INAH.

bibliotecavirtual.inah.gob.mx/museos-y-exposiciones/gaceta-de-museos

INTERVENCIÓN. Revista Internacional de Conservación, Restauración y Museología

Publicación semestral de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía del INAH. Busca contribuir al avance del conocimiento en materia de conservación, restauración, museología, gestión y disciplinas afines al estudio del patrimonio cultural. Forma parte del Índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica del Conacyt y está dirigida a los profesionales en activo o en formación, profesores e investigadores de instituciones nacionales e internacionales.

encrym.edu.mx/index.php/revista-intervencion

RUTAS DE CAMPO

Revista semestral de divulgación y extensión académica de la Coordinación Nacional de Antropología del INAH, que da a conocer textos resultantes del trabajo de campo (fuentes históricas, reflexiones, relatos, experiencias, anécdotas, etc.), peritajes, resultados de eventos académicos (seminarios, encuentros, coloquios, etc.) que son producto de la praxis de las disciplinas antropológicas en nuestro país.

revistas.inah.gob.mx/index.php/rutasdecampo

ARQUEOLOGÍA

Revista científica de periodicidad cuatrimestral de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH, fundada en 1987. Publica artículos originales de investigación arqueológica, enviados o propuestos, en los temas de exploración y ensayo sobre la arqueología mexicana. Su contenido va dirigido a un público de especialistas e interesados en la investigación arqueológica reciente en nuestro país.

revistas.inah.gob.mx/index.php/arqueologia

CON-TEMPORÁNEA. Toda la historia en el presente

Revista digital de periodicidad semestral de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, dirigida a investigadores de diversas disciplinas, estudiantes y público en general, interesados en la historia contemporánea en sus diversas vertientes temáticas (política, violencia, migración, ciencia, movimientos sociales, urbanización, etc.). Promueve variadas tramas narrativas, captura acontecimientos fundadores, amplía el tiempo-espacio con nuevos sujetos y temas, acoge la riqueza de miradas y métodos históricos.

con-temporanea.inah.gob.mx

DIARIO DE CAMPO

Publicación cuatrimestral de difusión y extensión académica de la Coordinación Nacional de Antropología del INAH, que da a conocer resultados de investigaciones sobre temas de antropología, historia, lingüística y ciencias sociales afines, con el propósito de contribuir al conocimiento sobre las ciencias antropológicas y la historia en nuestro país. En la actualidad se encuentra en su cuarta época y en camino de integrarse en diversos índices de producción académica.

diariodecampo.mx

HEREDITAS

Revista de divulgación de la Dirección de Patrimonio Mundial del INAH, que desde el 2001 mantiene el firme interés en abrir un espacio de información sobre el patrimonio mundial a la comunidad cultural de nuestro país, de la región latinoamericana y de otras regiones. Aborda diversidad de temas, desde una visión contemporánea de los conceptos del patrimonio, que ha hecho suyos la Convención de Patrimonio Mundial Cultural y Natural (1972).

patrimonio-mexico.inah.gob.mx/index.php

NUEVA ANTROPOLOGÍA

Revista semestral coeditada con el apoyo de otras instituciones académicas como El Colegio de México, el Centro de Estudios Superiores en Antropología Social y la Universidad Autónoma Metropolitana, entre otras. Forma parte del Índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica del Conacyt. Recibe colaboraciones de investigadores en ciencias sociales, nacionales y extranjeros. Sus artículos son originales, resultado de investigaciones teóricas o empíricas, que abordan temas de ciencias sociales, en particular de la antropología.

revistas-colaboracion.juridicas.unam.mx/index.php/nueva-antropologia

VITA BREVIS. Revista electrónica de estudios de la muerte

Publicación electrónica semestral de la Dirección de Antropología Física del INAH, que da a conocer artículos originales sobre el tema de la muerte, desde los enfoques de la antropología, la historia y las ciencias sociales, siendo un foro abierto para debatir y enriquecer, desde una pluralidad de perspectivas y posiciones teóricas y empíricas, el estudio de la muerte. Su edición está a cargo del proyecto "Antropología de la Muerte" de la DAF.

revistas.inah.gob.mx/index.php/vitabrevis

ADQUIERA ÉSTAS Y OTRAS PUBLICACIONES EN LAS LIBRERÍAS DEL INAH Y EDUCAL

Libros INAH saber de nosotros

Este programa es público, ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.

ENTRADA LIBRE

- Jesús Guisa y Azevedo
- Edwin Frank, Brenda Wineapple, Katharine Michaels, Mimi Chubb, Robert Gottlieb, Stephen Greenblatt y Charles Haas
- Alex Ross

ENSAYOS

- Alejandro Soriano Vallès
Sor Juana y la herejía: sobre la fundamentación teológica del Primero sueño

- Alma Dorantes González
Influencias femeninas en el mundo laboral de un comerciante del occidente de México, siglo XIX

- Francie R. Chassen-López
"No podemos ni debemos permanecer impasibles": las oaxaqueñas en la Revolución de 1910

- Beatriz Gutiérrez Müller
Morir sin laureles: Enrique Bordes Mangel, revolucionario maderista

ANDAMIO

- Rebeca Monroy Nasr
El constructo visual desde la fotografía

RESEÑAS

- Beatriz Lucía Cano Sánchez, *El ocaso del diezmo*
- *Rogelio Jiménez Marce, Andanzas de un liberal*
- Salvador Rueda Smithers, *Fragmentos de la batalla de Zacatecas*
- Julieta Ortiz Gaitán, *La idílica, recoleta y entrañable Ciudad de México*
- *Rebeca Monroy Nasr, Al son que me toquen miro:* National Geographic

9 771405 779464 98

www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

INAH